

MICHAEL A. LEBOWITZ,

## MÁS ALLÁ DE “EL CAPITAL”:

### LA ECONOMIA-POLITICA LA CLASE OBRERA DE MARX

(Segunda Edición publicada por Palgrave Macmillan, USA-Great Britain, 2003)

#### Opiniones sobre la primera edición:

“... Un libro riguroso, profundo y de agradable lectura sobre el tema de la subjetividad de clase, y esto debe dar a cualquier marxista —sobre todo a cualquier economista-político marxista — argumento suficiente como para leerlo.”

Massimo de Angelis, *Capital & Clase*

“Si comprender algo involucra la comprensión de sus límites, entonces, quienquiera que desee entender el marxismo en general y *El Capital* en particular debería leer el libro de Lebowitz.”

James Devine, *la Revisión Mensual*

“El mayor logro teórico del libro es la construcción y análisis del libro que se echa de menos [de Marx] sobre el trabajo asalariado.”

David Houston, *Revisión de la Economía Política Radical*

#### Las reacciones iniciales a la nueva edición:

“El argumento de Lebowitz sobre la insuficiencia de la formulación de Marx sobre la plusvalía relativa es una importante contribución al pensamiento marxista.”

Tony Smith, *Filosofía, Estado de Iowa*.

“Este libro ofrece una contribución excelente a la teoría marxista. Es innovador, perspicaz clarividente y de pensamiento provocador. Lebowitz es uno de los pensadores más originales de nuestro tiempo. *Más allá de El Capital* debe leerse por todos aquellos interesados en el análisis de Marx sobre el capitalismo.”

Alfredo Saad-Filho, *Economía Política, Escuela de Estudios Orientales y Asiáticos (Londres)*

## PREFACIO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Un crítico de la primera edición de este libro escribió que podría ser el peor momento posible para publicar un libro sobre Marx. Y lo era. El capitalismo triunfaba (aparentemente con una oposición pequeña) y su alternativa putativa, el socialismo realmente existente (SRE) parecía haber terminado en una decepción cobarde.

Para quienes se ubican en la derecha, esa combinación era suficiente para demostrar el error del marxismo. Muchos se preguntaban: ¿cómo puede usted todavía hablar sobre Marx? ¿Todavía está usted enseñando economía marxista? (Claro, en una de esas ironías que Marx habría apreciado, era posible encontrar a conservadores de varios colores citando las escrituras y a la vez declarando que los éxitos del capitalismo y los fracasos de los socialismos reales, confirmaban que Marx tenía razón). Algunos en la izquierda concluían, simplemente, que las relaciones capitalistas de producción *aún* no habían llegado a frenar el desarrollo de fuerzas productivas. ¿Qué se puede hacer contra la Historia? Y así fue como para alguno la única alternativa factible al barbarismo ya no es el socialismo sino un barbarismo con rostro humano.

Otros en la Izquierda, ante la ausencia de “la rebelión de la clase obrera” que Marx previó, respondieron concluyendo que Marx había errado en todo, que el hecho de privilegiar a los obreros como los sujetos del cambio social constituyó su pecado de reduccionismo clasista y de esencialismo. Para éstos ‘*post-marxistas*’, la multiplicidad de las luchas democráticas modernas es considerada como una crítica a la teoría de Marx; en lugar de un análisis centrado en las relaciones capitalistas de producción, ellos plantean la heterogeneidad de las relaciones políticas y sociales, la igualdad y autonomía de todas las luchas, y el mercado de discursos competitivos.

*Más allá de El Capital* debe entenderse como un desafío a esta actitud de abandono de Marx. Argumenta que la única manera en que se pueden separar luchas como las por la salud y condiciones de vida, calidad del aire y del agua, derechos de la mujer, programas sociales gubernamentales, costos y limitaciones de la educación superior, y luchas democráticas en general; de la lucha de los trabajadores es empezando con la reducción teórica de los obreros a los contrarios unidimensionales del capital. Sólo reduciendo las necesidades de los obreros a los salarios, horas y condiciones de trabajo, los “*post-marxistas*” pueden, teóricamente, postular que los nuevos movimientos sociales son la base para una crítica del análisis de clase. Ellos utilizan el estereotipo estrecho del proletario abstracto, en lugar de considerar al trabajador como un ser humano socialmente desarrollado dentro de la sociedad capitalista moderna.

Pero, no fueron los “*post-marxistas*” los que inventaron ese estereotipo. *Más allá de El Capital* argumenta que el concepto del proletario abstracto es el producto de un marxismo unidimensional que ha distorsionado la propia concepción de Marx sobre los obreros como sujetos. Sitúa las raíces de este marxismo unidimensional en el fracaso en reconocer que *El Capital* de Marx nunca pretendió ser un análisis completo del capitalismo, sino más bien una explicación y desmitificación sobre la naturaleza del capital para los obreros.

Para los marxistas unidimensionales, *El Capital* explica por qué el capitalismo llegará a su fin. La historia es hecha por fuerzas inexorables. Es un mundo de cosas y de fuerzas inhumanas, de sujetos unidimensionales (si es que hay sujetos), en lugar de seres que luchan tratando de darle un sentido a sus vidas. Y, en este mundo, el Proletariado Abstracto finalmente emprende la tarea que le ha sido asignada y libera a las fuerzas productivas que han roto su caparazón capitalista. Si los hechos no parecen apoyar a *El Capital*, tanto peor para los hechos. Como Marx lo comentó a sus discípulos (ver el Capítulo 2), la desintegración de una teoría empieza cuando el punto de partida ya no es “la realidad, sino la nueva forma teórica en que el maestro la ha sublimado.”

Pero éste no es el único aspecto de la desintegración de la teoría marxista. Tanto en la teoría como en la práctica, los marxistas han intentado liberarse de los constreñimientos impuestos por la unidimensionalidad inherente a la exégesis del texto sagrado y lo ha hecho a través del eclecticismo. En la práctica, han intentado ir más allá de las apelaciones economicistas estrechas a un Proletariado Abstracto. Y, en la teoría, se involucra en el eclecticismo metodológico para modificar la doctrina que subyace a la práctica. La “modernización”, tanto en la teoría como en la práctica, se vuelve a la par un mar de lamentos y la última moda. Nada es más fácil que el eclecticismo, claro está.

Sin embargo, la libertad lograda a través de dicha sofisticación no es absoluta, ni tampoco deja de tener un precio. Porque, *El Capital* permanece, luego que se le sacan las manchas de estas acreciones eclécticas; y la lectura unidimensional que él permite proporciona un constante reproche y siempre encuentra portadores potenciales de esa

posición. Por lo tanto, no libertad, pero sí vulnerabilidad al criticismo fundamentalista; no nuevas direcciones, pero sí oscilaciones más o menos violentas entre los polos del sujeto real y el texto reificado. Hay, en resumidas cuentas, tierra fértil para una disputa interminable entre el fundamentalismo y el culto a la moda.

Tampoco queda suficientemente claro qué es lo que el eclecticismo logra salvar, si es que el marxismo —como una teoría “auto suficiente” — sobrevive a pesar de los elementos extraños que se le agregan, es decir, si es que las nuevas combinaciones todavía pueden llamarse marxismo. La visión básica de los fundamentalistas ha sido que las combinaciones eclécticas y sincréticas amenazan al centro mismo del marxismo en cuanto concepción integral. Para abreviar, ni los promotores del Proletariado Abstracto de *El Capital*, ni los disidentes eclécticos construyen un puente entre la teoría pura de *El Capital* y la realidad del capitalismo. Ambas son formas de marxismo unidimensional, ambas son aspectos diferentes de la desintegración de teoría marxista. Son el resultado, por un lado, de la incapacidad de Marx de completar su proyecto epistemológico en *El Capital* y, por otro lado, de la sustitución de la comprensión del método de Marx por la exégesis de los textos sagrados.

*Más allá de El Capital* debe entenderse como un llamado a continuar el proyecto de Marx. Al enfatizar la centralidad de su método y usándolo para explorar el tema de la obra inacabada de Marx —en particular, su proyecto de libro sobre el Trabajo Asalariado (Wage-Labour) —, este libro centra su atención en el lado que está ausente en *El Capital*, el lado de los obreros. *Más allá de El Capital* restituye a los seres humanos (y a la lucha de las clases) en el centro del análisis marxista, al hacer ver las implicaciones del libro que falta. No sólo desafía el determinismo económico y el reduccionismo del marxismo unidimensional, sino que también los acomodos de los “post-marxistas”. La concepción de Marx de la economía política de la clase obrera sale a la palestra. En contraste con el enfoque de Marx sobre el productor colectivo (qué contiene implícito dentro de él la visión de una sociedad alternativa), la visión 'post-marxista' de los seres humanos como consumidores (con necesidades heterogéneas, claro está) aparece llena de abstracciones vacías.

Éste no es en modo alguno, sin embargo, un argumento para decir que la lucha de clases está ausente en *El Capital* o que no hay en él referencias a la lucha de clases de los trabajadores. Pero, *El Capital* trata esencialmente el tema del capital: sus metas y sus luchas para lograr esas metas. Su temática no son los trabajadores (excepto cuando el capital hace algo a los obreros); no son las metas de los obreros (excepto para mencionar que ellas difieren de aquéllas del capital); y no es la lucha de clases de los obreros (excepto en la medida que los obreros reaccionan contra las ofensivas del capital). Incluso allí donde Marx hizo en *El Capital* comentarios esporádicos sobre los obreros como sujetos, esos comentarios quedan en el aire y no pueden ser comparados con el desarrollo lógico y sistemático que él proporciona sobre el tema del capital. El resultado de todo esto, y así lo sostengo, es que algunos aspectos bastante significativos del capitalismo no están desarrollados en *El Capital* y que, sin duda, en este libro hay aspectos problemáticos. Aquéllos que piensan que “todo está en *El Capital*” tendrían que explicar porqué se reproduce continuamente el marxismo unidimensional.

En el Prólogo a la primera edición, expresé que la elaboración de ésta me había tomado un largo tiempo y que todavía estaba en proceso de desarrollo. La nueva edición, escrita 11 años después, es una demostración de ello. En efecto, preparando esta edición, me he dado cuenta que la primera no era más que un primer borrador. Cada capítulo de la edición original sufrió transformaciones. Algunas alteraciones fueron relativamente menores y sólo actualizaban y enfatizaban determinados puntos (por ejemplo, aquellos puntos que se beneficiaron con la publicación de los Manuscritos Económicos de Marx entre 1861-1863). Sin embargo, esta nueva edición también refleja el desarrollo posterior de mi pensamiento sobre las cuestiones levantadas en él.

Uno de los cambios más significativos involucra la división del capítulo con el que concluía la versión original: “Más allá de la Economía Política”, en dos capítulos separados: “De la Economía Política a la lucha de clases” y “Del capital al trabajador colectivo”. Esto me permitió extenderme de forma particular en los conceptos de Estado obrero y de trabajador colectivo respectivamente; temáticas que he estado explorando en recientes escritos y para un libro en preparación acerca de la teoría de las economías socialistas. En contraste con estas elaboraciones que se hicieron dentro de los planes de la nueva edición, surgieron otros dos nuevos capítulos en el curso de la revisión. El nuevo Capítulo 6 (“Salarios”) explícitamente considera el efecto sobre la teoría del salario si se elimina la suposición hecha por Marx en *El Capital* de que los obreros reciben “una cantidad fija de medios de subsistencia”. En el curso de esta investigación, el grado de separación entre los trabajadores (una variable ya tomada en cuenta en la primera edición) asume una importancia mucho más significativa.

Finalmente, el capítulo que abre el libro es completamente nuevo: “¿Por qué Marx?: Una historia del capital”. Cuando estaba escribiendo, recientemente, un capítulo sobre Marx para una recopilación de visiones de economistas sobre el capitalismo, me di cuenta de que a *Más allá de El Capital* le faltaba una introducción acerca del análisis de Marx sobre el capital. No se incluyó originalmente porque yo había concebido el libro como un suplemento de *El Capital*; sin embargo, dada que este nuevo capítulo levanta cuestiones a las cuales aludo reiteradamente, se me hace difícil pensar que este capítulo no haya estado siempre allí.

Agradezco a todas las personas que me han animado en este trabajo desde su publicación original. Entre todos ellos, quiero agradecer especialmente a Gibin Hong, traductor de la edición coreana; a Jesús García Brigos y a Ernesto Molina (quién me dijo que al *Che* le habría gustado el libro). Y especialmente aprecio los comentarios críticos emitidos por algunos lectores del nuevo material incluido en esta edición. Algunas de estas retroalimentaciones han evitado que cometiera algunos errores serios; agradezco por ello a Greg Albo, Jim Devine, Alfredo Saad-Filho, Sam Gindin, Marta Harnecker, Leo Panitch, Sid Shniad y Tony Smith.

En el momento en que elaboro este prólogo —escrito cronológicamente al final de esta edición—, el triunfo de capitalismo es mucho más problemático que como aparecía en el momento de la primera edición. Han surgido fuertes movimientos de protesta contra las formas de globalización capitalista y se han desarrollado nuevos lazos internacionales en la lucha contra el capital global. Además, el capital parece estar sufriendo una de sus crisis características, y no se ha determinado todavía qué capitales y localidades particulares van a llevar la carga de la excesiva acumulación global, así como tampoco la profundidad de la crisis.

Si se pudiese extraer un solo mensaje importante de este libro, este sería que las crisis económicas no provocan el fin capitalismo. Si consideramos al trabajador como sujeto, las condiciones en las que los trabajadores mismos son producidos (y se producen a sí mismos) son una parte obvia de la explicación de existencia del capitalismo. *Más allá de El Capital* subraya la manera en que se reproduce la dependencia del trabajador en relación con el capital, dentro de las relaciones existentes bajo circunstancias normales; y así, apunta a la importancia crítica no sólo de la desmitificación del capital sobre lo cual trabajó el propio Marx, sino también del proceso de lucha a través del cual los trabajadores se presentan como sujetos capaces de alterar su mundo.

Este punto esencial sobre la centralidad de la práctica revolucionaria para ir más allá del capital, me ofrece la oportunidad de cerrar este prólogo con la cita de George Sand con la cual Marx concluyó su *Miseria de la Filosofía* (Marx, 1847a: 212) (y que, en el contexto de la comprobada tendencia del capital a destruir a los seres humanos y a la Naturaleza, ha asumido un significado adicional.): “Hasta que ya no haya clases ni antagonismos de la clase, la última palabra de la ciencia social será siempre: Combate o muerte, lucha sangrienta o extinción. Así queda inexorablemente planteada la cuestión.”

Michael Lebowitz  
septiembre de 2002

Traducción: Marta Harnecker

**Mas allá de *El Capital* – Michael Lebowitz. (trad.: Francisco T. Sobrino).**

**Capítulo 1. ¿Porqué Marx? Una historia de *El Capital***

El objetivo último de esta obra es, en definitiva, *sacar a la luz la ley económica que rige el movimiento de la sociedad moderna*.  
Karl Marx (1983a: 8).

¿Porqué molestarse en hablar de Marx en el siglo XXI? Él escribió en el siglo XIX, y desde entonces ha pasado mucho agua bajo el puente, y también para el capitalismo. En lugar de resucitar a un economista fallecido hace mucho tiempo, que estudió al capitalismo del siglo XIX en Europa Occidental, ¿por qué no estudiar lo que dicen los economistas contemporáneos? O, si eso no nos gusta, porqué no hacer lo que hizo el mismo Marx: analizar al sistema económico *moderno*?

Estas son preguntas legítimas. Arriesgaremos por ahora dos respuestas. Primero, el marxismo es algo más que una teoría económica. En su núcleo, el marxismo rechaza toda sociedad basada en la explotación y que impida el desarrollo total del potencial humano. Que las decisiones sociales sean dictadas por la ganancia privada en lugar de las necesidades humanas es uno de los motivos por los que los marxistas se oponen al capitalismo. Que los recursos sean subutilizados y las personas desempleadas cuando podrían ser usados para producir lo que necesita la humanidad; que nuestro medio ambiente natural, condición básica de nuestra existencia, pueda ser destruido racionalmente buscando sólo satisfacer el interés privado; que podamos hablar de justicia cuando la propiedad de los medios de producción (nuestra herencia común) permite a una pequeña parte de la sociedad obligar al resto a trabajar bajo condiciones inhumanas; que las personas sean divididas por su género, raza, nacionalidad, etc., en función de las utilidades que deben mantener y acrecentar los capitalistas, cuando se reprime la asociación entre los explotados; en fin, todas estas características “racionales” del capitalismo son para los marxistas algo inherente a la misma naturaleza del capital y son parte de las razones para luchar por ir más allá del capital.

La segunda respuesta se relaciona específicamente con el marxismo como teoría económica: nunca ha habido un análisis del capital (pasado y presente) tan poderoso y revelador como el de Marx. Ni hay un análisis del sistema que sea más importante comprender para la gente que vive *hoy* dentro de él. Quizás la mejor manera de comenzar es narrar una historia sobre el capitalismo que se desprende de *El capital* (complementada por sus cuadernos y borradores). Trataremos de describir “la ley económica que rige el movimiento” del capitalismo tal como fue desarrollada en *El capital*. En nuestra opinión, esta obra explica documentadamente la dinámica del sistema. Sin embargo, como veremos en los capítulos siguientes, la considero problemática en aspectos significativos, y de hecho, como sólo una *parte* de la historia.

**I. Relaciones de producción capitalistas.**

Para Marx, si queremos comprender una sociedad, necesitamos comprender el carácter de sus relaciones de producción. Por lo tanto, para comprender la sociedad capitalista, debemos concentrarnos en su rasgo distintivo, la relación entre capitalistas y trabajadores asalariados. El capitalismo es una economía de mercado pero condición histórica no sólo es la existencia de mercancías y dinero sino también que el trabajador libre esté disponible, “en el mercado como vendedor de su fuerza de trabajo” y “deba ofrecer como mercancía *su fuerza de trabajo* misma, la que sólo existe en la corporeidad viva que le es inherente” (Marx, 1983a: 205-7). Además, para las relaciones de producción capitalistas es fundamental que el comprador de la capacidad del trabajador en realizar su trabajo sea el capitalista: “la relación capitalista es una relación que domina la producción y en que, por tanto, el obrero aparece en el mercado constantemente como vendedor y el capitalista constantemente como comprador...” (Marx, 1990: 44).

Estas condiciones históricas no surgen de la nada. Para que aparezcan, hacen falta varias premisas. Dos de ellas, explícitamente identificadas en *El Capital* son: (1) que el obrero es libre (es decir, que tiene derecho de propiedad

sobre su propia fuerza de trabajo, es su “propietario libre”) y (2) que los medios de producción han sido separados de los productores, y de este modo el trabajador es “libre” de todos los medios de producción que podrían permitirle producir y vender otra cosa que no sea su fuerza de trabajo (Marx, 1983a: 205). Un tercer requisito (implícito en *El Capital*) es que a los capitalistas no les es lo mismo alquilar medios de producción o comprar fuerza de trabajo (es decir, que el capital *ha tomado posesión de la producción*, y de este modo obliga a los productores que han sido separados de los medios de producción a vender su fuerza de trabajo.<sup>1</sup>

Consideremos dentro de esta relación, primero la parte del capital. No que ser muy perspicaz para decir que el capitalista quiere ganancias. Pero lo que Marx quería, era revelar qué son las ganancias y qué es el capital. Considerando todas las formas del capital (tanto antes como después del desarrollo de las relaciones de producción capitalistas), él sugirió que hay algo común a los capitalistas: entran en la esfera de la circulación con cierto valor del capital en forma de dinero para comprar mercancías y luego vender mercancías por *más* dinero. Su objeto, en resumen, es obtener valor adicional, un plusvalor:

El valor adelantado originariamente, no sólo, pues, se conserva en la circulación, sino que en ella *modifica su magnitud de valor*, adiciona un *plusvalor*, se *valoriza*... (Marx, 1983a: 184).

Esto es lo que Marx describió como “la fórmula general del capital”: D-M-D’, ese movimiento del Dinero (D) a la mercancía (M) a más dinero (D’). Mientras su manifestación más pura es el caso del capitalista comerciante que compra “para vender más caro”, Marx consideró el incentivo básico por plusvalor como común a todas las formas del capital (1983a: 190, 199). “El capital”, comentó, “tiene un solo impulso vital, el impulso de valorizarse, de crear plusvalor...” (1983a: 279).

El impulso del capital, su “deber ser”, sin embargo, es más que sólo la búsqueda de ganancias a partir de una sola transacción. La fórmula simple de D-M-D’ ilustra lo que está en el corazón del concepto del capital: *el crecimiento*. “La acción del capital no puede tener otro fin que el enriquecimiento, es decir, el aumento y la incrementación de sí mismo”. Por su propia naturaleza, el capital siempre está buscando y luchando por expandirse. Cualquiera sea su punto de partida inicial, la suma inicial del capital, éste debe impulsar más allá de él; hay “el constante impulso a ir más allá de su límite cuantitativo es un proceso infinito” (Marx, 1985a: 159). El capitalista “representa el impulso absoluto hacia el autoenriquecimiento, y todo límite determinado a su capital es una barrera que debe ser superada” (Marx & Engels, 1994: 179). En verdad, todo límite cuantitativo es contrario a la naturaleza o cualidad del capital: “en consecuencia lleva en su naturaleza el tender continuamente más allá de su propio límite” (Marx, 1985a: 158).

Como veremos, la *esencia* de esta historia es que el capital por su misma naturaleza tiene un impulso a crecer que constantemente crece contra las barreras, tanto las externas como las que le son inherentes, y que el capital empuja constantemente más allá de esas barreras, proponiéndose crecer otra vez. Su movimiento es el de Crecimiento-Barrera-Crecimiento. “El capital se ve acicateado por el impulso incontenible y desenfrenado de superar sus propios límites. Cualquier limitación [*Grenze*] es y tiene que ser para él una barrera [*Schranke*]” (Marx, 1985a: 210).

Pero ¿qué es el capital? Marx creía que a los efectos de entenderlo, necesitamos entender el dinero. Comentando que los economistas burgueses nunca trataron de resolver “el enigma del dinero” (1983a: 113), Marx demostró en su primer capítulo, “La Mercancía”, que el secreto del dinero es que, como equivalente universal del trabajo en todas las mercancías, representa el trabajo social de una sociedad productora de mercancías.<sup>2</sup> Siguiendo esta lógica, entonces D-M-D’ representa un proceso por el cual los capitalistas, que solo representan una parte del trabajo social, tienen derecho a una parte *mayor* de ese trabajo vía el mercado.

---

<sup>1</sup> Si los trabajadores son separados de los medios de producción, hay dos maneras de volver a asociarlos: (1) los trabajadores venden su capacidad de trabajar a los propietarios de los medios de producción o (2) los trabajadores toman en alquiler dichos medios a sus propietarios. Marx consideraba este último caso como *pre-capitalista*. El capital prestamista, aunque explotador, “en el que el capital no se ha apoderado [aun] de la producción, y en que por tanto sólo formalmente es capital, presupone el predominio de formas de producción preburguesas.” En forma similar Marx observaba que “el capital sólo surge allí donde el comercio se apodera de la misma producción, y el comerciante se convierte él mismo en productor, o el productor se torna en simple comerciante” (Marx, 1985a: 258, 263).

<sup>2</sup> El análisis del valor de Marx es una parte importante de su obra, pero aquí su interés es periférico.

¿De dónde proviene ese “derecho”? Marx comprendía muy bien que en el caso de las relaciones *pre-capitalistas*, éste venía a expensas de los productores independientes, por ejemplo, “de la doble *defraudación* a que serían sometidos los productores de mercancías, los que las compran, y los que las venden por parte del comerciante que parasitariamente se interpone entre ellos” (Marx, 1983a: 200). Comprar barato para vender caro significa que el mercader apropia de una parte adicional del trabajo de la sociedad a través de un proceso de intercambio desigual. Aquí la explotación por parte del capital es exterior a las relaciones de producción capitalistas.

Consideremos las relaciones capitalistas, donde el trabajador vende su capacidad de trabajar al capitalista. En razón de que carece de los medios de producción para asociarlos con su fuerza de trabajo, ésta no es un valor de uso para él. Por eso, la ofrece como una mercancía para adquirir el equivalente social del trabajo en su interior ( su valor en la forma de dinero). Él puede asegurarse ese equivalente debido a que su fuerza de trabajo es un valor de uso para otro, el capitalista. Así, el trabajador recibe dinero (que puede usar para comprar los artículos de consumo necesarios), y el capitalista pasa a usar su fuerza de trabajo. Finalmente, a los efectos del análisis, Marx supone que la fuerza de trabajo, como todas las mercancías, recibe su equivalente; de este modo excluye al intercambio desigual como explicación de la existencia de plusvalor. En estos aspectos, la fuerza de trabajo es como cualquier otra mercancía.

Pero en la venta y compra de fuerza de trabajo hay algo más. A diferencia de otras mercancías, la capacidad de trabajar no es separable de su vendedor: después de todo, la fuerza de trabajo sólo existe en el cuerpo vivo del trabajador. Un efecto es que el trabajo necesario para producir esta mercancía es el trabajo necesario para producir al mismo trabajador, la suma del trabajo social (tal como es representado por el dinero) que entra en el consumo del trabajador. El otro efecto es que el trabajador debe estar presente cuando la mercancía de la que se ha desprendido es consumida por su comprador. Así, en lugar de una mercancía separable, lo que en realidad ha vendido el trabajador es un derecho especial de propiedad: el derecho a disponer de su capacidad para trabajar durante un tiempo específico.

Hay otra diferencia respecto de esta transacción particular: el comprador. La razón por la que el capitalista compra fuerza de trabajo no es simplemente para consumirla. Su interés no está en el acto del trabajo mismo (como en el caso de un consumidor individual para quien ciertos servicios específicos son un valor de uso). Recordemos el concepto del capital: D-M-D'. Lo que quiere el capitalista es valor agregado, plusvalor. “El único valor de uso, que puede ser realmente útil al capital” comenta Marx, “es el que puede aumentarlo, multiplicarlo y, por lo tanto, mantenerlo como capital” (Marx, 1985a: 159). Así, lo que el capitalista quiere del trabajador es plus trabajo y debido a (y sólo debido a) que él prevé que podrá obligar a la ejecución de plus trabajo y que este plus trabajo será una fuente de enriquecimiento, la fuerza de trabajo del obrero es para él un valor de uso.

Cómo consigue el capitalista ese plusvalor, sin embargo, no está en la esfera del intercambio (como en el caso de las relaciones *pre-capitalistas*). Sino más bien, ocurre fuera de la transacción mercantil. Luego que esta transacción en la cual hubo el intercambio de equivalentes está finalizada, notó Marx, algo ha sucedido a cada una de las dos partes. “El otrora poseedor del dinero abre la marcha como *capitalista*; el poseedor de fuerza de trabajo lo sigue como su *obrero*” (Marx, 1983a: 214). ¿Y adónde van? Van a entrar a la esfera de la producción, el lugar de trabajo adonde ahora el capitalista tiene la oportunidad de *usar* esa propiedad que ha comprado.

## II. **La esfera de la producción capitalista**

Entonces, ¿qué sucede en la producción luego que ha sido comprada como una mercancía la fuerza de trabajo por parte del capitalista? Primero, “el obrero trabaja *bajo el control del capitalista* a quien pertenece el trabajo de aquél” (Marx, 1983a: 224). El objetivo del capitalista determina la naturaleza y el propósito de la producción. ¿Y por qué tiene el capitalista este poder sobre los trabajadores? Porque este es el derecho de propiedad que compró: el derecho a disponer de su capacidad de trabajar.

“En segundo lugar, *el producto es propiedad del capitalista*, no del productor directo, del obrero” (Marx, 1983a: 224). En suma, los trabajadores no tienen derechos de propiedad sobre el producto que resulta de su actividad. Le han vendido al capitalista lo único que podrían reclamar, su capacidad de trabajar. En consecuencia, el capitalista es el legítimo propietario: está en situación de exigir la creación de plus trabajo y también obtener su recompensa.

¿Cómo sucede esto? Volvamos a la cuestión del valor de la fuerza de trabajo, a lo que paga el capitalista por la fuerza de trabajo a su disposición. “*El valor de la fuerza de trabajo se resuelve en el valor de determinada suma de*

*medios de subsistencia*. También *varía*, por consiguiente, con el valor de los medios de subsistencia, esto es, con la magnitud de tiempo de trabajo requerido para su producción” (Marx, 1983a: 209). Así, en cualquier tiempo dado, hay un conjunto de mercancías que comprende el paquete de consumo diario del trabajador. Si conocemos la productividad general del trabajo, la producción por hora de trabajo, entonces podemos calcular las horas de trabajo necesarias para producir estos requisitos (lo que Marx llamaba *trabajo necesario*):

$$t = U/p \quad (1.1),$$

donde  $t$ ,  $U$  y  $q$  son el trabajo necesario, el paquete del consumo del trabajador y la productividad del trabajo, respectivamente. Para cualquier nivel de vida dado ( $U$ ), cuanto más alto es el nivel de productividad ( $p$ ), más bajo será el nivel de trabajo necesario (y su forma valor: el valor de la fuerza de trabajo).

Es simple, entonces, identificar la condición del capital para satisfacer su impulso por el plusvalor. El capital debe encontrar una manera de obligar a los trabajadores a realizar plus valor, o sea por encima del trabajo necesario. Podemos representar esta condición como sigue:

$$s = d - w \quad (1.2),$$

donde  $s$  y  $d$  son las horas de plus trabajo y de la jornada de trabajo (en términos de longitud e intensidad), respectivamente.<sup>3</sup> Si el trabajador entrega al capitalista más trabajo del que es necesario para reproducirse con un nivel promedio dado de necesidades, entonces realiza plus trabajo, o trabajo “impago”. La razón de plus trabajo a trabajo necesario ( $s/t$ ) mide el grado de explotación (y es la base de la tasa de plusvalor, su forma valor).

Entonces, ¿cómo obliga el capital a la realización del plus trabajo? La historia, por supuesto, comienza con esa transacción en la esfera de la circulación, donde el trabajador no tiene otra alternativa que vender su fuerza de trabajo y el capitalista solo compra esa fuerza si la misma puede ser una fuente de plusvalor. Sin embargo, este acto solo sucede en la esfera de la producción capitalista, donde el trabajador trabaja bajo el control del capitalista. Usando su poder para extender o intensificar la jornada de trabajo ( $d$ ) e incrementando el nivel de productividad ( $q$ ), el capital puede incrementar el plus trabajo, la tasa de explotación y la tasa de plusvalor.<sup>4</sup> La historia que Marx pasó a narrar sobre la evolución en la esfera de la producción capitalista se concentró a su vez en estas dos variables: la jornada de trabajo y el nivel de productividad.

La producción capitalista comienza una vez que el capital subsume formalmente a los trabajadores comprándoles su fuerza de trabajo. En el seno de esta “relación coactiva” (Marx, 1983a: 376), el capitalista ahora ordena al trabajador. Dado que no obstante esta producción inicialmente tiene lugar sobre la base del viejo modo de producción pre-existente (un proceso de trabajo caracterizado, por ejemplo por la artesanía), al principio el capitalista está limitado a usar esta nueva relación de dominación y subordinación (la “subsunción formal” del trabajo bajo el capital) para incrementar la cantidad de trabajo realizado por el trabajador:

Que el trabajo se haga más intenso o que se prolongue duración del proceso laboral; que el trabajo se vuelva más continuo y, bajo la mirada interesada del capitalista, más ordenado, etc., no altera en sí y para sí el carácter del proceso real de trabajo, el modo real de trabajo (Marx, 1990: 55-6).

Al plusvalor resultante de un incremento en la jornada de trabajo, Marx lo designó como *plusvalor absoluto* “porque su mismo incremento, su tasa de crecimiento y todo su incremento es al mismo tiempo un incremento absoluto del valor *creado* (de valor producido)”. (Marx y Engels, 1988b: 233).

---

<sup>3</sup> Dado que la jornada de trabajo ( $d$ ) está medida en horas de trabajo de una intensidad dada, un aumento en la intensidad o (aceleración) representa un incremento en el trabajo realizado más que un incremento en la productividad (que se mide como producción por hora de trabajo con una dada intensidad).

<sup>4</sup> Hay una tercera vía por la que el capital puede incrementar la tasa de explotación: bajando el nivel de vida del trabajador ( $U$ ), y por consiguiente bajando el trabajo necesario ( $t$ ); sin embargo, *El Capital* desecha esta opción, tratando esta norma como dada: “en un país determinado y en un período determinado, está dado el monto medio de los *medios de subsistencia necesarios*” (208).



Dado el impulso a crecer del capital, se entiende que el capital tratará de extender la jornada de trabajo sin límites; su impulso es a “absorber la mayor cantidad posible de plus trabajo.” El capital, dijo Marx, es “trabajo muerto que sólo se reanima, a la manera de los vampiros, al chupar trabajo vivo, y que vive tanto más cuanto más trabajo vivo chupa” (Marx, 1983a: 279-280). Describe cómo la “voracidad canibalesca de plus trabajo” del capital (Marx, 1983a: 292), su “sed vampíresca de sangre viva de trabajo” (Marx, 1983: 309), significa que trata de tornar cada parte del día en tiempo de trabajo, para ser dedicada a “la *autovalorización del capital*” (Marx, 1983a: 319).

Pero contra el intento del capital crecer de este modo hay barreras obvias. El día sólo tiene 24 horas y no puede ser extendido más allá de eso. Además, dentro de esas 24 horas el trabajador necesita tiempo para descansar y revivir, y en verdad, “alimentarse, asearse, vestirse” (Marx, 1983a: 279). Sin embargo, la tendencia a ir más allá: “en su desmesurado y ciego impulso, su hambruna canina de plus trabajo, el capital *no sólo transgrede los límites morales sino también las barreras máximas puramente físicas de la jornada laboral*” (Marx, 1983a: 319).

Librado a sí mismo, el capital usurparía así “el tiempo para el crecimiento, el desarrollo y el mantenimiento de la salud corporal” para conseguir “el mayor gasto diario posible de la fuerza de trabajo, por morbosamente violento y penoso sea ese gasto”; en consecuencia, “no sólo la *atrofia* de la fuerza de trabajo humana a la que despoja –en lo moral y en lo físico– de sus condiciones normales de desarrollo y actividad. *Produce el agotamiento y muerte prematuros de la fuerza de trabajo misma.*” (Marx, 1983a: 320). En resumen, “el capital, consiguiente, no tiene en cuenta la salud y la duración de la vida del obrero, *salvo cuando la sociedad lo obliga a tomarlas en consideración*” (Marx, 1983a: 325).

Y como relata Marx acerca de los límites puestos a la jornada de trabajo en la Inglaterra del siglo XIX, “la sociedad” *forzó* al capital a encontrar otro camino para crecer. Describe la resistencia de los trabajadores a la extensión de la jornada de trabajo, el largo período de lucha de clases en el que los trabajadores trataron de mantener una jornada “normal” (Marx, 1983a: 361) y, finalmente (con el apoyo de los representantes de la propiedad territorial), la aprobación de la Carta de las Diez Horas, “una *barrera social* infranqueable que les impida a ellos mismos venderse junto a su descendencia, *por medio de un contrato libre con el capital*, para la muerte y la esclavitud.” (Marx, 1983a: 364).

Bajo tales circunstancias, “la voracidad canibalesca del capital por el plus trabajo” le obliga a intentar crecer de otro modo: reduciendo el trabajo necesario a través de incrementos en la productividad del trabajo. Al acrecentamiento del plusvalor sobre esta base, en la que el tiempo de trabajo necesario de la jornada laboral es “reducido produciendo el equivalente de los salarios en un tiempo más corto”, Marx lo designó como *plusvalor relativo*. Sin embargo, para generarlo, el capital debe transformar el modo de producción que ha heredado, creando en el proceso un “modo de producción específicamente capitalista.” Progresivamente surge algo más que sólo una relación social de dominación y subordinación. Ahora, el trabajador está dominado técnicamente por los medios de producción, por el capital fijo, en el proceso de producción. En lugar de la subsunción formal “*hace su entrada en escena la subsunción real del trabajo en el capital*” (Marx, 1983a: 618).

Inicialmente, el capital alteró el modo de producción introduciendo al manufactura (el desarrollo de nuevas divisiones del trabajo en el interior del lugar de trabajo capitalista). Como resultado de las nuevas formas de cooperación y especialización individual dentro del organismo que se convirtió en el taller capitalista, la productividad del trabajo avanzó sustancialmente. Pero Marx apuntó que había límites inherentes al crecimiento del capital sobre esta base. En particular, la producción siguió dependiendo de obreros calificados, cuyo período de aprendizaje era prolongado y ellos insistían en mantener (Marx, 1983a: 447). La manufactura como un método de producción restringido al crecimiento del capital porque estaba basado en el presupuesto histórico de “la actividad artesanal en cuanto principio regulador de la producción social”. Con la introducción de máquinas, sin embargo, cayeron “las barreras que ese mismo principio oponía aún a la dominación del capital” (Marx, 1983a: 449).

De esta manera, la ulterior alteración del modo de producción se basó en la maquinaria y el sistema fabril. Al principio, su progreso era limitado porque los mismos constructores de máquinas eran “una categoría de obreros que a causa de la índole semiartística de su labor, sólo podía aumentar de manera paulatina, y no a saltos” (Marx, 1983a: 465). Con el desarrollo de la producción de máquinas por máquinas, empero, el capital ahora crearía para sí “su base técnica adecuada” (Marx, 1983a: 468). Característica del nuevo sistema fabril es su “enorme capacidad, inherente al sistema fabril, de expandirse a saltos”; en verdad, “este modo de producción adquiere una *elasticidad*, una *capacidad de expansión súbita y a saltos*” (Marx, 1983a: 549-51). Evidentemente este cambio no era un desarrollo fortuito: era la manera en que el capital atravesaba una barrera específica: “no es algo fortuito para el

capital sino la metamorfosis histórica de los medios de trabajo tradicionales, adaptados a las necesidades del capital” (Marx, 1985b: 108).

Adecuada para el capital en tanto son rebasadas las barreras al desarrollo de la productividad y la generación de plusvalor relativo en el interior de la producción. La producción es transformada en un proceso de “la aplicación tecnológica de la ciencia” (Marx, 1983a: 953). Ahora, el trabajo necesario puede ser forzado más y más hacia abajo (y el plusvalor relativo hacia arriba), a medida en que “la acumulación del saber y la destreza, de las fuerzas productivas generales del cerebro social, se ve también absorbida por el capital.<sup>5</sup> (...) el capital implanta el modo de producción congruente con él”, una vez que “el proceso de producción (...) se sustrae en su conjunto a toda subsunción bajo la destreza directa del trabajador, para convertirse en una aplicación tecnológica de la ciencia” (Marx, 1985b: 108, 109).

Sin embargo, este es un modo de producción, en otro sentido. Además de incrementar la productividad, la máquina permite la intensificación de la jornada de trabajo, y le proporciona al capital “en el *arma más poderosa* para reprimir las periódicas revueltas obreras, las huelgas, etc., dirigidas contra la *autocracia del capital*” (Marx, 1983: 530), consolida el despotismo del taller capitalista con el desarrollo de “una disciplina cuartelaria” (Marx, 1983a: 517), enajenan —al obrero— las potencias espirituales del proceso laboral “en la misma en que a dicho proceso se incorpora la ciencia como potencia autónoma” (Marx, 1983a: 804) y “produce una *población obrera superflua* que no puede oponerse a que el capital le dicte su ley” (Marx, 1983a: 497)

Así la historia del capital en el interior de la esfera de la producción es la de su tendencia a ser impulsado más allá de todas las barreras. “el afán insaciable” del Capital por crecer revela su tendencia universalizadora, su misión histórica en la que “tiende hacia el desarrollo universal de las fuerzas productivas” (Marx, 1985a: 203; 391). ¿Qué puede frenar al capital?

### III. *La esfera de circulación capitalista.*

Marx notó que uno de los errores de la economía política clásica era que “identifica la producción de manera inmediata con la autovalorización del capital”, una opinión que no comprende que la producción capitalista es una unidad de producción y circulación (Marx, 1985a: 279). Hasta ahora todo lo que hemos estado considerando es la producción de plusvalor. Pero como lo apuntó Marx, esto es solo “el primer momento”:

Una vez objetivada en mercancías la cantidad de plustrabajo susceptible de ser expoliada, el plusvalor está producido. Pero con esta producción del plusvalor, sólo queda concluido el primer acto en el proceso capitalista de producción (...) llega entonces el segundo acto del proceso (Marx, 1983c: 313).

En ese segundo acto, deben venderse las mercancías. El circuito que el capital debe atravesar puede ser descrito como:

$D - T \dots P \dots T' - D'$

Partiendo de su forma-dinero (D), el capital ha comprado fuerza de trabajo (T) y la pone a trabajar junto a los medios de producción, generando en el interior de ese proceso de producción (P) mercancías preñadas con plusvalor (T'). Pero el objetivo del capital no es T': esas mercancías deben pegar el salto mortal de T' a D', si se quiere realizar ese plusvalor potencial.

Así, mientras que primeramente parecía que los únicos obstáculos al crecimiento del capital residían en la esfera de la producción, ahora resulta que el capital por su misma naturaleza enfrenta barreras adicionales a su crecimiento; esta vez en la esfera de la circulación. Encuentra una “en la magnitud dada del *consumo*: de la capacidad de consumo” (Marx, 1985a: 274). Para crecer, el capital debe ser impulsado más allá de esta barrera: “una condición de la producción capitalista es la creación de una *órbita de circulación cada vez más amplia*” (Marx, 1985a: 272). Por lo tanto, “a la vez que el capital tiende, de una parte a crear cada vez más plustrabajo, de otra parte, y como

---

<sup>5</sup> Recordemos que esta declinación en el trabajo necesario no representa una caída en las normas absolutas de consumo sino simplemente refleja los requisitos de trabajo reducidos para producir el paquete fijo como resultado del aumento de productividad.

complemento de esto, tiende a crear más y más puntos de cambio.” En resumen, el impulso expansivo del capital está presente tanto en la esfera de circulación como en el seno de la producción: “la tendencia a crear un *mercado mundial* se halla por lo tanto directamente en el concepto mismo del capital.” Para el capital, “cualquier limitación es una barrera que hay que vencer” (Marx, 1985a: 276).

Es inherente a este concepto de capital, de este expansivo y creciente capital, que requiere “la creación de nuevo consumo,” de tres maneras: “en primer lugar, ampliación cuantitativa del consumo existente; en segundo lugar, creación de nuevas necesidades, mediante la extensión de las necesidades ya existentes en un círculo más amplio; en *tercer lugar*, creación de *nuevas* necesidades, descubrimientos y producción de nuevos valores de uso” (Marx, 1985a: 277). Todo esto es parte del aspecto “civilizador” del capital, en su impulso expansivo, el capital amenaza a los que eran los límites inherentes de modos de producción anteriores como meras barreras a disolver:

El capital fomenta esta tendencia a remontarse por sobre las barreras y los prejuicios nacionales y a sobreponerse a la deificación de la naturaleza y al modo tradicional de satisfacer las necesidades, circunscrita dentro de determinados límites, concretada a las necesidades existentes y a la reproducción del viejo modo de vida. El capital actúa destructivamente contra todo esto y [ejerce una acción] constantemente revolucionaria, derribando todas las límites que obstruyen el desarrollo de las fuerzas productivas y se oponen a la expansión de las necesidades, a la diversificación de la producción y a la explotación y el intercambio [libre] de las fuerzas naturales y espirituales (Marx, 1985a: 278).

Sin embargo, las barreras que enfrenta el capital en la esfera de la circulación no sólo son externas: también le son inherentes a su propia naturaleza. No sólo debe vender el capital sus productos y mercancías (lo que significa que deben ser valores de uso para compradores que poseen su equivalente en la forma de dinero), sino también debe volver (esta vez como vendedor) a una esfera de circulación que está marcada por las relaciones de producción capitalistas. De esta manera tiene lugar la realización del plusvalor:

Sobre la base de relaciones antagónicas de distribución, que reduce el consumo de la gran masa de la sociedad a un mínimo, solamente modificable dentro de límites más o menos estrechos. Además está limitada por el impulso de acumular, de acrecentar y producir plusvalor en escala ampliada (Marx, 1983c: 313-4).

En consecuencia, Marx (1983c: 329) notó que hay una “escisión entre las restringidas dimensiones del consumo sobre bases capitalistas, y una producción que tiende constantemente a superar esa barrera que le es inmanente.” Y aquí vemos una característica adicional de la producción capitalista. El problema del capital en la esfera de circulación no es simplemente que debe expandir la esfera de circulación sino que tiende a expandir la producción de plusvalor *más allá* de su capacidad de realizar ese plusvalor. El resultado es la tendencia hacia la “*superproducción*, contradicción fundamental del capital una vez desarrollado” (Marx, 1985a: 283).

La descripción de la superproducción como “la contradicción fundamental” indica la importancia que Marx le atribuyó. Para Marx, la tendencia inherente del capital hacia la sobreproducción se desprende directamente de los éxitos del capital en la esfera de la producción; en particular, su logro en impulsar la tasa de explotación. Lo que hace el capital en la esfera de la producción regresa a agobiarlo en la esfera de la circulación. Pugnando por “reducir al mínimo la relación entre el trabajo necesario y el plus trabajo,” el capital crea simultáneamente “límite a la esfera del cambio”, es decir, la posibilidad de la valorización, la realización del valor creado en el proceso de producción” (Marx, 1985a: 289). La superproducción, notó Marx (1968: 468), surge precisamente porque el consumo de los trabajadores “no crece en la misma medida que la productividad del trabajo.” ¿Y el resultado? Las crisis periódicas, esas “soluciones violentas momentáneas de las contradicciones existentes, erupciones violentas que restablecen por el momento el equilibrio perturbado” (Marx, 1983b: 320):

El modo de producción burgués contiene en su seno una barrera al libre desarrollo de las fuerzas productivas, una barrera que surge en la superficie en las crisis y en particular en la *sobreproducción*, el fenómeno básico en las crisis (Marx, 1968: 528).

De este modo el capital produce su propio límite específico. No está interesado en la producción, salvo que sea una producción rentable, de plusvalor que pueda ser realizado. Si tiene demasiado éxito en aumentar el plus trabajo, “entonces sufre de plus producción, y entonces se interrumpe el trabajo necesario, pues *el plus trabajo no puede ser realizado por el capital*.” Aquí tenemos un límite exclusivo de las relaciones de producción capitalistas: “el capital encierra una limitación *específica* de la producción (...) que contradice su tendencia general de saltar por encima de todos los límites” (Marx, 1985a: 421, 283). En este aspecto, “*el verdadero límite* de la producción capitalista lo es *el propio capital*” (Marx, 1983c: 321).

#### IV. **Barreras y límites.**

¿Qué historia del capital hemos elaborado hasta ahora? Hemos visto que el capital contiene en su seno la tendencia a crecer y la tendencia a erigir límites al crecimiento. A diferencia de Ricardo (quien sólo vio la tendencia del crecimiento, comprendiendo en consecuencia “la esencia positiva del capital”) y Sismondi (quien solo viendo los límites, se había “percatado más profundamente de las limitaciones inherentes a la producción capitalista, de su unilateralidad negativa”), Marx entendió que por su misma naturaleza el capital abarcaba ambos aspectos y se movía “en contradicciones que son constantemente superadas pero también constantemente postuladas” (Marx, 1985a: 279). De hecho, notó que “el capital se revela así, como una contradicción viviente, puesto que se impone un límite *específico*, al mismo tiempo que se ve empujado a sobrepasar todos los límites” (Marx, 1985a: 289).

Mas la historia trata de algo más que la contradicción en el seno del capital. Lo crucial es que el capital *triunfa* en impulsar más allá de todas las barreras y que se desarrolla a través de este mismo proceso. Esta contradicción interna, en resumen, es una parte esencial de su movimiento, impulso y actividad.<sup>6</sup> Así la creación del modo de producción específicamente capitalista, el lugar de crecimiento del capital fijo, el crecimiento de las grandes empresas, de la centralización del capital, el desarrollo de nuevas necesidades y del mercado mundial; todos estos acontecimientos cruciales surgen como el resultado del esfuerzo del capital por trascender sus barreras, negar su negación. Hasta las crisis “no son permanentes” y son parte de este proceso de desarrollo:

La producción capitalista, por un lado, tiene su fuerza impulsora; por el otro, solo tolera la producción adecuada al uso rentable del capital existente. En consecuencia surgen las crisis, que simultáneamente la empuja adelante y más allá [de sus propios límites] y la fuerzan a ponerse botas de siete leguas, para alcanzar un desarrollo de las fuerzas productivas que solo podría ser logrado muy lentamente en el seno de sus propios límites (Marx, 1968: 497n; 1971: 122).

La descripción del movimiento del capital como el resultado de este impulso a “remontarse por sobre las barreras”, sugiere, por supuesto un proceso sin fin, ilimitado, un proceso *infinito*. Dado lo que sabemos de Marx, sin embargo, ¿cómo podemos presentarlo como su historia del capital? ¿El capitalismo como infinito? Sin embargo, esto no es en absoluto una mal interpretación.

No fue casual que Marx usara estos términos, distinguiendo claramente entre barreras por un lado y límites y fronteras por el otro. El significado de afirmaciones como “cualquier limitación [*Grenze*] es y tiene que ser para él una barrera [*Schranke*]” es evidente cuando se comprende la distinción entre Barrera y Límite en la *Ciencia de la Lógica* de Hegel (Marx, 1985a: 210, 278).<sup>7</sup>

Este no es el lugar para una extensa discusión de la relación entre Marx y Hegel.<sup>8</sup> Sin embargo necesitamos destacar este punto en particular: para Hegel, para que algo sea finito, debe ser incapaz de superar una barrera particular. De hecho, una barrera debe ser su Límite. Lo que tiene una Frontera o Límite es finito y por ello debe perecer.<sup>9</sup> En contraste con el Límite, por definición el concepto de Barrera *puede* ser negado: “por el hecho mismo de estar algo determinado como límite, ya por eso se halla superado” (Hegel, 1948, I: 171). Aquí también la

---

<sup>6</sup> “La contradicción es la raíz de todo movimiento y vida, y sólo en la medida en que contiene una Contradicción es que algo se mueve y tiene impulso y actividad” (Hegel, 1961, II: 67).

<sup>7</sup> Esta distinción entre Barrera y Límite en Marx es introducida en Lebowitz (1976).

<sup>8</sup> Aunque los escritos filosóficos de Hegel tuvieron una fuerte influencia en Marx en su juventud (y algunos dirían, a lo largo de su vida), al mismo tiempo que trabajaba en sus manuscritos de 1857-58 que son conocidos como los *Grundrisse* (Marx, 1985a y b), Marx releía la *Ciencia de la Lógica* de Hegel (Marx y Engels, 1965: 100).

<sup>9</sup> “No es simplemente posible que perezca, de modo que pudiese también existir sin tener que perecer, sino que el ser (existir) de las cosas finitas, como tal, consiste en tener el germen del perecer como su ser-dentro-de-sí: la hora de su nacimiento es la hora de su muerte” (Hegel, 1948, I:166).

superación de barreras es la manera en la que se desarrolla una cosa: “la planta supera el límite de existir como germen, e igualmente el de existir como flor, como fruto, como hoja” (Hegel, 1948, I: 172).

Es obvio que Marx usa repetidamente el término “barrera” en su sentido hegeliano. Por ejemplo, habiendo descrito el desarrollo del modo de producción específicamente capitalista, observó en *El capital* (en comentarios citados parcialmente más arriba) que “este modo de producción adquiere una *elasticidad*, una *capacidad de expansión súbita y a saltos* que sólo encuentra barreras en la materia prima y en el mercado donde coloca sus propios productos” (Marx, 1983a: 549). Sin embargo está claro que Marx no consideraba estas barreras como límites. Inmediatamente pasó a discutir el modo en el que la maquinaria (por ejemplo, la desmotadora de algodón) aumentó el abastecimiento de materias primas y la parte jugada por la industria en gran escala en la conquista de mercados exteriores y la transformación de países extranjeros en proveedores de materias primas: “una nueva división internacional del trabajo, adecuada a las principales sedes de la industria maquinizada...” (Marx, 1983a: 550).

De este modo, nuevamente no vemos un límite, sino meras barreras: la sugerencia de un proceso infinito, correspondiente a los conceptos de la *Lógica* de Hegel. En la discusión de Marx sobre el Crecimiento-Barrera-Crecimiento subyace la investigación hegeliana de los conceptos de deber ser y la Barrera. Para Hegel, lo que impulsa más allá de la Barrera es el deber ser, y fue en el curso de la investigación de la relación Deber ser-Barrera que demostró la manera en la que el concepto de lo Finito entró en el de Infinito:

Lo finito en su perecer no ha perecido; sólo se ha convertido en primer lugar, en *otro* finito, pero que igualmente es el perecer como traspasar en otro finito, y así a continuación al *infinito* (Hegel, 1948, I: 174-5).

En resumen, en la medida en que hablamos acerca de meras barreras al capital, *estamos* discutiendo un proceso infinito. Obviamente, entonces, hay algo muy crítico que falta en la historia que hemos narrado del capital. Marx no pensaba en el capitalismo como un sistema sin fin, infinito. *¿Cuál es el límite, entonces, que hace finito al capital?* No es que el capital se cansa o se pone senil, incapaz en cierto punto de superar más las barreras.<sup>10</sup> Antes bien, la respuesta que ofrecieron Marx y Engels a lo largo de sus vidas fue coherente: la clase obrera es el Límite del capital. Argumentaban que lo que el capital produce “ante todo, sus propios sepultureros. Su hundimiento y la victoria del proletariado son igualmente inevitables” (Marx y Engels, 1998: 53). Y esta es la misma historia que Marx narra en *El Capital*. Con el desarrollo del modo de producción específicamente capitalista, el capital está cada vez más centralizado, crece “su carácter internacional” y crece la miseria y la explotación, pero “se acrecienta también la rebeldía de la clase obrera, una clase cuyo número aumenta de manera constante, y que es disciplinada, unida y organizada por el mecanismo mismo del proceso capitalista de producción.” ¿Y el resultado de esta revuelta? “Suenan la hora postrera de la propiedad privada capitalista. Los expropiadores son expropiados” (Marx, 1983a: 953). La conclusión: los trabajadores ponen fin a la historia del capital.

---

<sup>10</sup> Algunas historias sobre “la baja tendencial de la tasa de ganancia” parece sugerir esto, pero no parece razonable verlo como un límite más que como una barrera. Cf. Lebowitz (1976, 1981).

**Más allá de *El Capital* – Michael Lebowitz**  
**(trad. Francisco T. Sobrino)**

***Capítulo 2. ¿Porqué Más allá de El Capital?***

El marxismo ortodoxo, no significa reconocimiento acrítico de los resultados de la investigaciones marxiana. No es la “fe” en tal o cual tesis, ni la interpretación de una escritura “sagrada”. En cuestiones de marxismo, la ortodoxia se refiere exclusivamente al método.

Georg Lukács (1969:2)

Consideremos ese retrato del capitalismo presentado en el capítulo anterior. Si nos basado en la experiencia histórica, ¿hay alguna razón para rechazar el análisis de Marx sobre la naturaleza de el capital? ¿Deberíamos desechar la idea de que el capital descansa sobre la explotación de los trabajadores, que tiene un apetito insaciable por el plustrabajo? ¿Que por lo tanto busca constantemente modos de alargar e intensificar la jornada de trabajo, hundir los salarios reales, aumentar la productividad? ¿Qué acontecimiento del capitalismo mundial en los dos últimos siglos nos podría inducir a pensar que el capital es diferente?

Por ejemplo, ¿ya no tiene vigencia la afirmación de que el capital “no se preocupa de la salud o la extensión de vida del trabajador, a menos que las fuerzas de la sociedad lo fuerce a hacerlo”? El caso de las condiciones de trabajo y vidas de trabajo acortadas en las zonas económicas especiales y las maquiladoras, sugiere que lo que Marx escribió es tan cierto como siempre. ¿Y acaso el trato del capital al ambiente natural es diferente? ¿Es errónea esta afirmación?: “todo el espíritu de la producción capitalista, orientado hacia la ganancia directa e inmediata de dinero” contradice a “la totalidad de las condiciones vitales permanentes de las generaciones de seres humanos”, y que todo progreso de la agricultura capitalista en “el acrecentamiento de la fertilidad del suelo durante un lapso dado es un avance en el agotamiento de las fuentes duraderas de esa fertilidad” (Marx, 1983c: 795). ¿Estaba equivocado? Nuestra experiencia moderna con los pesticidas y fertilizantes químicos refuerza la visión de Marx sobre el capitalismo y la naturaleza, sobre lo que la producción capitalista le hace a “los dos manantiales de toda riqueza: la tierra y el trabajador” (Marx, 1983a: 613), a menos que la sociedad lo fuerce a actuar de otro modo.

Por supuesto, desde que se escribió *El capital*, han cambiado muchas cosas. Pero no la naturaleza esencial del capital. La aparente victoria del capitalismo sobre su alternativa putativa, el socialismo irreal, no desafía en sí a su teoría. Los modernos sacerdotes del capital pueden encontrar en Marx una comprensión no superada de su dinámica, enraizada en esa auto-valorización que actúa de motivo y objetivo de la producción capitalista. Que el capital impulsa más allá de “modo tradicional de satisfacer las necesidades, circunscrito dentro de determinados límites, concretado a las necesidades existentes, y a la reproducción del viejo modo de vida”, que constantemente revoluciona el proceso de producción así como las viejas formas de vida, “derribando todos los límites que obstruyen el desarrollo de las fuerzas productivas y se oponen a la expansión de las necesidades, a la diversificación de la producción, y a la explotación y el intercambio libre de las fuerzas naturales y espirituales” (Marx, 1985a: 278) ; todo esto, como hemos visto,

fue primordial para la concepción marxiana de la producción basada en el capital. De este modo, si el capital de hoy obliga a las naciones a adoptar formas de producción capitalistas, crea un mundo a su imagen y de hecho muestra otra vez que todo lo que es sólido (incluyendo aquello hecho por hombres de acero), se disuelve en el aire, en sí esto no puede ser considerado una refutación a Marx.

Más aún, ni en estos días de creciente intensidad de la competencia capitalista, creciente desempleo y devaluación del capital en todo el mundo, podemos ignorar el carácter contradictorio de la reproducción capitalista que destacaba Marx, y su recordatorio de que la tendencia del capital hacia el desarrollo absoluto de las fuerzas productivas sólo ocurre en “el primer acto”, y que la realización del plusvalor producido requiere un “segundo acto”, en el que deben ser vendidas las mercancías “en el seno de la estructura de condiciones de distribución antagónicas”, que llevan la marca de las relaciones de producción capitalistas.

Por esto, *El Capital* parece haber tenido bastante éxito en revelar “la ley económica que rige el movimiento de la sociedad moderna” (1983a: 8). Y a pesar de eso, hay esa advertencia tan obvia: que a pesar de la convicción de Marx de que el capitalismo estaba condenado, a pesar de su afirmación de que se acabaría con la revolución de la clase obrera, el capital aún está con nosotros y no muestra signos de preparar su temprana partida. Aún no ha sonado “la hora postrera” para el capitalismo, ni los expropiadores han sido expropiados. Aquí, efectivamente, está el dilema expresado por Michael Burawoy (1989: 51): “dos anomalías enfrentan al marxismo como su refutación: la perdurabilidad del capitalismo y la pasividad de su clase obrera.”<sup>11</sup>

Para la derecha, la combinación de la continua existencia del capitalismo y el fracaso del “socialismo realmente existente” en realizar el sueño de Marx de una sociedad de trabajadores libres y asociados, es suficiente prueba del error del marxismo. Y aún algunos de la izquierda han llegado a la conclusión en forma similar de que la existencia continuada del capitalismo demuestra lógicamente que el mismo es “óptimo para el ulterior desarrollo de las fuerzas productivas” (Cohen, 1978: 175). Otros en la izquierda han respondido a la ausencia de esa revolución de la clase obrera concluyendo que Marx estaba totalmente equivocado: que al privilegiar a los trabajadores como sujetos del cambio social cometió los pecados del reduccionismo y el esencialismo de clase. Para estos “post-marxistas”, la multiplicidad de las luchas democráticas modernas equivale a una crítica a su teoría.

## V. *Desprecio al marxismo*

La crítica al marxismo no es nueva. “Paulatinamente empezó a incorporarse al buen tono científico el recibir con mera burla cualquier adhesión al marxismo ortodoxo,” escribió Lukács (1969: 1) en 1919. Sin embargo, esta época ha tenido sus propias razones para el desdén irónico. Para algunos, ha sido una época para decir un triste “adiós al proletariado.” El mismo desarrollo de la automatización y la computarización dentro del capitalismo está eliminando al preconcebido agente del cambio social. La “clase obrera tradicional,” de acuerdo a Andre Gorz, ahora no es más que una “privilegiada minoría”:

La mayoría de la población ahora pertenece al neo-proletariado postindustrial que, sin empleo seguro ni identidad de clase definida, ocupa el área del empleo a prueba, por contrato, casual, temporario y part-time. En el futuro no muy lejano, empleos como estos *serán* en su mayoría eliminados por la automatización (Gorz, 1982: 69).

---

<sup>11</sup> Es en sí mismo interesante que estas “anomalías” sean identificadas por separado...

Ciertamente, ¿cómo puede una clase obrera en proceso de desaparición representar el papel que le asignaron? Pero entonces, para algunos, ese “privilegiado” rol de la clase obrera en todo caso fue *siempre un mito*. Uno de los “postulados menos defendibles de la tradición marxista”, nos dice Chantal Mouffe (1983: 8-9), este centrarse sobre la posición irremplazable de los trabajadores en la lucha por el socialismo equivale a poco menos que una reducción de todo lo que importa para la esfera económica. Aún la atención aparentemente no reduccionista de Gramsci sobre la posición hegemónica de la clase obrera en una lucha *multifacético* por el socialismo debe ser descartada, parece, si queremos superar el economismo.

La sociedad es ahora más compleja (o de hecho siempre lo ha sido). En consecuencia, en lugar de división de clases, la base para la construcción de una nueva sociedad es la reivindicación social pluralista. Por cierto, Jean Cohen sugiere que para una gran cantidad de intelectuales neo-marxistas, “consecuentemente ha sido más o menos abandonado el dogma del proletariado industrial como *la* clase revolucionaria y el único sujeto revolucionario.” En su lugar, los “nuevos movimientos sociales,” organizados en torno a la ecología y las preocupaciones ambientalistas, el feminismo y los derechos humanos, la paz, formas democráticas y descentralizadas de interacción económica y social han sido o bien favorecidos o competidores equivalentes como fuentes de sujetos revolucionarios:

Los movimientos sociales están proliferando en casi todos los segmentos de la sociedad. Los nuevos actores sociales se están dirigiendo a un rango totalmente original de cuestiones y desafiando al modelo cultural (de progreso y crecimiento) y las estructuras jerárquicas de la sociedad occidental contemporánea (Cohen, 1982: 1, xi).

Y más aún, estos nuevos movimientos sociales no son movimientos de la clase obrera. Más bien, su principal base social, como argumenta Claus Offe (1985: 828-33), es la “nueva clase media” (especialmente la de las profesiones de servicios humanos y el sector público); junto a elementos de la vieja clase media y de las periferias del mercado laboral (estudiantes, desempleados, amas de casa). Ni tampoco es una política de clase: “La nueva política de clase media... es típicamente una política *de* clase pero no *en nombre* de una clase.” En resumen, las demandas de los nuevos movimientos sociales tienen a ser “clasistamente muy indefinidos” y universalistas.

Entonces, ¿adónde deja esto al marxismo, esta vetusta expresión de fe en la clase obrera? Aparentemente, mirando desde afuera. “Hasta los sectores socialistas de los movimientos políticos más democráticos,” informan Samuel Bowles y Herbert Gintis (1986: 10) “tratan ahora al marxismo con un respeto debido a sus conquistas pasadas, mientras que permanecen conscientes de su limitada relevancia para las preocupaciones de feministas, ambientalistas, minorías nacionales, o hasta obreros comunes. Así como frecuentemente, estos movimientos consideran al marxismo con hostil indiferencia.”

No es que este actual desprecio parezca ser infundado. Bowles y Gintis llaman la atención sobre una “tendencia marxiana a tratar diferentes aspectos de la vida social como teóricamente indiferenciados.” Y así, el resultado es predecible; es hacer invisible cualquier otra cosa que no sea la lucha de clases entre capitalistas y obreros:

El resultado es forzar las formas más diversas de dominación: el imperialismo, la violencia contra las mujeres, el despotismo estatal, el racismo, la intolerancia religiosa, la opresión de los homosexuales, y demás, a la oscuridad o al molde del análisis clasista (Bowles y Gintis, 1986: 19).



Ahora agreguemos a todo esto el singular aroma que tomó el marxismo en los países del “socialismo realmente existente”. Allí, cristalizado como una ideología oficial del estado, el marxismo se convirtió en un anatema para muchos que luchaban por la liberación humana que buscaba Marx. Entonces, ¿es para extrañarse de que “entre los intelectuales se ha vuelto gradualmente de moda tratar con irónico desdén toda profesión de fe en el marxismo”?

Entonces, ¿es hora de decir “adiós” no sólo a la clase obrera sino también al marxismo? *Seamos francos. No solo la ausencia de revolución socialista y la continuada hegemonía del capital sobre los trabajadores en los países capitalistas avanzados, sino también el silencio teórico (y la irrelevancia práctica) con respecto a las luchas por la emancipación, luchas de las mujeres contra el patriarcado en todas sus manifestaciones, luchas sobre la calidad de vida y la identidad cultural; todas esas cosas apuntan a una teoría no totalmente exitosa.*

## VI. ¿Dónde falló la teoría?

Para Marx, “los hechos” significaban algo. La teoría intenta comprender las cosas que no aparecen en la superficie, para hallar las conexiones internas. Esa es una tarea de la ciencia: “descubrir, a través de la apariencia, la naturaleza intrínseca y la figura íntima de este proceso” (Marx, 1983a: 212-13). Se trata de comprender el mundo real, para cambiarlo. De este modo, para Marx no sólo es lo real y concreto el punto de partida para la teoría (por ejemplo, la sociedad realmente existente), sino que la puesta a prueba de la teoría es cómo comprende esa totalidad concreta; cómo conducen a la reproducción de lo concreto por la vía del pensamiento a través de un proceso cuidadosamente lógico (Marx, 1985a: 15-16):

Por lo que se refiere al Capítulo IV, he sudado sangre y agua para encontrar *las cosas mismas*, es decir, su *encadenamiento*. Además, después de que quedó terminado, un libro azul tras otro ha venido a atravesarse, durante mi última *labor de revisión*, y me sorprendía el ver mis resultados teórico enteramente confirmados por los hechos.<sup>12</sup>

Desde esta perspectiva, habría que reconocer que en su estado actual la teoría es inadecuada precisamente porque *no* está totalmente confirmada por los hechos. Pero ¿hablamos de la teoría de Marx o del marxismo? Ambas cosas no son necesariamente lo mismo. ¿Podría ser que la necesidad de que la teoría sirva a una práctica particular sea responsable de una deformación en el siglo XX de la teoría original de Marx?

Como bien sabía Marx, el destino de *cualquier* teoría en las manos de sus discípulos no necesariamente es feliz. El maestro, para quien “la ciencia no era algo recibido, sino en devenir”, puede “que cometa tal o cual aparente inconsecuencia a favor de esta o aquella acomodación” (Marx, 1965: 103-4). Estas mismas inconsistencias y contradicciones pueden testificar la riqueza del material vivo a partir del cual se desarrolla la teoría misma. Sin embargo, como él notó en relación a los discípulos de Ricardo, el mismo esfuerzo de éstos por *resolver* estas inconsistencias y contradicciones irresueltas pueden comenzar el proceso de desintegración de esa teoría.

La desintegración comienza cuando los discípulos son impulsados a “justificar” la “frecuentemente paradójica relación de esta teoría con la realidad,” o cuando por un “tosco empirismo”, “frases al estilo escolástico” y “astutos argumentos”, intentan demostrar que la teoría todavía es correcta (a pesar de “los

---

<sup>12</sup> Marx a Engels, 24 de agosto de 1867, en Marx Y Engels, 1974: 137.

hechos”). En resumen, la desintegración de la teoría comienza cuando el punto de partida ya no es más “la realidad (...) sino las formas teóricas proclamadas por el maestro” (Marx, 1974b: 144; 1971: 84-5).

Esto sugiere que la respuesta puede ser volver al Marx original y puro y buscar estas inconsistencias, adaptaciones y contradicciones irresueltas detrás de la “frecuentemente paradójica relación de esta teoría con la realidad.” Quizás la respuesta es simple: que los elementos y problemas que muchos identificarían como característicos del marxismo realmente existente reflejan la desintegración de la teoría de Marx a manos de sus discípulos.

Y sin embargo algunos críticos han argumentado que esto sería liberar a Marx demasiado fácilmente. Plantean que el corazón de los problemas puede rastrearse en el mismo Marx. Andre Gorz (1982: 16) argumenta que “la teoría del proletariado de Marx no está basada ni en la observación empírica del conflicto de clase ni del compromiso práctico en la lucha proletaria... Por el contrario, solo un conocimiento de esta misión [su clase] posibilitará descubrir el verdadero ser de los proletarios.” En su opinión, el compromiso con la clase obrera para Marx (como para los revolucionarios posteriores) no es “*debido a* que el proletariado actúa, piensa y siente de una manera revolucionaria sino porque *es* en sí revolucionario por destino, es decir, *tiene que ser* revolucionario; debe ‘devenir lo que es’” (Gorz, 1982: 20). En resumen, precisamente debido a que el punto de vista filosófico del joven Marx, antes que “los hechos”, es la fuente original de este concepto central del marxismo, “las distintas posiciones teóricas y políticas entre los marxistas solo pueden ser legitimadas si son fieles al dogma. En consecuencia, la ortodoxia, el dogmatismo y la religiosidad no son rasgos accidentales del marxismo” (Gorz, 1982: 21).

En cambio para otros los problemas han tenido su fuente no en el joven, sino en el *viejo* Marx, el “científico”. Cornelius Castoriadis, por ejemplo, ha planteado que la lucha de clases está fuera de los límites de *El capital* (y por lo tanto de Marx). Argumentando que en la lucha en el seno de la producción Marx presenta en su obra solo el lado del capital (“permitiendo que el obrero aparezca como un objeto puramente pasivo de esta actividad”), Castoriadis sitúa el problema en el tratamiento marxiano de la fuerza de trabajo como una mercancía. Dado que no están determinados ni el valor de uso ni el valor de cambio de esta particular mercancía, afirma, esta “piedra angular” de la ciencia marxiana es inherentemente deficiente. Entonces, concluye Castoriadis (rompiendo con el marxismo), toda la teoría de *El capital*, toda su estructura, está “construida sobre la arena” (Castoriadis, 1976-7: 33, 33n; 1975: 144-5).<sup>13</sup>

Sin embargo, si la lucha de clases estaba eliminada en *El capital*, la reemplazó otra cosa: las leyes objetivas. Por ello, Castoriadis (1976-7: 14) planteó:

La teoría de la economía capitalista es elaborada a través del descubrimiento de las leyes objetivas del sistema, que funcionan en forma desconocida para los interesados. Esta concepción domina cada vez más y configura en la investigación de Marx la exclusión de la concepción de la lucha de clases entre los capitalistas y el proletariado.

E. P. Thompson hizo un argumento muy similar en su *Pobreza de la Teoría*. De acuerdo a él, *El Capital* es “un estudio de la lógica del capital, no del capitalismo, y las dimensiones sociales y políticas de la historia, la indignación y la comprensión de la lucha de clases surge de una región independiente del sistema cerrado de lógica económica” (Thompson, 1978: 65). Y la razón es que en el curso de su crítica de la

---

<sup>13</sup> Ver un rechazo similar de la fuerza de trabajo como mercancía en Samuel Bowles y Herbert Gintis, 1981.

economía política, Marx cayó en una *trampa*: “la trampa puesta por la ‘Economía Política’. O más precisamente, fue absorbido por un remolino teórico” (Thompson, 1978: 59).

De acuerdo a su planteo, lo que ocurrió fue que la crítica marxiana de la economía política se convirtió en una crítica que se mantuvo “dentro de las mismas premisas” que la economía política:

Las premisas dejaron de ser el egoísmo del hombre y se convirtieron en la lógica y las formas del capital, al que estaban subordinados los hombres... Pero al final lo que tenemos no es la subversión de la “economía política”, sino otra “economía política.”

En consecuencia, *El capital* “no fue un ejercicio de un orden diferente al de la economía política burguesa madura, sino una confrontación total *en el seno* de dicho orden” (Thompson, 1978: 60, 65).

Sin embargo, nada de esto podría decirse del joven Marx. Para éste, como nota Thompson (1978: 60), la economía política aparecía como “una ideología, o peor, una apologética. Accedió a su interior para subvertirla.” Por cierto, el joven Marx era inequívoco. En 1844 planteó que la economía política en su análisis provenía de la propiedad privada, la riqueza y el capital, y consideraba al trabajador solo desde la perspectiva del capital. Veía sólo como *trabajador* al *proletario*, como un animal de trabajo para enriquecer al capital: “No lo considera en su tiempo libre como hombre” (Marx, 2004: 55). Para la economía política, la necesidad del obrero era el nivel mínimo de subsistencia y el movimiento mecánico más abstracto. Era meramente la necesidad:

de mantenerlo *durante el trabajo*, de modo que la *especie de los trabajadores* no se [extinga]. El salario tiene, por eso, el mismo sentido que *el mantenimiento, la preservación* de cualquier otro instrumento productivo... (Marx, 2004: 124).

Negando de este modo al trabajador como ser humano; de hecho negándose a comprender la negación del ser humano inherente a la relación salarial, la economía política burguesa no podía comprender el lugar del proletariado en el interior del capitalismo. La alienación y extrañamiento en el trabajo realizado para el capital, la rebelión a la que era forzosamente empujado el proletariado por la contradicción entre su personalidad y su condición de vida, la posición del trabajador asalariado como la parte negativa y destructiva en el interior del todo: todo esto era un libro cerrado para la economía política (Marx, 2004: 106-21; Marx y Engels, 1981: 50-1). Pero “elevémonos ahora por sobre el nivel de la economía política,” sugirió el joven Marx.

Qué irónico, entonces, que el Marx maduro ha sido acusado de *no haber podido* trascender la economía política. Pero, ¿es en verdad irónico? Quizás, como dijo Russell Jacoby (1975: 45), “cuanto más se estudia la economía política, más se queda atrapada por ella.” Entonces, el dilema: “La esperanza de la crítica de la economía política es que ella es más que economía política; el peligro es que ella es sólo economía política” (Jacoby, 1975: 45).

¿Y porqué estos críticos ven a la economía política como tal como un peligro? Tal vez porque como sabía el joven Marx, ella no considera al trabajador “como un ser humano” y por ejemplo, no “conoce, por ende, al trabajador inactivo, al hombre-trabajo, en tanto se encuentra fuera de esta relación laboral” (Marx, 2004: 124). En resumen, quizás es (como dice Thompson) que la economía política “define su propio campo de investigación, y elige su evidencia de acuerdo con estas definiciones, y sus descubrimientos son relevantes dentro de los términos de esta disciplina” (Thompson, 1978: 149). Entonces, manteniéndose

dentro de las premisas de la economía política, el peligro sería que de manera análoga, Marx no reconocería al trabajador fuera de la relación salarial:

La economía política, incluyendo la “anti” estructura de Marx, no tenía las condiciones; deliberadamente y a los fines de su ciencia analítica, *excluyó* las condiciones, que inmediatamente se volvían esenciales si vamos a comprender a las sociedades y las historias (Thompson, 1978: 164).

Entonces para Thompson el problema se origina en el desplazamiento de Marx desde la economía política “al *capitalismo*... es decir, toda la sociedad, concebida como un “sistema orgánico”. Pero toda la sociedad comprende muchas actividades y relaciones (de poder, de conciencia, sexuales, culturales, normativas) que no son la preocupación de la economía política, que han sido *definidas como exteriores* a dicha ciencia, y para la que ésta no tiene condiciones” (Thompson, 1978: 62). Y la “condición faltante” crucial es la “experiencia humana”. Cuando llegamos a este punto “inmediatamente entramos en los silencios reales de Marx” (Thompson, 1978: 164-5).

En consecuencia, los problemas del marxismo realmente existente se originan en el propio silencio de Marx sobre la cuestión de la “experiencia humana”, sobre los seres humanos como sujetos; su origen es el “sistema de *cierre*” en el que todo es subsumido en el interior de los ciclos del capital, donde el capital se postula como un “sistema orgánico” (Thompson, 1978: 163-4, 167).

Jean Cohen hace la misma crítica fundamental, describiendo “el problema más serio de la obra de Marx” como “la del propio proyecto de la crítica de la economía política.” Y sostiene:

La reproducción teórica de la lógica del capitalismo a través de la crítica de las categorías de la economía política implica que dicha crítica ha heredado su principio más básico: que la economía capitalista puede ser analizada como un sistema autosuficiente, aunque contradictorio, con su propia dinámica y mecanismos reproductivos internos (Cohen, 1982: 192, 150).

Aceptando este principio, “Marx simplemente reprodujo la reducción económica política de las determinaciones políticas culturales, normativas, y religiosas como irrelevantes o determinadas por la economía.” De este modo, está excluida intrínsecamente por esta “lógica totalizadora única, la lógica de un ‘modo de producción’”, la posibilidad de “otros modos de dominación que no sean las relaciones clasistas socioeconómicas, otros principios de estratificación además de la clase (la nacionalidad, la raza, el status, el sexo, etc.), otros modos de creación e interacción históricas que no sean el movimiento obrero y la praxis revolucionarias, otras fuentes para las motivaciones que guían la acción social, otras formas de interacción (participación) política que las relaciones de poder jerárquicas, y otros modos de desafiar a la sociedad capitalista que las luchas de clases alrededor de necesidades radicales que emergen en la dialéctica del trabajo” (Cohen, 1982: 192-3).

Entonces para estos críticos, la paradójica relación del marxismo con la realidad, puede ser remontada hasta *El capital*, es decir, al fracaso de Marx en elevarse por encima del nivel de la economía política. Los muchos silencios del marxismo, el determinismo y fatalismo de sus leyes objetivas, el reduccionismo y economismo; todos están intrínsecos en la propia naturaleza del proyecto teórico de Marx.

Como se verá en los capítulos siguientes, pensamos que estas críticas son vigorosas y coherentes. Sin embargo, no aceptaré el argumento de que Marx proporcionó un “sistema cerrado de lógica económica”, ni, por cierto, que estaba simplemente realizando una crítica de la economía política. Más aún, niego que el

marxismo sea “de relevancia limitada para las preocupaciones de feministas, ambientalistas, minorías nacionales, o incluso trabajadores de base”.

No obstante, *estoy de acuerdo* en que hay un problema con *El capital* de Marx: que por cierto, hay en él un silencio crucial. Es un silencio que permite la apariencia de que para el científico, el único sujeto (si es que hay uno) es el capital, creciendo, trascendiendo todas las barreras, desarrollándose; hasta que finalmente se desinfla y en consecuencia los científicos lo reemplazan con una máquina más eficiente. Coincido entonces, en que el silencio de *El Capital* está en el fondo de las deficiencias del marxismo realmente existente.

## VII. *El marxismo ortodoxo*

¿Qué hacer, entonces? Hay muchas estrategias posibles. *Más allá de El capital* ofrece lo que considero un intento “marxista ortodoxo” por resolver los problemas descriptos más arriba. Pero trataré de explicar qué quiero decir por “ortodoxo”. No debería ser confundido en absoluto con el “fundamentalismo” de los Dos Lo-que-quieras (“lo que quiera que dijo Marx es verdad y lo que quiera que no dijo no es verdad”). Más bien, entiendo ortodoxo en el sentido que usó Lukács en el párrafo con que comienza este capítulo; y eso significa centrarse en el método y el enfoque de Marx, antes que la adoración de un texto o pasaje sagrado.

Pero también quiero decir ortodoxo en el sentido que lo usaba Antonio Gramsci. Y esa es la opinión de que el marxismo debe ser “suficiente en sí mismo”: que “contiene en sí mismo todos los elementos fundamentales necesarios para construir una concepción total e integral del mundo...” (Gramsci, 1971: 462). En resumen, mi ortodoxia sostiene que el marxismo como tal no viene en partes; como dijo Gramsci, es “una estructura de pensamiento completamente autónoma e independiente.”

Entonces, ¿en qué consiste este proyecto marxista ortodoxo? ¿Y está condenado al fracaso porque de acuerdo a Lukács (1969:2), “todos los intentos de ‘superarlo’ o ‘corregirlo’ [al marxismo] han conducido y conducen necesariamente a su deformación superficial, a la trivialidad, al eclecticismo?” Yo respondería: *si esos intentos son desde el interior de esa estructura de pensamiento, no*. En la medida en que los nuevos elementos en el seno de la teoría son desarrollados de manera consistente con el método de Marx (en lugar de simplemente agregados), lo que se crea es un desarrollo integral del marxismo. Pero al marxismo no se lo hace progresar injertándole elementos extraños en un esfuerzo ecléctico para salvarlo. En este caso tenemos una operación sincrética que no genera un marxismo mejorado, sino Otra Cosa.

Como señaló Lukács, el marxismo ortodoxo rechaza la aceptación acrítica de todo lo que escribió Marx. El hecho de que él haya descubierto brillantemente un nuevo continente no significa que lo haya cartografiado todo correctamente.<sup>14</sup> La premisa de *Más allá de El capital*, empero, es que es *posible* hacerlo bien. Este es un intento para construir sobre el método marxiano para demostrar que el marxismo contiene en sí mismo “todos los elementos fundamentales necesarios para construir una concepción total e integral del mundo.”

Esta es la prueba, entonces: si podemos demostrar que la teoría marxista corresponde a “los hechos”. En buen romance, debemos tratar de explicar esas “dos anomalías” que identificó Burawoy: “la perdurabilidad

---

<sup>14</sup> En la medida en que los marxistas actúen principalmente como “discípulos”, solo servirá el viejo mapa (original de Marx). Desde el punto de vista del discípulo, quienes quieren ir “más allá de *El capital*” han dejado el continente de Marx para explorar otros sitios (y probablemente caerán del borde del mundo).

del capitalismo y la pasividad de su clase obrera”. Pero también debemos responder a las críticas a Marx insertadas al comienzo de este capítulo, que no se relacionan con su análisis del capital sino con el “otro” del capital, sus “sepultureros”. *Mas allá de El capital* se centra en la investigación de ese otro lado, el del obrero, un lado que fue insuficientemente desarrollado en *El capital*.

La falta de correspondencia de la teoría de *El capital* con los hechos es la razón más importante para intentar desarrollar teóricamente el lado del obrero. Sin embargo, hay dos razones más. Por su orden de importancia, son: (a) que la propia lógica dialéctica de Marx requiere atención en el lado de los trabajadores y (b) que Marx intentó investigar ese lado en un libro sobre el trabajo asalariado. Consideraremos estos puntos, aunque en un orden invertido, en los próximos capítulos.

Más allá de *El Capital* – Michael Lebowitz  
(trad. Francisco T. Sobrino)

### **Capítulo 3. El libro faltante sobre el trabajo asalariado**

El hombre se distingue de todos los demás animales por lo ilimitado y dilatable de sus necesidades... El nivel de las necesidades vitales mismas, cuyo valor total constituye el valor de la capacidad laboral puede ascender o descender.

Marx (1990: 142-43).

#### **I. *El status de El capital***

Para entender a *El capital*, es necesario comprender qué cosa *no* es. Sabemos que no fue terminado nunca. Sin embargo, los problemas descriptos en el capítulo precedente no se pueden achacar a ese estado incompleto. Después de todo, antes de que Marx terminara su borrador final del Volumen I, los contenidos básicos de los dos volúmenes posteriores estaban razonablemente claros en su mente:

No puedo decidirme a enviar nada antes de tener el conjunto ante mis ojos, aun cuando pueda tener algunos defectos, esa es la ventaja de mis escritos, que constituyen un todo artístico, y no puedo llegar a esos resultados sino gracias a mi sistema de no darlas nunca a la imprenta mientras no las tenga *completas* delante de mí. <sup>15</sup>

¿De modo que *El capital* era ese “todo artístico”? ¿Proporcionaba “un sistema completamente elaborado” o era simplemente un fragmento o torso de dicho sistema?<sup>16</sup> Es un hecho indiscutible que Marx intentaba *originalmente* que su obra fuera sólo uno de un total de seis libros. Como le indicó en cartas a Ferdinand Lasalle y a Frederick Engels en 1858, su largamente esperada “Economía” iba a ser examinada en los siguientes libros:

1. Del Capital
2. De la propiedad territorial
3. Del trabajo asalariado
4. Del Estado
5. Comercio internacional

---

<sup>15</sup> Marx a Engels, 31 de julio de 1865 (Marx y Engels, 1974: 115)

<sup>16</sup> Las alternativas son las propuestas por Henryk Grossmann, como fue citado por Maximilien Rubel en Joseph O'Malley y Keith Algozin (1981).

## 6. Mercado mundial<sup>17</sup>

No se trata de referencias aisladas. Por cierto, la concepción de la obra como una de seis tomos puede encontrarse en las páginas de los *Grundrisse*, los cuadernos en los que Marx estaba trabajando en esa época. Los primeros tres libros eran para determinar la “totalidad interna” de la circulación, estudiando las tres clases que consideraba como las premisas de la actividad económica. Tras este desarrollo de la estructura interna de la producción, iba a estar la “síntesis dentro del Estado”, el Estado externamente en el volumen sobre Comercio Internacional y finalmente, el Mercado Mundial (y las crisis). Solo en el último de estos libros sería adecuadamente investigado el tema del capitalismo:

El comercio mundial la última, en la que la producción se establece con la totalidad, y con ella, cada uno de sus momentos, pero en la que al mismo tiempo entran en acción todas las contradicciones. El mercado mundial constituye luego, a su vez, tanto la premisa del todo así como su exponente. (Marx, 1985a: 120).<sup>18</sup>

¿Pero qué le sucedió al plan de los seis tomos? Evidentemente, todavía existía en 1859, cuando Marx publicó su *Contribución a la Crítica de la Economía Política*. En su famoso Prefacio a dicho libro, Marx comenzó indicando que los primeros tres de los libros examinan “las condiciones económicas de vida de las tres grandes clases en que se divide la moderna sociedad burguesa”<sup>19</sup> Sin embargo, la misma *Crítica* solo contenía una parte del material previsto para el libro sobre el capital: las secciones sobre la Mercancía y el Dinero, que fueron la apertura de la consideración de Marx sobre “el capital en general” (a su vez sólo parte del libro sobre el capital). Y como sabemos, todo lo que vino posteriormente al plan fue *El capital*.

La mayoría de los comentaristas han llegado simplemente a la conclusión de que Marx cambió de idea e incorporó el material relevante en *El capital*. Entre quienes proponen esta respuesta han estado Kart Kautsky, Henryk Grossmann, los editores soviéticos de las *Obras Completas* de Marx y Engels, Ronald Meek y Ernest Mandel.<sup>20</sup> Por ejemplo Mandel argumenta que el plan original de Marx resultó ser cada vez más un obstáculo a un desarrollo riguroso de las leyes de movimiento del capitalismo y en consecuencia al final tuvo que ser descartado. Sigue en ese sentido el ejemplo de Roman Rosdolsky, quien sugería que, mientras los últimos tres libros fueron desechados para una “continuación eventual”, el segundo y el tercero fueron absorbidos por *El capital*:

Sin embargo, los temas básicos de los libros sobre la propiedad territorial y el trabajo asalariado fueron incorporados en los manuscritos de los Tomos I y III de la obra final, que tomó forma entre

---

<sup>17</sup> Marx a Lasalle, 22 de febrero de 1858; Marx a Engels, 2 de abril 1858. Ver también Marx-Joseph Weydemeyer, 1 de febrero de 1859 (Marx y Engels, 1974: 70, 77, 84).

<sup>18</sup> En Oakley (1983) puede hallarse una guía útil para el desarrollo de la concepción de Marx sobre su obra.

<sup>19</sup> Que se dijera tan sólo eso sobre los tres libros restantes (aparte de notar de que su relación era obvia), puede reflejar la opinión de Marx (expresada a Lasalle) que “la esencia real del argumento económico” se encontraría en los primeros tres y que para los últimos tres solo se necesitarían amplias reseñas. Marx a Lasalle, 11 de marzo 1858 (Marx y Engels, 1983: 287).

<sup>20</sup> Ver por ejemplo, O'Malley y Algozin (1981: 151-2), Oakley, (1983: 107-8, 130), (Marx y Engels, 1986: xvi), Meek, (1973: viii-x), Mandel (1977: 29).



1864 y 1866. De este modo los seis libros que se habían planificado originalmente se redujeron a uno: el *Libro sobre el Capital* (Rosdolsky, 1977: 11).

Uno de las discrepancias más enérgicas y conocidas respecto a esta opinión fue la de Maximilien Rubel. Sosteniendo que Marx jamás traicionó “ni la mínima intención de cambiar el plan de la ‘Economía’,” Rubel sugirió que el problema era, más bien, que el primer libro, *El capital*, adoptó “dimensiones imprevistas” (O’Malley y Algozin, 1981: 163-4). Y sacó en conclusión de que debemos reconocer el “estado fragmentario” de la “Economía” de Marx y aceptar que “no tenemos ante nosotros una biblia marxista de cánones codificados para siempre” (O’Malley y Algozin, 1981: 181). Para él, la convicción de que Marx abandonó su plan original de seis libros exime a los “verdaderos creyentes” del marxismo de retomar el problema “donde Marx se vio forzado a abandonarlo” (O’Malley y Algozin, 1981: 218-9).

Sin embargo, aún el lector más favorable debe concluir que Rubel no pudo *probar* su postura. Aunque no hubo un rechazo explícito del plan de seis libros, igualmente no hay una evidencia inequívoca de que Marx no consideró a *El capital* en sí como un “sistema totalmente elaborado.” Por esta razón, luego de revisar los argumentos contrapuestos, Allen Oakley (1983: 114) sugirió que la evidencia bibliográfica necesaria para determinar cual era la intención de Marx o si quedaban libros no escritos es simplemente insuficiente para mantener un juicio en ningún sentido.

No obstante, la conclusión de que Rubel tiene razón es muy pertinente para la discusión en este libro. *Hubo* libros faltantes. En particular, quedó sin escribirse el libro proyectado sobre el trabajo asalariado, y como veremos, su ausencia está en el fondo de los problemas en *El capital* identificados en el Capítulo 2. Sin embargo, para demostrar esta cuestión hace falta algo más que una evidencia bibliográfica. Si vamos a argumentar a favor de un libro faltante sobre el trabajo asalariado, se necesita una consideración *analítica* de *El capital* y otras obras de este período.

Comencemos impugnando el argumento de Rosdolsky, el caso más erudito para la incorporación del “trabajo asalariado” en *El capital*. Mientras Marx dio fe de la inclusión de temas de la Propiedad Territorial en *El capital*, no hay ninguna admisión conocida en lo que respecta al proyectado volumen sobre el trabajo asalariado.<sup>21</sup> Por cierto, en *El capital* (1983: 661) Marx se refirió explícitamente a la “teoría especial del salario.” Por esto, fue solo por un proceso deductivo que Rosdolsky (1977: 22, 57) llegó a la conclusión de que “todos los temas del primer libro sobre el salario entraron en el ámbito del Tomo I” de *El capital*. Pero, ¿cuál es la solidez de su alegato?

El argumento básico de Rosdolsky es que la discusión del salario y de distintas formas del salario, que no era parte del plan original para el libro sobre el capital pero que constituye la Parte VI del Tomo I de *El capital*, era la “parte principal” del libro pensado sobre el trabajo asalariado. Rosdolsky sugiere en su Apéndice sobre “El Libro sobre Trabajo Asalariado,” que en algún momento, no antes de 1864, Marx tomó la decisión de fundir este material en *El capital* y abandonar su esbozo original. Sin embargo, cuando discute la teoría marxiana de los salarios, Rosdolsky pasó a *debilitar* su propio argumento de que el material que apareció en *El capital* constituía “todos los temas” o incluso “los temas básicos” del libro proyectado sobre trabajo asalariado. Considerando el tratamiento por Marx de los requerimientos que

---

<sup>21</sup> Marx a Engels, 2 de agosto de 1862 en Marx y Engels (1965: 128-9). No obstante, notemos que el comentario de Marx (1983c: 791) de que en *El capital* él sólo estaba interesado en la propiedad territorial en tanto que como terratenientes recibían una porción de plusvalor y que “el análisis de la propiedad territorial en sus diversas formas históricas se halla más allá de los límites de esta obra.”

entran en el valor de la fuerza de trabajo como constante, Rosdolsky (1977) rápidamente señaló que esto no significaba que la “cantidad promedio de medios de subsistencia” no podría crecer:

Si Marx hubiera llegado al momento de llevar a cabo esta parte de su plan, habría tratado este tema primero en su proyectada “teoría especial del salario”

Una admisión mas bien significativa. ¿Qué *otra* cosa habría hecho Marx “ si hubiera llegado al momento”? Para comprender qué fue omitido en *El capital*, debemos comenzar en este mismo punto: las necesidades de los trabajadores.

## II. ¿Necesidades invariables?

Como notamos en el Capítulo 1, para Marx, el fundamento del valor de la fuerza de trabajo es el tiempo de trabajo necesario para producir “una cierta cantidad” de los medios de subsistencia; es decir, el trabajo necesario ( $w$ ) se basa sobre el estándar de necesidad en relación a la productividad del trabajador ( $U/q$ ). Además, Marx consideró como dado al conjunto de necesidades que entran en el valor de la fuerza de trabajo: “en un país determinado, en un período determinado, la cantidad promedio de los medios de subsistencia necesaria para el trabajador está dada” (Marx, 1983a: 208). A pesar de que esta afirmación no excluye el cambio en esa cierta cantidad en *otros* períodos, fue sobre esta base que Marx siguió investigando la producción de plusvalor.

Como hemos visto, rastreando la tendencia del capital a subir la tasa de explotación en la producción ( $s/w$ ), Marx investigó a su vez las variaciones en la jornada de trabajo ( $d$ ) y el nivel de productividad ( $q$ ) pero dejó invariable la canasta de subsistencia o salario real ( $U$ ). El resultado ha sido una confusión en cuanto a qué creía Marx. Por ejemplo en su conocido ensayo de 1942 Joan Robinson sugirió (Robinson, 1957: 36) que Marx pudo demostrar una tendencia a la tasa de ganancia decreciente sólo “abandonando su argumento de que los salarios reales tienden a ser constantes.” Posteriormente Paul Samuelson (1972: 53-4), tratando de enfatizar la “incompatibilidad lógica de estas dos leyes” (la ley de la tasa de ganancias decreciente y la ley de pauperización de la clase obrera), creo su propia alternativa: la “Ley de salarios reales crecientes,” a la que consideró una mejor extrapolación de la teoría de Marx y una representación más cercana a la experiencia histórica.

Pero ¿tuvo Marx una *fundamentación* para los salarios reales constantes? Y ¿juega este concepto algún papel particular en una teoría de la pauperización? En las discusiones sobre el punto de vista de Marx sobre los salarios han sido ignoradas dos cuestiones importantes. La primera, que Marx destacó el nivel creciente de la “necesidad” a medida que se desarrolla el capitalismo; y la segunda, que lo que a menudo ha sido considerado como el argumento de Marx de hecho no era más que metodológicamente una *hipótesis* de trabajo.

Veamos la primera de estas cuestiones. Seamos francos. Nada pudo ser más ajeno a Marx que la creencia en un conjunto de necesidades inmutable. Desde sus primeros días (por ejemplo, Marx y Engels, 1958: 47), Marx rechazó el concepto del “hombre abstracto” y subrayó la aparición de nuevas necesidades humanas con el desarrollo de la sociedad. Tal vez esto reflejaba la influencia de Hegel. Después de todo, en su *Filosofía del Derecho* Hegel había puesto de relieve la tendencia de las necesidades humanas a multiplicarse *ad infinitum*. Para Hegel, el hombre transcendía las restricciones animales:

Primero por la multiplicación de las necesidades y de los medios y luego por medio de la descomposición y la distinción de la necesidad concreta en partes singulares y aspectos específicos que llegan a ser necesidades diversas *particularizadas* y, por lo tanto, más *abstractas*.

A medida que las necesidades sociales se hacen preponderantes, sugería Hegel, “se oculta la rígida necesidad natural del menester.” Por cierto, estar confinado “a la necesidad natural como tal y su inmediata satisfacción” es la condición de la ignorancia y la no libertad (Hegel, 1955: 174-6).

En contraste con el énfasis de Hegel sobre la subdivisión de las necesidades, para Marx la clave era la actividad humana. En los *Grundrisse* apuntó que las necesidades “sólo se desarrollan con las fuerzas productivas.” El desarrollo de las fuerzas productivas transforma a “los productores, revelando nuevas cualidades, haciendo que cambien a través de la producción, creando nuevas fuerzas y nuevas ideas, nuevos modos de intercambio, nuevas necesidades y un nuevo lenguaje” (Marx, 1985a: 612n, 351).

Y enfatizó que ni el desarrollo de las necesidades fuera una cosa mala, *per se*. Antes bien, preguntaba, “¿qué es la riqueza sino la universalidad, impulsada por el intercambio universal de las necesidades, las capacidades, los goces, fuerzas productivas, etc., creadas a través del intercambio universal?” De este modo, afirmó (1985a: 346, 380) que:

La riqueza real se desarrolla a medida que crecen las necesidades, que son, a su vez, un producto histórico – engendrado por la producción misma, por la sociedad, como brotes de la producción y cambio sociales. La *sustancia* de la riqueza no es sino la diversidad de las necesidades.

Desde esta perspectiva, Marx siempre *rechazó* la tendencia por parte de los economistas a tratar las necesidades de los trabajadores como naturalmente determinadas e inmutables. Criticó a los fisiócratas, por ejemplo, en su *Teorías del Plusvalor* (Marx, 1974a: 27) por su “error” en concebir el nivel de subsistencia “como una magnitud invariable, determinada por la naturaleza y no por el grado de desarrollo de la sociedad, sometido también a su vez a una serie de fluctuaciones.”

Sin embargo, mucho antes, Marx había advertido un tema relacionado con las necesidades sociales crecientes, que siempre lo acompañaría. En 1844 partió detalladamente de una afirmación de Wilhelm Schulz que entre otras cosas notaba que “justamente *porque* sube la producción total y en la misma medida en que esto sucede, aumentan también las necesidades, deseos y pretensiones y la pobreza *relativa* puede, por lo tanto, aumentar mientras disminuye la absoluta.”<sup>22</sup> A este argumento (al que más tarde adoptaría como propio explícitamente), Marx sólo respondió: “Pero la economía política conoce al trabajador sólo como un animal de trabajo, una bestia reducida a las más estrictas necesidades corporales.” En resumen, la economía política ignoraba al trabajador como un ser en sociedad.<sup>23</sup>

---

<sup>22</sup> Marx (2004: 58) también citó el comentario de Schulz de que “En Francia se ha calculado que dado el estado actual de la producción una jornada laboral promedio de cinco horas por día para todos los que son capaces de trabajar alcanzaría para satisfacer los intereses materiales de la sociedad.”

<sup>23</sup> Ciertamente, el comentario no era totalmente justo con respecto a Smith y Ricardo, las personalidades más destacadas en la economía política clásica: ambos reconocían el papel del hábito y la costumbre, mas bien que las exigencias sólo fisiológicas, en la determinación de los niveles de subsistencia. Smith (1937: 822) incluyó entre las necesidades “aquellas cosas que las reglas determinadas de la decencia han hecho necesarias”; y Ricardo (1969: 52-3) consideraba al salario de subsistencia como el que incorporaba “aquellas comodidades que la costumbre ha hecho absolutamente necesarias.”

Dicho simplemente, el punto de vista de Marx de que las “necesidades se producen al igual que los productos” y que “y las diversas aptitudes para el trabajo”, no es compatible con un tratamiento de la fuerza de trabajo como una mercancía que exige insumos técnicos (o fisiológicos) inmutables (Marx: 1985a: 380). La fuerza de trabajo tiene un rasgo “distintivo” respecto de otras mercancías: su valor lo forma no solo las exigencias físicas sino también un elemento histórico o social, y este último elemento, como advirtió Marx (1987: 134), está relacionado con “la satisfacción de ciertas necesidades que brotan de las condiciones sociales en que viven y se educan los hombres.”

### III. *La naturaleza y el crecimiento de las necesidades de los trabajadores*

Consideremos entonces la naturaleza de las necesidades de los trabajadores dentro de las condiciones sociales específicas y características del capitalismo. Aquí nos preocuparemos solo por las necesidades de valores de uso en una forma mercantil: una restricción que será eliminada en capítulos posteriores.

En la misma definición de mercancía con que comienza *El capital*, Marx indica que una mercancía debe satisfacer “necesidades humanas del tipo que fueran. La naturaleza de esas necesidades, el que se originen, por ejemplo, en el estómago o en la fantasía, en nada modifica el problema” (Marx, 1983a: 43). Un valor de uso puede orientarse hacia fines puramente imaginarios (Marx, 1985b: 170-1). Su esencia debe ser hallada en los seres humanos antes que en las cosas: “el producto que se ofrece no es útil en sí mismo. Su utilidad la establece el consumidor” (Marx, s.f.: 36).

Pero estos consumidores que determinan la utilidad o valor de uso de los productos (es decir, determinan que los productos *son* valores de uso) son ellos mismos seres dentro de una sociedad particular. Antes que considerar sus juicios como totalmente subjetivos y emanando de una naturaleza humana eterna, Marx planteó que el punto de referencia era necesariamente la misma sociedad:

El consumidor no es más libre que el productor. Su opinión se basa en sus medios y sus necesidades. Los unos y las otras están determinados por su situación social, la cual depende a su vez de la organización social en su conjunto. Desde luego, el trabajador que compra patatas y la concubina que compra encajes, se atienen a su opinión respectiva. Pero la diversidad de sus opiniones se explica por la diferencia de la posición que ocupan en el mundo, y esta diferencia de posición es producto de la organización social (Marx, s. f.: 37).

*¿Qué es lo primordial entonces para la posición social de los trabajadores en el capitalismo?*

Simplemente, que están separados de los medios de producción y que para obtener los valores de uso que necesitan, deben vender su capacidad de realizar trabajo a los capitalistas, los propietarios de esos medios de producción. Lo que el trabajador percibe de esta forma son “medios de sustento, objetos para seguir viviendo, para satisfacer sus necesidades en general, las físicas, las sociales, etc.” Por el otro lado, lo que cede es el derecho de disposición sobre su “*fuerza creadora*, como Esaú su primogenitura por un plato de lentejas” (Marx, 1985a: 171, 188).

Bajo estas circunstancias, la actividad trabajadora del obrero es un trabajo exterior, forzado, un medio antes que un fin en sí. “El mismo trabajo se revela como trabajo *ajeno* a la capacidad de trabajo vivo” y necesariamente aparece como sacrificio y carga. Como Marx advirtió en los *Grundrisse* (1985a: 326, 333-4):

Así pues, el obrero se comporta hacia el producto de su trabajo como hacia un producto ajeno y, también, su comportamiento hacia el trabajo combinado es el comportamiento ante algo ajeno a él, pues aunque se trate de su propio trabajo, le es impuesto como una actividad vital ajena y coactiva, y esta es la razón de que A. Smith, diga que el obrero concibe el trabajo como una *carga*, un *sacrificio*, etc.

Sin embargo, hay más que trabajo alienado como tal. En la medida en que el trabajador asalariado ha abandonado al derecho de disposición sobre su fuerza de trabajo al capitalista cuyo objetivo es el plusvalor, él debe realizar plus trabajo para realizar el trabajo necesario. Habiendo resignado todo reclamo al valor de uso de la fuerza de trabajo para realizar su valor de cambio, el trabajador asalariado produce una mercancía en la que no tiene derechos de propiedad. Es la propiedad de otro, una mercancía ajena, y esa mercancía, como capital, lo enfrenta como un poder extraño sobre él.

De esta manera, “el obrero, lejos de enriquecerse, tiene necesariamente que empobrecerse, puesto que entrega la fuerza creadora de su trabajo a la potencia del capital, como una *potencia extraña* enfrentada a él” (Marx, 1985a: 188).

Bajo estas circunstancias (es decir, en el seno de esta relación), cada incremento en la fuerza productiva del trabajo enriquece directamente a quienes han comprado el *derecho* a esta fuerza y sus productos; “no enriquecen a los obreros sino al *capital*” (Marx, 1985a: 189). De este modo, el mismo crecimiento de la producción capitalista trae consigo un incremento en la pobreza, la necesidad y la dependencia subjetivas del trabajador. Como Marx comentó en materiales redactados originalmente para el Tomo I de *El Capital* (1990: 94, 96, 103):

...estas fuerzas productivas sociales del trabajo no se desarrollan sino con el modo de producción específicamente capitalista, (...) estos productos del trabajo se yerguen ante el obrero y se le contraponen como *riqueza que lo domina, como capital*. Se extiende frente a él el mundo de la riqueza como un mundo ajeno y que lo domina, y en la misma proporción se desenvuelve por oposición su pobreza, indigencia, y sujeción subjetivas. Su *vaciamiento* y esa *plétora* se corresponden, van a la par.

Marx vuelve aquí a temas que había tratado mucho antes en sus *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844*: “el trabajador se torna tanto más pobre cuanto más riqueza produce, con cuanto mayor poder y volumen incrementa su producción”; que el trabajador “se relaciona con el *producto de su trabajo* como con un objeto *ajeno*”, que el trabajo del obrero es un “*trabajo forzado*”, y “solo un *medio* para satisfacer necesidades externas al trabajo.” Y aquí también Marx enfatizó la creciente necesidad del dinero acompañando el crecimiento del reino de los seres ajenos (Marx, 2004: 106-7, 110, 156).

Marx era coherente al apuntar a la naturaleza alienante de la producción capitalista, que genera en sí necesidades de mercancías. El trabajador busca aniquilar el objeto extraño e independiente trayéndolo de vuelta a su interior, consumiéndolo. Sólo puede ser *suyo* por la posesión directa; su deseo es la posesión de otro (Marx, 2004: 146, 167). Las necesidades del trabajador (una compulsión ajena a él), y la producción alienante (que hace que el trabajo aparezca como un sacrificio y el producto del trabajo un objeto ajeno) interactúan recíprocamente entre sí como partes de un todo. En consecuencia, el nivel y naturaleza de las necesidades de los trabajadores no se encontrarán en las cualidades intrínsecas de las cosas. *La propia expansión de la producción capitalista ofrece el fundamento para que crezcan las necesidades de los trabajadores.*

Pero la manera en que se generan estas necesidades, la mediación específica, es crucial. Y aquí no sólo la producción del capital sino también su circulación juega un rol importante. Como hemos visto en el Capítulo 1, uno de los aspectos más importantes de la descripción de Marx del capitalismo es su explicación del constante esfuerzo del capital por ir más allá de las barreras a su crecimiento, expandiendo el mercado, la esfera de la circulación. Para asegurar la realización del plusvalor, hay un esfuerzo constante del capital por descubrir nuevos valores de uso y crear nuevas necesidades:

Por tanto explorar toda la naturaleza para descubrir nuevas propiedades útiles en las cosas; [fomentar] el cambio universal de los productos de todos los climas y países; [someter] los objetos de la naturaleza, a tratamientos (artificiales) con el fin imprimirles nuevos valores de uso. Exploración del planeta en todas direcciones para descubrir en él nuevos objetos útiles y nuevas propiedades útiles de las ya conocidas, empleadas como materias primas, etc., y como en consecuencia de ello, desarrollo de las ciencias naturales hasta el máximo; y a la par con esto, descubrimiento, creación y satisfacción de las nuevas necesidades que broten del seno de la sociedad (Marx, 1985a: 277).

Aunque los capitalistas pueden predicar la importancia de la frugalidad y la moderación a los trabajadores, ese no es su interés como vendedores de mercancías. “Exceptuando a sus propios obreros, el capitalista no considera a los demás obreros en su conjunto como tales obreros, sino como consumidores, como poseedores de valores de cambio (el salario), de dinero, que cambian por su mercancía” (Marx, 1985a: 287). Y como vendedor de una mercancía, lo que el capitalista quiere del poseedor de dinero no es el ahorro sino el gasto:

En consecuencia, procura espolearlos por todos los medios para que consuman, dotando a sus mercancías de nuevos encantos; trata de inducirlos con su charlatanería a nuevas necesidades, etc. (Marx, 1985a: 174).

Como Marx había apuntado antes (2004: 156-7), cómo el productor capitalista “se somete a las más abyectas ocurrencias del prójimo, sirve de alcahuete entre aquél y su necesidad, provoca en aquél deseos enfermizos, está al acecho de cada debilidad, para, entonces, exigir el dinero por esa obra de caridad.” El efecto es crearle “al otro una *nueva* necesidad, para obligarlo a convertirse en una nueva víctima, para ponerlo en una nueva (situación) de dependencia y para inducirlo a una nueva manera del goce y, así, de ruina económica.”<sup>24</sup>

De este modo, el intento de ampliar los medios de *realizar* al capital, de vender mercancías es intrínseco al impulso a expandir el capital. El esfuerzo por vender, el intento de crear nuevas necesidades y un nuevo modo de gratificación, se expande con el crecimiento del capital. Hay algo más, entonces, que una mera producción alienante que fomenta el crecimiento de las necesidades de los trabajadores.

Sin embargo, no podemos tratar aisladamente las necesidades de los trabajadores; su posición en la sociedad capitalista es una posición relativa. Aunque nuestra preocupación es aquí con dichas necesidades, el contexto de esta sociedad exige que investiguemos las necesidades y el consumo de al menos otra clase: los capitalistas.

---

<sup>24</sup> Notemos el comentario de Hegel (1975: 269): “la necesidad de mayor bienestar no surge exactamente dentro de uno directamente; le es sugerido por quienes esperan ganar algo de su creación.”

Dado que el interés de Marx es en el capitalista como personificación del capital, sólo hay una explicación limitada del mismo como consumidor.<sup>25</sup> Sin embargo, no suponía que los capitalistas estaban solo motivados por el deseo de acumular. Es irónico que las famosas frases de Marx, “¡Acumulad, acumulad! ¡He ahí a Moisés y los profetas!” y “la acumulación por la acumulación misma”, no pretendían describir la conducta del capitalista sino cómo lo trataba la economía política clásica (que era el objeto de su crítica).

Por el contrario, además del deseo por riquezas ilimitadas (manifestado en la acumulación), *también* había el “afán de disfrute” (Marx, 1983a: 735). Junto a –y en conflicto con– el deseo de acumulación, había un ansia capitalista por la prodigalidad y el gasto suntuario. Aunque no llegaba a “llevar a una extensión desmesurada el goce mismo” como había sucedido en sociedades anteriores, con su “riqueza [orientada] al goce,” esta pasión por el consumo era una de las “dos almas” que moran en el pecho del capitalista (Marx, 1983a: 733; Marx, 1985a: 158). Por supuesto, para el capitalista como tal, el “afán de disfrute” estaba necesariamente subordinado al de acumular capital; y cuando él disfrutaba su riqueza, lo hacía “con una conciencia culposa, con frugalidad y economía a espaldas de su espíritu.” Actuar de otro modo sería negar la misma función del capital:

El capitalista industrial se torna cada vez más incapaz de para su misión a partir del momento en que antepone la acumulación de placeres al placer de la acumulación. (Marx, 1974a: 200; 2004: 169).

En ningún lugar sugiere Marx que el capitalista esté sujeto a una cantidad fija de necesidades; antes bien, sus exigencias de consumo tienden a aumentar con el crecimiento del capital: “su prodigalidad se acrecienta, no obstante, a la par de su acumulación, sin que la una perjudique necesariamente a la otra” (Marx, 1983a: 734)<sup>26</sup>. Y aquí tenemos otra razón para el crecimiento de las necesidades de los trabajadores. Hay una relación definida entre la percepción del consumo capitalista y el desarrollo de las necesidades de los trabajadores que Marx identificó vivamente en *Trabajo asalariado y capital* (Marx, 1987: 42):

Sea grande o pequeña una casa, mientras las que la rodean son pequeñas, cumple todas las exigencias sociales de una vivienda, pero si junto a una casa pequeña surge un palacio, la que hasta entonces era casa se encoge hasta quedar convertida en una choza. La casa pequeña indica ahora que su morador no debe tener exigencias o debe tenerlas muy reducidas; y, por mucho que, en el transcurso de la civilización, su casa gane en altura, si el palacio vecino sigue creciendo en la misma o incluso en mayor proporción, el habitante de la casa relativamente pequeña se irá sintiendo cada vez más desazonado, más descontento, más agobiado entre sus cuatro paredes.

Así, una vez más, no son las propiedades intrínsecas de un objeto las que determinan si cubre las necesidades sociales; ese juicio sólo puede hacerse en el seno de la sociedad. “Nuestras necesidades y

---

<sup>25</sup> En su modelo de reproducción simple, Marx supone que los capitalistas gastan tres quintas partes de su ingreso en necesidades y el resto en lujos (Marx, 1981a: 479-80).

<sup>26</sup> Esta relación puede expresarse ya sea considerando el consumo capitalista como una función constante del plusvalor o bien como función constante del capital. Esto último parece más adecuado, dado que en este caso el consumo capitalista está presupuesto previsoriamente al plusvalor en cualquier año en particular.

nuestros goces tienen su fuente en la sociedad y los medimos, consiguientemente, por ella, y no por los objetos con que los satisfacemos. Y como tienen carácter social, son siempre relativos” (Marx, 1987: 43).<sup>27</sup>

El consumo capitalista (en la parábola, el palacio) tiene el efecto así de determinar normas sociales a los trabajadores. Aún si los salarios fueran a aumentar, Marx (haciendo eco a Schultz) planteó que el creciente patrón social limitaría toda conquista en la satisfacción:

Este veloz crecimiento del capital productivo, provoca un desarrollo no menos veloz de riquezas, de lujo, de necesidades y goces. Por tanto, aunque los goces del obrero hayan aumentado, la satisfacción social que producen es ahora menor, comparada con los goces mayores del capitalista, inasequibles al obrero, y comparada con el nivel de desarrollo de la sociedad en general (Marx, 1987: 42-43).

La producción alienante, el afán vendedor, el crecimiento del consumo capitalista con la acumulación: todo el curso de desarrollo de la sociedad capitalista implica la creación de nuevas necesidades para los trabajadores. Estas necesidades se expanden como función del crecimiento del capital. Como tomó nota Marx en los *Grundrisse* estas son “necesidades que son a su vez un producto histórico, engendrado por la producción misma, por la sociedad, como brote de la producción y cambio sociales.” Con el desarrollo capitalista, lo que antes “aparecía como un lujo se convierte [ahora] en algo necesario, y necesidades que antes eran suntuarias pasan a ser [entonces] primordiales para la industria.”

Así, los viejos modelos de necesidad y lujo son reemplazados por los *nuevos*:

*El lujo* es lo opuesto a las *necesidades naturales*. Lo que llamamos necesidades elementales son las necesidades del individuo en estado de naturaleza. El desarrollo de la industria se encarga de abolir tanto estas necesidades naturales como el lujo (en la sociedad burguesa, es cierto, sólo de un modo *contradictorio*, al imponer una determinada medida social como necesaria frente al lujo). (Marx, 1985a: 381).

En resumen, el capitalismo transforma lo que habían sido los límites de anteriores modos de producción en meras barreras a ser rebasadas. El capital impulsa más allá del “modo tradicional de satisfacer las necesidades, circunscrito dentro de determinados límites, concretado a las necesidades existentes, y a la reproducción del viejo modo de vida.” Revoluciona constantemente estos viejos estilos de vida, “derribando todos los límites que obstruyen el desarrollo de las fuerzas productivas, y se oponen a la expansión de las necesidades, a la diversificación de la producción, y a la explotación y el intercambio libre de las fuerzas naturales y espirituales.” Y este proceso de ir más allá de la medida de las necesidades existente juega una parte en la producción de un nuevo ser social:

El descubrimiento, creación y satisfacción de las nuevas necesidades que broten del seno de la sociedad; cultivo de todas las cualidades del hombre social, y fomento de éste como sujeto de las más diversas y múltiples necesidades, por abundar en las cualidades y relaciones más diferentes; en una palabra, creación del [hombre como el] producto social más total y más universal que pueda

---

<sup>27</sup> Hegel (1975: 128) había señalado la importancia de “la exigencia de la igualdad con los demás en este terreno [la satisfacción de las necesidades]. Por una parte, la necesidad de esa igualdad y el adecuarse, la imitación, así como por otra parte, la necesidad de la particularidad –que también obra aquí- de hacerse valer mediante una diferenciación, llega a ser una efectiva fuente de multiplicación de las necesidades y su difusión.”



concebirse (pues para poder disfrutar multilateralmente, necesita ser capaz de ello y, por lo tanto, cultivado, en el sentido más alto [de la palabra]: tales son también las condiciones de desarrollo creadas por la producción capitalista. (Marx, 1985a: 277-78).

Marx entendió este desarrollo de la riqueza real (*materialmente* considerada), el desarrollo del ser social con múltiples necesidades, como parte del papel histórico del capital. Además, así como el capital fomenta la aparición de un nuevo ser social rico en necesidades, también produce un ser rico en potencial de trabajo que ya no es más el portador de una función social especializada: “el individuo totalmente desarrollado, para el cual las diferentes funciones sociales son modos alternativos de ponerse en actividad” (Marx, 1983a: 594).

No obstante, esta tendencia universal del capital a desarrollar las fuerzas productivas enfrenta sus barreras intrínsecas; está restringida por sus mismas relaciones sociales de producción. Este nuevo ser social que necesita una gratificación multilateral surge en una situación social particular: sus nuevas necesidades crean una nueva dependencia y exigen nuevos sacrificios.

Supongamos, por ejemplo, que las necesidades de los trabajadores sean de hecho invariables. En ese caso, el desarrollo de la productividad social conduciría a una reducción en el trabajo necesario y a la posibilidad de la aparición del “tiempo libre.” La brecha creciente entre el tiempo de trabajo total (d) y el tiempo de trabajo necesario (w) apuntaría hacia “el reino de la libertad,” para el cual es una condición básica la reducción de la jornada laboral, donde el desarrollo de las fuerzas humanas puede convertirse en “un fin en sí mismo” (Marx, 1983c: 1044). Se presentaría la posibilidad del trabajo por sí mismo, sin compulsión externa.

Por el contrario, la generación constante de nuevas necesidades de mercancías significa que cada nueva necesidad se convierte en una nueva exigencia de trabajar, agrega una nueva carga. *Cada nueva necesidad se convierte en un nuevo eslabón en la dorada cadena que asegura a los trabajadores al capital.* La creación de nuevas necesidades para los trabajadores, este aspecto de las relaciones entre el capital y el trabajo, concluyó Marx, “forma parte esencial de la civilización y es el elemento sobre el que descansa la legitimidad histórica y al mismo tiempo el *actual poder del capital*” (Marx, 1985a: 174. El subrayado es nuestro).

#### IV. *Necesidades imprescindibles y necesidades sociales*

El comentario de Marx sobre “el actual poder del capital” es extremadamente importante; no solo por su lucidez sino también porque toda esta discusión (y por cierto, este aspecto de la relación del capital y el trabajo asalariado) está ausente en *El capital*. Gran parte de ella, viene de los *Grundrisse* sobre los cuales estaba trabajando Marx en la época de la formulación de su plan de seis libros. Entonces, ¿cómo encaja este argumento sobre las necesidades crecientes con su discusión en *El capital*?

Sería un error identificar estas crecientes necesidades sociales (sobre las cuales “descansa el actual poder del capital”) directamente con las que forman la medida de las necesidades que subyace en el valor de la fuerza de trabajo. Antes bien, hay *tres* niveles de necesidades de artículos de consumo por parte de los trabajadores, que Marx articula en distintos puntos:

- A. *Necesidades fisiológicas.* Este es el conjunto de necesidades de valores de uso requerido para producir al trabajador como un sujeto natural. Representa el “mínimo físico”, el

límite mínimo, y lo constituye “*el valor de los medios de subsistencia físicamente indispensables*” (Marx, 1983a: 210).

- B. *Necesidades imprescindibles*. Este es el nivel de necesidades que es percibida como indispensable por el hábito y la costumbre. Incluye los valores de uso que son “requeridos habitualmente” y entran normalmente en el consumo de los trabajadores. Este es el nivel de necesidades que subyace en el concepto del valor de la fuerza de trabajo en *El capital* (Marx, 1983a: 630).
- C. *Necesidades sociales*. Este es el nivel de necesidades del trabajador como un ser humano socialmente desarrollado en un momento dado; constituye el límite *superior* en las necesidades de valores de uso en su forma mercancía.

Las dos primeras categorías de necesidades son bastante familiares. Pero, ¿qué nos permite hablar específicamente de esta tercera categoría, “las necesidades sociales”? Pues ciertamente no es una categoría familiar (o aparente). Consideremos la estructura capitalista de las necesidades –un concepto sugerido por Agnes Heller (aunque en una forma no muy precisa). Reflejando las relaciones capitalistas de producción, la estructura capitalista de necesidades está definida por la necesidad del capital, por un lado, y la necesidad de los asalariados, por el otro; y es característico que las necesidades del primero (la necesidad de valorización y de plusvalor) causan a la *no-realización* de las necesidades de los trabajadores.<sup>28</sup>

Por esto Marx señala permanentemente el impedimento de los trabajadores para realizar sus necesidades, o sea a la restricción impuesta por el capital sobre la capacidad de consumo de los trabajadores:

La capacidad de consumo de los obreros se halla limitada en parte por las leyes del salario, en parte por el hecho de que sólo se los emplea mientras pueda hacérselo con ganancias para la clase de los capitalistas.

Puesto que el fin del capital no es la satisfacción de las necesidades sino la producción de ganancias, ... debe producirse constantemente una escisión entre las restringidas dimensiones del consumo sobre bases capitalistas, y una producción que tiende constantemente a superar esa barrera que le es inmanente (Marx, 1983a: 623, 329).

En resumen, “falta la demanda de las mismas mercancías de que carece la masa del pueblo.” La producción está determinada por una “cierta tasa de ganancia”, y no por “la proporción entre la producción y las necesidades sociales, las necesidades de seres humanos socialmente desarrollados.” La producción capitalista está determinada “no en el punto donde son satisfechas las necesidades, sino más bien donde la impone la producción y realización de ganancias” (Marx, 1983c: 330; 1968: 527).

Así, indudablemente, para Marx, era algo intrínseco en la misma naturaleza del capitalismo que hay necesidades que *no* son satisfechas, necesidades cuya realización no es habitual; es decir que exceden el nivel de las necesidades imprescindibles. Aquí identificamos una falla crucial en el capitalismo: la

---

<sup>28</sup> El problema de Heller es que reduce la estructura capitalista de la necesidad a la necesidad de los trabajadores de “poseer” y así ignora el lugar de las necesidades del capital en esa estructura. Se ocultan así las características específicas del capitalismo. (Seller, 1976; Lebowitz, 1979: 353).

existencia de limitaciones capitalistas en la satisfacción de necesidades. La medida de las necesidades se elevaría, si se lo libera de:

Las trabas capitalistas y se lo amplía hasta el volumen de consumo que por un lado admite la fuerza productiva existente de la sociedad (o sea la fuerza productiva social del propio trabajo del obrero como trabajo realmente social), y que por el otro requiere el pleno desarrollo total de la individualidad (Marx, 1983c: 1111).

Entonces hay un nivel de necesidades que está *oculto*: necesidades que responden a las exigencias de “seres humanos socialmente desarrollados”, necesidades cuya realización es requerida para “el desarrollo total de la individualidad.” Es un nivel de necesidades que no se pone de manifiesto en la superficie en ningún momento dado. Observando que *parece* que en un momento dado hay “del lado de la demanda hay cierta magnitud de determinada necesidad social, que requiere para su satisfacción de una cantidad determinada de un artículo en el mercado,” Marx puso señaló que detrás de este nivel de exigencias había un nivel oculto de necesidades:

Su carácter fijo es aparente. Si los medios de subsistencia fuesen más baratos o el salario en dinero más alto, los obreros comprarían mayor cantidad de esos artículos, y se presentaría una mayor “necesidad social”...

Hay entonces una diferencia muy importante, una *brecha*, entre las necesidades de mercancías en el mercado en un momento dado y:

La necesidad *social real*... la diferencia entre la cantidad de mercancías demandada y la cantidad que se demandaría si las mercancías tuviesen otro precio dinerario o si los compradores estuviesen en otra situación en materia de dinero o de condiciones de vida (Marx, 1983c: 238-9).

Ocultas de la superficie de la sociedad, estas necesidades sociales son sin embargo parte de la misma naturaleza de esos trabajadores: “la necesidad de una cosa es la prueba más evidente, irrefutable de que la cosa pertenece a *mi* esencia, de que su ser es para mí” (Marx, 1844b: 213). No están separadas del trabajador: “en cuanto me siento determinado, constreñido por mis necesidades, es mi propia naturaleza, suma de necesidades e impulsos, la que me constriñe” (Marx, 1985a: 136).

Luego, no satisfacer estas necesidades sociales, es una negación de sí mismo. Es producir insatisfacción: “en tanto la necesidad del hombre no es satisfecha, el está en *conflicto* con sus necesidades, en consecuencia con él mismo” (Marx, 1879-80: 191). *Entonces esta brecha entre necesidades sociales (SN) y necesidades imprescindibles (NN), es un indicador de la miseria del trabajador, un indicador de sus penurias y pobreza; y podemos definir “el grado de pauperización” como la relación (SN-NN)/NN.*

Sin embargo, esta no es una brecha entre un nivel de vida habitual y un nivel infinito de deseos. Las necesidades sociales en cualquier momento dado son finitas. “de por sí, el valor de uso no carece de límites como el valor propiamente dicho. Los productos solo pueden consumirse y son objetos de necesidades dentro de ciertos límites” (Marx, 1985a: 274). Hay una cantidad *definida* de mercancías que se “demandaría si las mercancías tuviesen otros precios dinerarios o si los compradores estuviesen en otra situación en materia de dinero o de condiciones de vida.”

Estas diferencias, empero, son “muy diferentes para las diversas mercancías” (Marx, 1983c: 239). ¿Porqué? Porque los trabajadores *jerarquizan* sus necesidades, porque en cualquier momento dado existe una “jerarquía” de necesidades:

Desde que el hombre sella ciertas cosas del mundo exterior... como “*mercancías*”, se la pasa comparando estas “*mercancías*” entre sí y, correspondiendo a la jerarquía de sus necesidades, a transformarlas en un cierto orden jerárquico...

Desde que la mercancía es adquirida por el comprador, no debido a que tiene valor sino porque tiene “valor de uso” y es usada para determinados fines, es completamente auto evidente, 1. que los valores de uso son “afirmados”, es decir, su *calidad* es investigada...; 2. que si diferentes tipos de mercancías pueden ser sustituidas por otra en el mismo empleo útil, a uno o a otra se le da preferencia, etc. (Marx, 1879-80: 195, 202).

El nivel de los salarios reales (el costo de los medios de subsistencia y el nivel de los salarios monetarios) y la jerarquía de necesidades del trabajador, entonces, determina en cualquier momento dado esas necesidades que serán normalmente satisfechas (NN), y las que *no*. Como consumidor, su “juicio depende de sus medios y sus necesidades”.

Cuanto más alto sea el salario real (“si los medios de subsistencia fuesen más baratos o el salario en dinero más alto”), tanto más los obreros “pueden ampliar el círculo de sus disfrutes, dotar mejor a su fondo de consumo de vestimenta, mobiliario, etc., y formar un pequeño fondo de reserva en dinero” (Marx, 1983a: 767). Pueden satisfacerse “necesidades antes latentes”: aquellas “necesidades” que ahora son accesibles en cantidades incrementadas y también “lujos” anteriormente fuera del alcance del trabajador (Marx, 1968: 553, 558; 1971: 220).<sup>29</sup> Los salarios reales incrementados permiten satisfacer más necesidades sociales:

A causa del salario creciente, crecerá la demanda de los obreros por medios de subsistencia necesarios. En menor grado aumentará su demanda de artículos suntuarios, o se creará una demanda por artículos que antes no figuraban en el dominio de su consumo (Marx, 1983b: 416).

De este modo, cada aumento en los salarios significa una reducción en el grado de pauperización, *en la medida en que las necesidades sociales queden constantes*. Podemos observar esto en la figura 3.1, en la que las necesidades sociales están representadas como el “punto de éxtasis” (Y) sobre un plano de indiferencia, en el cual las curvas de indiferencia son cóncavas. Si los “medios de subsistencia fuesen más baratos, o el salario en dinero más alto”, se comprarían nuevos paquetes de valores de uso y declinaría la brecha entre las necesidades indispensables y las necesidades sociales. La reducción en el grado de pauperización con el desplazamiento de OY/OX a OY/OX’.

[PONER AQUÍ LA FIGURA 3.1]

Sin embargo, como hemos visto, las necesidades sociales *no* son constantes. Su incremento es intrínseco al mismo crecimiento de la producción capitalista. De este modo, el punto de éxtasis tiende a moverse hacia el exterior (cambiando, en su curso, las pendientes de las curvas de indiferencia). En la Figura 3.1, un aumento de las necesidades sociales hacia Y’ (junto al aumento en los salarios reales hacia X’), demuestra la *compatibilidad entre la pauperización creciente y los salarios reales crecientes*.<sup>30</sup> Y por supuesto, esto es exactamente lo que había planteado Marx:

---

<sup>29</sup> Marx también discutió el incremento en el consumo de los medios de subsistencia indispensables como resultado un abaratamiento duradero (Marx, 1983c: 845).

<sup>30</sup> Respecto a esta figura se puede notar que usar el “origen” (O) o un mínimo fisiológico como el punto de referencia (respecto al cual las curvas son convexas), en lugar del punto de éxtasis (Y), corresponde simplemente a un punto de vista que considera

El veloz crecimiento del capital productivo, provoca un desarrollo no menos veloz de riquezas, de lujo, de necesidades y goces sociales. Por tanto, aunque los goces del obrero hayan aumentado, la satisfacción social que producen es ahora menor, comparada con los goces mayores del capitalista, inasequibles para el obrero, y comparada con el nivel de desarrollo de la sociedad en general (Marx, 1987: 42-43).

Por esto, el capitalismo produce constantemente nuevas necesidades insatisfechas. Pero ¿cuál es el lugar de esas necesidades insatisfechas? Las necesidades sociales, esas exigencias esenciales pero ocultas, no son meros deseos en las cabezas de los trabajadores. Son un momento real de la vida económica en la medida en que pre-existe una actividad consciente por parte de los trabajadores para postular estas necesidades sociales como indispensables, es decir, en la medida en que ellas determinan las acciones de los trabajadores asalariados. *La existencia de necesidades sociales no satisfechas subyace en la necesidad de más dinero, de un salario más alto, por parte del trabajador.*

Aquí podemos situar las necesidades indispensables que subyacen en el valor de la fuerza de trabajo. “No solo depende de las necesidades físicas sino también de las necesidades sociales históricamente desarrolladas, que se convierten en segunda naturaleza” (Marx, 1983c: 1091). Y esas necesidades indispensables pueden desplazarse hacia arriba o hacia abajo: “el nivel de las necesidades vitales cuyo valor total constituye el precio de la capacidad de trabajo puede subir *por encima* de su valor o caer *por debajo* de él” (Marx, 1990: 142-43). ¿Qué determina ese movimiento? La lucha:

La determinación de su grado efectivo (el de la ganancia) se dirime exclusivamente por la lucha incesante entre el capital y el trabajo; el capitalista pugna constantemente por reducir los salarios a su mínimo físico y prolongar la jornada de trabajo hasta su máximo físico, mientras que el obrero presiona constantemente en el sentido contrario (Marx, 1987: 135-36).

En resumen, para satisfacer estas crecientes necesidades sociales generadas constantemente por el capital se necesita luchar en la “dirección opuesta” a los capitalistas. Sin embargo, no hay discusión en *El Capital* acerca de la lucha por salarios más altos; y *no la puede haber* porque *El Capital* da por sentado la medida de una necesidad dada, es decir, que “en un país determinado y en un período determinado, está dado el monto medio de los *medios de subsistencia necesarios* para el trabajador.”

## V. La Premisa Crítica

A pesar de señalar que el valor de la fuerza de trabajo contenía un elemento histórico y social, y que dependía de necesidades sociales desarrolladas históricamente, Marx agregaba siempre que:

La masa de los medios de subsistencia, aunque pueda cambiar su forma, en una época determinada y para una sociedad determinada, está dada, y por consiguiente se la puede tratar como una magnitud constante (Marx, 1983a: 208, 629).

*Pero, ¿porqué poner una premisa tan importante?*

Observemos qué permite dicha premisa. Como hemos visto en el Capítulo 1, para determinar el trabajo necesario (w), y de esa manera, la realización del plustrabajo (s). es muy importante suponer un

---

al salario desde la perspectiva del costo de un insumo más bien que en relación a las necesidades sociales a ser satisfechas. En resumen, se considera a las necesidades indispensables desde el lado del comprador de fuerza de trabajo, y no del vendedor.

paquete de subsistencia dado (U). La concepción de que la fuerza de trabajo, como una mercancía, tiene un valor diferente del valor que dicha fuerza crea nos permite localizar el origen del plusvalor en la producción. De esta manera, a pesar de sus críticas a los fisiócratas, Marx los elogiaba como “los verdaderos fundadores de la moderna economía”, por su trabajo innovador en el análisis del capital. Ubicando “el salario mínimo,” “el equivalente de los medios necesarios de subsistencia,” como la base fundamental de su teoría, “los fisiócratas transfieren la investigación sobre el origen del plusvalor de la órbita de la circulación a la de la producción inmediata, poniendo con ello los cimientos para el análisis de la producción capitalista”:

Por eso la economía moderna, que se ocupa de estudiar la producción capitalista, si quiere erigirse sobre fundamentos sólidos, tiene que partir del *valor de la fuerza de trabajo* como de una magnitud fija y dada, como lo es, por lo demás, en cada caso especial (Marx, 1974a: 26).<sup>31</sup>

Con este punto de partida, los fisiócratas pudieron formular el concepto de plusvalor e identificar un trabajador productivo como uno que produce plusvalor; aun cuando identificaron a éste como un excedente de valores de uso que solo se originaba en la agricultura. Para esta comprensión, todo lo que era necesario era el concepto del “salario mínimo”, el “*strict necessaire*,” por un período dado. Si los fisiócratas “cometieron el error de concebir este *minimum* como una magnitud invariable,” Marx (1974a: 27) observó que “esto no afecta para nada el acierto de sus conclusiones en abstracto.” En resumen, los fisiócratas desarrollaron un concepto central en la economía política, el del salario medio; y Adam Smith lo tomó “al igual que todos los economistas dignos de este nombre” (Marx, 1974a: 27, 73).

En consecuencia, para el análisis del capital, es fácil comprender porqué Marx tomó esta importante premisa de un nivel dado de subsistencia; y también porqué, a diferencia de los fisiócratas, puso de relieve que esto se refería a un período dado, un tiempo dado, una época dada. Esta no era una práctica inusual en Marx: suponer un factor constante por el momento a los fines del análisis era un método que empleó a lo largo de *El Capital*. (Su discusión de la tasa de ganancia es uno de los ejemplos más claros). De hecho, en su consideración de la magnitud del valor de la fuerza de trabajo en el Tomo I de *El Capital*, anotó explícitamente:

Es posible aquí una gran cantidad de combinaciones. Pueden variar dos factores cualesquiera y uno permanecer constante, o pueden variar simultáneamente los tres (...) Para llegar al resultado de toda combinación posible se opera sucesivamente con cada factor como variable, y con los otros dos como por el momento constantes (Marx, 1983a: 639-40).

No obstante, como hemos visto, Marx *no* consideró “toda combinación posible” que afecte al valor de la fuerza de trabajo. El factor que no trató en su momento como variable fue el conjunto dado de las necesidades imprescindibles. Hay un motivo simple: *no terminó su obra y jamás escribió el libro en el que eliminaría la premisa de una cantidad fija de necesidades imprescindibles*.

Llegamos ahora al punto donde podemos hablar sobre la cuestión del “libro faltante sobre el salario”. Dado que este tema puede probablemente perturbar a quienes Rubel llamó “los verdaderos creyentes” del marxismo, necesitamos exponer el caso cuidadosamente.

Consideremos el razonamiento de Marx en la época de los *Grundrisse*, cuando vislumbraba explícitamente un libro separado sobre el Salario. En su carta a Engels del 2 de abril de 1858, Marx

---

<sup>31</sup> La referencia al valor fijo de la fuerza de trabajo, como es evidente en el contexto de la siguiente discusión, es a “una suma de valores de uso definidos”, antes que a su valor.

describía sus seis libros sobre la economía política y en particular, indicaba sus intenciones para el libro sobre “el capital”:

A lo largo de esta sección [*El capital en general*] los salarios son presupuestos invariablemente en su mínimo. Los movimientos en los salarios mismos y la suba o caída de ese mínimo serán consideradas bajo el trabajo asalariado (Marx y Engels, 1983a: 298).

Por “mínimo” (como lo aclaró posteriormente), Marx quería decir el salario promedio, el nivel existente: “entendemos por mínimo no el límite extremo de la necesidad física, sino el salario diario promedio durante por ejemplo un año, en el que se equilibran los precios de la capacidad de trabajo durante ese tiempo, que ora se encuentra por encima de su valor, ora cae por debajo del mismo” (Marx, 1988: 52). Marx hizo la misma premisa explícitamente en su momento en los *Grundrisse*: “En ocasiones (sic)<sup>32</sup>, se da por supuesto el trabajo necesario en cuanto tal; es decir que el obrero no percibe nunca más que el mínimo necesario del salario” (Marx, 1985b: 219).

Como le explicó a Engels, “sólo por este procedimiento es posible discutir una relación sin discutir todo el resto.” Nuevamente, hizo la misma indicación en los *Grundrisse*:

Los supuestos fijos se vuelven todos ellos variables en el curso de la investigación. De este modo, simplemente el hecho de que puedan fijarse *al comienzo permite el estudio [de este desarrollo] sin confundir todo*. Además es prácticamente seguro que por ejemplo, que por mucho que difiera el nivel del trabajo necesario en distintas épocas y países, o cuánto pueda cambiar su cantidad y relación debido a la demanda y oferta de trabajo, en cualquier época dada el nivel debe ser considerado y tratado por el capital como un nivel fijo. *El estudio de todos estos cambios pertenece al capítulo que trata del trabajo asalariado* (Marx, 1985b: 219. El subrayado es nuestro).

Por consiguiente, a esta altura cuando es indiscutible que Marx proyectaba un Libro sobre Trabajo Asalariado, al menos sabemos una cosa que proyectaba para ese libro: retirar la premisa de que la medida de necesidades es algo dado fijo. La referencia de Marx al sitio para considerar estos cambios como un “capítulo” no nos debe preocupar dado que ellos aparecen en su “capítulo” sobre el capital, que comprende las páginas 239 a 882 en esta edición; además, como dijimos al comienzo del capítulo, continuó refiriéndose a un libro sobre trabajo asalariado posteriormente en 1859 en el Prefacio a su *Contribución a la crítica de la economía política*.

¿Qué sucede luego de 1859? Por desgracia, dado que no hay cartas donde Marx lamentando no poder escribir su libro proyectado sobre el trabajo asalariado, lo mejor que podemos hacer es sopesar las probabilidades. En resumen podemos hacer deducciones a partir de la evidencia que *tenemos*. ¿Qué probabilidad podemos asignar al persistente reconocimiento de la necesidad de un libro separado sobre el trabajo asalariado, dadas las pequeñas evidencias que existen?

Sin duda, si las referencias de Marx a esta cuestión anotadas arriba hubieran cesado luego de los *Grundrisse*, esto podría significar que abandonó la idea de un libro separado de *El capital* que trataría sobre el trabajo asalariado. Pero no fue este el caso. Marx volvió a esta cuestión en su *Manuscrito Económico de 1861-63* y distinguió explícitamente allí entre el material propiamente perteneciente al libro sobre el capital, y el material que corresponde al trabajo asalariado. Cuando retoma la discusión sobre “El

---

De acuerdo al contexto y a la versión inglesa de los *Grundrisse*, la versión española que utilizamos debería decir “por ahora” en lugar de “en ocasiones” (N. del T.)

capital en general” donde había quedado en su *Contribución a la crítica de la economía política*, señala las diferencias en las “necesidades naturales” entre países, cambios de necesidades que son producto de la historia y también movimientos en el precio de mercado de la fuerza de trabajo por encima y por debajo su valor. Sin embargo:

El problema de estos movimientos a nivel de las necesidades de los trabajadores, es también que el del alza y la baja del precio de mercado de la capacidad de trabajo por encima o por debajo este nivel, no corresponde aquí, donde hay que desarrollar la relación capital general, sino en la doctrina de los salarios del trabajo. En el curso ulterior de esta investigación se verá que si uno asume el nivel de las necesidades de los trabajadores será más alto o más alto es completamente irrelevante para el resultado final. Lo único importante es que debería ser considerado como dado, determinado. Todas las preguntas relacionadas a esto no como una magnitud dada, sino variable, corresponden a la investigación del trabajo asalariado en particular y no toca su relación general con el capital (Marx, 1988: 44-5).<sup>33</sup>

Aquí vemos varias cuestiones. Primero, dado que el tema de estudio es el capital, para comprender su naturaleza es necesario tratar el nivel de las necesidades de los trabajadores como dadas y determinadas. Esto fue lo que indicó en los *Grundrisse* y en su carta a Engels, y coincide con sus comentarios sobre los fisiócratas. En segundo lugar, los cambios en las necesidades de los trabajadores no son parte del estudio del capital. Todas las cuestiones relacionadas con esos cambios “pertenecen a la investigación del trabajo asalariado en particular.”

En consecuencia, cuando se investiga la relación del capital en general, se suponen fijas las necesidades de los trabajadores. Marx continuó sobre este punto, observando que en la práctica el nivel de las necesidades de los trabajadores cambiaban: por ejemplo, podrían ser forzadas hacia abajo (afectando por lo tanto el valor de la fuerza de trabajo):

En nuestra investigación empero, supondremos en todos lados la cantidad de los medios de subsistencia, y en consecuencia también la extensión de las necesidades, en un nivel dado de civilización, jamás es empujado hacia abajo, porque esta investigación de la suba y alza del mismo nivel (en particular su baja artificial) no altera nada en la consideración de la relación general (Marx, 1988: 45-6).

De nuevo, ¿porqué investigar las cuestiones de los cambios en el nivel de necesidades inmediatamente cuando el primer requisito era comprender la naturaleza del capital y la relación capital? Para este propósito, “la única cosa de importancia” para determinar el valor de la fuerza de trabajo es que el nivel de necesidades es tratado “como dado, determinado”. Como Marx pasó a comentar, “era naturalmente de la mayor importancia para comprender la relación-capital determinar el *valor de la capacidad de trabajo*, dado que la relación capital descansa sobre la venta de esa capacidad” (Marx, 1988: 47).

Finalmente, el *Manuscrito Económico de 1861-63* ofrece algunos datos adicionales que confirmarían que Marx quería dejar ciertas cuestiones específicas para un libro sobre el trabajo asalariado. Como hemos visto, el proyecto obvio de Marx era tratar el nivel de necesidades como dado, dejando solo una razón para los cambios en el valor de la fuerza de trabajo: los cambios en la productividad en la producción de ítems que integran la canasta de consumo del trabajador. Esto le permitió concentrarse en la

---

<sup>33</sup> Por desgracia, no pude acceder a estos manuscritos en el momento de escribir la primera edición de este libro; pero es muy reconfortante ver la confirmación del argumento que articulé primero en Lebowitz (1977-8).



relación entre los incrementos en la productividad y el desarrollo del plusvalor relativo (una relación que como veremos más tarde, se vuelve algo problemática cuando se relaja la premisa de una canasta de consumo fija). Y trató esta cuestión como sigue:

En la medida en que la maquinaria da lugar a una reducción directa de los salarios para los trabajadores empleados por él, por ejemplo usando la demanda de quienes quedaron desempleados para forzar la caída de los salarios de los que están empleados, no es parte de nuestra tarea tratar con este CASO. Pertenece a la teoría de los salarios. En nuestra investigación partimos del supuesto de que la *capacidad de trabajo* es pagada *a su valor*, y por lo tanto los salarios solo son reducidos por la DEPRECIACIÓN de esa capacidad de trabajo, o lo que es lo mismo, por el abaratamiento de los medios de subsistencia que entran en el consumo de los trabajadores (Marx, 1994: 23).

Vemos aquí que Marx era muy consecuente en indicar lo que debía ser dejado al estudio de los salarios (o del trabajo asalariado) y lo que pertenecía a la investigación sobre el capital. Continuó del mismo modo en sus manuscritos de 1864-65. En la sección titulada “Los resultados del proceso inmediato de producción”, nuevamente señaló la importancia de asumir como constantes las necesidades de los trabajadores: “para el análisis del capital es de todo punto indiferente que se suponga alto o bajo el nivel de las necesidades de los obreros.” Más adelante indicó nuevamente que la consideración de las variaciones en el nivel de las necesidades pertenecía a la “investigación del trabajo asalariado en particular”:

El nivel de las necesidades vitales cuyo valor total constituye el valor de la fuerza de trabajo puede subir o bajar. El análisis de estas variaciones, sin embargo, no pertenece aquí sino a la teoría de los salarios. (Marx, 1990, 143).

Aquí tenemos ahora una discusión constante desde los *Grundrisse* (1857-8) hasta los “Resultados” (1864-5). ¿Se extiende también hasta *El capital*? Bueno, sabemos que Marx siguió la pauta en cuanto qué era apropiado para el estudio del capital y qué pertenecía a la investigación del trabajo asalariado en particular. En *El Capital*, hizo exactamente lo que había planeado hacer: mantener constante el nivel de las necesidades. Donde casi viola su proyectada división entre los dos libros es cuando se refiere al efecto de la maquinaria en el despido de obreros y de este modo la baja de los salarios. Aún aquí, empero, no considera cambios en el nivel de las necesidades de los trabajadores sino que se concentra en los movimientos del precio de la fuerza de trabajo arriba y debajo del valor existente: “la oscilación de los salarios queda confinada dentro de límites adecuados para la explotación capitalista” (Marx, 1983a: 961).

¿Dónde está entonces el lugar para esa discusión de las crecientes necesidades sociales de los trabajadores, las necesidades que se han convertido en una segunda naturaleza? ¿Dónde está la investigación de la lucha de los trabajadores para satisfacer más de esas “necesidades históricas; necesidades creadas por la misma producción, necesidades sociales, que son ellas mismas hijas de la producción social y el intercambio”? ¿Dónde es que se suprime la premisa sobre un nivel constante de las necesidades? Cuando *El capital* excluye la base para “el poder actual del capital”, ¿cómo puede nadie considerar a *El capital* como proporcionando “un sistema totalmente elaborado”?

¿Qué más faltó en *El capital*? En resumen, ¿qué es lo que pertenece al libro sobre *El Trabajo Asalariado*? Rubel sugirió que el libro estaba “destinado a revelar en detalle el proceso histórico y dialéctico de la ‘negación’ del capital” (O’Malley y Algozin, 1981: 223). En forma similar, basado en su enérgica lectura de los *Grundrisse*, Antonio Negri (1984: 5, 18-9, 127-51 *passim*) argumenta que *El capital* sólo es una parte en la totalidad de la temática marxiana; encuentra en los *Grundrisse* el correctivo al objetivismo de *El capital* (y, en particular, en la elaboración del material para el libro sobre trabajo asalariado en este último). Negri plantea que el tema de ese libro faltante es “del salario al sujeto, de la

*relación capital a la lucha de clase*” (Negri, 1984: 134) Rubel y Negri, en resumen, han sugerido que el material para el libro sobre el trabajo asalariado es esencial para comprender la teoría de Marx.

¿Es el silencio de Marx sobre cuestiones cruciales en *El capital* fue el origen de los problemas identificados en el capítulo anterior? Parecería que la idea de un libro separado sobre el salario estaba vigente en *El capital*; que él siguió considerando que la “investigación del salario en particular” como fuera del alcance de su libro. A comienzos del Capítulo 20 del Tomo I del mismo, cuando describiendo las distintas formas de los salarios, comentó: “Una exposición de todas estas formas debiera tener cabida en *la teoría especial del salario, y no por tanto en esta obra*” (Marx: 1983a: 661. El subrayado es nuestro) Su última palabra sobre el tema fue que se necesitaba una obra separada sobre el trabajo asalariado.

Cerremos esta discusión sobre el libro faltante con una tesis que aclararemos en el próximo capítulo. La cuestión no es si Marx se proponía o no escribir un libro sobre el salario. Si no que aunque no lo hubiera mencionado, igualmente ese tema necesitaríamos escribirlo.

Más allá de *El Capital* – Michael A. Lebowitz  
(Trad. Francisco T. Sobrino)

#### Capítulo 4. El limitado enfoque de El Capital

**Aforismo:** Es completamente imposible entender *El Capital* de Marx, y en especial su primer capítulo, sin haber estudiado y entendido a fondo toda la *Lógica* de Hegel. ¡Por consiguiente, hace medio siglo ninguno de los marxistas entendió a Marx!

V. I. Lenin (1963: 174)

Hemos visto que *El capital* no investiga el aspecto de la relación capital/salario que implica la creación de nuevas necesidades sociales para los trabajadores (sobre la cual “descansa el actual poder del capital”). No se ocupa de los cambios en el nivel de las necesidades que pueden nacer cuando el trabajador “presiona en el sentido contrario” al capitalista en el curso de las luchas de clases. Este es el tipo de cuestiones que no se relacionan con el análisis del capital como tal sino que fueron relegadas a la “investigación del salario en particular”.

¿Es un problema serio? ¿O es un defecto menor que puede ser simplemente remediado con agregados, añadiendo a *El capital* estos aspectos faltantes? Si lo hacemos surge un problema: crea potencialmente una amalgama ecléctica en la que las premisas y las deducciones se mezclan en el tipo de “círculos de brujas” que Hegel (1929: II, 87-9) identificaba en una de sus críticas a la práctica científica reinante. Si vamos a incorporar las luchas salariales en los argumentos de Marx, ¿no tenemos que comprender las *premisas* de las mismas? Saber cuándo y cómo introducir categorías específicas era una cuestión con la cual Marx era muy cuidadoso y que es muy importante para su método: para comprender al capital, antes debemos comprender al dinero; y para comprender a éste, antes debemos comprender la mercancía. Pero lo que no podemos hacer (para ser consecuentes con el método de Marx), es yuxtaponer externamente estas categorías sin investigar sus conexiones internas.

Para comprender entonces las implicancias de los elementos faltantes e investigar los defectos resultantes de *El capital*, es necesario antes que nada considerar el método que utilizaba Marx en su obra.

#### VIII. El método de El capital

“Si alguna vez vuelvo a tener tiempo para este tipo de trabajo”, le escribió Marx a Engels en enero de 1858, “me proporcionaré el placer de hacer accesible, en dos o tres pliegos impresos, a los hombres con sentido común el fondo *racional* del método que Hegel ha descubierto y al mismo tiempo mixtificado.” Trabajando en esa época en los *Grundrisse*, Marx había releído recientemente la *Lógica* de Hegel, que “me ha prestado un gran servicio en el *método* de elaboración del tema” Marx y Engels, 1974: 68-69). Sin embargo, el momento para ese trabajo nunca llegó (aunque diez años más tarde Marx todavía tenía

esperanzas).<sup>34</sup> No hay entonces un texto disponible que podría habernos permitido considerar las implicancias metodológicas de un libro faltante sobre el salario.

En su ausencia, tenemos que arreglarnos con lo que tenemos; pegando vistazos en el método no sólo en *El capital*, como se propuso Lenin (1963: 311), sino también otras obras de Marx (y claro está, los propios comentarios de Lenin sobre la *Lógica* de Hegel).<sup>35</sup> Y dado que una discusión completa está más allá de nuestro propósito y competencia, debe ser más corta que las aproximadamente 40 páginas (a 16 páginas impresas por hoja de imprenta) que Marx juzgaba necesario para explicar su método (O'Malley and Algozin, 1981: 196).

¿Cuál es ese método? Primero, es un énfasis en el “todo”. El objetivo de Marx era comprender la sociedad burguesa como una totalidad, como un todo interrelacionado. ¿Porqué? Porque como cualquier otra sociedad, realmente *era* ese todo: “En cada sociedad las relaciones de producción forman un todo” (Marx, s.f.: 105 ). Así como la sociedad antigua y la feudal antes de ella, la sociedad burguesa era una “totalidad de relaciones de producción”:

Las relaciones de producción en su conjunto forman lo que se llaman las relaciones sociales, la sociedad y concretamente, una sociedad con un determinado grado de desarrollo histórico, una sociedad de un carácter peculiar y distintivo peculiar (Marx, 1987: 37).

Para Marx una sociedad es un complejo particular de elementos interconectados, un todo compuesto de diversos aspectos que “se encuentran entre sí en una relación necesaria que surge de la naturaleza del organismo” (Marx, 1843: 11). Y estos elementos son diferentes miembros de un sistema orgánico, una “el organismo social, en el que todas las relaciones existen simultáneamente y se sostienen las unas en las otras” (Marx, s.f.: 106). En lugar de “elementos vecinos independientes e indiferentes” relacionados extrínseca o accidentalmente, los elementos “son todos miembros de una totalidad, distinciones dentro de una unidad” (Marx, 1985a: 14).

En este énfasis sobre la interconexión orgánica de las partes, tenemos precisamente el concepto de la totalidad que Marx tomó de Hegel, la idea que Lenin (1963: 140) describió como “el vínculo universal, multilateral, *vital* de todo con todo”:

Un río y las *gotas* de ese río. La posición de *cada una* de las gotas, su relación con las otras; su vinculación con las otras; la dirección de su movimiento; su velocidad; la línea del movimiento – recta, curva, circular, etc.- hacia arriba, hacia abajo. La suma del movimiento (...) Ahí tenemos á peu pres [aproximadamente] la imagen del mundo según la *Lógica* de Hegel; es claro que sin dios y el absoluto.

El todo, esa totalidad de interconexiones, es la estructura en la que Marx investiga y comprende las partes. Como comentó Lukács (1969: 29):

---

<sup>34</sup> “Cuando me haya quitado la carga de la economía política, escribiré una “Dialéctica”. Las verdaderas leyes de la dialéctica ya están contenidas en Hegel, aunque en una forma mística. Lo que se necesita es despojarla de esta forma...” (Marx a Joseph Dietzgen, 9 de mayo de 1868 en Marx y Engels (1988:31).

<sup>35</sup> Mi apreciación de Hegel y de los *Cuadernos Filosóficos* de Lenin (1961) fue inicialmente estimulada por la lectura de Raya Dunayevskaya. Ver, por ejemplo, Dunayevskaya (1964).

La categoría de totalidad, el dominio omnilateral y determinante del todo sobre las partes es la esencia del método que Marx tomó de Hegel y transformó de una manera original para hacer de él el fundamento de una nueva ciencia.

Lukács (1969: 30) también apuntó que mientras que “la ciencia burguesa” parte “siempre desde el punto de vista del individuo”, Marx rechazaba un enfoque que conduce de las partes individuales, individuos atomísticos, hacia el todo. En este sentido, su perspectiva era diametralmente opuesta al “individualismo metodológico” característico de gran parte de la obra no marxista (incluyendo en particular a la economía neoclásica); esa herencia “cartesiana” tan bien descrita por Richard Levins y Richard Lewontin como sigue:

Las partes son ontológicamente anteriores al todo; o sea que las partes existen aisladamente y se juntan para hacer las totalidades. Las partes tienen propiedades intrínsecas, que poseen en su forma aislada y las prestan al todo.

Por el contrario, para el marxismo las partes *no* tienen existencia independiente anterior como partes. “adquieren propiedades en virtud de ser partes de un todo particular, propiedades que no tienen aisladamente o como partes de otro todo” (Levins y Lewontin, 1985: 269, 273, 3).

Partir de la perspectiva del todo significa una ruptura con muchos hábitos de pensamiento que provienen de la perspectiva cartesiana. Si pensamos que las partes individuales, por ejemplo, no como independientes e indiferentes entre sí, sino más bien como “miembros de una totalidad”, entonces una concepción del cambio como el resultado de estímulos exógenos es difícil de sostener. Comprender la sociedad como una totalidad es comprender que su cambio y desarrollo no es una simple relación de causa y efecto, de variables independientes y subordinadas. Antes bien, “se opera una interacción mutua entre los diversos momentos. Esto es lo que ocurre en cualquier totalidad orgánica” (Marx, 1985a: 15). Como notó en su lectura de Hegel (1961: 159), “la multilateralidad y el carácter multi-abarcador de la interconexión del mundo... solo es expresado por la causalidad en forma unilateral, fragmentaria e incompleta.” Hay una acción recíproca de estos diversos aspectos entre sí,” y como resultado hay un movimiento y cambio en el todo (Marx y Engels, 1846: 53). En este sentido el movimiento y la dirección de la sociedad burguesa puede ser considerado como un “auto-movimiento”, un desarrollo orgánico inherente a la naturaleza del sistema.

De esta manera, el punto de vista de la totalidad está en el corazón de una cosmovisión marxiana. Nos obliga siempre a pensar sobre las conexiones, reconocer que en la superficie de la sociedad no vemos la “oscura estructura del sistema económico burgués” –es decir, “la figura medular interior, esencial pero encubierta” (Marx, 1968: 65; 1983c: 266). Sin embargo, comprender el mundo como un todo interrelacionado sólo es un aspecto del método de Marx. Queda la cuestión crítica de *cómo* desarrolla Marx precisamente una comprensión de ese todo. En resumen, ¿cómo se llega a comprender la naturaleza de la totalidad en cuestión?<sup>36</sup>

No podemos esperar comprender una sociedad real con sus interconexiones partiendo de un modelo abstracto, y simplemente no podemos “aplicar un sistema abstracto hecho a medida de lógica a los vagos presentimientos de tal sistema” (Marx y Engels, 1983: 261). Antes bien, debemos comenzar con un estudio

---

<sup>36</sup> Aquí planteamos una cuestión epistemológica, en lugar de la cuestión ontológica sobre el estado del mundo. Para Marx éstas eran cuestiones separadas. “Marx separó consecuente y drásticamente dos complejos: el ser social, que existe independientemente de si es comprendido más o menos correctamente, y el método más adecuado para comprenderlo en el pensamiento.” (Lukács, 1978: 26).

cuidadoso de esa sociedad real; este es el punto de partida para la observación y la concepción.” Pero para Marx la mera observación y estudio empírico no puede captar las interrelaciones de esa totalidad concreta. Si así fuera, no habría necesidad de la ciencia, ni del pensamiento abstracto. Todo lo que resulta de la observación es “una concepción caótica del todo” (Marx, 1985a: 15). En consecuencia, la investigación “debe apropiarse pormenorizadamente de su objeto, analizar sus distintas formas de desarrollo y rastrear su nexo interno” (Marx, 1983a: 19). Y esa apropiación pormenorizada del objeto es una condición para traer a una ciencia al punto en el que “puede exponer adecuadamente el movimiento real.”

Habiendo estudiado lo concreto, necesitamos desarrollar lógicamente una comprensión de esa totalidad. Y la manera de hacerlo es comenzar desde los conceptos simples que son el resultado del análisis de lo concreto. Se debe comenzar con los conceptos y las “determinaciones más simples” seguidamente deducir lógicamente una concepción del todo “como una rica totalidad de muchas determinaciones y relaciones.” Este era el “método científicamente exacto” (Marx, 1985a: 15).

Describiendo este “método de elevarse de lo abstracto a lo concreto” como “el modo en el que el pensamiento se asimila lo concreto, lo reproduce como lo concreto espiritual,” Marx estaba siguiendo la receta de Hegel:

Es más fácil para la Cognición tomar la simple determinación abstracta de pensamiento que la concreta, que es una concatenación múltiple de esas determinaciones de pensamiento y sus relaciones: y esta es la manera en la que lo concreto debe ser aprehendido, no como lo es en la intuición.

Lo abstracto debe constituir en todo lugar el comienzo y el elemento en el que y desde el cual se diseminan las particularidades y las ricas formas de lo concreto (Hegel, 1929: II, 443-4).

Pero ¿cuál era el método de deducción por el que nos movemos de lo simple abstracto a la rica totalidad de muchas determinaciones y relaciones? Mientras Hegel y Marx se dedicaban a un proceso de derivación dialéctica, sus terrenos diferían. El viaje de Hegel en su *Ciencia de la Lógica* tiene lugar puramente en el reino del pensamiento; es un movimiento del concepto al concepto sólo impulsado por la revelación de las relaciones lógicas. Por el contrario, Marx siempre tiene la totalidad real ante él, y es la que debe ser comprendida. No obstante, como reconocieron Marx y Lenin, en Hegel había algo más que mistificación; también había el descubrimiento de un método.

Como notó Lenin, para la *Lógica* de Hegel era primordial no sólo la “necesidad del nexo”, sino también la “inmanente generación de las diferencias” (Lenin, 1963: 93; Hegel, 1948: I, 72). En la medida en que puede mostrarse que un concepto implica otro ulterior, puede decirse que contiene en su interior una distinción, una negación, que demuestra que no es adecuado en sí. Entonces, el “momento dialéctico” con respecto al primer término, es la comprensión de “la *diferencia* que contiene implícitamente,” el Otro que está latente en su interior. En consecuencia, así como encontramos primero el segundo término, es comprendido simplemente como el opuesto del primero, que se encuentra fuera del primero. Pero luego de una ulterior interrogación de este segundo término, llegamos a entender la relación de los términos; su unidad: “El segundo término por el otro lado es en sí la entidad, diferencia o nexo determinado, de aquí que con él el momento dialéctico consiste en poner la *unidad* que está contenida en él” (Hegel, 1929: II, 477).<sup>37</sup>

---

<sup>37</sup> Henri Lefebvre (1968: 31) definió el “momento dialéctico” como “ese expediente de la mente que se encuentra obligada a moverse de una posición que había esperado era definitiva y tener en cuenta algo más...” En forma similar, en su exposición de la “dialéctica sistemática” de Hegel y Marx, Chris Arthur (1998: 450) comenta que “la base del progreso es generalmente que cada categoría es *deficiente* en determinaciones con respecto a la siguiente y el impulso para la transición es precisamente la exigencia de que dicha deficiencia sea superada...”

De este modo, habiendo desarrollado el concepto de su opuesto desde el primer término o inmediato, Hegel continuó para demostrar que el segundo término (aunque integrando el contenido del primero) también era deficiente en sí; el progreso ulterior en el entendimiento sólo ocurre comprendiendo totalmente la relación de los dos términos, entendiendo la unidad de estos opuestos específicos. El tercer término (la negación de la negación) contiene y preserva en su interior el contenido de los primeros dos términos mientras que al mismo tiempo trasciende la parcialidad de cada uno. En este sentido, el tercer término es un concepto claramente más rico, y más completo.

Pero este no es un punto final. Dado que esta nueva comprensión a su vez puede mostrarse conteniendo en su seno una diferencia, Hegel sugirió que “la cognición se desenrolla en delante de contenido en contenido. Este progreso se determina primero, de esta manera, en que comienza a partir de la simple determinabilidad y que cada siguiente es más rico y más concreto.” De este modo, cada paso del proceso es uno de progreso dialéctico que “no solo no pierde nada y no deja nada detrás, sino que transmite con él todo lo que ha sido adquirido, enriqueciéndose y concentrándose sobre sí mismo” (Hegel, 1929: II, 482-3).

¿Por cuánto tiempo continúa este proceso de razonamiento? Para Hegel, el punto final sólo podría ser donde no hay más deficiencias en los conceptos —es decir, la Idea Absoluta, el todo que es suficiente hacia sí mismo.<sup>38</sup> Habiendo comenzado con su discusión en la *Lógica* con el Ser Puro, el punto de partida elegido inicialmente como vacío de presupuestos, Hegel revela al final que la Idea Absoluta es el Ser Puro —es decir, que el presupuesto es él mismo un resultado. Así, “la ciencia es vista como un círculo que vuelve sobre sí mismo”:

El método forma así un círculo, pero en un desarrollo temporal, no puede anticipar que el comienzo como tal ya será derivado... (Hegel, 1929: II, 483-4).

Aunque su objeto difería evidentemente del de Hegel, Marx usaba en forma similar el método de la derivación dialéctica como su medio de “localizar” los nexos internos en el interior de la totalidad concreta. Logra captar y presentar lógicamente lo real con tanto éxito que su método gradualmente se deslizó al último plano: pareciera “estar ante una construcción *apriorística*” (Marx, 1983a: 19). Sin embargo, aquí queremos buscar específicamente ese método.

Como observó Lenin (1963: 140), para entender la totalidad concreta, ese “vínculo universal, multilateral, *vital* de todo con todo,” es necesario desarrollar conceptos que “deben ser tallados, trabajados, flexibles, móviles, relativos, relacionados entre sí, unidos en oposiciones, a fin de abarcar el mundo.” Y esto es lo que hizo Marx. Comenzando con conceptos simples, Marx continuó deduciendo nuevas categorías y conceptos. Se esfuerza por no introducir categorías exógenamente y remarca la absoluta necesidad de no omitir “nexos esenciales”; por cierto, la omisión de los eslabones indispensables fue un importante aspecto de la crítica metodológica de Marx a Ricardo y a la economía política clásica (Marx, 1968: 164-5, 190-1; 1971: 500).<sup>39</sup>

---

<sup>38</sup> “La presentación termina cuando todas las condiciones de existencia que deben ser tratadas son comprendidas por todo el sistema de categorías desarrollado” (Arthur, 1998: 451).

<sup>39</sup> Una vez que comprendemos el lugar jugado en *El capital* por la derivación dialéctica, es fácil comprender porqué el marxismo no avanza cuando se le inserta elementos extraños. Para Marx, ningún elemento puede caer del cielo en un razonamiento.

Sin embargo, para Marx (al contrario que para Hegel) este proceso de deducción no era una cuestión del “pensamiento concentrado en sí mismo, que se profundiza y se mueve por sí mismo.” Ni era esa “totalidad de pensamiento,” el “producto del pensamiento, de la concepción; y el comprender”, en modo alguno del concepto que nace por sí mismo fuera o por encima de la intuición y la representación, sino esa totalidad de pensamiento es un producto de “la elaboración de la intuición y la representación en el concepto.” Es “un producto de una cabeza pensante, que se asimila el mundo del único modo que puede hacerlo” (Marx, 1985a: 16)

Como se observó antes, el punto de referencia para Marx para este proceso de derivación dialéctica es siempre la sociedad real. Sin invadir en el tema de la próxima sección (que investiga la derivación de la totalidad en *El capital*), podemos ilustrar este método considerando la discusión de Marx de las formas valor en su capítulo sobre la Mercancía en *El capital*. Habiendo identificado la “insuficiencia de la forma simple del valor,” Marx observó que esta forma de valor “tiene que padecer una serie de metamorfosis antes de llegar a su madurez,” la de la forma *desplegada* del valor. A su vez, las “deficiencias” de la última se convierten en la base para la consideración de la forma general del valor que, para adquirir una “vigencia social general”, pasa a la Forma Dinero del Valor (Marx, 1983a: 76, 85).

En forma similar, consideremos la discusión en la primera sección del Tomo II; al desplegar sus ideas investigando las diversas formas del ciclo del capital (las del capital dinerario, capital productivo y capital mercantil), destacó también las deficiencias inherentes en cada representación del ciclo por separado. Se muestra a cada forma conteniendo en su interior una forma ulterior. Precisamente porque todas las formas en sí fueron halladas inadecuadas y unilaterales, Marx continuó hasta hallar que “solo la unidad de las tres formas” del ciclo del capital expresa adecuadamente la periodicidad del proceso vital del capital (Marx, 1981a: 141-2, 172, 179-30, 184 [1983b: 186] ).

En estos casos, las deficiencias, defectos e insuficiencias que identifica Marx no son el resultado del pensamiento actuando sobre sí mismo. Más bien, la medida de su inadecuación es lo real: los procesos y relaciones concretos que no logran expresar conceptualmente. En resumen, antes que participar en una dialéctica del pensamiento puro, para Marx es el defecto en la teoría *relativo a la totalidad concreta* lo que impulsa a avanzar la discusión. Mientras no esté contenido en el interior de la totalidad pensada algo crucial para comprender lo concreto, debe continuar la deducción dialéctica. Así, el sujeto específico, la sociedad, está siempre presente como la premisa de este proceso teórico; y como apuntó Lenin (1963: 312) con respecto a *El capital*, “La prueba por los hechos o por la práctica *respective*, se encuentra aquí a *cada* paso del análisis.”

Por supuesto, si hay una categoría remanente fuera del complejo pensado que se ha desarrollado, ésta ha estado fuera desde el principio. (Al comienzo de la excursión lógica, casi todas las categorías se hallan afuera; sólo nos apropiamos de ellas en el curso de esta derivación dialéctica.) En consecuencia, la cuestión crucial es así determinar en qué punto debe introducirse la categoría.<sup>40</sup> Para que este proceso de razonamiento dialéctico demuestre la *interconexión lógica* de todas las partes del todo, la respuesta es clara: antes que sus premisas hayan sido desarrolladas, no puede introducirse ninguna categoría, y tampoco podrá introducirse hasta que esté implícita y su incorporación es necesaria para el ulterior desarrollo de la totalidad pensada. En resumen, ninguna categoría puede caer del cielo; cuando se la requiera, debe ser desarrollada desde el interior del sistema. Así, a los efectos de asegurar que ningún elemento es externo, extrínseco, independiente, indiferente, o exógeno al sistema, es esencial avanzar deductivamente paso a paso.

---

<sup>40</sup> Mientras trabajaba a través de su desarrollo del concepto del capital en sus cuadernos de 1857-8, Marx pregunta en un momento dado: “La demanda y la oferta (...) ¿no deberían estudiarse tal vez al tratar de la producción simple o la circulación, en la medida en que son [de por sí] categorías abstractas, que no expresan aún una determinada relación económica?” Dado que no siguió el tema, presumiblemente la respuesta fue negativa (Marx, 1985a: 276).



Obviamente, el orden histórico (es decir, el orden en que lo real mismo llega al ser) no puede dictar al orden lógico. Por supuesto, Marx insistió que es “falso y no viable seguir las categorías económicas por el orden con que aparecen históricamente como categorías determinadas. Lejos de ello, el orden de sucesión en que aparecen se halla determinado por la relación que guardan entre sí en la moderna sociedad burguesa” (Marx, 1985a: 21). De este modo, al contrario que Hegel, para Marx no había una relación necesaria entre el orden histórico y el lógico.<sup>41</sup> Como había preguntado veinte años antes (Marx, s. f.: 106), “¿Cómo la fórmula lógica del movimiento, de la sucesión del tiempo podría explicarnos por sí sola el organismo social, en el que todas las relaciones existen simultáneamente y se sostienen las unas en las otras?”

Al final del proceso de la derivación dialéctica de Marx, el “premio” es la representación de la “totalidad de las relaciones de producción.” Comprendemos con precisión cómo está interconectadas estas categorías. Al final, no arribamos a la “representación caótica de un todo, sino... a una rica totalidad de muchas determinaciones y relaciones” (Marx 1985a: 15). Tenemos un concepto de ese sistema orgánico “en el que las relaciones existen simultáneamente y se sostienen las unas en las otras”:

Dentro del sistema burgués ya desarrollado cada relación económica presupone a otra ya plasmada y es al mismo tiempo, premisa de ella, como ocurre en todo sistema orgánico (Marx, 1985a: 165).

¿Y si no podemos demostrar que todas sus presuposiciones son el resultado de la propia obra del capitalismo? ¿Hemos comprendido la totalidad concreta? Para Marx, todas las presuposiciones del capital deben ser explicadas como si fueran producidas por él mismo, como desarrolladas y formadas en el interior del todo, “y al mismo tiempo premisa de ella”. Como veremos, este era un punto que en su desarrollo de la totalidad en *El capital* no se cansó de destacar.

### **IX. La derivación de la Totalidad**

A pesar de que no podemos rastrear en detalle todos los pasos implicados en la derivación de la totalidad en *El capital*, revisemos los momentos claves en el proceso. Comenzando con la mercancía, la forma elemental de la riqueza en la sociedad capitalista, Marx continuó analizando este concreto particular, un producto del trabajo que era vendido, y descubrió que contenía una distinción; que por un lado era un valor de uso y por el otro un valor. Razonando ulteriormente, llegó a la conclusión de que el mismo concepto de la mercancía contenía en forma latente en su interior el concepto del dinero: que la mercancía era en sí y para sí sólo en el intercambio, solo entrando en el dinero, la expresión independiente del valor.

Para que la mercancía exista como tal, se necesitaba que el valor tomara una forma independiente, y esto se “logra por la separación de las mercancías en mercancías y dinero” (Marx, 1983a: 85 ). La antítesis entre valor de uso y valor, inherente en la mercancía, era así expresada exteriormente por la oposición entre la mercancía y el dinero (Marx, 1983a: 106).

---

<sup>41</sup> Lukács describió esto como “la crítica metodológica decisiva de Marx a Hegel”, para quien “la sucesión de épocas históricas y las formas en el interior de ellas. Corresponden por una necesidad metodológica a la derivación de las categorías lógicas” (Lukács, 1978: 108-9). A diferencia de la ruptura de Marx con Hegel, para Engels (quien no tuvo acceso al claro argumento de Marx en los *Grundrisse*), el método lógico “no es sino el método histórico, solo despojado de su forma histórica y sus molestos elementos fortuitos. La cadena del pensamiento debe comenzar con la misma cosa con la que comienza esta historia...” De esta manera, se desprende que comenzar *El Capital* con la mercancía es apropiado no debido a su prioridad lógica sino más bien porque “avanzamos desde la relación primera y más simple que nos enfrenta históricamente y de hecho;... (Engels, 1859: I, 373-4) Lukács (1978: 110) lo describió como “la retirada de Engels hacia Hegel”.

Como valor independiente, el dinero (el Otro de la mercancía) también es valor de uso: el poder de representar y realizar el valor de todas las mercancías, ser cambiado por todas ellas; esto es lo que le permite actuar como mediador para las mercancías (M-D-M'). Pero ser un fin en sí mismo está latente en el dinero, que el dinero como riqueza puede ser un fin, para lo cual es mediadora y momento transitorio la mercancía. El dinero para sí (D-M-D'), sin embargo, es simplemente valor; en el movimiento del dinero como riqueza, el valor es común y presente en todas las formas: el dinero y la mercancía sólo funcionan como diferentes modos de existencia del mismo valor (Marx 1983a: 174).

De esta forma, la mercancía y el dinero son opuestos; mutuamente excluyentes y también necesarios entre sí. Pero también están unidos en el concepto del capital. Así, el valor-para-sí se mueve a través de las formas del dinero y la mercancía en este proceso y por cierto, es el sujeto del proceso. Para el valor que se valoriza, la mercancía y el dinero son mediadores, momentos efímeros, meras formas en una unidad que es el capital. De este modo, el dinero sólo es para sí entrando en el capital, valor que se valoriza, se diferencia en dinero que se gasta y dinero que se adelanta, o sea en dinero como dinero y dinero como capital.

Estudiando al capital, Marx sacó la conclusión de que *también* contenía una diferencia. Hallado inicialmente como una unidad de mercancía y dinero, como capital en la esfera de la circulación, se mostró que el capital necesita (a los efectos de existir como valor que se valoriza) un proceso que cae fuera de la misma circulación; un proceso de producción. De esta manera, el capital se diferencia en capital en circulación y capital en producción. Debe dejar la esfera de la circulación y entrar en la de la producción; y es en esta última esfera que vemos el capital, como valor que se valoriza, generar la producción de plusvalor y asegurar la producción de mercancías que contengan plusvalor.

Sin embargo, este plusvalor sólo está latente en la forma-mercancía; para ser real, el capital debe volver a la esfera de la circulación y la mercancía debe ser cambiada por dinero. El capital siempre debe volver al punto de partida, la circulación. El capital en la producción es un mediador para el capital en la circulación (Kc-Kp-Kc). Pero a su vez, el capital en la circulación es un mediador para el capital en la producción (Kp-Kc-Kp); el capital sólo puede crecer pasando por la circulación.

Los dos procesos son opuestos, mutuamente excluyentes, y necesarios entre sí; y son una unidad específica el capital como un todo (Lebowitz, 1976). Tomando las formas del capital en la circulación, y el capital en la producción, así como toma las de la mercancía y el dinero, el capital como un todo es la totalidad que construye Marx en *El capital* (y cuyos momentos pueden verse en la Figura 4.1). Evidentemente, es esta misma unidad de producción y circulación cuyos momentos centrales son anunciados en los títulos de los tres tomos de la obra.

[PONER AQUÍ LA FIGURA 4.1]

Visto de conjunto, reconocemos que el capital debe moverse a través de un circuito continuo, que puede ser expresado de varias maneras. En el circuito del capital-dinero, comenzamos con el capital-dinero (D) comprando como mercancías (M) los medios de producción (Mp) y fuerza de trabajo (Ft); interviene un proceso de producción (P) durante el cual se producen las mercancías que contienen plusvalor (M') que deben ser vendidas (M'-D'), a los efectos de volver a la forma capital-dinero:

$$D—M(Mp, Ft)...P...M'—D'.$$

En otro caso, puede vérselo como el ciclo del capital productivo (comenzando y terminando con P) o como el de capital mercantil (comenzando y terminando con C'). Pero como ya vimos, todas las formas particulares del ciclo eran inadecuadas y parciales: el circuito del capital debía ser comprendido simultáneamente como las tres formas y era mejor concebido como un “círculo” (como el descrito en la Figura 4.2).

[PONER AQUÍ LA FIGURA 4.2]

Considerando el ciclo del capital de conjunto, “todas las premisas del proceso aparecen como su resultado, como premisas producidas por el mismo proceso. Cada momento aparece como un punto de partida, de tránsito, y de regreso” (Marx, 1981a: 180). Su elección del lenguaje no es en absoluto fortuita. *Todas las presuposiciones, todas las precondiciones, todas las premisas son ellas mismas resultados en el interior del ciclo del capital: esa es precisamente la naturaleza del capital comprendido como una totalidad, como un proceso de reproducción:*

En un círculo que se halle constantemente en rotación, todo punto es al mismo tiempo punto de partida y de retorno (...) La reproducción del capital en cada una de sus formas y en cada una de sus fases presenta la misma continuidad que la metamorfosis de estas formas y el curso sucesivo a través de las tres fases (Marx, 1983b: 117-8).

En resumen, la reproducción (entendida como la reproducción de productos materiales y de relaciones de producción) es el concepto central del todo orgánico, del capital como totalidad. Aún los modelos de reproducción con los que termina Marx el Tomo II de *El Capital* no son otra cosa que una demostración de la manera en la que los dos departamentos de la producción (medios de producción y artículos de consumo) producen los presupuestos materiales necesarios para la reproducción. Como apuntó Marx, esa misma discusión mostró “que el proceso capitalista de producción, considerado en su conjunto, es una unidad de los procesos de producción y circulación” (Marx, 1983c: 29).

En este sentido es esencial reconocer que el mismo concepto de reproducción simple introducido por Marx en *El capital* es el del todo orgánico. Como apuntó en las primeras líneas del Capítulo XXI del Tomo I, el capítulo sobre la “Reproducción Simple”:

Cualquiera sea la forma social del proceso de producción, es necesario que este sea continuo, que recorra periódicamente, siempre de nuevo, las mismas fases. Una sociedad no puede dejar de consumir, tampoco le es posible cesar de producir. Por tanto, considerado desde el punto de vista de una interdependencia continua y del flujo constante de su renovación, todo proceso social de producción es al propio tiempo *proceso de reproducción* (Marx, 1983a: 695).

El capital comprendido de esta forma como una totalidad, como un todo interrelacionado, produce y reproduce productos materiales y relaciones sociales, que son a su vez presupuestos y premisas de la producción. “aquellas condiciones, como estas relaciones, son por un lado los supuestos, y por el otro resultados y creaciones del proceso capitalista de producción, el cual las produce y reproduce” (Marx, 1983c: 1043). En resumen, en el capital de conjunto tenemos un sistema de insumo-producción social cerrado en el que nada es exógeno.

¿O sí? Haremos una pregunta obvia (quizás no tan obvia, salvo para quienes la estructura lógica de *El capital* es evidente): ¿Tenemos *realmente* una totalidad adecuada en el capital de conjunto? ¿Es realmente un todo orgánico en el que todas los supuestos son resultados, y todos los puntos de partida son puntos de retorno? ¿O *el mismo capital como un todo contiene una diferencia*, que no nos permitirá terminar aquí (o, más bien, una que sólo nos permite una pausa por un momento)?

La respuesta a esta pregunta también es obvia. Sí, hay un elemento que no es parte del capital, que no es producido ni reproducido por el capital, que es un punto de partida pero no de retorno en el ciclo del capital, una premisa que no es un resultado del mismo capital. Y que es necesario para la reproducción del mismo, que lo necesita para su misma existencia. Este punto aparece claramente en el Capítulo de Marx sobre la Reproducción Simple:

La conservación y reproducción constantes de la clase obrera siguen siendo una condición constante para la reproducción del capital. Pero el capitalista puede abandonar confiadamente el desempeño de esa tarea a los instintos de conservación y reproducción de los obreros. (Marx, 1983a: 704).

Treinta y nueve palabras; y luego, el silencio teórico. *La totalidad presentada en El capital sigue incompleta en el mismo punto en el que se revela que la reproducción del capital exige algo exterior a éste.*

Sin embargo, esta cuestión de que el capital depende de algo exterior a él -la producción del trabajador- es demasiado importante para que descansen únicamente en la evidencia extrínseca de una sola cita (aunque hay otras). Si el capital de conjunto no es una totalidad adecuada, esta conclusión debería desprenderse de un examen más minucioso de su reproducción, de su modelo de reproducción y del ciclo del capital.

### X. *El capital como inadecuado*

Consideremos primero el modelo de reproducción simple en el Tomo II de *El Capital*. Aquí se nos presentan dos departamentos de producción: Departamento I (Medios de Producción) y Departamento II (Artículos de Consumo). En cada departamento hay dos insumos en la producción: medios de producción (Mp) y fuerza de trabajo (Ft), y de esta forma, dos fuentes componentes del valor (trabajo pasado y trabajo vivo). Y hay dos productos, medios de producción (Mp) y artículos de consumo (Ac). Un producto, los medios de producción, también es un insumo; es un resultado y una presuposición de la producción. Sin embargo el otro producto, los artículos de consumo, aquí no es un insumo; y el otro insumo, la fuerza de trabajo, aquí no es un producto. De hecho, el modelo está cerrado en sí: hay tres variables (Mp, Ac, Ft), y sólo dos proceso de producción.

Como se sabe, la condición de equilibrio para la reproducción simple que puede derivarse de este modelo es que  $C2: V1 + S1$ : el valor de los medios de producción consumidos en el Departamento II debe ser igual al valor agregado en el Departamento I. *Sin embargo, esta condición no cumple los requisitos para la reproducción, si especificamos que la reproducción debe implicar la reproducción de un número dado de trabajadores requeridos (N).* Esto se demuestra fácilmente si reconocemos que el capital variable (V) es el producto de la cantidad de trabajadores y el valor de la fuerza de trabajo (Nt):

$$C2 = V1 + S1.$$

$$V2(C2/V2) = V1(1 + S1/V1).$$

$$V2/V1 = (1 + S1/V1)/(C2/V2).$$

$$N2/N1 = (1 + S1/V1)/(C2/V2).$$

Lo que revela la ecuación de equilibrio es la relación entre el número de obreros en el Departamento II y el de los del Departamento I. Sin embargo, nada exige que  $N1 + N2 = Nt$ , donde  $Nt$  representa el número total de trabajadores. La condición de reproducción es consistente con distintos niveles de empleo: con el equilibrio de pleno empleo, por debajo del éste, etc. En resumen, hay un “grado de libertad” que resulta precisamente del hecho de que el modelo no está cerrado (y requiere un *scalar*) del hecho de que un sistema cerrado requeriría un “tercer” departamento.

La misma cuestión puede demostrarse gráficamente en relación al ciclo del capital descrito en la forma de un círculo. Primero, debemos reconocer que el ciclo ilustrado en la figura 4.2 es *inadecuado* porque no distingue entre los dos diferentes tipos de mercancías producidas bajo las relaciones capitalistas: medios de producción y artículos de consumo. Esta distinción, necesaria para la reproducción, para que represente fielmente ese proceso, debería ser introducida en el ciclo.

Ahora vemos que el ciclo incluye un intercambio de dinero por medios de producción (D-Mp) y un intercambio de medios de producción por dinero (Mp-D), que son el mismo acto visto desde lados diferentes. En el interior del ciclo del capital, los medios de producción son claramente un supuesto y un resultado. Sin embargo, esta cuestión simplemente subraya la *asimetría* (oculta) entre la fuerza de trabajo y los artículos de consumo: hay un intercambio de dinero por fuerza de trabajo (D-Ft) y un intercambio de artículos de consumo por dinero (Ac-D). De este modo, vemos nuevamente que en el interior del ciclo la fuerza de trabajo *sólo* es un supuesto, y los artículos de consumo *sólo* son un resultado.

Para tener todos los supuestos como resultados y todos los resultados como supuestos, evidentemente debería ubicarse una relación adicional, entre los artículos de consumo y la fuerza de trabajo. El primer paso en cerrar este sistema debe ser reconocer explícitamente la metamorfosis que ocurre en la circulación cuando la fuerza de trabajo es intercambiada por dinero que a su vez es intercambiado por artículos de consumo (Ft-D-Ac). Ambas partes de esta metamorfosis ya han sido implicadas por los movimientos del capital dentro de *su* ciclo (D-Ft, Ac-D); son transacciones que reflejan las de aquellas ya consideradas.

Sin embargo, este paso *todavía* es inadecuado porque la fuerza de trabajo sigue siendo aquí un supuesto, pero no un resultado. Tenemos aquí el consumo de fuerza de trabajo pero no su producción y la producción de artículos de consumo pero no su consumo. *En resumen, el sistema solo puede ser completo poniendo explícitamente otro proceso de producción, un segundo momento de producción (Pw), distinto del proceso de producción del capital: en el que es producida la fuerza de trabajo en el curso del consumo de artículos de consumo.* De esta manera, el ciclo del capital implica *necesariamente* un segundo ciclo: el del trabajo asalariado (descrito en la Figura 4.3).

#### [PONER AQUÍ LA FIGURA 4.3]

La necesaria existencia de este segundo momento de la producción, la producción del trabajador (Pt), aclara el comentario de Marx en los *Grundrisse* respecto de la división del ciclo íntegro del capital en cuatro momentos: “cada uno de los dos grandes momentos del proceso de producción y el proceso de circulación aparece nuevamente en una dualidad.” Dos de estos cuatro momentos fueron los momentos de circulación (D-C, C’-D’), y un tercero era el proceso de producción capitalista. Estos tres momentos serán reconocidos como los momentos en el interior del capital de conjunto, dentro del ciclo del capital. *Pero, ¿cuál era el cuarto momento, el otro proceso de producción?*

El comentario de Marx era que este momento debía ser considerado por separado: implicaba el intercambio de capital variable por capacidad de trabajo vivo, y aquí la población era la “cosa principal.” ¿Y dónde debía ser analizado este segundo momento de la producción? “La fase IV tiene su lugar en el capítulo sobre el salario, etc.” (Marx, 1985a: 375). En resumen, pertenecía al libro faltante sobre el Trabajo Asalariado.

En consecuencia, el capital de conjunto, como una totalidad, no incluye en su interior lo que es una “condición necesaria para la reproducción del capital”: el mantenimiento y reproducción de la clase trabajadora. “Pero para la clase de los capitalistas, la existencia permanente de la clase obrera es necesaria, y por eso también lo es el consumo del obrero, mediado por D-M” (Marx: 1983B: 87). Pero este consumo individual del trabajador no cae dentro del circuito del capital. Sólo lo hace el consumo productivo, el proceso de producción del capital.

*De esta manera, de acuerdo al propio modelo de Marx, el capital de conjunto no es la totalidad adecuada en la que todos los supuestos, todas las premisas, muestran ser resultados. Al examinársela, demuestra que no existe por sí misma, sin una relación necesaria con un Otro. En el mismo punto en que tenemos una totalidad aparente en el capital de conjunto, en el concepto de su reproducción, resulta contener una diferencia: para existir como tal, el capital de conjunto debe poner al trabajador asalariado por fuera de él.*

Vemos entonces que es necesario considerar al trabajador asalariado en tanto existe *exteriormente* al capital. Recordemos los tempranos comentarios de Marx sobre la economía política: una economía política que consideraba al trabajador como un animal de carga y no “en su tiempo libre, como hombre”. “Elevémonos ahora por sobre el nivel de la economía política” (Marx, 2004: 55). Es hora de elevarse por sobre el nivel de la economía política del capital, que sólo constituye un momento en interior de una totalidad adecuada.

### **XI. Localizando al trabajo asalariado**

El capital se desarrolla como un todo; no es un punto final sino que se diferencia en capital por un lado, y trabajo asalariado por otro. Hemos estudiado inicialmente el lado del capital y ahora debemos examinar el del trabajo asalariado.

Hasta ahora hemos visto al trabajo asalariado como un momento en el interior del capital, tal como existe para el capital. En *El capital*, primero nos presentan el trabajo asalariado cuando el trabajador es separado de los medios de producción, quien aparece opuesto a él como no-capital, poseedor de el único valor de uso para el capital como tal: la fuerza de trabajo. Como valor de uso, ésta se enfrenta al dinero, así como el dinero como valor se enfrenta a la fuerza de trabajo en la esfera de circulación (D-Ft). El capital, valor-para-sí, pone aquí un valor de uso independiente por fuera de él.

Cuando termina del proceso de intercambio (la compra y venta de fuerza de trabajo), entramos en el proceso de producción capitalista (Pc), donde se consume el valor de uso que ha comprado el capital, y el ejercicio de la fuerza de trabajo se incorpora al interior del capital. Aquí vemos al trabajador asalariado obligado a trabajar, subordinado a la voluntad del capital a los efectos de lograr el objetivo de éste, la valorización (auto-expansión). Y finalmente vemos al trabajador asalariado nuevamente en la esfera de la circulación (C'-D'), mientras el capital busca realizar el plusvalor contenido en las mercancías que han sido producidas.

Así, el trabajo asalariado está presente en cada momento del capital. Existe para él como un medio necesario para su crecimiento; es el mediador para el capital (C-Ta-C). El valor-para-sí se pone como un valor de uso independiente para ser para sí. Pero *en el interior del ciclo del capital, ya hay una diferencia que apunta más allá de ese circuito*. El capital no sólo confronta al trabajador asalariado que es el poseedor de un valor de uso; también necesariamente enfrenta al trabajador asalariado como alguien que posee *valor* en la esfera de la circulación (C'-D'). Para el capitalista, los trabajadores aparecen “como consumidores, como poseedores de valores de cambio (el salario), de dinero, que ellos cambian por su mercancía” (Marx, 1985a: 287). Así el capital no sólo es valor en relación al trabajo asalariado; también es, en su forma-mercancía, valor de uso para el trabajo asalariado.

El trabajador asalariado aborda así al capital en su forma mercancía como valor en relación al valor de uso (D-Ac). Por cierto, el capital *debe* ser un valor de uso para ser realizado como valor. Surge entonces la pregunta: ¿qué es un valor de uso para el trabajador asalariado en esta esfera de circulación? Y esta pregunta no puede ser respondida in el interior de la esfera de circulación; como tampoco puede ser respondida la pregunta similar respecto al capital. Pues para que el capital en la forma mercancía sea un valor de uso para el trabajador, debe serlo también en la esfera de producción del trabajo asalariado.

Dejemos entonces atrás la esfera de circulación y entremos en otra oculta morada de la producción, en cuyo dintel se lee “prohibida la entrada a los negocios”, la esfera de producción del trabajo asalariado.

Considerado *abstractamente* un necesario punto de partida, el proceso de producción del trabajador aparece como un proceso de producción natural; pero considerado de conjunto se lo verá como un proceso de reproducción de una relación específica: la del trabajo asalariado.

En primer lugar, este proceso de producción es directamente de consumo:

No cabe duda de que en la nutrición, por ejemplo, que es una forma de consumo, el hombre produce su propio cuerpo. Pero lo mismo podemos decir de cualquier otro tipo de consumo que, de un modo u otro, produzca al hombre en determinado sentido (Marx, 1985a: 7).

O sea que el proceso de producción del obrero consiste en consumir valores de uso; y estos valores de uso no se limitan a los asociados con la subsistencia fisiológica, sino que incluyen todo lo que produce al trabajador en “determinado sentido.”

En segundo lugar, el *resultado* de este proceso de producción es el mismo obrero. “Por lo que se refiere al consumo del trabajador, se reproduce a sí mismo como capacidad de trabajo vivo” (Marx, 1983b: 92). Tenemos aquí la “reconversión” de los medios de subsistencia en “fuerza de trabajo nuevamente explotable,” o sea, “el producto del consumo individual es el consumidor mismo” (Marx, 1983a: 705, 223).

Finalmente, el proceso de producción del trabajador es un *proceso de trabajo*. Hay dos aspectos en este señalamiento. Primero, este proceso es una actividad; es decir, el proceso de consumir valores de uso para producir el trabajador no es pasivo sino activo. No se puede comparar el tiempo gastado en esta actividad con el gastado en el proceso de trabajo directo del capital como tiempo no-productor, o como el tiempo libre comparado con el tiempo de trabajo directo:

Huelga decir, por lo demás, que el mismo tiempo de trabajo no puede permanecer dentro de la contradicción abstracta con el tiempo libre tal como se manifiesta desde el punto de vista de la economía burguesa (Marx, 1985b: 120).

Por el contrario, lo que ocurre durante el “tiempo libre” es un proceso de producción, un proceso en el que se alteran la naturaleza y capacidad del trabajador. Es “tiempo para el pleno desarrollo del individuo, y que, a su vez repercute como la mayor fuerza productiva sobre la productividad [misma] del trabajo” (Marx, 1985b: 120). Este segundo proceso de producción, invisible para la economía política, es precisamente el proceso de producir al trabajador:

Desde el punto de vista del proceso inmediato de la producción se lo puede considerar como producción de *capital fijo*, siendo este capital fijo el hombre mismo (Marx, 1985b: 120).

De este modo, en el curso de su actividad, el ser humano se transforma. Actúa sobre aquello exterior a él y “transforma a la vez su propia naturaleza” (Marx, 1983a: 216). “El tiempo libre -que es, a la vez, ocio y tiempo para actividades superiores, transformará naturalmente a su poseedor en un sujeto distinto, y, así como sujeto nuevo entrará en el proceso inmediato de producción” (Marx, 1985b: 120). En consecuencia, en esta actividad que es simultáneamente un ejercicio y un cultivo de esa fuerza, el trabajador se auto-produce como un tipo específico de la fuerza de trabajo *Cada acto de consumo de un valor de uso lo produce en un aspecto particular; cada proceso de actividad lo transforma como el sujeto que entra en todas las actividades*. Aquí tenemos una de las ideas fundamentales de Marx:

El hombre es por sí mismo es el fundamento de su producción material, y de toda otra clase de producción realizada por él. Todo aquello que afecta al hombre, [el *sujeto* de la producción,]

modifica más o menos sus funciones y actividades, en cuanto creador de la riqueza material, consistente en mercancías (Marx, 1974a: 205).

El proceso de producción del trabajador, considerado como un proceso de trabajo, puede ser representado como sigue:

$$U, Ft \dots Pw \dots Ft,$$

Donde la fuerza de trabajo (Ft) es tanto un insumo y un producto, y los valores de uso (U) son los medios de producción que son consumidos en este proceso de producción. Podemos señalar que estos valores de uso, que significativamente no son también productos de este proceso, incluyen tanto los que son producidos directamente como mercancías y otros que pueden no ser producidos bajo relaciones capitalistas. Por el momento nos limitaremos a considerar solo valores de uso producidos como artículos de consumo en el interior del circuito del capital.<sup>42</sup>

El segundo aspecto de la producción del trabajador considerado como un proceso de trabajo es que la actividad que forma parte de este proceso es “una actividad consciente”. En otras palabras, hay un objetivo preconcebido, un objetivo que existía *idealmente*, antes que el proceso mismo; y este particular proceso de trabajo es un proceso de efectivizar este objetivo mediante la subordinación de la voluntad del trabajador al mismo (Marx, 1983a: 216).

¿Y cuál es este objetivo latente antes del proceso de producción del trabajador? Es la concepción de sí mismo por parte del trabajador, como está determinado en el seno de la sociedad. Es ésta la que “crea el fundamento interno ideal propulsor de la producción”; es ésta la que “*establece idealmente* el objeto de la producción, como imagen interna, como necesidad, como impulso y como fin” (Marx, 1985a: 8). Ese objetivo preconcebido de la producción es lo que Marx describió como “las necesidades de desarrollo del trabajador” (Marx, 1983a: 771). Este objetivo, determinado en el seno de la sociedad, dado que la categoría “Hombre” no tiene necesidades, es un presupuesto de este proceso de producción (Carver, 1975: 189).

Por esto, así como el proceso de producción del capital tiene como su fin la valorización del capital, el proceso de producción del trabajador tiene el de “la necesidad del trabajador.” Por un lado, tenemos el capital para sí, valor para sí; por el otro lado, tenemos la fuerza de trabajo para sí, el valor de uso para sí. En el proceso de producción del trabajador, “el hombre convierte su actividad vital misma en objeto de su voluntad y de su conciencia... su propia vida es, para él, objeto” (Marx, 2004: 112-3). Aquí el trabajador “se pertenece a sí mismo” (Marx, 1983a: 702).

En consecuencia el proceso de producción del trabajador, considerado como proceso de trabajo, es un proceso de trabajo del tipo “simple”, en el que los seres humanos utilizan medios de producción a los efectos de realizar su propio objetivo preconcebido; aquí ellos dominan las condiciones y resultados de su trabajo, y su trabajo no es distinto de ellos, sino actividad para sí mismo, actividad en “provecho de sí mismo” (Marx, 1983a: 704).

Pero ¿cuáles son los requisitos de este particular proceso de trabajo? Primero, los medios de producción necesarios deben ser accesibles al trabajador; debe poder conseguir los valores de uso requeridos para realizar su objetivo. Estos no son valores de uso en sí, sino sólo en la medida en que corresponden al objetivo de la producción; este es lo que genera “necesidades” para valores de uso

---

<sup>42</sup> Señalamos que antes que considerar el trabajo hogareño, aquí nos enfocamos en la auto-producción del trabajador asalariado. La cuestión del trabajo hogareño (situado apropiadamente una vez que hayamos considerado la producción del trabajo asalariado como tal), la introducimos en el Capítulo 7.



particulares; son valores de uso que se conforman de acuerdo a los requisitos de seres humanos desarrollados socialmente. Estas necesidades, que son parte de la misma naturaleza del trabajador, incluyen entre ellas las “necesidades sociales” discutidas en nuestro último capítulo. Más que estar limitadas a necesidades fisiológicas o aún las que son normalmente satisfechas, abarcan:

La participación del obrero en goces más elevados, de orden espiritual, de que se agite en pro de sus propios intereses, compre periódicos, asista a conferencias, se preocupe de la educación de sus hijos, desarrolle sus gustos, etc. (Marx, 1985a: 173).

Pero otro requisito de este particular proceso de trabajo es la misma fuerza de trabajo. Dado que este proceso es un proceso de actividad, debe haber la *capacidad* para llevar a cabo esta actividad. La energía (la “fuerza, salud y frescura”), dado que solo hay para gastar una cierta cantidad de “fuerza vital”, y deben estar disponibles la cualidad y capacidad particulares (que en sí son un producto de una actividad previa) (Marx, 1983a: 279, 280).

En forma similar (pero distinta de la misma capacidad) para este proceso de trabajo debe haber *tiempo*. “El tiempo es el espacio en que se desarrolla el hombre. El hombre que no dispone de ningún tiempo libre, cuya vida, prescindiendo de las interrupciones puramente físicas del sueño, las comidas, etc., está toda ella absorbida por su trabajo para el capitalista, es menos todavía que una bestia de carga” (Marx, 1987: 129). Como señaló (1983a: 279) en su capítulo sobre la jornada laboral:

El hombre necesita tiempo para la satisfacción de necesidades espirituales y sociales, cuya amplitud y número dependen del nivel alcanzado en general por la civilización.

En resumen, en este proceso de producción en el que el objetivo es el desarrollo del trabajador, el trabajador necesita tiempo (“tiempo libre”) para su desarrollo completo:

Tiempo para la educación humana, para el desenvolvimiento intelectual, el desempeño de funciones sociales, para el trato social, para el libre juego de las fuerzas vitales físicas y espirituales (Marx, 1983a: 319).

¿Cuáles son entonces las posibilidades de que el trabajador pueda realizar sus objetivos? Consideremos este proceso de producción del trabajador, no solo lo que se produce sino también lo que *no* se produce. El proceso tiene como su resultado al trabajador como capacidad viva de trabajo; es su *único* producto. Los valores de uso, necesarios como presupuestos, no son producidos, no son resultados. De este modo, este proceso laboral por sí mismo no puede ser un sistema de reproducción.

Por cierto, los presupuestos *no pueden* ser producidos dentro de este proceso, porque *por definición* el trabajador asalariado está separado de los medios de producción para producirlos. Dada esta separación, la fuerza de trabajo “no puede ser usada directamente ni para la producción de valores de uso para su poseedor ni para la producción de mercancías de cuya venta podría vivir” (Marx, 1983b: 43). Y no solo el trabajador no produce los valores de uso que necesita; necesariamente los *aniquila* en el proceso de producción, que es un proceso de consumo, un proceso que “únicamente reproduce al individuo lleno de necesidades” (Marx, 1983a: 705).

En resumen, este particular proceso laboral no es *en absoluto* un proceso natural de producción sino la producción de una relación social particular, la producción del trabajo asalariado:

(Esta) reproduce al mismo individuo en un modo determinado de ser, no solo en su cualidad inmediata de ser vivo, y en relaciones sociales determinadas. De manera que la apropiación final

por individuos que tiene lugar en el proceso de consumo los reproduce en las relaciones originales en las que se mueven en el interior del proceso de producción y entre sí;... (Marx, 1973: 717n).

De este modo, para producir para sí, el trabajador asalariado debe conseguir valores de uso desde el exterior de su propio proceso de producción. Bajo las circunstancias reinantes, debe tomar la única mercancía potencial que tiene, la capacidad viva de trabajo, y debe re-entrar en la esfera de circulación; Para ser para sí, el trabajador debe tratar su capacidad de trabajo como algo distinto de él, como su *propiedad*.<sup>43</sup> En la esfera de la circulación, “se estatuye formalmente el obrero como persona que existe *fuera* de su trabajo, y que sólo enajena su manifestación de vida como medio para poder vivir” (Marx, 1985a: 175). Debe encontrar al comprador para quien su propiedad, la fuerza de trabajo, es un valor de uso: el capital. *De este modo, para ser para sí, el trabajador asalariado debe ser un ser para otro*. Aquí tenemos al trabajador como asalariado para sí; como alguien que trata al capital como un *medio*, un medio cuyo fin es el trabajador para sí. *El capital no enfrenta a un trabajador asalariado para el capital sino un trabajador asalariado para sí*.

He aquí un paralelo con el análisis del capital. Primero se nos presenta el capital en la esfera de circulación y su necesario ingreso en la esfera de la producción, y luego su regreso a la esfera de circulación. El capital como totalidad desarrollada es una unidad determinada de producción y circulación. Del mismo modo, vemos que el trabajador asalariado debe conseguir artículos de consumo en la esfera de circulación, los consume y aniquila en el proceso de su propia producción y regresa a la esfera de circulación como vendedor de fuerza de trabajo. El trabajo asalariado como totalidad también es una unidad determinada de producción y circulación.

Aquí hay una identidad formal y al mismo tiempo una inversión decisiva. En el primer caso, caracterizamos la relación del capital y el trabajo asalariado como  $K - TA - K$ , donde el trabajo asalariado es un mediador para el capital, y el fin es el capital. *Pero ahora encontramos la relación  $FT - K - FT$ , donde el capital es un mediador para el trabajador asalariado, y éste es el fin en sí; donde el trabajador para el capital es un simple medio y no un fin en absoluto*. Pues aquí el capital es un momento en la reproducción del trabajo asalariado.

Pero para que el capital sea un mediador para el trabajo asalariado, éste debe ser un mediador para el capital. De acuerdo al joven Marx (2004: 123-4), “el trabajador existe solo en cuanto trabajador tan pronto como existe *para sí* en cuanto capital; y existe solo en cuanto capital tan pronto como existe un *capital para él*.” Y en los *Grundrisse* hallamos que si el capital no puede realizar el plusvalor empleando a un trabajador, entonces:

La *capacidad de trabajo* misma [aparece] 1) *fuera de las condiciones* [necesarias] *para la reproducción de su existencia*; existe sin sus *condiciones de su existencia*, y represente, por tanto, un mero estorbo; necesidades sin los medios para *satisfacerlas* (Marx, 1985b: 31).

Sin embargo, el trabajador no pone simplemente su capacidad de trabajo vivo como algo separado de sí mismo en la esfera de la circulación; esta separación es realizada necesariamente como tal cuando el capital consume la fuerza de trabajo en el proceso de producción del capital. Aquí el trabajador se consume de acuerdo al fin y bajo la dirección y control del capital; allí es un proceso laboral “invertido” en el que “no es el obrero quien emplea a la condición de trabajo, sino a la inversa, la condición de trabajo al obrero” (Marx, 1983a: 516).

---

<sup>43</sup> Marx intentó desarrollar el tema de la relación del trabajador con su capacidad de trabajo como propiedad en el Trabajo Asalariado (Marx, 1985a: 329).

Así, el obrero debe participar en una actividad que no es para sí mismo. “El obrero, en vez de trabajar para sí, lo hace para el capitalista y por ende bajo sus órdenes” (Marx, 1983a: 402). Y precisamente porque la actividad del trabajador asalariado en el proceso laboral capitalista es de acuerdo al propósito del capital y no lo disfruta “como un juego de sus propias fuerzas físicas y espirituales,” la voluntad del trabajador debe estar subordinada a la del capital (Marx, 1983a: 216). De este modo en el proceso capitalista de producción el trabajador resiste “la dominación del capital”, donde “el capital está debe luchar sin pausa para doblegar la insubordinación de los obreros” (Marx, 1983a: 402, 448).

En forma similar, los obreros luchan para “reducir los abusos del capital”: sobre la extensión e intensidad de la jornada laboral para tener tiempo y energía para ellos mismos (Marx, 1987: 129). De este modo vemos que en la discusión de la lucha sobre la jornada laboral *subyace* lo que *no* ha sido establecido en *El capital*: el trabajador asalariado como ser-para-sí. Estas mismas luchas están latentes en el proceso de producción del trabajador asalariado.

Finalmente, este proceso de producción del capital, un proceso de “sacrificio”; que “expresa exactamente la *actitud subjetiva del trabajador asalariado ante su propia actividad*,” es una actividad que produce al trabajador asalariado como un ser humano particular socialmente desarrollado, como alguien con la “necesidad de poseer” (Marx, 1985b: 36). La producción capitalista, que produce la mercancía ajena y al trabajador alienado, genera así constantemente nuevas necesidades para los trabajadores. *Los objetivos del trabajo, inicialmente considerados como un presupuesto de su propio proceso productivo, aquí son vistos como resultados en sí mismos.*

Como hemos visto en el último capítulo, estos insumos requeridos para producir al trabajador de acuerdo con su autoconcepción, no pueden ser totalmente realizados, porque la producción capitalista está limitada por el objetivo del capital de valorización y no por “la proporción entre la producción y las necesidades sociales, las necesidades de seres humanos desarrollados socialmente.” La existencia de “restricciones capitalistas” a la satisfacción de necesidades: esa brecha entre las necesidades imprescindibles y las sociales, significa que el trabajador se produce como *necesitado*: “en la medida en que la necesidad del hombre no es satisfecha, él está en *conflicto* con sus necesidades, y en consecuencia consigo mismo” (Carver, 1975: 191). La lucha por salarios más altos es inherente al trabajador asalariado como ser-para-sí.

Lo que surge al estudiar del trabajo asalariado es *la lucha de clases desde el lado del trabajador asalariado*. No hay simplemente capital para sí sino también trabajo asalariado para sí. En oposición al cuadro expuesto en *El capital*, hay *dos* “deberes”: no solamente la necesidad del capital por valorizarse sino también “las necesidades de desarrollo del trabajador”. Una lucha bilateral, en la que cada uno trata de reducir al otro a la dependencia, está presente en cada aspecto de la relación del capital y el trabajo asalariado.

Por ejemplo, en el trabajador asalariado como ser-para-sí están latentes sus luchas sobre la jornada laboral (donde “entre derechos iguales, decide la *fuerza*”), a los efectos de conseguir el tiempo y la energía requeridas para su propio desarrollo. Y en forma similarmente latentes están sus luchas por salarios más altos para conseguir aquellos valores de uso que corresponden a “las exigencias de seres humanos desarrollados socialmente.” Vemos entonces los dos deberes en lucha:

La fijación de su grado efectivo [el de la ganancia] se dirime exclusivamente por la lucha incesante entre el capital y el trabajo; el capitalista pugna constantemente por reducir los salarios a su mínimo físico, y prolongar la jornada de trabajo a su máximo físico, mientras que el obrero presiona constantemente en el sentido contrario. El problema se reduce, por tanto al problema de las fuerzas respectivas de los contendientes (Marx, 1983a: 282; 1987: 135-6).

Entre dos “deberes”, decide la fuerza.

Debemos destacar que no estamos sugiriendo que *El capital* es unilateral porque excluye al trabajo asalariado como tal. Obviamente, el trabajo asalariado *en sí* no podría estar ausente del libro, porque sin él ni siquiera podríamos hablar del desarrollo del capital. El trabajo asalariado está presente como la barrera que el capital rebasa en su intento por crecer. ¡Pero no como el deber que tiene el capital como *su* barrera! *El capital* es unilateral e inadecuado precisamente porque el trabajador no está presente como el sujeto que actúa por sí mismo contra el capital.

De esta forma, aún donde Marx señaló las luchas de los trabajadores (como en el caso de la jornada laboral), está ausente el supuesto lógico del lado del trabajo asalariado, el trabajo asalariado para sí. *Solo con el desarrollo del lado del trabajo asalariado, el lado ausente de El capital, tendremos una base adecuada para estudiar la lucha de los trabajadores por sus propios fines.*

Al considerar al trabajo asalariado, no solo contemplamos los fines del capital sino también los del trabajo asalariado, *que implican la no realización de los fines del capital*. Ciertamente, ya no podemos suponer como constantes las “necesidades imprescindibles”, el nivel de necesidades satisfechas habitualmente -esa hipótesis de trabajo en *El capital* que iba a ser eliminada en el libro sobre “el Trabajo Asalariado”-. Ni cuando reconocemos explícitamente la existencia del deber del trabajo asalariado, cuando vemos que contra la arremetida y la tendencia del capital “*el trabajador constantemente presiona en el sentido contrario*”; ni cuando postulamos a los obreros luchando por reducir la brecha entre su nivel existente y sus necesidades sociales, así como presionan para acortar la jornada laboral.

*Antes bien, el nivel de necesidades imprescindibles resulta ser un producto, un resultado: el resultado de la lucha de clases.*<sup>44</sup> Ese es el elemento histórico y social en el valor de la fuerza de trabajo. Ciertamente, el Tomo I de *El capital* introduce el nivel de necesidades imprescindibles como un presupuesto histórico inexplicado, como “prehistoria”. Sin embargo, una totalidad adecuada exige el estudio del trabajo asalariado-para-sí para mostrar las necesidades imprescindibles como un resultado de su propia existencia, como desarrolladas y nuevamente configuradas en el seno del todo. Por sí mismo, *El capital* no puede explicar lógicamente el nivel de las necesidades imprescindibles.

Nuestro examen del trabajo asalariado comenzó como una investigación de la diferencia presente en el capital como totalidad, como lo que se encontraba en su exterioridad pero que era necesario para el capital. Queda ahora para completar el segundo “momento dialéctico”, la constitución de su unidad con el capital.

## XII. *La unidad de los opuestos*

Consideremos el proceso de producción del capital y el del trabajo asalariado. En primer lugar, estos procesos son *opuestos*. En el primero, la fuerza de trabajo es consumida por el capital, existe para el capital; en el segundo, la fuerza de trabajo es consumida por el obrero y existe para el obrero. En el primero, los medios de producción poseen y dominan al trabajador; en el segundo, ellos son poseídos y dominados por el trabajador. La diferencia entonces la del trabajador para el capital versus el trabajador para sí.

Por otro lado, estos procesos *se excluyen* entre sí. El trabajador no puede ser simultáneamente para el capital y para sí. Cuanto más tiempo existe el trabajador para el capital, menos tiempo hay para sí. En forma similar, cuanto mayor es la intensidad de trabajo para el capital, más energía consumida por el capital, menos hay disponible para sí. De este modo, el trabajo para el capital es distinto del trabajo para sí; es trabajo alienado de sí. El trabajador es sólo para sí cuando no es un trabajador para el capital.

Finalmente, estos procesos opuestos y excluyentes entre sí también son *necesarios entre sí*. Si el trabajador no produce para el capital, no produce para sí; si no produce para sí, no está disponible para el

---

<sup>44</sup> Este mismo planteo lo hace Negri (1984: 132).

capital. Si el capital no circula por su ciclo, el trabajador no puede circular por el suyo; si el trabajador no puede circular por su ciclo, el capital no puede avanzar por el suyo. La reproducción del capital requiere la reproducción del trabajo asalariado como tal; la reproducción del trabajo asalariado requiere la reproducción del capital. Los dos procesos de producción se presuponen de este modo entre sí. Son una unidad.

De este modo, el capital y el trabajo asalariado existen como opuestos que están unidos en el seno de la relación capital/trabajo asalariado. Cada uno sirve al otro en esta:

Reciprocidad, por virtud de la cual cada uno es simultáneamente medio y fin, pudiendo alcanzar su fin solamente en cuanto es medio y siendo medio solamente al postularse como fin en sí; que cada cual, por tanto, se postula como ser para otro en cuanto se postula como ser para sí.

“Cada uno postulado en cuanto medio o servidor, solamente como medio para afirmarse en cuanto fin en sí, para dominar, señorear” (Marx, 1985a: 135). Sin embargo en *El capital* solo se presentó un costado de esta relación: el capital como ser para sí.

Aquí tenemos ahora una totalidad orgánica en la que todos los presupuestos son resultados y todos los resultados son presupuestos: la unidad del capital y el trabajo asalariado, el capitalismo de conjunto. Es una unidad de opuestos en la que hay tanto K-TA-K y TA-K-TA y la que tiene como su propia naturaleza la lucha de clases bilateral. (Este desarrollo posterior está ilustrado por la figura 4.4).

[PONER AQUÍ LA FIGURA 4.4]

No obstante, ¿Es *realmente* una totalidad adecuada? ¿Refleja adecuadamente la totalidad concreta? ¿Y se presenta por sí misma sin supuestos exteriores? *En resumen, ¿podemos detenernos aquí?* Dejaremos estas preguntas de lado por ahora. En primer lugar, es fundamental investigar las implicancias cuando reconocemos explícitamente la existencia de este segundo deber, el lado del trabajo asalariado para sí.

Más allá de *El Capital* – Michael Lebowitz

Trad.: Francisco T. Sobrino

**Capítulo 5. La economía política del trabajo asalariado**

Debido a este *mediador extraño* – en lugar del hombre mismo siendo el mediador para el hombre- el hombre considera su voluntad, su actividad y su relación con otros hombres como una fuerza independiente de él y de ellos. Su esclavitud, en consecuencia, alcanza su apogeo.

Marx (1844b: 212)

**B. *El capitalismo como totalidad***

Para el joven Marx, a quien algunos de nosotros seguimos queriendo, no había un sujeto, sino dos. A pesar de las limitaciones de sus primeras ideas, para él el capitalismo estaba claramente caracterizado por dos aspectos y sus relaciones. Estas contenían en su interior las relaciones del capitalismo como capital, las mismas relaciones como trabajo asalariado y las relaciones mutuas de estas dos entre sí.

El capital y el trabajo asalariado (la riqueza y el proletariado) eran comprendidas de este modo como antítesis; y como tales, constituían un todo (como está representado en la Figura 5.1). Se presuponen entre sí, se potencian recíprocamente y se desarrollan entre sí como condiciones positivas y activamente relacionadas entre sí como dos lados de la misma relación. Por cierto, para el joven Marx, el capital y el trabajo asalariado permanecían (y actuaban) en oposición recíproca hostil; y la lucha entre estos dos opuestos inseparables, estos elementos en uno todo bilateral y contradictorio constituía una relación dinámica, lucha de clases, empujándola inexorablemente hacia su resolución (Marx, 2004: 124, 131; 1975c: 35; 1987: 42-3, 48).

[PONER AQUÍ LA FIGURA 5.1]

El joven Marx sostenía que la economía política no podía comprender esto. Como hemos visto en el Capítulo 2, la criticaba porque veía al trabajador sólo desde la perspectiva del capital. Pero ¿no es esa su misma posición en *El capital*? Por un lado, al trabajador lo considera como el mediador para el capital, como el medio por el que crece éste. Por el otro, aquél no es considerado un sujeto; y el capital no es desarrollado como el mediador para los asalariados, como el medio por el que ellos satisfacen sus necesidades. Ha quedado sin desarrollar una parte de la relación del capital y el trabajador asalariado.

Sin embargo, por esa omisión no deberíamos concluir que Marx cambió de idea y abandonó su concepción del capitalismo como totalidad. Ofreceremos dos argumentos que apoyan la posición de que Marx retenía su primera *impresión*: uno lógico, y el otro textual.

En primer lugar, la parte del trabajo asalariado está presente en *El capital*: pero en forma *latente*. No es casual que gran parte de nuestra discusión en el capítulo previo se apoyó en su mismo texto y lenguaje. En este sentido, el poder desarrollar el concepto del capitalismo de conjunto (es decir, la consumación de la “totalidad interna”) utilizando materiales de *El capital* nos sugiere una continuidad esencial entre el pensamiento del joven Marx y el del Marx maduro; entre el joven hegeliano y el viejo

científico. Ese concepto del capitalismo de conjunto como totalidad está *siempre presente*, pero su presencia ha sido velada por un silencio: porque sólo fue terminado *El capital*.

Por el otro lado esto no implica en absoluto que no hubiera una evolución importante, ni “rupturas epistemológicas” entre la posición del joven Marx y la del maduro. Por el contrario, es esencial comprender que *hubo* dicha ruptura, coincidiendo con la relectura de la *Ciencia de la Lógica* de Hegel, que se manifiesta en los *Grundrisse*. Pero no es un giro en la concepción del capitalismo como totalidad; sino que los *Grundrisse* representan el desarrollo de una nueva comprensión de la parte de el *capital* en esa totalidad.

Mientras que Marx había avanzado previamente desde el trabajo hacia el capital, ahora enfatizaba que “para desarrollar el concepto del capital es necesario no comenzar con el trabajo sino con el valor” (Marx, 1973: 279). En dichos manuscritos rastreamos el surgimiento de un concepto adecuado del capital, el de la autovalorización, como valor-para-sí. Vemos a Marx discutir que el concepto del mismo capital debe contener en su interior todos sus desarrollos posteriores; y lo vemos rechazar explícitamente un análisis que explicaría progresos en el capital por referencia a sus formas exteriores de manifestación (es decir, con referencia a los resultados de la competencia de muchos capitales en la superficie de la sociedad).

Él afirma ahora que tratar de explicar las leyes interiores del capital como el resultado de la competencia “equivale a reconocer que no se las comprende” (Marx, 1985b: 155). En resumen, ya no encontramos a Marx explicando el movimiento del capital como el resultado de movimientos exteriores de los capitales individuales (su repulsión y atracción), tal como lo tenía en sus escritos anteriores a los *Grundrisse* (como *Trabajo asalariado y Capital*). Con este “corte” –una ruptura que no ha sido reconocido adecuadamente (como veremos en la manifiesta variedad de economistas marxistas que se ubican principalmente en la esfera de la competencia). Marx anunció como un primer principio la necesidad de comprender *totalmente* la naturaleza interna del capital.

De este modo, con los *Grundrisse* existió ahora un nuevo concepto de capital. Y por supuesto, *afecta* realmente nuestra comprensión del capitalismo de conjunto. Consideremos en el anterior capítulo las Figuras 4-1 y 4.4. Antes de los *Grundrisse* no podíamos decir que el capital vs. Trabajo asalariado es valor-para-sí vs. Valor de uso para sí, dinero vs. Fuerza de trabajo, dinero vs. Mercancía, valor vs. Valor de uso; por cierto que la oposición del capital y el trabajo asalariado está contenida en forma latente en el interior de la mercancía,, el celebrado punto de partida.

Como señaló en los *Grundrisse*, “ya las formas simples del valor de cambio y del dinero contienen en forma latente la oposición entre el trabajo y el capital.” Y como Lenin, quien observó en sus notas privadas sobre Hegel que era completamente imposible entender *El capital* “sin haber estudiado y entendido a fondo *toda* la *Lógica* de Hegel”, comentó en esas mismas notas:

La forma simple del valor, el acto individual de intercambio de una mercancía dada por otra, ya incluye en una forma no desarrollada *todas* las contradicciones principales del capitalismo (Lenin, 1963: 174, 173).

El concepto del capitalismo como un todo es de este modo desarrollado adecuadamente sólo con esta nueva comprensión del capital que surgió en los *Grundrisse*; por lo que debemos agradecer (o culpar, según sea el caso) a Freiligrath el regalo a Marx de unos pocos tomos de Hegel que para Bakunin eran aparentemente inútiles (Marx y Engels, 1983: 249).

Entonces, ¿porqué no vemos esta nueva concepción del capitalismo de conjunto en la obra madura de Marx? ¿Porqué es unilateral *El capital*? El problema es que luego de postegarr su “investigación del trabajo asalariado en particular” para desarrollar “la relación capital en general”, Marx ni siquiera terminó su libro. No solo continuó descubriendo teóricamente nuevos aspectos del capital, sino que también estaba

encantado de poder apoyar conclusiones teóricas con los “*hechos*” (Marx y Engels, 1974: 137).<sup>45</sup> Dada la importancia en particular del Tomo I de *El capital* (como veremos en el Capítulo 8), en la elección de Marx hay una lógica definida. Sin embargo, el no haber puesto la parte del trabajo asalariado de una manera lógica y analítica equivalente a la desarrollada para la parte del capital ha dado por resultado un silencio que tiñe de cierta unilateralidad a todo el proyecto. El trabajo asalariado para sí y el capitalismo de conjunto pueden estar presentes; pero sólo lo están “en una forma no desarrollada”.

Si este caso lógico no aparece forzosamente por sí mismo, sin embargo para nosotros hay una segunda razón para creer que Marx retuvo su primera concepción del capitalismo como un todo bilateral. Sus *otros* escritos de la época revelan que sus ideas iban más allá de lo que podemos encontrar en *El capital*. Ya hemos visto que Marx reconoció la existencia de más de un “deber ser” en la época de su trabajo en *El Capital* en su clásica afirmación en *Valor, Precio y Ganancia*:

La determinación de su grado efectivo (el de la ganancia) se dirime exclusivamente por la lucha incesante entre el capital y el trabajo; el capitalista pugna constantemente por reducir los salarios a su mínimo físico y prolongar la jornada de trabajo a su máximo físico, *mientras que el obrero constantemente presiona en el sentido contrario* (Marx, 1987: 135-6, el subrayado es nuestro).

Este no es en absoluto el único lugar donde Marx reveló que no concebía a los trabajadores sólo mientras existen para el capital. En ningún lugar es más evidente que fue más allá de *El capital* que en el “Discurso Inaugural” de la Primera Internacional (que también es de la época en que estaba trabajando en su obra). En ese texto llamó la atención a la existencia de *no una, sino dos economías políticas*: la del capital y la de la clase obrera.

Marx señaló que “dos hechos importantes” contrarrestaban al cuadro general de decadencia del movimiento obrero inglés luego de 1848. Se habían logrado dos triunfos para “la economía política de la clase obrera”. En el caso de uno, la Ley de las Diez Horas, no solo había un triunfo práctico (el efecto de la jornada laboral más corta sobre las condiciones “físicas, morales e intelectuales” de los obreros), sino “había algo más para realzar el maravilloso triunfo de esta medida para los obreros.” Y este algo más era que la Ley de las Diez Horas implicaba una victoria sobre el “dominación ciega ejercida por las leyes de la oferta y la demanda, contenido de la economía política burguesa.” Era “el triunfo de un principio”; por primera vez que “la economía política de la burguesía había sido derrotada en pleno día por la economía política de la clase obrera.”

Sin embargo, “un triunfo más completo todavía de la economía política del trabajo sobre la economía política de la propiedad,” era el surgimiento del movimiento cooperativo, especialmente las fábricas cooperativas. Estas demostraban en la práctica que la producción moderna en gran escala puede “prescindir de la clase de los patronos que utiliza la clase de las ‘manos’ [obreros]” (Marx, 1864: 10-1).

Salvo para quienes ven todas estas victorias de este lado del socialismo como triunfos para el capital, la descripción de los “dos hechos importantes” parece bastante razonable. Sin embargo, aquí se ha dado por sentado algo crucial que en realidad no lo está. Si el propósito de Marx era una crítica de la economía política como tal, ¿cómo podía realmente hablar con tanta aprobación de la economía política de la clase obrera? Y si él estaba realmente bloqueado en el interior de la lógica y las formas del capital en esa “trampa cebada por la ‘Economía Política’,” ¿cómo podría saludar las victorias de una lógica alternativa? *En resumen, ¿cuál es esta economía política de los obreros que desafía la economía política del capital, y abarca ambos “triunfos”?*

---

<sup>45</sup> Como Marx indicó a Lasalle mientras trabajaba en los *Grundrisse*, “la cosa va avanzando muy lentamente porque no bien uno se pone a disponer de temas a los que ha dedicado años de estudio, ellos comienzan a revelar nuevos aspectos y demandan ser pensados aún más.” (Marx y Engels, 1983: 270).



Siempre hay un gran peligro al seleccionar citas de Marx en sentido literal sin comprender el núcleo central que las inspira. Trataremos de reconstruir y descubrir mediante el análisis ese núcleo, la economía política alternativa, e indicar la conexión intrínseca entre los dos aspectos identificados en el Discurso Inaugural. El punto de partida para el análisis es la descripción de Marx de “la dominación ciega de las leyes de la oferta y la demanda” como el fundamento de la economía política del capital.

### C. **Competencia y Trabajo Asalariado**

En ese comentario sobre la economía política del capital subyacía su concepción de la relación entre el análisis de “el capital en general” y los fenómenos de “muchos capitales” en competencia. Antes de poder entender la conducta y los movimientos del capital en la superficie, Marx consideraba necesario comprender la naturaleza interna, el carácter esencial, del capital. De esta manera, su concepto de el “capital en general” –“una abstracción que capta la diferencia específica del capital respecto a todas las otras formas de la riqueza, o modos a través de los cuales se desarrolla la producción (social)”– abstrae los fenómenos de la superficie a los efectos de comprender las leyes internas, tendencias inmanentes y conexiones intrínsecas del capital (Marx, 1985a: 315; 1968: 106; Lebowitz, 1985b).

Solo *entonces* se podría proceder a considerar al capital tal como realmente existe; como capitales individuales, como muchos capitales, como capitales compitiendo. ¿Porqué? Porque necesitamos distinguir entre lo que es necesario (es decir, lo que se desprende del concepto del capital) y lo que es contingente: es necesario distinguir “las tendencias generales y necesarias del capital y las formas en que se manifiestan las mismas”. Solo después de haber comprendido estas tendencias internas se puede entender los movimientos aparentes en la superficie:

El análisis científico de la competencia solo es posible cuando se ha comprendido la naturaleza intrínseca del capital, así como el movimiento aparente de los cuerpos celestes solo es comprensible a quien conoce su movimiento real, pero no perceptible por los sentidos (Marx, 1983a: 384).

De este modo, Marx desarrolló una comprensión de la naturaleza interna del capital y sus tendencias a través de un análisis en el que el sujeto es el “capital en general”. Como hemos visto en el relato del Capítulo 1, es “el capital” el que alarga la jornada laboral, disminuye los salarios reales, incrementa la productividad, y todo eso para aumentar el plusvalor. Con esa comprensión, ahora era posible analizar los movimientos de los capitales en la superficie. La competencia “significa pura y simplemente esto: que los diversos capitales se imponen recíprocamente y se imponen a sí mismos las determinaciones inmanentes del capital” (Marx, 1985b: 70). Lo que ocurre al nivel de la competencia, la existencia real del capital como muchos capitales, es la ejecución y manifestación de las leyes internas del capital en general: “*las leyes inmanentes de la producción capitalista se manifiestan en el movimiento externo de los capitales individuales, como se imponen en cuanto leyes coercitivas de la competencia*” (Marx, 1983a: 384).

No satisfecho con afirmar este principio metodológico, Marx ofreció ejemplos sobre cómo se expresan exactamente a través de la competencia las tendencias internas del capital. La tendencia del capital a aumentar la jornada laboral (en extensión e intensidad) e incrementar la productividad –es decir, subir la tasa de plusvalor, se manifiesta a través de los esfuerzos de los capitales individuales, en el contexto de la competencia, a reducir sus costos de producción en relación a otros capitales individuales. *La competencia de los capitales individuales por expandirse, su esfuerzo egoísta en sacar ventajas del*

*mercado, es el modo en que se realizan en el capital sus tendencias internas a crecer.* Precisamente por esta razón, Marx describió las leyes de la competencia como “la ciega dominación de las leyes de la oferta y la demanda”, como formadoras de la economía política del capital.

*No obstante, consideremos al opuesto del capital: la parte del trabajo asalariado.* Como hemos visto, *El capital* no tiene como objeto examinar al movimiento cuando “el obrero presiona en el sentido contrario” al capital. Aún cuando Marx examina la lucha sobre la jornada laboral, en lugar de investigar teóricamente la tendencia intrínseca de los obreros a luchar por la reducción de la misma, se concentra sobre el esfuerzo de los trabajadores a mantener la jornada laboral “normal” (o sea una acción defensiva contra la iniciativa del capital). Y por supuesto, no hay (como ya se señaló antes) en absoluto discusiones sobre la lucha obrera por elevar el nivel de vida; ella está excluida por el supuesto en *El capital* de que el nivel de necesidades está *fijado*, supuesto sería eliminado en el libro que faltaba sobre el Trabajo Asalariado.

En general, aunque vemos la tendencia a aumentar la tasa del plusvalor por parte del capital, no vemos su contrapartida, la tendencia a *reducir* la tasa del plusvalor por parte del trabajo asalariado. Las mismas tendencias del trabajo asalariado en general que surgen de “las necesidades de desarrollo del trabajador” y que son el fundamento de las luchas de los trabajadores *por sí mismos* están ausentes. Con ese silencio sobre el fundamento teórico de la lucha de clases *de la parte del trabajador* (por ejemplo, sobre *porqué* el trabajador “presiona constantemente en el sentido contrario”), no es de extrañarse que *El capital* no revele la naturaleza precisa de la economía política de los obreros.

Volvamos a la relación entre las tendencias del capital en general, y su ejecución a través de la competencia. *¿Las leyes internas del trabajo asalariado se ejecutan en forma similar en la competencia?* La respuesta de Marx fue un “¡NO!” coherente. Cuando el Consejo General de la Primera Internacional declaró (en un llamado adoptado unánimemente en una reunión a la que asistía Marx), “Puede preverse fácilmente qué sería la suerte de la población laboriosa si todo fuera abandonado al regateo aislado e individual. El gobierno férreo de la oferta y la demanda, si queda sin control, sería reducir rápidamente a los productores de toda la riqueza a un nivel de inanición...” (Marx, 1867a: 137).

La lógica era transparente: la competencia entre los trabajadores “permite al capitalista forzar la reducción del precio del trabajo”; trae consigo un incremento de la extensión e intensidad de la jornada laboral de los trabajadores empleados, presiona en el *mismo sentido* que el capital: ¡la tendencia es a *aumentar* la tasa del plusvalor!

A diferencia de la parte del capital, los esfuerzos de los asalariados *como individuos* a actuar en su propio interés van contra los intereses del trabajo asalariado *de conjunto*. Consideremos el efecto del trabajo a destajo:

El mayor campo de acción que el pago a destajo ofrece a la individualidad, tiende por una parte a desarrollar dicha individualidad, y con ella el sentimiento de libertad, la independencia y el autocontrol de los obreros, y por otra parte la *competencia entre ellos mismos, de unos contra otros*. Tiende, pues, a aumentar los salarios individuales por encima del nivel medio, y al mismo tiempo, a abatir ese nivel (Marx, 1983a: 677).

Por otro lado, el egoísmo individual del asalariado comprometido en el trabajo a destajo lleva en forma similar a la intensificación del trabajo: “Dado el pago a destajo, naturalmente, el interés personal del obrero estriba en emplear su trabajo de manera más intensa posible; lo que facilita al capitalista la elevación del *grado normal de la intensidad* (Marx, 1983a: 675). De este modo, actuando en su interés individual y compitiendo entre ellos mismos, los trabajadores no expresan las tendencias internas del trabajo asalariado sino más bien las del *capital*. En la medida en que el trabajo asalariado compite, lo hace como parte del capital, como su componente: “la competencia de los trabajadores entre sí no es más que otra forma de la competencia entre los capitales” (Marx, 1985a: 69).

Entonces, ¿Cómo “presiona constantemente [el obrero] en el sentido contrario” al capital? ¿Cómo impide el trabajador al capital que reduzca “los salarios a su mínimo físico” y extender la jornada laboral a “su máximo físico”? *Sólo negando la competencia*, violando la ley “sagrada” de la oferta y la demanda y participando en la “cooperación planificada” (Marx, 1983a: 797).

*En resumen, solo cuando los asalariados luchan contra la competencia es que van contra las leyes internas del capital y manifiestan las leyes internas del trabajo asalariado.* En lugar de la separación y la competencia, solo la asociación y la cooperación producen la solución óptima para los trabajadores. La lucha entre el capital y el trabajo asalariado, la contradicción esencial, en la superficie asume la forma de una lucha entre la competencia y la asociación.

### **III. Cooperación y Separación**

El reconocimiento de que el capital y el trabajo asalariado se encuentran en oposición hostil en lo que respecta a la competencia y su negación es crucial, pero insuficiente para revelar el fundamento de la economía política del trabajo asalariado. Para ello debemos investigar más a fondo y preguntar: ¿Porqué? ¿Cuál es la esencia del trabajo asalariado para que sólo mediante la cooperación y la asociación actúe en su propio interés? ¿Porqué los trabajadores deben negar la competencia para que el “deber ser” del trabajador, “las necesidades de desarrollo del trabajador” puedan realizarse? Nuestra investigación nos lleva necesariamente más allá de la cuestión del trabajo asalariado; a la consideración de relaciones que no son exclusivas de la forma capitalista de producción.

Hay en *El capital* dos principios implícitos que son relevantes para esta investigación. El primero es que *toda cooperación y asociación del trabajo en la producción genera una productividad asociada y social que excede la suma de las productividades individuales y aisladas*. Así, cuando los productores cooperan trabajando juntos codo a codo, ejecutando operaciones similares o participando en procesos diferentes pero relacionados, o donde producen diferentes valores de uso que corresponden a necesidades sociales (la división del trabajo en la sociedad), el efecto de su trabajo asociado y social es una productividad incrementada. Su cooperación da como resultado “la creación de una nueva fuerza productiva, que es intrínsecamente colectiva” (Marx, 1983a: 400).

Esta mayor productividad del trabajo social ha sido señalada en los *Grundrisse* donde Marx (1985a: 381) comentó que la combinación de individuos para construir una carretera es más que sólo una suma de sus capacidades individuales de trabajo. “La asociación de las fuerzas productivas hace que aumente su productividad”. Esta “asociación de los trabajadores: la cooperación y división del trabajo, condiciones fundamentales de la productividad del trabajo” es independiente de toda forma particular de producción (Marx, 1985b: 9). Sin embargo, antes aún había llamado la atención a la fuerza productiva multiplicada que surge a través de la cooperación de distintos individuos tal como es causada por la división del trabajo (Marx y Engels, 1958: 74).

Esta división y cooperación del trabajo que produce una productividad incrementada en cualquier sociedad se extiende más allá de un lugar de trabajo particular a la división del trabajo en la sociedad. Por ejemplo, en tanto algunos productores se ocupan en la producción de medios de producción que aumentan la productividad de otros que trabajan con esos medios, la productividad social total es más elevada que la que sería en ausencia de esta división (o más apropiadamente, combinación) del trabajo dentro de la sociedad. Por cierto, el incremento de la productividad social depende crecientemente de la extensión en que la ciencia, el trabajo intelectual, “las fuerzas productivas generales del cerebro social”, se encarnan en medios de producción (Marx, 1985b: 108). Aquí también la unificación de diferentes trabajadores produce una productividad más alta para los productores de conjunto, que es una productividad social:

Aquel desarrollo de la fuerza productiva siempre se remonta , en última instancia, al carácter social del trabajo puesto en acción; a la división del trabajo dentro de la sociedad; al desarrollo del trabajo intelectual, en especial el de las ciencias naturales (1983c:99).

En este principio de que la productividad social depende del grado de asociación entre los productores, Marx expresó un principio muy similar al énfasis de Adam Smith sobre la relación de la productividad y la división del trabajo (Smith, 1937: 3). Expresando el principio como el de la cooperación y combinación del trabajo, sin embargo la división del trabajo es vista como importante sólo en tanto en que el trabajo “dividido” es posteriormente asociado. En resumen, estas partes tienen significación sólo como partes de un todo, las partes del trabajo social de conjunto.<sup>46</sup>

Tampoco es simplemente la combinación del trabajo como tal la que acrecienta la productividad social; hay además el mejoramiento de la productividad individual que ocurre cuando los productores trabajan codo a codo lo que “se origina del hecho de que el hombre es... en todo caso un animal social”:

En la cooperación planificada con otros, el obrero se despoja de sus trabas individuales y desarrolla su capacidad en cuanto parte de un género (Marx, 1983a: 397, 400).

El primer principio es entonces que la productividad social del trabajo es una función positiva del grado de cooperación en la producción, es decir de la producción social.

El segundo principio en cuestión tiene que ver con la *distribución* de los beneficios de la fuerza socialmente productiva del trabajo. Afirma que en cualquier sociedad *la separación y división en relaciones sociales entre los productores permiten a quienes median entre los productores apropiarse los frutos de la cooperación productiva*. Por ejemplo, en la producción simple de mercancías, la ganancia se “deduce de la doble *defraudación*, a que serían sometidos los productores de mercancías, los que las compran, y los que las venden por parte del comerciante que parasitariamente se interpone entre ellos” (Marx, 1983a: 200). La mediación del comerciante entre los extremos, los distintos productores, le permite conseguir los beneficios de la cooperación y es la base para la formación del capital (Marx, 1983c: 347). En forma similar, dentro de la producción pre-capitalista, quienes “reúnen” a productores individuales consiguen los plusproductos que del trabajo asociado. De esta manera, los palacios y los templos de las primeras sociedades fueron el resultado de la facultad de mandar a gran cantidad de trabajadores en la cooperación (Marx, 1985a: 382, 1983a: 405).

El mismo beneficio que consigue el mediador entre los productores se mantiene claramente en el interior de la producción capitalista, donde el capital media entre propietarios de fuerza de trabajo “individuales, aislados” que “entran en relaciones con el capitalista, pero no entre sí” (Marx, 1983a: 411). En este proceso, “los trabajadores o más bien las capacidades individuales son pagados, y pagados por separado. Su cooperación y la fuerza productiva que surge partir de ella, no es pagada”; es decir, el aumento en la fuerza productiva resultante de la cooperación “al capitalista no le cuesta nada” (Marx, 1988: 260, 321). De este modo, habiendo comprado fuerza de trabajo y en consecuencia asegurado los derechos de propiedad los productos del trabajo, el capitalista captura los frutos de la cooperación en la

---

<sup>46</sup> En sus *Manuscritos económicos de 1861-63* Marx (1988: 277) cita la objeción de Potter al concepto de la división del trabajo “ya que la idea fundamental es de *concertación y cooperación*, no de *división*... De este modo es una *combinación de trabajadores* llevada a cabo a través de una *subdivisión de procesos*.” Ver Beamish (1992) para un excelente estudio del desarrollo del pensamiento de Marx sobre la división del trabajo.

producción. “La fuerza productiva social que surge de la cooperación es un *regalo gratuito*” (Marx, 1988: 260).

En el capitalismo las fuerzas productivas del trabajo social (la unidad colectiva en la cooperación, la combinación en la división del trabajo, el uso de las fuerzas de la naturaleza y las ciencias) aparecen como las fuerzas productivas del capital, el mediador (Marx, 1990: 97; 1983a: 405; 1985b: 9). Lo que el capital consigue es la fuerza productiva del trabajo combinado socialmente, que aparece como “una fuerza productiva inherente al capital”, cuyos beneficios en la productividad resultantes del carácter social del trabajo los obtiene el capitalista: “Lo que el capitalista hace uso aquí es de los beneficios de todo el sistema de la división social del trabajo” (Marx 1983a: 407).

¿Porqué no pueden los productores mismos recibir los frutos de la cooperación en la producción? Marx nos responde: su situación depende del grado de separación entre ellos. Por ejemplo, comparando a los trabajadores rurales y urbanos en el capitalismo, señaló que “la dispersión de los obreros rurales en grandes extensiones quebranta, al mismo tiempo, su capacidad de resistencia, mientras que la concentración aumenta la de los obreros urbanos” (Marx, 1983a: 612). En forma similar apuntó que “en la llamada industria domiciliaria esta explotación es más desvergonzada que en la manufactura, porque con la disgregación de los obreros disminuye su capacidad de resistencia” (Marx, 1983a: 562). Este segundo principio implica que la *magnitud* del plusvalor extraído por quienes median entre los productores (o sea la medida de la explotación) depende del grado de separación de los productores.

En este contexto, “la cooperación planificada” entre asalariados en el capitalismo (y la lucha contra la competencia) no es un aspecto contingente o casual del lado de los asalariados-para-sí. Por el contrario, sólo luchando por reducir su grado de separación pueden lograr sus objetivos los trabajadores. La lucha contra la existencia de un mediador entre (y por encima) de ellos es inherente en las “necesidades de desarrollo de los trabajadores”. De este modo Marx hizo más que desarrollar una crítica de la economía política del capital; también reveló su antítesis: la economía política de la clase obrera, que afirma *la asociación del trabajo como la fuente de productividad social y la separación de los trabajadores como la condición para su explotación*. Precisamente queda por verse cómo se manifiesta esa economía política en el seno del capitalismo (y la situación de las dos victorias antes mencionadas).

#### D. *La lucha contra el capital como mediador*

El aspecto positivo del capitalismo es que socializa la producción y crea una interdependencia en su interior que excede por muy lejos a los niveles preexistentes. El capital tiene la tendencia, así, a crear un trabajador colectivo; los asalariados que son parte de organismo productivo y en la producción son Uno. Por supuesto, el incremento resultante en la productividad social no es el fin del capital, sino simplemente el medio para apropiar plusvalor relativo. Sin embargo éste es uno de los aspectos de la tendencia del capital.

El otro aspecto es que el capital necesita la separación y la división entre los asalariados para poder apoderarse de los frutos de la cooperación en la producción. La tendencia a “dividir para vencer” al trabajo asalariado es inmanente al capital. Como el trabajo asalariado está presente a lo largo del ciclo del capital, éste quiere realizar su objetivo, es indispensable una permanente separación y división de los trabajadores.

Esta necesaria separación inicialmente está presente en la medida en que cada asalariado es un propietario individual y aislado de la fuerza de trabajo para quien el capital es el poseedor de valor (D-Ft). Sin embargo, en el interior de la producción el mismo proceso de cooperación une a los trabajadores; y así, para imponer la producción de plusvalor (P), el capital debe desarrollar formas (por ejemplo, división del trabajo, trabajo a destajo, etc.) para estimular la separación y afirmar su autoridad. Finalmente, como propietario de los productos del trabajo, el capital separa a los productores de quienes consumen, tanto individual como productivamente; la división del trabajo en el interior de la sociedad es mediada por el

capital como propietario de los medios de producción y de los artículos de consumo (M'-D'). [Mercancía' – Dinero']

Así como el capital es el mediador del trabajo asalariado, separando al trabajador de su fuerza de trabajo, de su trabajo como actividad y del producto de su trabajo, también a lo largo de su ciclo el capital es el mediador entre los asalariados.

### XIII. *Las cooperativas*

En estas circunstancias, la importancia de las fábricas cooperativas era evidente en el sentido en que implican el *reemplazo* del capital como mediador en todas las fases; en la compra de fuerza de trabajo, en la dirección y la supervisión de la producción, y en la propiedad de los productos del trabajo. En lugar de vender su fuerza de trabajo como propietarios individuales, los productores particulares cooperativos lo asocian. En lugar de caracterizarse por el despotismo del capital, la supervisión y la dirección requerida del trabajo combinado en gran escala perdía su “carácter antagónico”. Y los productos del trabajo en lugar de encarnar el poder del capital, encarnarán la relación comunal entre los cooperadores particulares, que estaba presupuesta desde el comienzo (Marx, 1985a: 73-4; 1983c: 495). En este sentido, las fábricas cooperativas de los trabajadores representaban la “primera fractura de las viejas formas” (Marx, 1983c: 567). Su gran mérito era:

Mostrar que el sistema actual de *la subordinación del trabajo* al capital, sistema despótico que lleva al pauperismo, puede ser sustituido por un sistema republicano y bienhechor de la *asociación de productores libres e iguales*. (Marx, 1866: 346).

Pero Marx también señaló esas fábricas cooperativas, tal como existían, necesariamente reproducían “los defectos del sistema existente.” No iban más allá de la búsqueda de ganancias y la competencia; la producción cooperativa quedó como un sistema aislado “basado en los intereses individuales y antagónicos”, en el que los trabajadores “en cuanto asociación, constituyen su propio capitalista”, es decir que emplean los medios de producción para valorizar su propio trabajo” (Marx, 1983c: 567).<sup>47</sup> Más aún, en las “formas enanas” inherentes a los esfuerzos privados de los trabajadores individuales, las cooperativas “jamás podrá transformar la sociedad capitalista”:

A fin de convertir la producción social en un sistema armónico y vasto de trabajo cooperativo, son indispensables *cambios sociales generales, cambios de las condiciones generales de la sociedad*, que sólo pueden lograrse mediante el paso de las fuerzas organizadas de la sociedad, es decir, el poder político, de manos de los capitalistas y propietarios de tierra a manos de los productores mismos (Marx, 1866: 346).

En este contexto, concentrarse en las cooperativas como los medios por los que la clase obrera podría emanciparse indudablemente seguía siendo un “impostura y un engaño”. La experiencia de 1848 a 1864 había “demostrado por encima de toda duda” que en su estrecho medio, las cooperativas no podrían lograr transformar el capitalismo (Marx 1978: 77; 1864: 383). Sin embargo Marx *aún así* declaraba a estas fábricas cooperativas como una gran “victoria”: habían demostrado que el trabajo asalariado no era “sino

---

<sup>47</sup> Ver los dos artículos de 1851 sobre la “cooperación” por Ernest Jones, incluidos en Marx y Engels (1979a), que los editores de la colección sugieren fueron co-escritos por Marx (XXV, 687). Es incierto si esta sugerencia es cierta, dados los propios comentarios de Marx en su carta a Engels del 5 de mayo de 1851 sobre la “verdaderamente espléndida conferencia” sobre el movimiento cooperativo de Jones sobre el movimiento cooperativo (Marx y Engels, 1982: 346); sin embargo, es cierto que Marx releyó en 1864 los artículos de 1851 y que la posición de dichos artículos es la misma que el mantuvo en 1864 (Marx y Engels, 1979a: 686).

una forma transitoria e inferior” del trabajo, “que el capitalista en cuanto funcionario de la producción se ha tornado tan superfluo como él mismo (...) considera superfluo al gran terrateniente” y “que para rendir frutos, los medios de trabajo no necesitan ser monopolizados como medios de dominio sobre, y de extorsión contra, el mismo hombre que trabaja” (Marx, 1864: 383; 1983c: 494-5; 1971: 497).

La misma existencia de talleres cooperativos, entonces, era una demostración práctica de que el capital no era necesario como mediador en la producción social. Este “triunfo de la economía política del trabajo sobre la economía política de la propiedad” era un triunfo *ideológico*.

#### XIV. *Contra el capital en el mercado de trabajo (D-FT)*

La importancia de los talleres cooperativos es que apuntaban a la alternativa al capital en cada momento de su circuito. En estos momentos, sin embargo, los trabajadores se encontraban confrontando *directamente* al poder del capital. La tarea primera y principal era la lucha contra el capital como un mediador en el mercado del trabajo; la necesidad aquí era terminar con su propia desunión como vendedores de fuerza de trabajo; una desunión “que nace y se perpetúa debido a la *inevitable competencia entre ellos mismos*” (Marx, 1866: 347).

Sin obstáculos, el poder del capital es el poder de un comprador en un mercado del comprador: cada vendedor de fuerza de trabajo, la parte más débil en el mercado laboral, “actúa independientemente de la masa de sus competidores, y a menudo en oposición directa a ellos” (Marx, 1983c: 244). Esa debilidad relativa de los trabajadores no es accidental. Se basa en la existencia del desempleo, un ejército de reserva del trabajo que el capital reconstituye intrínsecamente a través del cese de acumulación o la sustitución por maquinarias. Este relativo excedente de trabajadores, entonces, es el contexto “en el que actúa la ley de la demanda y oferta de trabajo” (Marx, 1983a: 769, 782, 793). Es el fundamento para inducir a la baja del precio de la fuerza de trabajo. El resultado, como apuntaba Engels (1881b: 104), es que “negocia sin la organización de la gente de trabajo”:

Los salarios tienden constantemente a bajar y las horas de trabajo constantemente a aumentar... Los tiempos prósperos aparecen de vez en cuando, pero los tiempos de crisis son cada vez son más frecuentes. La gente de trabajo se va acostumbrando a un nivel de vida cada vez más y más bajo. Mientras la prolongación de la jornada laboral se acerca cada vez más al máximo posible, los salarios se acercan cada vez más a su mínimo absoluto...

De este modo, si los trabajadores quieren poder satisfacer sus necesidades (las acostumbradas y las nuevas que son generadas en la sociedad capitalista), deben negar su desunión como vendedores de mercancías compitiendo. Su necesidad de auto-desarrollo, el “deber ser” de los trabajadores, les exige que desarrollen nuevas relaciones sociales entre sí que les permitan ir más allá de las barreras a la realización de sus necesidades. De esta forma Marx argumentó que, a través de la formación de sindicatos (“cuya trascendencia para la clase obrera inglesa difícilmente pueda sobrestimarse”), los trabajadores tratan de controlar esa competencia; y “anular o paliar las consecuencias ruinosas que esa *ley natural de la producción capitalista* [la competencia entre trabajadores] trae aparejada para su clase” (Marx, 1983a: 797; 1990: 143). Esta acción es indispensable “mientras exista el actual modo de producción” (Marx, 1866: 348).

El propósito de los sindicatos entonces es precisamente contrarrestar la tendencia del capital e “impedir que se rebaje el *precio* de la capacidad laboral con respecto a su *valor*” (Engels, 1881b: 106; Marx, 1983a: 143). Y en tanto en que el trabajador organizado “mide sus pretensiones con la ganancia del capitalista y exige una parte del plusvalor creado por él,” es posible resistir la tendencia del capital. Los trabajadores aquí no permiten que los salarios “sean reducidos al mínimo absoluto; por el contrario, consiguen una cierta participación cuantitativa en el crecimiento general de la riqueza” (Marx, 1985b: 20;

1971: 312). Como comentó Engels (1881a: 102), el gran mérito de los sindicatos es que “ellos tienden a mantener y elevar el nivel de vida”.<sup>48</sup>

Por expresar los intereses de los asalariados como vendedores de mercancías, los sindicatos fueron vistos por la economía política como “una violación de la ley ‘eterna’ y por así decirlo, ‘sagrada’ de la oferta y la demanda (Marx, 1983a: 797; 1990: 144). El modelo propuesto aquí es la economía política del *capital*, que descansa sobre el egoísmo individual y la competencia; en lugar de la *economía política diferente de la clase obrera* que surge en las formas sociales de la cooperación creadas por los trabajadores. Pero para Marx ese triunfo era necesariamente limitado; debido al poder del capital en el interior de la producción.

## XV. *Contra el capital en la producción (P)*

¿Qué sucede en la lucha contra el capital como mediador en la producción, donde ejerce el derecho a disponer sobre la fuerza de trabajo que ha comprado en el mercado laboral? La cuestión central aquí es la lucha contra la “voluntad” del capital, y en particular, contra el carácter capitalista de la dirección y supervisión en el interior del proceso de trabajo. Precisamente porque el objetivo del capital es el plusvalor y no la propia necesidad de desarrollo por parte del trabajador, en el interior del proceso laboral capitalista la propia voluntad de éste debe ser subordinada a la del capital. De este modo, el capital lucha para conseguir “que el trabajador ejecute su trabajo como es debido y con el grado de intensidad apropiado” (Marx, 1983a: 376).

Dado que los trabajadores entran en el proceso capitalista de producción como “propietarios de mercancías aislados e independientes entre sí” y que se encuentran en una relación dentro de la producción que pertenece al capital, parecería que la voluntad del capital no puede ser desafiada (Marx, 1988: 261). Puesto que el capital tiene el derecho a comandar el ejercicio de su fuerza de trabajo, ¿no implica esto la máxima intensidad del trabajo?

Sin embargo recordemos que lo que ha comprado el capital es una mercancía peculiar. El vendedor, un ser humano cuyos propios fines incluyen el tiempo y la energía para sí, entra en el proceso de producción junto a la mercancía que ha vendido. Más aún, nada en este contrato particular especifica precisamente cuán duro deben trabajar los obreros. (En este aspecto el contrato está especificado incompletamente). En consecuencia, existe en el interior de la producción la posibilidad de que los trabajadores retengan energía para sí presionando en el sentido contrario al capitalista. En su análisis de la manufactura, Marx señala (1983a: 413) que los trabajadores especializados aprenden “empíricamente a alcanzar con el empleo mínimo de fuerzas el efecto útil propuesto.” Ellos guardan celosamente sus habilidades y secretos mediante métodos tales como largos períodos de aprendizaje “aún donde éste se ha vuelto superfluo” (Marx, 1983a: 447). Todo esto fue el resultado de la asociación de los obreros, en particular en los gremios artesanales.

Aunque al principio son inicialmente reunidos por el capital para los fines de éste y su “relación por lo tanto los confronta como relación del capital, no como su propia relación”, los trabajadores proceden a crear sus propias relaciones en el seno de la producción (Marx, 1988: 261). Adquieren conciencia de su unidad como productores y de su poder contra el capital. Y a medida que son reunidos por el capital en cantidades mayores, disminuye su grado de separación y crece su “resistencia”. Por cierto, “con la masa de los obreros simultáneamente utilizados crece su resistencia y con esta necesariamente la presión del capital.” Y cuanto mayor es el antagonismo, “tanto mayor será el papel que desempeña ese trabajo de supervisión” para sujetar al obrero al propósito del capital (Marx, 1983a: 402; 1983c: 491).

---

<sup>48</sup> El comentario de Engels (1891) en su crítica al Programa de Erfurt era: “La organización de los trabajadores, su resistencia constantemente creciente, actuará lo más probablemente como una cierta barrera contra el crecimiento de la pobreza.”



De este modo Marx observó que en el interior de la manufactura “el capital debe luchar sin pausa contra la insubordinación de los obreros”. La resistencia contra el despotismo del capital que ofrecía “aún el obrero varón” (Marx, 1983a: 490). Y a pesar de “la presión del capital para doblegar esta resistencia” (y todas las demás), “durante todo el período manufacturero cunden las quejas acerca de la indisciplina de los obreros” (Marx, 1983a: 402, 448). Como hemos visto en el Capítulo 1, la manufactura como modo de producción era una barrera al crecimiento del capital; pero no simplemente por sus limitaciones técnicas.

Así el capital superó esta barrera. La industria moderna y el sistema fabril trajeron una nueva forma de competencia para los trabajadores: una competencia con el resultado del trabajo pasado, la máquina. No solo la máquina sustituyó el trabajo de muchos obreros, sino también se convirtió en “*el arma más poderosa* para reprimir las periódicas revueltas obreras, las huelgas, etc., dirigidas contra la autocracia del capital” (Marx, 1983a: 530). Además de liberar al capital de la dependencia de las habilidades de los trabajadores especializados (y romper la resistencia que ofrecía “el obrero varón al despotismo del capital”) la máquina se convirtió en el fundamento de la intensificación del trabajo y el surgimiento de una “disciplina cuartelaria” en la fábrica (Marx, 1983a: 498, 517). No solo las condiciones de trabajo llegaron a dominar tecnológicamente al trabajo, sino también “lo sustituyen, lo oprimen, lo vuelven superfluo en sus formas autónomas” (Marx, 1990: 97). Así fue que el capital, reestructurando la producción, pudo derrotar la resistencia de los obreros en la producción.

Pero no mucho. Marx *sobreestimó* la victoria del capital desde la máquina en su época y subestimó la capacidad de los obreros a “defenderse contra las usurpaciones del capital” (Marx, 1987: 139), presionando en sentido contrario. En parte el problema resulta de la brecha muy importante entre la máquina “real” y su concepto (que está *latente* en la misma). Si el obrero estaba *realmente* reducido a ser “guardián y regulador del proceso de producción mismo”, el potencial y la forma de la oposición en el interior de la producción sería totalmente delimitado (Marx, 1985b: 114). Sin embargo, mientras el operador de la máquina no ha sido aún “privado de toda importancia”, el potencial para la oposición al capital en el interior de la producción está obviamente todavía presente (Marx, 1983a: 521).

En esta medida había una importante contra-tendencia intrínseca en la máquina como capital fijo. El mismo crecimiento del capital fijo hace indispensable a la continuidad del proceso de producción; “todo alto en el proceso de la producción se traduce directamente en la reducción del capital mismo, es decir, de su valor inicial.” El desarrollo de la industria de maquinarias hace al capital *más*, en vez de menos, vulnerable al arma de las huelgas: El capital está en una forma en la que “pierde valor de uso y valor de cambio cada vez que es privado de contacto con el trabajo vivo” (Marx, 1985b: 113, 127). De este modo, el potencial de los trabajadores de imponer su voluntad en la producción *no* fue automáticamente eliminado con el surgimiento de la industria en gran escala. Si no fuera para derrotar la fuerza de los obreros en el interior del proceso de producción, ¿para qué introduciría el capital medios para dividir a los trabajadores (como el trabajo a destajo y distintas formas de segmentación del trabajo)?<sup>49</sup>

Para Marx éste no era el único elemento sobre la importancia de la máquina. Su convicción sobre la debilidad de los sindicatos se basaba en el conocimiento de la crucial interacción entre lo que pasa en la esfera de la producción y lo que pasa en la compra y venta de fuerza de trabajo. Contra la visión optimista de los economistas políticos del capital, Marx señaló la tendencia de la maquinaria a desplazar trabajadores, aumentando al ejército de reserva del trabajo, y a bajar los salarios .

Esto significaba para los obreros tener que entregar trabajo adicional “para que asegure apenas un miserable salario medio”, un proceso que bajo las Actas Fabriles, ocurría mediante la intensificación del trabajo (vía el mecanismo de los pago a destajo). El efecto era hacer “a la oferta de trabajo en cierta medida independiente de la oferta de trabajadores;” los salarios caían aún más, lo que “completa el

---

<sup>49</sup> Ver, por ejemplo, la discusión en Gordon, Edwards y Reich (1982).

despotismo del capital” sobre la base de las ciegas leyes de la oferta y la demanda (Marx, 1983a: 668, 680, 797).

De este modo, debido al poder del capital como propietario de los medios de producción, en sus luchas salariales los sindicatos *necesariamente* estaban “luchando contra los efectos, pero no contra las causas de estos efectos”, causas que emanan del poder del capital fuera del mercado laboral. Y necesariamente ellos estaban peleando una batalla *perdida* (“contener el movimiento descendente, pero no cambiando su dirección”) debido a que la “tendencia general de la producción capitalista” era reducir el nivel medio del salario “más o menos a su *límite mínimo*” (Marx, 1987: 140).<sup>50</sup>

## XVI. *Contra el capital como propietario de los productos del trabajo (C'-D')*

¿Qué circunstancia le otorga al capital el poder de desechar a los hombres y reemplazarlos con las máquinas? Simplemente, la circunstancia de ser el dueño del proceso de producción y que habiendo tomado posesión de la producción, persigue su particular finalidad: el plusvalor. El capital tiene este poder porque habiendo comprado fuerza de trabajo es el propietario de los productos del trabajo y en consecuencia el beneficiario inmediato de todas la riqueza social producida por el trabajador colectivo.

Como propietario de artículos de consumo, el capital decide cuántos y qué valores de uso en particular serán producidos y en qué términos serán transferidos a quienes los demandan. Para el capital, solo se producirá un valor de uso que es M' (es decir, una mercancía conteniendo plusvalor), y sólo uno cuyo plusvalor pueda ser *realizado* (o sea, que pueda pegar el salto mortal de M' a D'). Limitando así la producción de valores de uso que satisfagan su finalidad, el capital determina la cantidad y la naturaleza de las necesidades humanas que serán satisfechas.

En forma similar, como propietario de los medios de producción, el capital tiene el poder de determinar si dichos medios serán usados y cómo excluir de su uso a otros. Habiendo adquirido los resultados del trabajo social pasado, el capital puede determinar la cantidad y la naturaleza del trabajo a realizar. Así como media entre los vendedores aislados de fuerza de trabajo y las partes de un organismo productivo, como propietario de los productos del trabajo, el capital media entre el productor y el consumidor, entre el trabajador que produce medios de producción y el trabajador que los usa, entre el cerebro social y la mano social. Decide sobre la división del trabajo en la sociedad. Todo el poder del trabajador colectivo es del capital: él ejerce sobre la sociedad su dictadura.

Pero el poder del capital es mistificado. Como propietario de artículos de consumo, el poder del capital está oculto por la mistificación que se adhiere al producto del trabajo como mercancía. El capital aparece aquí simplemente como el vendedor individual de una mercancía y el trabajo asalariado, como el comprador individual; como participantes en una relación de intercambio simple (M-D-M); aquí las relaciones capitalistas de producción no aparecen en absoluto: en M'-D', las diferencias entre las partes contractuales como capitalista y trabajador asalariado se borran como en una niebla (Marx, 1985a: 137; 1985b: 58).

En vez de ser el resultado de la mediación del capital entre productores, la división social del trabajo existente aparece en el mercado como “una concatenación objetiva, que nace de un modo natural.” Las relaciones de los individuos entre sí aparece como un poder autónomo sobre ellos; “aparecen como *condiciones naturales*, sustraídas al control de los individuos, aunque son engendradas por la sociedad” (Marx, 1985a: 95, 66). En resumen, la unidad y complementariedad mutua en la división del trabajo social existe “en la forma de una relación natural, por así decir, externa a los individuos e independiente de ellos” (Marx, 1985a: 61).

---

<sup>50</sup> ¿Qué sucede con el efecto de las máquinas sobre la productividad y de este modo el valor de la canasta de consumo del trabajador? Lo discutiremos en el próximo capítulo.

Es [como] el *individuo* asalariado sufre su impotencia (su incapacidad para satisfacer necesidades, etc.) en esta esfera [de la circulación]. Pero ante él no aparece en forma destacada su causa verdadera: el poder del capital como mediador de la sociedad. En su lugar, aparece como una impotencia de del individuo respecto de la sociedad. En su lugar, aparece como impotencia del individuo respecto de la sociedad, que se expresa como ausencia [falta] de una cosa, *el dinero*. La dependencia del asalariado respecto del capital, poseedor del dinero, es causada por la separación del productor y el producto, por obra del mismo capital “poder social en la forma de una cosa” (Marx, 1985a: 61).

En forma similar, como propietario de los medios de producción, el capital “confronta a la sociedad como una cosa, y como el poder que el capitalista tiene mediante esta cosa” (Marx, 1981b: 373). Las condiciones materiales de producción de la comunidad de trabajo “se presentan como *dadas e independientes* de él, como *forma del capital*” (Marx, 1990: 95). Ellas “se contraponen a los obreros individuales autónomamente, como un ente *ajeno, objetivo, preexistente a ellos*, que está allí sin y a menudo contra su concurso” (Marx, 1990: 96). Esto se vuelve especialmente verdadero con el desarrollo de la industria de maquinarias, donde “el trabajo objetivado se enfrenta al trabajo vivo como la potencia dominante,” y donde el saber es algo extraño y externo para el trabajador (Marx, 1985b: 108-9).

Dado que las fuerzas productivas del trabajo social son propiedad del capital y de este modo “el desarrollo de las fuerzas productivas *sociales* del trabajo y las condiciones de estos desarrollos se presentan como *obra del capital*,” parece un sentido común que el trabajador depende del capital para la producción de riqueza (Marx, 1990: 97). Qué insignificante debe sentirse el trabajador individual: la “elevación del trabajo directo al rango de trabajo social se ve de hecho reducido a la impotencia por la potencia colectiva y concentrada del capital” (Marx, 1985b: 110).

El poder del capital como dueño de los productos del trabajo es, en consecuencia, absoluto y mistificado. Sin embargo, dado que su poder como poseedor subyace a (y continuamente reproduce) su poder como comprador de fuerza de trabajo y dirigente del trabajo, sólo un desafío a su poder como propietario de los productos del trabajo puede satisfacer la necesidad del desarrollo de los trabajadores. Pero el poder del capital en esta esfera no sólo está mistificado sino es también cualitativamente diferente. No hay un campo directo de confrontación entre capitalistas *específicos* y asalariados *específicos* en esta esfera comparables a lo que surge espontáneamente en el mercado laboral y el lugar de trabajo. *El poder del capital como propietario de los productos del trabajo y como mediador de la división del trabajo en la sociedad aparece como la dependencia del trabajo asalariado respecto del capital-como-totalidad*.

Es sintomático que el poder del capital como mediador en la sociedad trasciende la capacidad de los sindicatos para combatirlo. ¿Cómo pueden determinados sectores de obreros obligar al capital a producir valores de uso que no realicen el plusvalor? ¿O usar sus medios de producción, el producto del trabajo social, para satisfacer las necesidades de seres humanos socialmente desarrollados? Exigir esto equivale a exigir que el capital sea no-capital; que el capital renuncie a su propiedad.

Además, ¿a través de qué medio hacer esa exigencia? Los sindicatos confrontan a capitales *específicos y particulares*. Sin embargo, *el poder que debe confrontarse es el del capital como una totalidad, y solo en tanto es una totalidad*. Ausente esa oposición total, los sindicatos luchan contra los efectos en el mercado laboral y el lugar de trabajo, pero no contra sus causas.

De este modo, el mismo carácter de las relaciones existentes entre los trabajadores puede surgir él mismo como una barrera al impulso de los trabajadores por su auto-desarrollo. Precisamente por esa razón, Marx criticaba a los sindicatos por limitarse a una guerra de guerrillas contra el capital. “Las tradeuniones no han adquirido aún plena conciencia de su fuerza en la lucha contra el sistema de la esclavitud asalariada. Por eso han estado demasiado al margen del movimiento general social y político.” Los sindicatos, “aparte de sus propósitos originales,” debían ahora aprender a actuar deliberadamente como centros organizadores de la clase obrera “ante el magno objetivo de su *completa emancipación*”. Con ese fin, tenían que ir más allá de las luchas puramente económicas: “Deben apoyar a todo movimiento social y

político en esta dirección” (Marx, 1866: 348-9). Marx estaba subrayando la necesidad de una mayor unidad de los obreros como clase.

Es en este contexto que debemos ver la importancia de la Ley de las Diez Horas. ¿Cuál era precisamente ese triunfo? Ciertamente, revelaba a la luz del día la lucha de clases del capital y el trabajo asalariado sobre la jornada laboral; también, cómo la organización de los sindicatos, reprimía la competencia entre los trabajadores sobre la extensión de la jornada laboral. Pero su triunfo *real* es que revelaba claramente ¡que el trabajo asalariado necesitaba lucha política y el uso del Estado para lograr triunfar en este caso! La Ley de las Diez Horas, después de todo, era un acto legislativo; *tenía* que serlo:

Por lo que atañe a la *limitación de la jornada de trabajo*, lo mismo en Inglaterra, que en todos los demás países, nunca se ha reglamentado sino por *ingerencia de la ley*. Sin la constante presión de los obreros desde afuera, la ley jamás habría intervenido. En todo caso, este resultado no podría alcanzarse mediante convenios privados entre los obreros y los capitalistas. Esta necesidad de *una acción política general* es precisamente la que demuestra que en el terreno puramente económico de lucha el capital es la parte más fuerte (Marx, 1987: 136).

En resumen, solo yendo más allá del “movimiento puramente económico” para actuar como *políticamente* como una clase podría la clase obrera forzar al capital “presionando desde fuera” para lograr un objetivo que no sería logrado por convenios privados. Solo mediante un “movimiento *político*, es decir, un movimiento de la *clase*, cuyo objeto es que se dé satisfacción a sus intereses en forma general, es decir, en forma que sea compulsoria para toda la sociedad.”<sup>51</sup> Para imponer los intereses del trabajo asalariado en esa forma significaba, por supuesto, usar al Estado, *en el seno del capitalismo*, en interés de los trabajadores. La ley de las diez horas demostró “a la luz del día” que era posible para la economía política de la clase obrera triunfar sobre la del capital cuando los trabajadores iban más allá de la guerra de guerrillas.

Esa victoria en ese caso demostró que era necesario desafiar al poder del capital como una totalidad, en lugar de los intereses individuales separados de los trabajadores, los intereses de los trabajadores como un todo tienen que ser impuestos en una “forma que sea compulsoria para toda la sociedad.” Los convenios privados “entre los obreros y los capitalistas” no pueden bastar. Por cierto, dado que tales esfuerzos son opuestos a los intereses de los obreros de conjunto, la fuerza socialmente coercitiva es necesario imponerla no sólo al capital sino *también a los asalariados como individuos egoístas*.

En el caso de la limitación de la jornada laboral, por ejemplo, Marx apuntó que “los trabajadores tienen que confederar sus cabezas e imponer *como clase*, una ley estatal, una *barrera social* infranqueable que les impida a ellos mismos venderse junto a su descendencia *por medio de un contrato libre con el capital* para la muerte y la esclavitud” (Marx, 1983a: 364).

En forma similar, la lucha contra el trabajo infantil existente y por la educación pública implicaba salvar a los niños no solo del capital sino también de los actos individuales de sus padres. Los niños, señalaba Marx, “son incapaces [de defender sus derechos]. Esta es la razón de que la sociedad tenga el deber de intervenir en su favor.” Dado que el futuro de la sociedad dependía de la reivindicación de los derechos de los niños y de su formación, las “instrucciones” de Marx a los delegados de la Primera Internacional enfatizaban la necesidad de una acción política por parte de los obreros:

Esto solo se puede conseguir mediante la transformación de la *razón social* en *fuerza social*, y en las circunstancias presentes, esto sólo es posible a través de *leyes generales*, aplicadas por el

---

<sup>51</sup> Marx a F. Bolte, 23 de noviembre de 1871, en Marx y Engels, (1965: 270-1).

poder del Estado. Con la aplicación de semejantes leyes, la clase obrera no fortalece en modo alguno al poder del Gobierno. Por el contrario, convierte en arma propia el poder que se utiliza ahora contra ella, consigue mediante un acto general lo que estaría procurando en vano a través de multitud de esfuerzos individuales dispersos (Marx, 1866: 344-5).

La misma lógica que exige a los obreros a “confederar sus cabezas” y actuar como clase para imponer una ley que limite la jornada laboral, sin embargo, también se aplica a una lucha para hacer que el estado sirva los intereses de los asalariados, por ejemplo, legalizando y apoyando la existencia de sindicatos o llevar adelante políticas que reduzcan el nivel de desempleo. La acción política general dirigida a hacer del estado “el arma propia” de los obreros es necesaria porque “en el terreno puramente económico el capital es la parte más fuerte.”

En la raíces del poder del capital en general está su poder como propietario de los productos del trabajo, que los obreros sólo pueden desafiar actuando políticamente como clase. Por supuesto, este fue el mensaje de la Primera Internacional: “Conquistar el poder político tiene que convertirse en consecuencia el gran deber de las clases trabajadoras” (Marx, 1865b: 384). Y este era el mensaje que Marx y Engels siguieron enfatizando en el *Manifiesto Comunista*: “el primer paso de la revolución obrera es la elevación del proletariado a clase dominante, la conquista de la democracia” (Marx y Engels, 1998: 60-61).

#### E. *La economía política del trabajo asalariado*

Quienes median entre los productores tienen interés en mantener y aumentar el grado de separación, división y atomización entre ellos, para continuar asegurándose los frutos de la cooperación en la producción. El capital lo logra alentando la competencia, entre obreros en una empresa, entre obreros en diferentes empresas, entre el trabajo pasado y el vivo; su poder depende de la apariencia de que los individuos particulares y grupos particulares de individuos, actuando con su egoísmo individual, pueden lograr imponer sus propios intereses particulares. El egoísmo individual y la competencia constituyen la economía política del capital.

La economía política de los asalariados, por el contrario, parte del reconocimiento de que la productividad social es el resultado de la asociación del trabajo social, de la cooperación de los miembros y los órganos del trabajador colectivo. Y afirma que solo reduciendo el grado de separación, que solo mediante la asociación y la unidad, pueden los asalariados tomar los frutos de la cooperación *para sí mismos* y satisfacer así sus “necesidades de desarrollo”. Esa economía política se concentra en la necesidad de eliminar al capital como mediador entre los trabajadores *de conjunto*; y en la naturaleza intrínseca de las luchas puramente económicas y políticas contra el capital. Los dos triunfos de la economía política de la clase obrera revelaron el objetivo (la “nueva forma” de la producción) y los medios para lograrlo.

La totalidad de las dimensiones de la economía política de los asalariados sólo se aclara en relación a la consideración del capital como una totalidad. Mientras nos desplazamos por el ciclo del capital, aparecen diferentes aspectos de la lucha contra el capital como mediador. De vendedores de fuerza de trabajo, cuya autoafirmación como vendedores de mercancías no supera la relación capital/trabajo asalariado; a productores en el lugar de trabajo, cuya afirmación de sus necesidades en tanto productores implícitamente van más allá de la dirección capitalista; a asalariados *como una clase* que afirma políticamente las necesidades de los obreros como seres humanos en oposición a la propiedad del capital; cada momento contiene al precedente y representa un nivel *superior* de lucha contra el capital.

De este modo, la consideración explícita de la parte del trabajo asalariado para sí nos revela que hay una relación integral entre el análisis “puramente económico” de *El capital* y la lucha política contra el

capital, intrínseca en la economía política de Marx. Por esta razón, Marx tenía poca paciencia con la posición de los Proudhonistas en la Primera Internacional:

Ellos desprecian toda acción *revolucionaria*, es decir, la que surge de la lucha de clases misma, todo movimiento social concentrado, y en consecuencia también el que puede lograrse por *medios políticos* (por ejemplo, tal como la limitación *por ley* de la jornada laboral) (Marx y Engels, 1987b: 326).

Cuando comprendemos la concepción marxiana de la economía política de la clase obrera, es evidente que va mucho más allá de las cuestiones sindicales de los dos primeros momentos (D-FT y P) del ciclo del capital. No hemos llegado sin embargo al punto donde podamos considerar completamente esa economía política y la lucha política que incluye; ésta es una razón por la que este capítulo tiene el título más modesto de “La economía política del trabajo asalariado”. Necesitamos comprender, por ejemplo, los límites del estado capitalista para ir más allá del capital. Por cierto, tenemos todavía que investigar en absoluto cómo los obreros pueden ir más allá del capital, en lugar de bregar por sus intereses en el capitalismo.

## Capítulo 6. Salarios

El nivel de las necesidades vitales mismas, cuyo valor total constituye el valor de la capacidad laboral, puede ascender o descender. No es éste, empero, el lugar indicado para analizar estas oscilaciones, que corresponde tratar en la teoría del salario.

Marx (1990: 143)

La economía política del trabajo asalariado discutida en nuestro último capítulo estipula que así como el capital se beneficia directamente de la competencia entre los trabajadores, la capacidad de éstos para apropiarse los beneficios de la producción social depende de lograr reducir la separación y división en sus mutuas relaciones sociales. Creando sindicatos y tratando de tornar al estado “en arma propia” (Marx, 1866: 344-5), los trabajadores luchan por satisfacer sus necesidades sociales y “lograr una parte en el crecimiento general de la riqueza” (Marx, 1971: 312). Presionan en sentido contrario al capital para elevar el nivel de sus salarios. Para determinar los salarios, aparece como factor fundamental la lucha de clases.

Pero en la discusión sobre el valor de la fuerza de trabajo en *El capital*, ¿dónde se inserta la lucha de clases? En el capítulo I vimos los conceptos de trabajo necesario y el valor de la fuerza de trabajo. Señalamos allí que las horas de trabajo (t) necesario para producir las necesidades diarias (U) del trabajador dependen de la productividad del trabajo (q):

$$t = U/q \quad (1.1).$$

En los términos del valor, “el *valor de la fuerza de trabajo* [la forma valor del trabajo necesario] se resuelve en el valor de determinada suma de medios de subsistencia. También varía, por consiguiente, con el valor de los medios de subsistencia, esto es, con la magnitud de tiempo de trabajo requerido para su producción” (Marx, 1983a: 209).

Sin embargo, como se demostró en el capítulo III, en *El capital* se dio por sentado que esta “cantidad definida de los medios de subsistencia” era dada y fija. En lugar de investigar los efectos de la lucha de clases sobre los salarios, se desechó todo lo que tenía que ver con los salarios reales o el nivel de necesidades que los trabajadores pueden satisfacer como un tema para un trabajo posterior:

El problema de estos movimientos en el nivel de las necesidades de los trabajadores, como también el de las subas y bajas de los precios de mercado de la capacidad de trabajo por encima o por debajo de este nivel, no corresponde aquí, donde se va a desarrollar la relación capital general, sino de la doctrina de los salarios del trabajo (Marx, 1988: 44-5).

En consecuencia, con respecto a los salarios, Marx sólo analizó explícitamente en *El capital* el efecto sobre el valor de la fuerza de trabajo de los aumentos de productividad. En sus cuadernos indicó: “En nuestra investigación partimos del supuesto de que la *capacidad de trabajo* es pagada *en su valor*, por lo tanto los salarios solamente son reducidos por la DEPRECIACIÓN de esa capacidad de trabajo, o lo que es lo mismo, por el abaratamiento de los medios de subsistencia que consumen los obreros.” En resumen,

partiendo de esa “cantidad definida de medios de subsistencia,” la atención de Marx se centra en la cantidad de trabajo requerida para producir ese conjunto de medios de subsistencia dado.

Por supuesto, Marx sabía que había otras razones para un cambio en los salarios:

En la medida en que la maquinaria da lugar a una reducción directa de los salarios para los trabajadores que están empleados por ella, por ejemplo usando la demanda de los que quedaron desempleados para forzar la baja de los salarios de los que están empleados, no es parte de nuestra tarea tratar con este CASO. Corresponde a la teoría de los salarios (Marx, 1994: 23).

¿Podemos deducir entonces de estos pasajes elementos para la teoría de los salarios? ¿Cuál es la relación entre el valor de la fuerza de trabajo y los cambios en el precio de esa fuerza? La introducción de maquinaria, ¿puede bajar al precio de la fuerza de trabajo por debajo del valor de dicha fuerza, y provocar una caída en dicho valor?

Los siguientes pasajes podrían defender, *prima facie*, esa línea de razonamiento:

En cuanto a los *límites del valor del trabajo*, su fijación efectiva depende siempre de la oferta y la demanda. Refiriéndome a la demanda de trabajo por parte del capital, y a la oferta de trabajo por parte de los trabajadores (Marx, 1987:136).

Aunque el patrón del trabajo necesario pueda diferir en varias épocas y en diversos países, o *por mucho que cambie como consecuencia de la demanda y la oferta del trabajo*, el patrón debe considerarse en cada época como fijado por el capital. (Marx, 1985b: 219. Subrayado nuestro).

El patrón de necesidades (U) *puede* cambiar; por eso, las condiciones del mercado laboral pueden alterar el precio de mercado de la fuerza de trabajo, y éstos pueden conducir a cambios en el valor de la misma, una vez que se abandona el supuesto de que la cantidad de medios de subsistencia está “definida”.

En el capítulo III señalamos que *El capital* analiza la magnitud del valor de la fuerza de trabajo y el plusvalor tomando diferentes factores y tratándolos sucesivamente constantes o variables:

Es posible aquí, obviamente, una gran cantidad de combinaciones. Pueden variar dos factores cualesquiera y uno permanecer constante, o pueden variar simultáneamente los tres (...) Para llegar al resultado de toda combinación posible, se opera sucesivamente con cada factor como variable y con los otros dos como por el momento constantes. (Marx, 1983a: 639-40).

Dado que Marx no terminó este análisis (es decir, no trató como variable al patrón de necesidades), continuaremos su proyecto considerando las combinaciones que no investigó. Esto nos permitirá tener en cuenta distintos aspectos del tema.<sup>52</sup>

## XVII. *Patrón de necesidades constante y productividad constante*

---

<sup>52</sup> Dado que nuestro propósito no es investigar la teoría de Marx sobre los salarios, nos centramos (como él) en lo que puede ser llamado un “régimen de competencia” en el que los precios de las mercancías son flexibles; donde los aumentos en la productividad provocan bajas en el valor y el precio, y los precios de las mercancías tienden a oscilar alrededor de los valores. Aunque en un “régimen monopolístico”, donde los precios monetarios no bajan con el incremento de la productividad no cambia en esencia nada, los mecanismos de ajuste difieren.



Comenzaremos con el supuesto de que el trabajo necesario y el valor de la fuerza de trabajo son dados y fijos. Desde este punto de partida, podemos examinar el concepto del valor de la fuerza de trabajo que presenta Marx.

Él sugiere que el valor de la fuerza de trabajo está determinado por el “*valor de los artículos de primera necesidad exigidos* para producir, desarrollar, mantener y perpetuar la fuerza laboral” (Marx, 1987: 109). Sin embargo, como observó Bob Rowthorn, esta definición “no difiere de la dada por los economistas clásicos como Ricardo” (Rowthorn, 1980: 206). Es la idea del trabajador como animal de carga, como pieza de maquinaria. Simplemente, el valor de la fuerza de trabajo debe ser suficiente para mantener esta máquina peculiar, compensar su “desgaste por el uso” y proveer su reemplazo final (con la calidad deseada).

Puesto que *El capital* considera al trabajador desde la perspectiva del capital (como un objeto en lugar de un sujeto para sí), no es raro que el concepto del valor de la fuerza de trabajo no se concentre en la capacidad del trabajador de satisfacer sus necesidades socialmente determinadas, sino sobre el costo de un insumo productivo para el capital. Las implicancias son importantes: una vez que se trata el valor de la fuerza de trabajo como el costo para el capital de este particular instrumento de producción con voz, parece desarrollarse una lógica particular. Si por ejemplo, la jornada laboral se prolongara más allá de su duración normal, habrá en esta especial máquina una *depreciación acelerada*: “el valor de la fuerza de trabajo se acrecienta porque lo hace su desgaste; se acrecienta con la mayor duración de su funcionamiento” (Marx, 1983a: 665-5). El incremento de la jornada laboral conduce a “el agotamiento prematuro” de este insumo; y el resultado es que:

Será necesario un reemplazo más rápido de las fuerzas desgastadas y por ende será mayor la suma exigida para cubrir los costos de desgaste en la reproducción de la fuerza de trabajo, del mismo modo que es tanto mayor la parte a reproducir del valor de una máquina cuanto más rápidamente ésta se desgaste. (Marx, 1983a: 320).

Esta es una perspectiva donde no hay lugar para la parte de los trabajadores y su lucha por satisfacer sus necesidades. Esa sugerencia de que una jornada laboral aumentada conduce a un aumento en el valor de la fuerza de trabajo contradice directamente la opinión misma de Marx en *Valor, Precio y Ganancia* que “las respectivas fuerzas de los contendientes” determina si los salarios se reducen y la jornada laboral se prolonga. En lugar de esa relación inversa entre salarios y la jornada laboral (que se desprende de la lucha de clases), *El capital* postula aquí una relación *directa*. Aunque este argumento podría tener sentido para un economista neoclásico que relacione los salarios con la cantidad de trabajo realizado, parece totalmente fuera de lugar para Marx; sin embargo, es totalmente coherente con la comparación de los obreros con instrumentos de producción inanimados.<sup>53</sup>

Entonces, ¿en qué se diferencia este concepto de la economía política que criticaba el joven Marx (la posición de que “los salarios de los obreros tienen exactamente la misma importancia que el mantenimiento y el servicio de cualquier otro instrumento productivo”)? Respondemos: ¡no difieren; es el mismo concepto, la visión unilateral del capital! En *El capital* Marx señaló que el “consumo individual del trabajador” “sigue siendo un elemento de la producción y reproducción del capital (...) exactamente al igual que lo que ocurre con la limpieza de la maquinaria.” Por cierto, “desde el punto de vista social,” continuó Marx (con ese típico lenguaje de la economía política), la clase obrera “es un accesorio del capital a igual título que el instrumento inanimado de trabajo” (Marx, 1983a: 706).

---

<sup>53</sup> Para el resto del capítulo supondremos explícitamente constante a la jornada laboral.

Dado que desgraciadamente esta hermosa máquina de trabajar no sólo se deprecia sino que tiene una vida limitada, se deduce que el mantenimiento de su valor de uso incluye gastos para compensar su diario desgaste por el uso y también para aquellos “medios de subsistencias necesarios para los sustitutos del trabajador, esto es, sus hijos” (Marx, 1983a: 209). “El hombre, como la máquina, se desgastará, y debe ser reemplazado por otro hombre.” En consecuencia, debe haber suficientes elementos necesarios “para criar determinado número de hijos llamados a reemplazarlo en el mercado de trabajo y a perpetuar la raza obrera” (Marx, 1987: 108-9).

La similitud entre la posición de Marx (con su concentración en la necesidad de un número determinado de hijos) y la de la economía política clásica es puesta en evidencia por su propia cita textual de Robert Torrens, cuya definición del valor de la fuerza de trabajo (“precio natural” del trabajo) incluía los elementos necesarios que permitirían al trabajador “criar una familia que asegure en el mercado una oferta de trabajo no disminuida.” La única crítica de Marx hacia Torrens era que usaba erróneamente el término “trabajo” en lugar de “fuerza de trabajo” (Marx, 1983a: 209). Como señala Rowthorn, la noción de Marx (como la de la economía política) en este caso era claramente de “inspiración demográfica” (Rowthorn, 1980: 206).

*En ningún lugar es más evidente la sujeción de Marx a las premisas de la economía política que en su tratamiento de la relación entre el valor de la fuerza de trabajo y la teoría de la población.*<sup>54</sup> La idea de que hay un precio natural del trabajo que permite que el capital tenga la fuerza de trabajo que necesita recorre toda la economía política clásica, y el énfasis de Marx sobre la necesidad de “perpetuar la raza obrera” demuestra que en este lugar aún no había roto completamente con la economía política.

Estudiemos la relación entre un precio variable de la fuerza de trabajo y un valor constante de la misma. Para la economía política clásica, la relación entre el precio de mercado y el precio natural del trabajo como mercancía era perfectamente igual al de las otras mercancías. Si para algunos productos del capital el precio de mercado excede lo que podríamos llamar (con imprecisión) “valor”, entonces una mayor tasa de ganancia en tales sectores estimulará una afluencia de capital y generará por lo tanto un consiguiente aumento de oferta de modo que los precios vuelvan a estar de acuerdo con los “valores”. En resumen, a través de los cambios de oferta, la tendencia del “valor” (valor natural o precio natural) es a ser el promedio a largo plazo alrededor del cual giran las fluctuaciones fortuitas de los precios de mercado; es una “ley” en relación a la contingencia.

En la visión clásica de los trabajadores, se aplicaba el mismo mecanismo: si subía el precio de la fuerza de trabajo, (debido a un aumento en la demanda de trabajo), entonces un salario que excediera la subsistencia conduciría a un aumento en la oferta de fuerza de trabajo vía crecimiento de la población; la tendencia resultante sería volver al precio de la fuerza de trabajo al nivel del valor de dicha fuerza (la subsistencia). De este modo, ese valor (precio natural del trabajo) era el salario que mantendría una población trabajadora constante para el capital. Por supuesto esto es tan familiar como la teoría clásica (maltusiana) de la población: el precio de la fuerza de trabajo se ajusta a su valor por medio de los cambios en la oferta.

Marx comprendía como los clásicos que los precios de mercado son determinados por la oferta y la demanda y que el precio de la fuerza de trabajo es determinado en el mercado. Su capítulo sobre “La ley general de la acumulación capitalista” describe cómo suben los salarios cuando crece la demanda de trabajadores; cómo en relación a la tasa de acumulación, “la tasa de salarios es la variable dependiente, no la independiente” (Marx, 1983a: 769). En forma similar, comprendía que los “el nivel relativamente alto

---

<sup>54</sup> Típicamente, Kenneth Lapidés (2002: 261, 261n) cita la frase “sujeción a las premisas de la economía política” y otra, “sumisión al concepto del capital” (usada en el Capítulo 7 en relación al concepto de riqueza), de la primera edición de este libro como evidencia de que cuestiono la noción de Marx sobre la “necesidad histórica” de los sindicatos. Aunque a veces puede ser difícil para los periodistas reconocer las distorsiones involucradas en tomar citas fuera de contexto (siendo este ejemplo sólo uno de muchos) debería ser obvio desde el último capítulo que la afirmación de Lapidés es absurda.

de los salarios” en los Estados Unidos eran el resultado de la oferta y demanda de trabajadores (Marx, 1987: 136; Marx, 1983a: 961).

También en forma coincidente con los clásicos, Marx reconocía la relación entre salarios más altos y un crecimiento en la población: “La era de prosperidad había favorecido los matrimonios entre obreros y disminuido la proporción en que se diezma su descendencia.” El efecto era el mismo “que si hubiese aumentado el número de los obreros efectivamente en funciones” (Marx, 1983c: 327). Donde Marx rompió con los teóricos clásicos, fue sobre la *eficacia* de los aumentos de población para el capital. Argumentó que el capital no podría *conformarse* con el aumento natural de la población: “para poder desenvolverse libremente, requiere un ejército industrial de reserva *que no dependa de esa barrera natural*” (Marx, 1983a: 790). De este modo Marx criticó el principio de que los aumentos de salarios generarán una “multiplicación más rápida” de la población y en consecuencia provocarán una reducción de salarios a su nivel normal, principalmente porque el período de gestación para la producción de este particular insumo: “la población realmente apta para trabajar”, es *demasiado largo*. El capital no puede ni podrá esperar para una población excedente absoluta.<sup>55</sup> En consecuencia, el capital la sustituye por un insumo productivo *diferente*, la maquinaria, y en consecuencia produce desempleo: una población excedente *relativa* que baja los salarios debido a la competencia incrementada entre los trabajadores. De este modo, “los movimientos *generales* del salario están regulados exclusivamente por la *expansión y contracción del ejército industrial de reserva*” (Marx, 1983a: 793).

En consecuencia, en el escenario que ofrecía Marx en lugar del énfasis clásico sobre los movimientos de la población, la respuesta a salarios en alza, era el aumento en la composición técnica del capital (es decir, el uso de maquinaria, libera obreros y empuja tan bajo como se necesite al precio de la fuerza de trabajo. Esta es “la gran belleza de la producción capitalista”:

De esta suerte se mantiene en sus debidos carriles la ley de la oferta y la demanda de trabajo, la oscilación de los salarios queda confinada dentro de límites adecuados a la explotación capitalista y, finalmente, se afianza la tan imprescindible dependencia social del trabajador respecto del capitalista. (Marx, 1983a: 960-61).

Esta es una teoría mejor, pero todavía desde la parte del capital. El énfasis de Marx sobre el papel de la maquinaria para restaurar el precio de la fuerza de trabajo a su nivel acostumbrado queda totalmente dentro de los límites de la economía política clásica (especialmente Ricardo). Los cambios en la oferta continúan ajustando el precio al valor, con la diferencia de que la población excedente es relativa en lugar de absoluta.

Es significativo, también, que esta modificación no condujo a Marx a rechazar la formulación del valor de la fuerza de trabajo como incluyendo la provisión del relevo generacional de la fuerza de trabajo *porque el capital necesita* ese “determinado número de hijos” para futuros reclutamientos.<sup>56</sup>

Con el supuesto dado de salarios reales y productividad fijos, a pesar de la introducción de la maquinaria, no cambian ni los valores de las mercancías ni el valor de la fuerza de trabajo; todo lo que podemos hablar aquí, en consecuencia, es de una oscilación de los precios alrededor de los valores.

### **XVIII. *Patrón de necesidades constante y productividad variable***

---

<sup>55</sup> Marx (1983a: 793-95) también criticó a los economistas por confundir la “oscilación local del mercado de trabajo” para capitales particulares con las correspondientes a la clase obrera de conjunto y el “capital global social”.

<sup>56</sup> Para una posterior discusión del valor de la fuerza de trabajo, ver Capítulo 7, sección IIA.

Volvamos al caso básico que Marx examina en *El capital*. Suponiendo el patrón de necesidades constantes, pudo concentrarse en el efecto de los incrementos en la productividad sobre el valor de la fuerza de trabajo y el plusvalor. Su descripción del plusvalor relativo y del ímpetu del capital por revolucionar el proceso de producción gira alrededor de la tendencia a bajar del valor de la fuerza de trabajo gracias a los incrementos en la productividad. Sin embargo, ¿es tan plausible esa historia?

Los incrementos en la productividad en la producción de mercancías significan que baja la cantidad de trabajo social necesario para producir al trabajador medio (es decir, el valor de esa canasta salarial dada). En resumen, la sociedad ahora compra esa cantidad definida de los medios de subsistencia con menos trabajo; los trabajadores necesitan menos dinero (el representante de ese trabajo social) para comprar ese conjunto de artículos de primera necesidad. A igualdad de condiciones, ¿no significa esto que los trabajadores disponen de más dinero? A menos que podamos demostrar que este incremento en la productividad significa que el salario dinerario de los obreros *también* ha caído, ¿no podemos deducir que los trabajadores son los beneficiarios inmediatos de este incremento en la productividad?

Después de todo, el intercambio de fuerza de trabajo por medios de subsistencia tiene dos momentos totalmente separados y distintos: el intercambio de fuerza de trabajo por dinero ( $F_t - D$ ) y el intercambio de dinero por artículos de consumo ( $D - A_c$ ). Podemos suponer que la fuerza de trabajo se vende a su valor (el trabajador recibe el equivalente en dinero del valor de esa cantidad definida de medios de subsistencia), o sea que el precio de la fuerza de trabajo es igual a su valor. Ahora, con el incremento en la productividad ( $q$ ), el valor de ese paquete de medios de subsistencia ha caído, suponiendo el patrón de necesidades ( $U$ ) constante, el trabajo necesario ( $t$ ) y su forma valor, el valor de la fuerza de trabajo, caen. “Aunque el precio de la fuerza de trabajo se mantendría inalterado,” afirma Marx (1983a: 635), “habría aumentado por encima de su valor.” Entonces, ¿porqué no son los trabajadores, en lugar de los capitalistas, los beneficiarios de los incrementos de productividad? Suponer que la cantidad menor de dinero necesario para conseguir una cantidad definida de medios de subsistencia se traduce en una cantidad menor del dinero que reciben los trabajadores por la venta de su fuerza de trabajo es suponer lo que debe ser demostrado.

En resumen, ¿es posible construir un escenario en el que el valor de la fuerza de trabajo baja de acuerdo con el incremento de productividad en la producción de medios de subsistencia, o sea, donde los trabajadores no se benefician? (Aquí abstraemos explícitamente el efecto de la maquinaria sobre el mercado laboral señalado en la sección previa, a los efectos de considerar solamente la parte de la productividad incrementada). Estas son las condiciones del problema: incrementos de productividad (que puede suponerse que vienen de la nada), un patrón fijo de necesidades, valor decreciente de la fuerza de trabajo y plusvalor relativo creciente. Éste es el desafío de Marx, “*¡Hic Rhodus! ¡Hic salta!*”

A primera vista, dos escenarios parecen satisfacer las condiciones enunciadas. Dado el supuesto central de que el patrón de necesidades es constante, la premisa de estos escenarios es que los trabajadores o bien no compran más medios de subsistencia o bien cualquier gasto adicional es casual y no altera sus concepciones de las necesidades normales. En ambos casos, para que los salarios monetarios bajen de acuerdo con los valores de medios de subsistencia, se necesita un cambio en el mercado laboral.

En el primer escenario, en la medida en que un valor menor de artículos de consumo no conduce a ningún consumo adicional por los trabajadores, entonces el efecto de elevar el ingreso real para los trabajadores será el crecimiento de sus ahorros. (En lugar de ahorros para toda la vida (*¿Life-cycle savings?*), estos fondos serían apartados para permitir a los obreros abandonar la situación de asalariados). Sin embargo, como señaló Marx, los ahorros de los trabajadores perjudicarían a la producción (o sea, a la demanda) de estos medios de subsistencia y “de este modo también a la cantidad y volumen de los intercambios que ellos (los obreros) podrían hacer con el capital, en consecuencia a los trabajadores entre sí.” En resumen, la incapacidad de los capitalistas de realizar el plusvalor debido al menor gasto en artículos de consumo por parte de los trabajadores provocaría a una menor producción, menor demanda de trabajo, creciente desempleo, y un menor precio de la fuerza de trabajo:

Si todos ellos ahorraran, no tardaría en producirse un descenso general de los salarios, para colocar de nuevo las cosas en su punto, pues este ahorro haría ver al capitalista que los salarios abonados eran demasiado elevados, es decir, que estaban recibiendo por su mercancía, por el derecho a disponer de su trabajo, más de su equivalente (Marx, 1985a: 173).

En este escenario, pues, el precio de la fuerza de trabajo cae al nivel adecuado porque antes que gastar lo que ganan, la restricción sobre los gastos de consumo significa que los trabajadores ganan lo que gastan. La caída en el valor de los medios de subsistencia conduce a una caída en el precio de la fuerza de trabajo, y en consecuencia, a un salario real constante.

Sin embargo, Marx habría sido el primero en apuntar que este no es un escenario muy realista. Los trabajadores gastan lo que ganan. Dadas sus necesidades insatisfechas, cuando su ingreso crece, compran más de medios de subsistencia y satisfacen necesidades previamente no realizadas: “si los medios de subsistencia fueran más baratos, o los salarios dinerarios más altos, los trabajadores comprarían más” (Marx, 1981b: 289-90). Si ocurre esto, este primer escenario no funcionaría.

En un segundo escenario, la combinación de necesidades constantes de mercancías y menores necesidades monetarias da lugar a trabajadores que pueden casarse más temprano y mantener familias más numerosas. En esta situación, la población creciente daría lugar a un precio decreciente de la fuerza de trabajo (hasta el momento en que la caída en los salarios monetarios equivalga a la caída en los valores de los medios de subsistencia). Este es un escenario familiar: la teoría de la población según la economía política clásica, y ya hemos visto que Marx rechazó el argumento de la eficacia del crecimiento de la población en la reducción el precio de la fuerza de trabajo.

Estos dos escenarios basados en incrementos de la productividad combinado con un patrón de necesidades constante por definición, no se sostienen. Sin embargo esto permite un escenario alternativo en el que la lucha de clases impone un determinado patrón de necesidades; por ejemplo, con la baja en el valor de las mercancías salariales, lo que provocaría un excedente en el presupuesto de los trabajadores, los capitalistas tratarían de bajar los salarios dinerarios para apropiarse el beneficio en forma de plusvalor. Sin embargo, una vez que permitimos que la lucha de clases determine el conjunto de medios de subsistencia incluidos en el consumo del obrero, implícitamente estamos tratando a ese conjunto como variable (lo que significa que un patrón constante es sólo un resultado entre varios posibles).

### **XIX. *Patrón de necesidades variable y productividad constante.***

Con estas condiciones, podemos concentrarnos en las luchas sobre la distribución de una determinada producción.<sup>57</sup> Con una productividad constante, un aumento en el patrón de necesidades, a igualdad de condiciones, significa un aumento en el trabajo necesario y así una reducción en el plus trabajo. En forma análoga, el capital puede tratar de bajar los salarios reales para aumentar el plusvalor; es un juego de suma cero. En resumen, el centro de esta sección es la lucha de clases en el mercado laboral.

Como hemos visto al principio de este capítulo, los precios de las mercancías salariales o de la fuerza de trabajo puede oscilar como el resultado de cambios en la oferta y la demanda sin que esto en sí produzca un cambio en el patrón de necesidades. Bajo estas condiciones, a pesar de cambios en los salarios monetarios, el trabajo necesario y el valor de la fuerza de trabajo permanecen inalterados. De esta manera, si el precio de la fuerza de trabajo excede su valor, significa que los trabajadores están recibiendo más que el equivalente de su trabajo necesario; aunque aún obligados a trabajar más que lo necesario (con

---

<sup>57</sup> Donde la jornada laboral no se supone determinada y fija, no se podría afirmar que con productividad constante el nivel del producto estaría determinado.

referencia a una cantidad definida de medios de subsistencia), el trabajador “se apropia una parte de su plus-trabajo” (Marx, 1985a: 426). Aquí el trabajador “gana en disfrute de la vida, lo que el capitalista pierde en la tasa de apropiación de trabajo de otra persona”:

Un aumento en los salarios por sobre la media normal es, por parte de los obreros, una participación, una apropiación de una parte de su propio plus-trabajo (en forma similar suponiendo que la fuerza productiva del trabajo permanece constante) (Marx, 1988: 235).

Con estos salarios más altos, los trabajadores reciben “en la forma de medios de pago” una porción de su “propio plusproducto”. Como resultado, “pueden ampliar el círculo de sus disfrutes, dotar mejor su fondo de consumo de vestimenta, mobiliario, etc., y formar un pequeño fondo de reserva en dinero (Marx, 1983a: 767). Tales ocasiones son para el trabajador una oportunidad para ampliar “el horizonte de sus disfrutes”:

Que el obrero participe de goces más elevados, de orden espiritual, de que se agite en pro de sus propios intereses, compre periódicos, asista a conferencias, se preocupe de la educación de sus hijos, desarrolle sus gustos, etc., es decir que participe de la civilización, que es lo que lo diferencia del esclavo, está subordinada al hecho de que pueda ampliar el horizonte de sus disfrutes en los períodos de prosperidad... (Marx, 1985a: 173).

No obstante, el corolario implícito es que cuando los negocios van “mal”, el precio de la fuerza de trabajo caerá y la esfera del placer del trabajador se estrechará; un estrechamiento muy importante si el precio de la fuerza de trabajo está oscilando alrededor de un valor constante de la misma.

Ya hemos notado que “como consecuencia de la demanda y oferta del trabajo,” el patrón de necesidades y de este modo el trabajo necesario *puede* diferir (Marx, 1985b: 719). Pero los cambios en los salarios de mercado, ¿cómo alteran al patrón de necesidades (y así en el valor de la fuerza de trabajo)? Ya conocemos la respuesta: *¡el patrón de necesidades esenciales necesita ajustes!* Si el precio de la fuerza de trabajo está debajo de su valor por un tiempo considerable, el patrón de necesidades acostumbrado tenderá a contraerse. Engels (1881b: 104) había apuntado que sin sindicatos “la gente de trabajo se va acostumbrando gradualmente a un nivel de vida más y más bajo.” El mismo proceso ocurre cuando los salarios más altos permiten a los trabajadores satisfacer una cantidad mayor de sus necesidades socialmente desarrolladas:

A causa del salario creciente, en efecto crecerá la demanda de los obreros por medios de subsistencia necesarios. En menor grado aumentará su demanda de artículos suntuarios, o se creará una demanda por artículos que antes no figuraban en el dominio de su consumo (Marx, 1983b: 416).

Como Marx (1990: 142-3) comentó, “el hombre se distingue de todos los demás animales por lo ilimitado y dilatable de sus necesidades.” Debido a que los seres humanos cambian su concepción de la necesidad, la fuerza de trabajo es una mercancía “*peculiar*”, que se distingue de todas las demás; su valor contiene lo que Marx describió como un “elemento histórico o social”:

Este elemento histórico o social, entrando en el valor del trabajo, puede expandirse o contraerse, o también extinguirse, de modo que no queda sino el *límite físico*.

En la medida en que los medios de subsistencia que habitualmente necesitan los trabajadores pueden cambiar, entonces no podemos decir con Marx que “el precio del trabajo *en el mercado* al igual que el de las demás mercancías, tiene que adaptarse con el transcurso del tiempo, a su *valor*” (Marx, 1987: 133). Esto sólo es correcto si suponemos el patrón de necesidades fijo, a semejanza de los coeficientes físicos de insumos de otras mercancías. Sin embargo, en la medida en que el volumen de las necesidades esenciales de los trabajadores son “es un producto histórico,” *el valor de la fuerza de trabajo tiene una tendencia a ajustarse a su precio, y no al revés* (Marx, 1983a: 208). De este modo, a la teoría clásica de la población no le queda ningún papel que jugar aquí; el mecanismo equilibrador del precio y el valor ha sido separado de su esquema de cambios en la oferta de trabajo; en su lugar, lo que cambia es “la cantidad determinada de medios de subsistencia”.

Pero en ese movimiento del precio de la fuerza de trabajo al valor no hay nada automático. Por ejemplo, el capital presionará para hacer que el aumento en el precio de dicha fuerza sea sólo temporal, mientras que los trabajadores luchan para hacer permanente su incrementada porción de civilización. La condición para un cambio en el conjunto de elementos necesarios para los trabajadores es un cambio en el equilibrio de fuerzas en el mercado laboral. Organizando sindicatos y “cooperación planificada entre los ocupados y los desocupados,” los trabajadores pueden reducir el grado de separación entre ellos e impedir que el desempleo impulse los salarios abajo (Marx, 1983a: 797). En resumen, la “respectivas fuerzas de los contendientes” es algo más que una cuestión de oferta y demanda (es decir, de relaciones cuantitativas); lo cualitativo de las relaciones sociales en el mercado laboral también es crucial. Como hemos visto en el último capítulo, el equilibrio de fuerzas en el mercado laboral puede ser afectado de diferentes maneras; por ejemplo por movimientos políticos para utilizar al Estado e imponer los intereses de una clase y por el reemplazo de los trabajadores por la maquinaria. En el corazón de los cambios en el patrón de necesidades está la lucha de clases.

Entonces, en lugar de ser determinado como el salario que mantiene una población laboral constante para el capital, el valor de la fuerza de trabajo es el resultado de las presiones contrapuestas por parte de capitalistas y obreros. En la lucha sobre la distribución, las respectivas fuerzas de los contendientes es clave para determinar qué patrón de necesidades para los trabajadores puede ser *defendido*. Por ejemplo, el crecimiento del monopolio en una economía puede conducir a que precios en alza afecten a los obreros y, a igualdad de condiciones, a una caída en los salarios reales. En el Tomo III de *El capital*, Marx señala que un precio de monopolio puede transferir simplemente ganancias de un capitalista a otro; es decir, puede generar meramente una “alteración local en la distribución de plusvalor entre las distintas esferas de producción”. Pero éste es solo un caso:

Si la mercancía con precio monopólico entrase en el consumo necesario del obrero, haría que aumentara el salario y con ello que disminuya el plusvalor, siempre y cuando al obrero se le pagara como hasta entonces el valor de su fuerza de trabajo. Podría deprimir el salario por debajo del valor de la fuerza de trabajo, pero esto sólo en la medida en que dicho salario estuviese por encima del límite de su mínimo físico. En tal caso el precio monopólico se pagaría por deducción del salario real (Marx, 1983a: 1094).

Entonces, hay *dos* posibilidades: o los obreros sufren el peso del monopolio si no pueden impedir la baja de sus salarios o logran desviar la carga del precio de monopolio a otros capitalistas gracias a un aumento de los salarios monetarios. Una vez que consideramos alterable al patrón de necesidades, el impacto final del monopolio depende de la lucha de clases.

Consideremos análogamente el caso de un aumento en impuestos sobre las mercancías que compran los trabajadores. En las notas de Marx sobre “Salarios” de sus conferencias de 1847, Marx señaló el aumento de los impuestos como un factor que “provoca el nivel realmente más bajo del salario mínimo”. El obrero, comentaba Marx, “es perjudicado por la introducción de cualquier nuevo impuesto en la medida

en que el mínimo no ha caído aún a su expresión más baja posible” (Marx, 1847b: 425). Por cierto, si suponemos que el patrón de necesidades determinado y fijo (ya sea que esté en su nivel más bajo posible o no), necesariamente aumentará el peso de cualquier incremento en los precios de los medios de subsistencia; pero en ausencia de esa suposición, la incidencia precisa de un precio de monopolio o crecimiento de impuestos depende de las respectivas fuerzas de los contendientes.

Aunque parece evidente, la relación entre la lucha de clases y el valor de la fuerza de trabajo fue velada por el tratamiento del segundo en *El capital*. Marx no intentaría eliminar el supuesto de un patrón fijo de necesidades sino en su libro sobre el Trabajo Asalariado. Como apuntó, “el nivel de las necesidades vitales mismas, cuyo valor total constituye el valor de la capacidad laboral puede ascender o descender,” y los análisis de variaciones en estas necesidades esenciales pertenecen a la teoría de los salarios (Marx, 1990: 142-43). El lugar central de la lucha de clases en la teoría salarial de Marx puede verse claramente en este caso, en el que el patrón de necesidades es tratado como alterable, mientras la productividad permanece constante.

¿Hay algún límite, entonces, a lo que puede lograr la lucha de clases por los obreros en el mercado laboral bajo estas circunstancias? Obviamente, el patrón de necesidades y el trabajo necesario no pueden continuar subiendo sin dar lugar a una menor acumulación de capital y de esta manera una menor demanda de fuerza de trabajo. Todo aumento en los salarios está “confinado, pues, dentro de límites que no sólo deja intactos los fundamentos del sistema capitalista, sino que además aseguran su reproducción del mismo en escala cada vez mayor” (Marx, 1983a: 770). Para Marx, el factor crítico en el capitalismo desarrollado que asegura que “la oscilación de los salarios está confinada dentro de límites adecuados a la explotación capitalista” es la sustitución de los obreros por las maquinarias (Marx, 1983a: 961).

## XX. *Patrón de necesidades variable y productividad variable*

En sus *Manuscritos Económicos*, Marx partió de las distintas opciones mucho más claramente que en *El capital*. Suponiendo un crecimiento de la productividad, apuntó que había tres casos posibles. En el primero, el trabajador “*recibe la misma cantidad* de valores de uso que antes. En este caso hay una caída en el *valor* de esta capacidad de trabajo o su *salario*. Pues ha habido una caída en el *valor* de esa cantidad, que ha permanecido constante.” Como sabemos, este es el caso supuesto en *El capital* para comprender la relación capital.

En el segundo caso, “aumenta la cantidad de los medios de subsistencia, y en consecuencia el *salario medio*, aunque no en la misma proporción que la productividad del trabajador.” De acuerdo a ello, en este caso caen el trabajo necesario y el valor de la fuerza de trabajo: “Aunque su *salario real* se ha elevado, (en relación al valor de uso), su *valor* y en consecuencia el salario relativo del obrero – la proporción en la que comparte con el capital el valor de su producto – ha caído.” Como veremos, este es un caso que es considerado como posibilidad en *El capital*.

“Finalmente el *tercer caso*,” donde la productividad (q) y el estándar de necesidad (U) suben al mismo ritmo:

El obrero continúa recibiendo el mismo *valor* – o la objetivación de la misma parte de la jornada laboral- que antes. En este caso, dado que la productividad del trabajo se ha incrementado, la cantidad de valores de uso que recibe, su *salario real*, se ha elevado, pero su *valor* ha permanecido constante, dado que continúa representando la misma cantidad de tiempo de trabajo realizado que antes. En este caso, sin embargo, el plusvalor también inalterado, no hay cambio en entre el salario y el plusvalor, en consecuencia la *proporción* [del plusvalor] *en el salario* continua inalterada. (Marx, 1994: 65-6).



En este caso “no habría *cambio* en el *plusvalor*, aunque éste representaría , como los salarios, una mayor cantidad de valores de uso que antes” (Marx, 1994: 66).

A este tercer caso en el que el capitalista y el trabajador pueden obtener más valores de uso sin ningún cambio en el plusvalor, en *El capital* se lo presenta como sigue:

Al duplicarse la productividad del trabajo, manteniéndose igual la división de la jornada laboral [la relación entre el trabajo necesario y el plusvalor], quedarán *inalterados* el precio de la fuerza de trabajo y el plusvalor. Sólo ha ocurrido que cada uno se representa en una cantidad doble de valores de uso, pero proporcionalmente abaratados (Marx, 1983: 635).

Entonces, si quitamos el supuesto de la invariabilidad en el patrón de necesidades surge la posibilidad de una historia totalmente diferente; un incremento en la productividad sin cambios en el plusvalor.

Como anteriormente en la Sección II, la productividad incrementada significa que el valor de las mercancías cae mientras se mantiene inalterado el dinero que recibe el obrero por la venta de su fuerza de trabajo. Donde la productividad se duplica, el valor de los medios de subsistencia cae a la mitad. De este modo, como antes, el precio de la fuerza de trabajo ahora se habría “elevado por encima de su valor”, y los obreros reciben una parte de su “propio plusproducto” en la forma de dinero (Marx, 1983a: 635, 770). Pero dado que aquí la canasta de consumo del obrero ya no es más invariable, ahora se duplica la cantidad de valores de uso que puede adquirir; y a medida que el obrero se acostumbra a la nueva canasta de consumo, el valor de la fuerza de trabajo tiende a adaptarse al precio de la fuerza de trabajo. *A igualdad de condiciones, los salarios reales crecen de acuerdo con los aumentos de productividad.*

En suma, el fundamento para el plusvalor relativo *no* es el crecimiento en la productividad. Si un aumento en la productividad social viniera de la nada, a igualdad de condiciones, los obreros, no el capital, serían los beneficiarios.<sup>58</sup> Tales aumentos de productividad en la producción de la canasta de consumo de los obreros significan simplemente que los trabajadores pueden conseguir valores de uso *adicionales*: un paquete mayor que incorpora la misma parte del trabajo social total. Este tema es fundamental: *si el equilibrio de fuerzas de las clases es tal que mantiene la tasa de explotación constante, entonces el efecto de los aumentos de productividad será un incremento en los salarios reales y no del plusvalor relativo.*<sup>59</sup>

¿Cómo afecta esto a la discusión de Marx sobre la generación de plusvalor relativo en *El capital*? *Vemos que una discusión únicamente basada en los incrementos en la productividad social, es insostenible.* Antes bien, es esencial comprender que el fundamento *real* para el plusvalor relativo debe ser localizada en el mercado de trabajo. Para que prevalezca cualquier otro resultado en lugar de este tercer caso, se necesita un cambio en el mercado laboral; que cause una baja en los salarios dinerarios. Solo un grado cada vez mayor de separación entre los obreros iniciado por la introducción de la maquinaria asegura que la productividad crecerá en relación al salario real. En el “régimen de competencia” que consideró Marx, la condición para que el salario real suba a la misma velocidad que la productividad es un salario dinerario (o precio de la fuerza de trabajo) constante; pero en la medida en que el desplazamiento de los obreros por la maquinaria intensifica la competencia entre ellos y viola esta condición, se genera

---

<sup>58</sup> Por supuesto, el capitalista (como el obrero) recibiría más valores de uso; pero no más valor.

<sup>59</sup> En un “régimen de competencia” donde los salarios dinerarios son constantes frente a precios dinerarios que bajan, el aumento de los salarios reales es un resultado obvio. Pero también se logra en un “régimen de monopolio” en el que los incrementos de productividad no generan precios más bajos: si suponemos que el equilibrio de fuerzas en el mercado laboral es dado e inalterable, entonces la relación del plus trabajo y el trabajo necesario sería constante y los salarios reales crecerían de acuerdo con la productividad gracias a los aumentos en los salarios reales que conquistan los obreros.

plusvalor relativo. Como Marx apuntó que “la gran belleza de la producción capitalista”: el desempleo generado por la introducción de maquinarias tiene la tendencia a mantener los salarios “confinados dentro de límites adecuados a la explotación capitalista” (Marx, 1983a: 961). Cuando crece la productividad, la condición necesaria y suficiente para la creación de plusvalor relativo es el debilitamiento de la fuerza relativa de los obreros.<sup>60</sup>

Pero como indica el segundo caso de Marx, la explotación creciente asociada con el plusvalor relativo no excluye en absoluto salarios reales crecientes. Aunque ha sido reconocida a menudo, la importancia de este aspecto de la teoría de los salarios de Marx ha sido velada debido a la autoridad del supuesto afirmado en *El capital* de que “en un país determinado y un período determinado, el monto medio de *los medios de subsistencia necesarios* está dado (Marx, 1983a: 208). Como hemos visto, la productividad creciente crea condiciones en la que los salarios reales pueden aumentar, y Marx era perfectamente consciente de esto:

La presencia y crecimiento del plusvalor relativo de ningún modo requiere como condición que la *situación vital* debería permanecer *inalterada*, es decir, que su salario medio debería siempre proveer el mismo volumen cuantitativa y cualitativamente determinado de medios de subsistencia, y no más... Por cierto, el plusvalor relativo bien podría elevarse permanentemente, y el *valor de la capacidad de trabajo*, y en consecuencia el valor de los salarios medios caer continuamente, aunque a pesar de esto los diversos de medios de subsistencia de los obreros y en consecuencia los disfrutes de su vida podrían expandirse continuamente” (Marx, 1988: 245).

Marx introduce esta misma posibilidad en su obra, donde, con la productividad duplicada, supone “una caída en el precio de la fuerza de trabajo” (por ejemplo, una sexta parte). “Este precio más bajo”, apunta, todavía representaría una cantidad incrementada de medios de subsistencia” (Marx, 1977: 659). En consecuencia, indica, “es posible dada una productividad creciente del trabajo, que el precio de la fuerza de trabajo caiga constantemente y por esta caída ser acompañada por un crecimiento constante de la masa de los medios de subsistencia del obrero” (Marx, 1977: 659).

En resumidas cuentas, es *posible* que los salarios reales crezcan mientras la tasa de explotación también crece. Es *posible* que los trabajadores puedan lograr una “cierta participación cuantitativa en el crecimiento general de la riqueza”, aunque sin embargo, “se ensancharía el abismo entre la situación vital del obrero y la del capitalista” (Marx, 1971: 312; 1983a: 635). Como comentó posteriormente, la productividad creciente del trabajo “va a la par de una tasa creciente de plusvalor, incluso cuando el salario real aumenta. El aumento de éste nunca está en proporción al de la productividad del trabajo” (Marx,

---

<sup>60</sup> Definamos X como el grado de separación entre los obreros. Dado el argumento de la tasa de explotación (s/t) está determinada por el equilibrio de fuerzas de clases, arriesguemos que cuanto más alto es el grado de separación, más bajo será el nivel de trabajo necesario:  $t=B/X$  (6.1),

Donde B es una constante. Entonces, con (1.1), podemos representar el salario real (U) con referencia a la productividad y el grado de separación:

$$U/q = B/X$$

$$U = Bq/X \quad (6.2)$$

En consecuencia, cuando la productividad es dada, los salarios reales están determinados sólo por las respectivas fuerzas de los contendientes, y se elevan con los aumentos de productividad si el grado de separación es constante. El plusvalor relativo surge si (y *solo* si) un crecimiento en X acompaña a un aumento en la productividad.

1983a: 748). Sin embargo, quedó inexplicado el *porqué* los salarios reales necesariamente van por detrás del crecimiento de la productividad.<sup>61</sup>

La coexistencia de salarios reales que aumentan y una tasa de explotación creciente, fue algo más que una posibilidad teórica. Por cierto, Marx halló que en los países donde el capitalismo estaba más desarrollado, frecuentemente, los salarios reales eran más altos pero *también* lo era la tasa de explotación:

Frecuentemente se hallará que el precio dinerario absoluto del trabajo puede estar más alto en una nación [con un modo de producción capitalista más avanzado] que en la otra, aunque el salario relativo, esto es, el salario comparado con el plusvalor producido por el obrero, o sea su producto total de valor, o el precio de los víveres, sea menor.

Curiosamente, Marx no da explicaciones sobre su observación acerca de las diferencias nacionales en los salarios, más que apuntar que la productividad del trabajo tiende a ser más alta “en proporción al desarrollo de la producción capitalista en un país (Marx, 1983a: 686). Sin embargo, la alta producción por sí misma no explica mucho: una tasa más alta de explotación sin diferencias en los salarios reales, por un extremo, y salarios reales más altos sin diferencias en la tasa de explotación, por el otro, son consistentes con la productividad más alta. Sin incorporar la lucha de clases en nuestro análisis, no podemos comprender el efecto de la productividad más alta. Presumiblemente la combinación de salarios reales más altos y explotación más alta surge porque donde el capitalismo está más avanzado, no solo la productividad sino también las formas de cooperación desarrolladas entre los trabajadores asalariados tienden a ser más altas.

## XXI. *El supuesto de Marx*

En la teoría de los salarios (o “la doctrina de los salarios del trabajo”), Marx intentó analizar las variaciones en “el nivel de las necesidades vitales cuyo valor total constituye el valor de la capacidad laboral” (Marx, 1990: 143). Aquí debió ser eliminado el supuesto de Marx sobre un conjunto fijo de elementos necesarios. El propósito de este capítulo ha sido eliminar ese supuesto crucial, y hacerlo en el contexto del entendimiento de que los trabajadores tienen sus propios fines y participan en una lucha constante contra el capital para satisfacer su propia necesidad de crecimiento.

Como hemos visto, el lugar de la lucha de clases en la determinación del valor de la fuerza de trabajo gira alrededor de la institución de un patrón de necesidades específico. Dependiendo del equilibrio de fuerzas de clase, ese “elemento histórico o social, que entra en el valor del trabajo, puede ser expandido o contraído, o también extinguido.”<sup>62</sup> Este punto es crucial para reconocer. Una vez que se reconoce que ese patrón de necesidades varía con “las fuerzas respectivas de los contendientes,” entonces pierden su fundamento muchas inferencias sobre el valor de la fuerza de trabajo y el plusvalor, basadas en el supuesto de un conjunto definido de elementos esenciales (tales como el efecto de los cambios en la productividad, precios de monopolio, impuestos, etc.).

---

<sup>61</sup> Aunque la afirmación de Marx sobre los salarios reales crecientes quedando a la zaga de los incrementos de productividad es consistente con la sugerencia de que el plusvalor relativo acompaña la creciente productividad en la medida en que la maquinaria que permite esta última también desplaza obreros, su argumento aquí parece estar teñido por sus raíces en el supuesto de *El capital* de que los incrementos en productividad *en sí mismos* disminuyen el trabajo necesario: “la creciente productividad del trabajo es acompañada por un abaratamiento del trabajador, como hemos visto,...” (Marx, 1977: 753).

<sup>62</sup> Habiendo considerado este principio general, en el Capítulo 8 se explorarán las implicancias para distintos trabajadores.

Consideremos también las implicancias para el modelo de la economía marxiana. Si los obreros gastan lo que ganan, definir el valor de la fuerza de trabajo como igual al valor de “los elementos esenciales de la vida” es una tautología. Si con el supuesto de que el patrón de necesidades es “determinado” y fijo, la relación de causa a efecto es desde el valor de esas necesidades imprescindibles dadas hacia el valor de la fuerza de trabajo. En consecuencia sólo hay que adoptar la hipótesis más simple y representar el valor de la fuerza de trabajo (y los trabajadores) *sólo* por el trabajo necesario para producir ese conjunto fijo de elementos esenciales (por supuesto, nos quedamos con la producción de cosas por cosas). Habiendo invertido la relación causa - efecto en el caso de esta peculiar mercancía, el resultado se presenta como una premisa. Con la eliminación del supuesto de Marx, sus modelos y argumentos basados en las características técnicas de la producción de ese conjunto determinado de elementos esenciales quedan sin sustento.<sup>63</sup>

Pero el problema no sólo es que no se ha comprendido la importancia del supuesto de Marx con respecto a las inferencias analíticas. Hay otro más: *El supuesto de Marx no era neutral*. Dejando de lado los cambios en la “cantidad definida” de los medios de subsistencia hasta que fueran tratados en la teoría de los salarios, él pudo concentrarse en la tendencia intrínseca del capital a reducir el trabajo necesario y revolucionar los medios de producción. Y congelando el conjunto de valores de uso en el paquete de consumo de los obreros al comienzo, pudo demostrar la naturaleza del capital “sin confundir todo”; pudo mostrar que el capital crece expandiendo el trabajo no pagado y acumulando sus resultados (Marx, 1985a: 219).

A pesar de todo, en tanto en que postulaba los salarios reales constantes cuando la productividad crece (es decir, que los salarios monetarios caen en la misma relación que los precios dinerarios), *El capital* daba por sentado que “las fuerzas respectivas de los contendientes” cambian para lograr que a los trabajadores se les impida compartir los frutos del aumento de la productividad.<sup>64</sup> Analíticamente, el efecto es el mismo que si se supusiera que los obreros siempre deben recibir sólo el conjunto mínimo fisiológico de elementos esenciales (similar a lo que se necesita para el mantenimiento y servicio de una pieza de maquinaria). *Congelando el patrón de necesidades frente a la productividad creciente, Marx congeló la parte del trabajador en la lucha de clases*.

Si en su lugar hubiera supuesto que la tasa de plusvalor era dada y fijada (permitiéndole en consecuencia concentrarse sobre los factores puramente objetivos y técnicos y dejar de lado las cuestiones de organización y subjetividad de clase), la implicancia hubiera sido totalmente diferente: se mostraría a los incrementos de productividad produciendo salarios reales crecientes. Estos incrementos serían considerados en función del interés de los trabajadores; creando el potencial para que los trabajadores satisfagan un mayor volumen de sus necesidades socialmente generadas, y ganando más tiempo y energía para sí mismos. La cooperación y asociación del trabajo que produce una productividad social creciente serían consideradas como algo consistente con “las necesidades de desarrollo del trabajador” (Marx, 1983a: 771).

Cuando recordamos que considera a los obreros desde la perspectiva del capital y no como sujetos para sí, el silencio de *El capital* en dicha cuestión no nos sorprende. Pero ¿qué podemos decir de una teoría del salario en la que el efecto de la lucha de clases obrera es sumergido por el supuesto de una “cantidad fijada de medios de subsistencia”? Recordemos el comentario de E. P. Thompson (en Capítulo 2) de que *El*

---

<sup>63</sup> En particular, puede verse que pierden su fundamento todos los doctorales comentarios sobre los errores en la transformación lógica de Marx desde la esfera de los valores hacia la esfera de los precios *en la medida en que reducen el valor de la fuerza de trabajo al valor de un conjunto fijado de elementos esenciales*.

<sup>64</sup> De (6.2) podemos ver que la condición necesaria para el supuesto de Marx es que X crezca en la misma relación que la productividad.

*Capital* es “un estudio de la lógica del capital, no del capitalismo” y que Marx fue llevado a una *trampa* armada por la economía política clásica, o más precisamente, que “había sido absorbido por un remolino teórico” (Thompson, 1978: 65, 59). Comprender la premisa de Marx como parte de la unilateralidad de *El capital* es crucial. Sin la determinación del patrón de necesidades por la lucha de clases, Marx fue desviado de su centro en los trabajadores como seres humanos hacia la dirección de explicaciones naturalistas y funcionalistas. Como los economistas políticos que había criticado en su juventud, “pudo afirmar que el proletario, como cualquier caballo, debe recibir lo suficiente como para poder trabajar” (Marx 2004c, 55). Este es un aspecto de la unilateralidad de los conceptos de *El capital* y de un marxismo unilateral que no va más allá de *El capital*: un tema que será considerado en el próximo capítulo.

Más allá de *El Capital* – Michael Lebowitz

Trad.: Francisco T. Sobrino

*Capítulo 7. El marxismo unilateral.*

Hay que considerar algunos de los fenómenos  
Que se producen cuando se han aislado mutuamente  
el Ser y la Nada, y se ha puesto a uno fuera de  
la esfera del otro, de manera que con esto se halla  
negado el traspasar [del uno en el otro].

(Hegel (1968: 122).

Marx escribió algo más que *El capital*. Sin embargo, en tanto en que este libro es considerado la cima de su obra teórica, su obra restante es considerada en general de menor importancia –aunque se sabe que Marx no terminó ni *El capital* ni las otras obras que había imaginado en su Economía. Si se estudia *El capital* como una obra aislada, surgen problemas serios. Ya dijimos en el Capítulo 5, que el resto de su obra sugiere que Marx conservaba su primera concepción del capitalismo de conjunto, que abarcaba las partes del capital y el trabajo asalariado y sus interacciones. Pero el hecho de que *El Capital* no investigue la última parte, y sus interacciones, ha significado que el marxismo que se apoya acríticamente sobre él se contamina de su unilateralidad.

XXII. *Tendencias unilaterales*

¿Qué es lo que constituye esta parcialidad? Sin la investigación del lado del trabajo asalariado para sí, *El capital* es un proyecto epistemológico incompleto. Entonces, ¿cómo puede presentar las tendencias del capitalismo como una totalidad? Si desarrolla sólo un lado de la totalidad, sólo encontramos las tendencias del capital pero no las del trabajo asalariado, solo el impulso del capital a incrementar la tasa de plusvalor y no el impulso del trabajo asalariado a reducirla. Sin el obrero que presiona en el sentido contrario al capital, las tendencias presentadas en el libro son necesariamente unilaterales.

De esto se desprenden muchas conclusiones. Al no examinar la parte de las luchas obreras por dar forma al curso del desarrollo del capitalismo, las tendencias del capital son consideradas como leyes objetivas, técnicas, inherentes en su propia esencia. Cuando las luchas obreras no son consideradas como un elemento esencial en el capitalismo de conjunto, no es de extrañar que las composiciones orgánicas del capital inexorablemente crecientes y una tasa de ganancias decreciente atraigan más la atención. En lugar de la centralidad de la lucha de clases, sólo vemos como se desarrollan las fuerzas productivas hasta que no den más.

Y si *El capital* no se concentra sobre esa lucha de los trabajadores para satisfacer sus necesidades de desarrollo, ¿qué es lo que impulsa al capital hacia adelante? El silencio en cuanto a la oposición por parte del trabajo asalariado ha sido teóricamente sustituido por la oposición entre los capitales individuales para explicar el desarrollo de las fuerzas productivas en el capitalismo. A diferencia de la preocupación de Marx por desarrollar la introducción de la maquinaria “a partir de la relación con el trabajo vivo, sin referencia a otros capitales,” lo que prevalece es la atención sobre cómo la competencia conduce a los capitalistas individuales a innovar (Marx, 1973: 776.7). De este modo, una explicación fenoménica y exterior, similar a la que Marx rechazó en (y después de) los *Grundrisse* desplaza una exposición interna basada en la oposición del capital y el trabajo asalariado; se ha perdido la medida en que las luchas obreras imponían al capital la necesidad permanente de revolucionar los instrumentos de producción.<sup>65</sup>

---

<sup>65</sup> Harry Cleaver (1986) identifica perfectamente el problema cuando critica la perspectiva en la que la “fuerza dominante... es la competencia entre capitalistas. En este marco, los trabajadores aparecen como factores externos capaces de resistir la lógica del

En forma similar, la centralización del capital, esa “expropiación de muchos capitalistas por unos pocos” que es el preludio a la expropiación de los expropiadores, es vista como el resultado de las leyes immanentes del capital mismo (Marx, 1977: 929). Antes que surgir de la oposición del capital y el trabajo asalariado, la centralización aparece como el resultado de la lucha del capital contra el capital en la batalla de la competencia (Marx, 1977: 777).<sup>66</sup> La base del dinamismo y también de la senilidad del capital sólo es ubicada en éste.

Todo esto es un aspecto de la unilateralidad en las tendencias presentadas en *El capital*. Pero sería un error pensar que la parcialidad de *El capital* se limita a la ausencia de una de las partes del capitalismo de conjunto. Hay algo más que no comprender al trabajador asalariado en el capitalismo; tampoco comprendemos totalmente al *capital* en él. Solo con la consumación de la totalidad se revelan nuevos aspectos del capital. Sólo cuando tenemos al capital que enfrenta a obreros que están luchando por sus objetivos, obreros que son más que meros insumos técnicos a ser presionados para que trabajen más o en forma más barata. En este aspecto, *El Capital* no presenta una “mitad” de la totalidad; antes bien, es simplemente un *momento* en el desarrollo de la totalidad. *Sólo cuando tenemos una totalidad consumada podemos comprender adecuadamente las diferencias en la unidad.*

Si no se reconocen explícitamente los objetivos de los trabajadores y sus luchas por hacerlos realidad, ¿cómo podemos considerar esas acciones del capital que son llevadas a cabo para dividir al trabajo asalariado contra sí, para derrotarlo? Recordemos la discusión en el capítulo 5. Allí vimos que asociándose, los trabajadores pueden conseguir los frutos de su cooperación en la actividad productiva. Sin embargo, el capital se apropia del grueso de los beneficios de la producción social, y lo hace reproduciendo una separación y división en las relaciones sociales entre los trabajadores. *La capacidad de dividir y separar a los trabajadores para poder derrotarlos es una condición necesaria para la existencia del capital.* Más que una característica fortuita o accidental, esta es una tendencia interna del capital. En el capitalismo de conjunto, la totalidad bilateral, el capital no busca simplemente hacer realidad su propio objetivo, la valorización; también debe tratar de impedir la realización de los objetivos del trabajo asalariado. En resumen, el capital debe derrotar a los trabajadores; debe negar su negación para poder constituirse.

Cuando los obreros no pueden ser considerados como “instrumentos sin vida del trabajo” (Marx, 1977: 719) sino que tienen sus propios objetivos, entonces se comprenderá cómo las tendencias del capital están impregnadas por la necesidad de dividir a los trabajadores. Como hemos visto en el capítulo 6, una vez que se relaja el supuesto de un patrón de necesidades fijo, la historia convencional del impulso del capital hacia el plusvalor relativo colapsa. En vez de desprenderse de la productividad incrementada, la condición necesaria para un menor trabajo necesario es el debilitamiento del poder relativo de los trabajadores. Puesto que el supuesto de un patrón de las necesidades fijo es que el capital es el beneficiario de todos los incrementos de productividad, parece natural que el capital tenga interés en incrementar la productividad y los trabajadores ninguno. Sin embargo, ¿Qué *impide* a los trabajadores apropiarse de todos los beneficios de la productividad incrementada? Eliminemos ese supuesto y veremos que el capital necesita un aumento en el nivel de separación entre los obreros. La implicancia es importante.

No entender la tendencia interna del capital a separar a los obreros conduce considerar “neutrales” y de carácter abstracto a la tecnología y las fuerzas productivas, en vez de verlas como una encarnación de las relaciones capitalistas de producción. Cuando comprendemos este lado del capital, no sólo veremos lógico que los capitalistas constantemente busquen modos de incrementar el nivel de separación de los obreros ni sean indiferentes a la influencia de cualquier innovación sobre la capacidad de los obreros a asociarse. Si una innovación particular fuera a reducir la distancia social entre los trabajadores (es decir facilitar la creación de coaliciones), no sería consistente con los objetivos del capital sino con los de los trabajadores.

Cuando comprendemos que el nivel de separación entre los obreros es una variable crítica, un aumento de ese nivel y de la competencia entre los obreros forma parte de la tendencia centrífuga inherente en las ganancias para el capital. La tendencia del capital no puede ser vista simplemente como produciendo permanentemente una escala creciente de la planta productiva (y como consecuencia no planeada la centralización, unión y organización de la clase obrera). El impulso del capital hacia el plusvalor puede conducir a alteraciones particulares en el modo de

---

capital, y en principio hasta de derrocarlo, pero sus luchas son a posteriori y solo tienen el efecto de derribar barreras al desarrollo autopropulsado del capital.”

<sup>66</sup> Para una discusión más amplia de la centralización que tampoco ubica adecuadamente al sujeto en el contexto de la oposición del capital y el trabajo asalariado, ver Lebowitz (1985b).

producción que *disminuyen* la productividad como tal, en la medida en que sean eficaces para crear divisiones entre los obreros. Por cierto, gran parte de la globalización capitalista puede ser impulsada por el deseo en debilitar a los obreros, por un intento en *descentralizar*, *desunir* y *desorganizarlos*.

En resumidas cuentas, una innovación se puede introducir si impide en forma suficiente la capacidad de los trabajadores en lograr sus objetivos, si los divide y separa, aún cuando sea técnicamente menos eficiente. Antes que, por ejemplo, depender de “la diferencia entre el trabajo que cuesta una máquina y el que ahorra, en otras palabras, el grado de productividad que posee la máquina”, la introducción de una máquina (o, en verdad, cualquier alteración en el modo de producción) puede tener como propósito *inmediato* derrotar a los trabajadores en su intento de hacer realidad sus propios objetivos (Marx, 1977: 513). Las máquinas, como comentó Marx (1977: 562-3) “permitieron a los capitalistas pisotear las crecientes demandas de los trabajadores.” Ellas abastecen al capital “con armas contra la revuelta de la clase obrera.”<sup>67</sup>

Precisamente porque el objetivo del capital no es el desarrollo de las fuerzas productivas por sí mismo sino la valorización, el carácter de los instrumentos de producción y de la organización del proceso de la producción capitalista en cualquier punto dado expresa el propósito del capital en el contexto de la lucha de clases bilateral. En resumen, a menos que la conducta del capital se la considere en el contexto del trabajo asalariado para sí en lugar de en sí, se tiende a pensar de acuerdo a la concepción típica del economismo, o sea en términos del desarrollo autónomo de las fuerzas productivas y la neutralidad de la tecnología.

Por supuesto, la misma conclusión debe hacerse por el lado del trabajo asalariado. Reconocer la tendencia inmanente del capital a separar los trabajadores es fundamental. Esto significa que las divisiones entre los trabajadores deben ser comprendidas como algo más que presupuestos históricos accidentales. Pueden haber pre-existido al capitalismo, pero se han desarrollado y tomado nuevas formas en esa totalidad. Las divisiones entre los trabajadores son producidas y reproducidas como una condición de la existencia del capital.<sup>68</sup>

De este modo, ver simplemente al trabajo asalariado para sí y sus luchas por alcanzar sus metas *inmediatas* (salarios más altos, jornada laboral más corta, etc.), no es situarlo adecuadamente en el interior de la totalidad, como trabajo asalariado en relación al capital. La lucha necesaria de los obreros para disolver las diferencias entre ellos (por constituirse como Uno) y dividir al capital contra sí mismo —es decir, la lucha del trabajo asalariado para derrotar al capital, negar su negación para poder constituirse— sería ocultada. Esto también es economismo.

Una vez que constituimos el capitalismo de conjunto como una totalidad cuya esencia es la lucha de clases, identificamos como una opinión unilateral y economicista no investigar esos objetivos y prácticas del capital y el trabajo asalariado que surgen de su recíproca interacción. Como hemos visto, el fracaso de *El capital* en completar esa totalidad facilita la aceptación del economicismo y de las leyes determinísticas y objetivas. Las tendencias unilaterales son un producto natural de los significativos conceptos unilaterales que aparecen en *El capital*.

### XXIII. *Conceptos unilaterales*

En el centro del concepto del valor de la fuerza de trabajo está la reproducción del trabajo asalariado, que “sigue siendo una condición necesaria para la reproducción del capital” (Marx, 1977: 718). ¿Qué le cuesta al capital conseguir el trabajo que necesita, ahora y en el futuro? Como vimos en el capítulo 6, Marx respondió que el valor de la fuerza de trabajo es el valor de los artículos de primera necesidad “requeridos para producir, desarrollar, mantener y perpetuar la fuerza laboral” (Marx, 1865b: 130). Pero, ¿qué significa esto? En particular, ¿qué significa “perpetuar la fuerza laboral”?

Marx cuenta en su obra dos historias diferentes; ambas desde la perspectiva del capital. Una de esas historias, como señalamos en el capítulo 6, se basa en los textos de la economía política clásica y es reforzada por el supuesto de Marx de que una “cantidad definida de medios de subsistencia” subyace en el valor de la fuerza de

---

<sup>67</sup> Con comentarios como éste, Marx demuestra que era claramente consciente de el lado de los trabajadores luchando por sí mismos y la respuesta del capital. Sin embargo, ausente el desarrollo de una lógica sistemática para el lado de los trabajadores que se *apoye* en estas observaciones dispersas, pasajes como éste se encuentran en *El capital* suspendidos en el vacío; más aún, otros elementos que pertenecen a esa misma estructura lógica aparecen o bien aislados e indiferentes o quedan ocultos.

<sup>68</sup> Esta cuestión la investigaremos luego en el capítulo 8.



trabajo. En la historia clásica, la creciente demanda de trabajo por parte del capital conduce a salarios más altos, incrementando la oferta laboral y un salario regresando a su tasa natural una vez que se ha llegado al nivel de mano de obra deseado.

A pesar de su descripción de la teoría de la población de Malthus como una “*sátira sobre la raza humana*” en la propia discusión de Marx aparecen alusiones a los trabajadores como sujetos naturales que si se les da un poco extra para su vianda (**feed-bag**), satisfacen las futuras necesidades del capital (Marx, 1865a: 27). Su afirmación de que se necesita “una cierta cantidad de hijos” para reemplazar a los trabajadores actuales, su argumento de que el valor de la fuerza de trabajo debe incluir el valor de los medios de subsistencia “necesarios para los reemplazos del trabajador, es decir sus hijos, a los efectos de que esta raza de peculiares propietarios de mercancías pueda perpetuar su presencia en el mercado,” y su deducción de que una jornada laboral aumentada requiere un aumento en el valor de la fuerza de trabajo “porque las fuerzas consumidas tienen que ser reemplazadas más rápidamente”; todas estas posiciones reflejan una perspectiva naturalista y apreciación demográfica (Marx, 1865b: 129; 1977: 275, 377). Para producir para el capital una cantidad definida de trabajo se requiere una cantidad definida de medios de subsistencia.

En este sentido, perpetuar la fuerza de trabajo significa conseguir que los trabajadores reciban salarios lo suficientemente altos para mantener el stock existente de trabajadores, suficiente “para reproducir los músculos, nervios, huesos y cerebros de los trabajadores existentes, y traer nuevos obreros a la existencia” (Marx, 1977: 717). Por esto, si los salarios caen por debajo del valor de la fuerza de trabajo, se reducirá el número de obreros disponibles para el capital en el presente y el futuro; un argumento convincente si el valor de la fuerza de trabajo se basa en “los medios de subsistencia físicamente indispensables” (Marx, 1977: 277). La reproducción del trabajo asalariado vista desde esta perspectiva gira alrededor de asegurar que el capital no estropee su propio nido, que su apetito por plus trabajo no de lugar a “la futura degradación y despoblación final de la raza humana” y por esta vía a la no reproducción del capital (Marx, 1977: 381).

Aunque sin duda alguna esta historia está presente en *El capital*, no coincide mucho con otros aspectos del libro. Por ejemplo, ¿porqué necesita el capital una cantidad definida de trabajo, si la composición técnica del capital está creciendo? En la medida en que la sustitución del trabajo por la maquinaria puede reducir la necesidad de trabajadores por parte del capital, se debilita el argumento central de un límite descendente para el salario; en consecuencia, la relación entre la reproducción del capital y la del trabajo asalariado se vuelve bastante elástica.

Más importante como una crítica inmanente, sin embargo, es la presencia de la segunda historia en el mismo libro, vinculando el valor de la fuerza de trabajo a la reproducción del trabajo asalariado. Y su enfoque es considerablemente diferente. Consideremos la importancia del capítulo final del tomo I de *El capital*, “La moderna teoría de la colonización”. A diferencia de la historia clásica, el argumento de Marx aquí era que “perpetuar la fuerza de trabajo” significa ¡conseguir que los trabajadores reciban salarios *suficientemente bajos* para mantener el stock existente de obreros! En la situación normal en el capitalismo, el obrero no puede ahorrar para sustraerse a la situación de asalariado. Sus ingresos le suministran el equivalente de los medios de subsistencia que necesita, y su “constante aniquilación de los medios de subsistencia, los obliga a la “continua reaparición en el mercado laboral” (Marx, 1977: 716, 719). Pero en las colonias del “nuevo mundo”, ocurría algo totalmente diferente: los asalariados *escapaban*: “el asalariado de hoy es el campesino o artesano independiente de mañana, trabajando para sí mismo” (Marx, 1977: 936).

¿Qué estaba sucediendo exactamente? En los *Grundrisse*, Marx (1973: 579) describió el proceso como uno en el que “el trabajador se apropia de una parte de su plus trabajo” y de este modo podía acumular lo suficiente para sustraerse de su relación con el capital. En forma similar, en los *Manuscritos económicos de 1861-63*, indicó que en las colonias, “el trabajador recibe más que lo necesario para la reproducción de su capacidad de trabajo y muy pronto se convierte en un granjero independiente, etc., la relación no se reproduce constantemente” (Marx, 1988a: 116). En resumen, los salarios estaban por encima del valor de la fuerza de trabajo, y en lugar de ajustarse a la última, los trabajadores en las colonias ahorran. El resultado fue la tendencia a la *no-reproducción* del trabajo asalariado. En esta situación, comentaba, el asalariado “pierde, junto a la relación de dependencia, el sentimiento de dependencia respecto del abstemio capitalista” (Marx, 1977: 936).

Por ello en la segunda historia de Marx, antes que la reproducción de un número definido de personas, lo que está en cuestión es la reproducción de una relación social. No es decisivo si el trabajador recibe más o menos salarios sino que “el trabajador continúe resultando simplemente capacidad de trabajo”; es decir, que “el trabajador siempre deja el proceso en el mismo estado en que entró a él”; como alguien que depende del capital (Marx, 1988: 116; 1977: 716). En este sentido, salvo el maná del cielo (que permite la reproducción del ser humano pero no del

asalariado), nada puede ser peor para el capital que los salarios de los obreros elevándose más rápidamente que las necesidades de éstos: la situación en las colonias. Parece que el capital *no siempre puede* “dejar sin peligro” el mantenimiento y reproducción del trabajo asalariado “a las iniciativas de los obreros para la auto-preservación y propagación” (Marx, 1977: 718).

En el curso normal de las cosas, el capital camina ambas veredas de la calle para impedir tal situación. Por una, sustituye los trabajadores por maquinaria y en consecuencia presiona hacia abajo los salarios. Recordemos que esta es “la gran belleza de la producción capitalista”: la producción de una plus población relativa de asalariados mantiene los salarios dentro de sus límites adecuados y asegura que “la dependencia social del trabajador respecto del capitalista, que es indispensable, se asegure” (Marx, 1977: 935). Por la otra vereda, sin embargo, el capital genera constantemente nuevas necesidades a los trabajadores. Como hemos visto en el capítulo 3, no solo esto es intrínseco en naturaleza alienante de la producción capitalista, sino, en su esfuerzo por realizar el plusvalor, el capital intenta crear nuevas necesidades para el obrero, siempre busca colocar al obrero “en una nueva dependencia.” Hemos señalado que cada nueva necesidad es un nuevo eslabón en la cadena que sujeta los obreros al capital, otro “hilo invisible” más que los mantiene aprisionados (Marx, 1977: 719). Identificando la necesidad del capital por la reproducción de los trabajadores como asalariados, comprendemos cuán absolutamente crucial era el comentario de Marx de que la creación de nuevas necesidades para los obreros es el lado de la relación del capital y el trabajo asalariado “sobre el que descansa no sólo la justificación histórica, sino el poder contemporáneo del capital” (Marx, 1973: 287).

Aunque este segundo concepto de la reproducción del asalariado, a diferencia del resto clásico, va muy más allá de la demografía para enfocarse sobre la cuestión de que cómo se reproduce la dependencia social, su problema sigue siendo el problema de cómo puede el capital tener el trabajo que necesita. Pero pensemos el valor de la fuerza de trabajo desde el lado del trabajador. Como indicamos en el capítulo 3, en un país y un período dados, el obrero tiene un conjunto de necesidades socialmente generadas: las exigencias de “seres humanos socialmente desarrollados.” En tanto en que estas necesidades, bajo las circunstancias existentes, son necesidades de mercancías y no son totalmente satisfechas, el trabajador por consiguiente lucha por elevar el nivel salarial. Para el obrero, el valor de la fuerza de trabajo es tanto los medios de satisfacer necesidades normalmente realizadas y la barrera para satisfacer más; es decir, es simultáneamente afirmación y negación.

De este modo, desde cada lado de la relación capital/trabajo asalariado, al valor de la fuerza de trabajo se lo ve diferente. Así como para el capital es el costo de un insumo para el proceso capitalista de producción, para los obreros es el costo de los insumos para su propio proceso de producción. Dos diferentes momentos de la producción; dos diferentes objetivos; dos diferentes perspectivas sobre el valor de la fuerza de trabajo: mientras que para el capital el valor de la fuerza de trabajo es un medio de satisfacer su objetivo de plusvalor (C-VFT-C), para el asalariado, es el medio de satisfacer el objetivo de auto-desarrollo (TA-VFT-TA).

Entre estos dos procesos de producción, también hay una diferencia esencial, velada por la clásica simetría de las cosas y las personas, que convierten a “los hombres en sombreros” (Marx, 1847a: 125). Se ha olvidado la “peculiaridad” de la fuerza de trabajo como una mercancía. Hemos visto la clásica sugerencia de que los salarios crecientes conducen a un aumento de la población, un aumento en la cantidad, muy similar a todo producto del capital. Sin embargo, nadie sugeriría jamás que cuando sube el precio de los sombreros, éstos serían producidos con mejor *calidad*. A diferencia del capital (que responde a los precios más altos produciendo más), el asalariado consigue sus objetivos cuando el precio de su mercancía se eleva satisfaciendo más de sus necesidades sociales existentes; y de esta manera, produciéndose a sí mismo *mejor*. La centralidad de la calidad desde el lado del trabajador, se ha perdido mediante el concepto unilateral del valor de la fuerza de trabajo en *El capital*.

Consideremos el caso de una declinación del precio de la fuerza de trabajo, por debajo de su valor. Por definición, no pueden conseguirse todas las necesidades esenciales; los insumos que previa y acostumbradamente entraban en la producción del trabajador se han reducido. ¿Con qué resultado? En tal caso, cae la *calidad* del producto de este segundo momento de producción. En su límite, la tendencia será la de la “brutalización”: “degradar” al trabajador “al nivel del irlandés, el nivel del trabajo asalariado, donde el mínimo más animal de necesidades y subsistencia le aparece como el único objeto y propósito de su intercambio con el capital” (Marx, 1973: 285-7). El elemento histórico o social en el valor de la fuerza de trabajo en este caso “se extingue.” Marx sugirió que ningún animal es tan capaz como el hombre “de restringir sus necesidades hasta el mismo grado increíble y reducir las condiciones de su vida al mínimo absoluto” (Marx, 1977: 1068).

En este caso de salarios declinantes, la producción *sigue siendo* un proceso de reproducción del asalariado como tal, pero es uno en el que el elemento histórico o social en el valor de la fuerza de trabajo “se contrae”. En resumen, este es un proceso de *reproducción contraída*, en el que declina el habitual patrón de necesidades.

Por el contrario, como hemos visto, cuando el precio de la fuerza de trabajo excede su valor, es precisamente el momento en que el trabajador amplía “el horizonte de sus disfrutes”:

Que el obrero participe de goces más elevados, de orden espiritual, de que se agite en pro de sus propios intereses, compre periódicos, asista a conferencias, se preocupe de la educación de sus hijos, desarrolle sus gustos, etc., es decir que participe de la civilización, que es lo que lo diferencia del esclavo, está subordinada al hecho de que pueda ampliar el horizonte de sus disfrutes en los períodos de prosperidad... (Marx, 1985a: 173).

El dinero adicional a disposición del obrero es un medio de realizar más necesidades sociales; permite la producción del trabajador como un ser humano alterado, más rico en *cualidad*, para quien más necesidades históricas y sociales son “puestas como *necesarias*.” En este caso, “se amplía” el elemento histórico o social en el valor de la fuerza de trabajo. En su límite, hay:

El cultivo de todas las cualidades del ser humano social, la producción del mismo de una forma tan rica como sea posible en necesidades, porque es rico en cualidades y relaciones; la producción de este ser como el producto social más total y universal posible... (Marx, 1973: 409).

Cuando los trabajadores pueden satisfacer más de sus necesidades sociales, hay una *reproducción ampliada* del trabajo asalariado.

Finalmente, podemos ver que el supuesto en *El capital* de que las necesidades esenciales son constantes representa la *reproducción simple* del asalariado; nuevamente, la cualidad del asalariado producido es central; en este caso, el trabajador que asegura que la cantidad definida de medios de subsistencia se supone capaz de producirlo “en su estado normal como individuo trabajador” (Marx, 1977: 275). Sin embargo, ya sea que consideremos la reproducción contraída, ampliada o simple, en caso lo que se reproduce es un individuo trabajador que es un asalariado, que aniquila los medios de subsistencia en ese proceso de producción y así debe reaparecer en el mercado laboral. Así, todavía estamos describiendo la “perpetuación” de los asalariados como tales; “la condición absolutamente necesaria para la producción capitalista” (Marx, 1977: 716). Aún no llegamos al punto en el que podemos considerar porqué el trabajador sigue siendo dependiente del capital, porqué la reproducción de esta relación social ocurre desde la perspectiva del trabajador.

No obstante, considerando el lado del trabajador, la reproducción de éste puede investigarse por sí misma, antes que sólo apuntada como una condición para la reproducción del capital. Surgen preguntas totalmente diferentes. Por ejemplo, es obvio que desde el lado del trabajador, la reproducción no está en absoluto limitada a los requisitos mercantiles. Para el capital, todo lo que importa es que el capital debe *pagar* por su insumo productivo; por ello, solo cuentan los requisitos de la mercancía de los trabajadores, es decir, solo aquellas necesidades para las que el trabajador necesita dinero. Esta estrecha concepción de los requisitos para la reproducción del asalariado se desprende naturalmente de la consideración en *El capital* del valor de la fuerza de trabajo desde la perspectiva del capital y no desde la del trabajo asalariado, o sea, como el costo de un insumo para el capital. Pero como sabe todo trabajador, se necesita mucho más que la capacidad de comprar mercancías para la reproducción del trabajo asalariado; una cuestión que será investigada más adelante en este capítulo y en el capítulo 8.

Sin embargo, aún permaneciendo por el momento en el reino de las mercancías, al considerar la reproducción desde el lado del trabajador se apunta a una diferencia importante. Aunque suspendida por el supuesto de una cantidad definida de medios de subsistencia, la reproducción ampliada es el objetivo del trabajador, tal como lo es para el capital. La lucha entre capitalista y obrero, en resumen, puede vérsela como una lucha bilateral sobre la reproducción ampliada.<sup>69</sup> Pero hay una asimetría fundamental. Lo que el capitalista quiere es el crecimiento del valor

---

<sup>69</sup> Hay un sentido en el que puede verse la reproducción ampliada como implicando algo más que una lucha entre el capitalista y el obrero, donde la relación capitalista se expande en relación a otras relaciones productivas. En este caso es adecuado ver la reproducción ampliada de los asalariados en un sentido cuantitativo; sin embargo, es importante distinguir entre lo que sucede

(en verdad, el crecimiento del plusvalor); lo que quiere el obrero, por el otro lado, es el crecimiento del valor de uso. Como vimos en el capítulo 6, con una productividad constante, este es un juego de suma-cero. Sin embargo, las dos reproducciones ampliadas son compatibles si crece la productividad; por consiguiente, al afán capitalista por desarrollar las fuerzas productivas debería vérselo a la luz de la lucha de los obreros por la reproducción ampliada.

### B. Riqueza

La asimetría presente en los dos lados de la reproducción ampliada refleja una diferencia esencial en el concepto de *la riqueza*. Todos sabemos que la riqueza es para el capital. Es valor, plusvalor, plusvalor acumulado, en su forma general como dinero y en su forma particular como medios de producción, los productos objetivados de los trabajadores. ¿Podemos decir que para los obreros, la riqueza es valor de uso?

Ciertamente, Marx se refirió repetidamente a los valores de uso como riqueza, describiéndolos, por ejemplo, como “*la sustancia de la riqueza*” (Marx, 1973: 349). En particular, cuando identifica la *f fuente* de la riqueza, tenía el cuidado de recalcar que la riqueza no era simplemente el resultado del trabajo. Insistía que “*la naturaleza*” es tanto la fuente de valores de uso (¡y seguramente consiste en tal riqueza material!), como el trabajo, que en sí es sólo la manifestación de una fuerza de la naturaleza, la fuerza de trabajo humana” (Marx, 1875: 18). En este sentido, Marx siguió la dirección de William Petty: “Como dice William Petty, el trabajo es el padre de la riqueza material, la tierra su madre” (Marx, 1977: 134).<sup>70</sup> Por ello, Marx cuando se refiere a “los dos creadores primarios de la riqueza, la fuerza de trabajo y la tierra” iguala claramente los valores de uso con la riqueza material (Marx, 1977: 752, 638).

Obviamente, los dos conceptos de riqueza pueden coincidir: en tanto en que como valores de uso son productos del capital y toman la forma de mercancías, son los portadores de riqueza para el capital. Pero también obviamente pueden *no* coincidir. La producción de mercancías fuera de las relaciones capitalistas y por cierto, de *no*-mercancías es la producción de riqueza desde el punto de vista del obrero en la medida en que esos valores de uso entren en la producción y reproducción del trabajador.<sup>71</sup> Más aún, esa riqueza no está limitada al consumo de los resultados de la actividad humana; incluye “todo tipo de consumo que de una u otra manera produce seres humanos en algún aspecto particular” (Marx, 1973: 90-1).

En este sentido, la identificación de la naturaleza por Marx como una fuente de riqueza es crucial para identificar un concepto de riqueza que va más allá de la perspectiva del capital. En tanto en que la naturaleza es crucial para la producción y reproducción de los obreros, Marx recalcó que era esencial para preservar y de hecho *mejorar* esta base de la riqueza humana. “Desde el punto de vista de una formación socio-económica superior,” sugería Marx, la propiedad privada de partes de la tierra aparecería absurda:

Aún una sociedad entera, una nación, o todas las sociedades existentes tomadas juntas simultáneamente, no son los propietarios de la tierra. Son simplemente sus poseedores, sus beneficiarios, y tienen que dejarla en un estado mejorado a las siguientes generaciones, como *boni patres familias* (Marx, 1981b: 911).

Pero en sí la identificación de la riqueza y los valores de uso es insuficiente. El concepto marxiano de la riqueza para los obreros no gira simplemente alrededor de la acumulación de valores de uso, tal que crece cuantitativamente con cada valor de uso adicional conseguido por los trabajadores. Más bien, cada valor de uso es solo “un momento de la riqueza a través de su relación con una necesidad particular a la que satisface” (1973: 218).

---

dentro de la relación capitalista de conjunto y la distribución de la población trabajadora en diferentes relaciones productivas. Cf Marx (1977: 790-2).

<sup>70</sup> Aquí la referencia de Marx al trabajo que produce valores de uso es como “trabajo concreto útil”, en oposición al trabajo abstracto representado por el valor (Marx, 1977: 137).

<sup>71</sup> “De hecho es sólo en la producción capitalista cuya superficie presenta a la mercancía como la forma elemental de la riqueza” (Marx, 1988: 69).

Y esa necesidad no es de un ser humano abstracto sino de un ser humano particular producido en el seno de la sociedad:

El hambre es el hambre, pero el hambre gratificada por carne cocinada comida con un cuchillo y tenedor es un hambre diferente de la que traga carne cruda con ayuda de la mano, uñas y dientes... El objeto de arte, como cualquier otro producto, crea un público que es sensible al arte y goza de la belleza (Marx, 1973: 92).

En resumen, la riqueza es inseparable de los seres humanos y sus cualidades en un país y época dados.

Consideremos el concepto de la reproducción ampliada del trabajador. Imaginando un ser humano rico, “tan rico como fuera posible en necesidades, porque es rico en cualidades y relaciones”, Marx (1973: 409-10) regresó en los *Grundrisse* a una concepción de la riqueza humana ya presente en 1844:

Se verá como en lugar de la *riqueza y pobreza* de la economía política viene el *ser humano rico* y la *necesidad humana* rica. El ser humano *rico* es simultáneamente el ser humano *necesitado* de una totalidad de manifestaciones humanas de vida; el hombre en quien su propia realización existe como una necesidad interna, como *necesidad* (Marx, 1844c: 304).

Una vez que nos centramos sobre el lado del obrero antes que sobre el del capital, aparece este concepto alternativo de la riqueza; en el que “visto *materialmente*, la riqueza sólo consiste en la múltiple variedad de necesidades” (Marx, 1973: 527). Se deduce entonces que cuanto mayor es la extensión en la que las necesidades históricas y sociales “son puestas como *necesarias*, más alto será el nivel al que la riqueza real se ha vuelto desarrollada” (Marx, 1973: 527). Por ello, mientras la concepción de la riqueza por la economía política ha velado este énfasis alternativo sobre el crecimiento de la riqueza como crecimiento de las necesidades, como el “*desarrollo de las fuerzas productivas humanas*,” como el “más rico desarrollo de los individuos,” no es difícil comprender la alternativa de Marx (Marx, 1973: 540-1, 708). Como cuando preguntaba:

De hecho, sin embargo, cuando es despojada la limitada forma burguesa, ¿qué es la riqueza sino la universalidad de las necesidades, capacidades, goces, fuerzas productivas, etc., individuales, creadas a través del intercambio universal? (Marx, 1973: 488).

En el corazón de la comprensión marxiana de la riqueza real está su concepto del “ser humano rico”; es el foco en un ser humano que ha desarrollado sus capacidades y habilidades hasta el punto donde puede “tomar gratificación de una manera multilateral”; “el hombre *rico profundamente dotado con todos los sentidos*” (Marx, 1844c: 302). Por ello, veamos el lado del obrero, y veremos que la perspectiva de Marx (como la más reciente adelantada por Amartya Sen), enfatiza las capacidades y habilidades humanas que “constituyen las libertades personales; las oportunidades reales, para tener bienestar” (Sen, 1992: 40). Es un énfasis sobre lo que Lucien Sève (1978: 312) definió como “capacidades”: “el conjunto de ‘capacidades reales’, innatas o adquiridas, para llevar a cabo cualquier acto, sea cual sea su nivel.”<sup>72</sup>

Para Marx, lo característico del capital es que tiende a fomentar el desarrollo de la riqueza real de los obreros; que en su “lucha incesante” por crecer, el capital “crea los elementos materiales para el desarrollo de la individualidad rica que es multilateral en su producción y en su consumo” (Marx, 1973: 325). Pero el capital lo hace de una manera contradictoria, que impide el libre y completo desarrollo del potencial humano, el desarrollo en todos sus aspectos del individuo. Por ello, mientras el crecimiento de la riqueza humana es el “desarrollo absoluto de sus potencialidades creativas,” el “desarrollo completo del contenido humano”, el “desarrollo de todos los poderes

---

<sup>72</sup> La posición de Paul Burkett concuerda estrechamente a la de este libro. En Burkett (2001: 352), él comenta que “Dada la orientación del valor de uso del trabajo, esto significa que los asalariados deben buscar más allá del circuito del capital, para por así decir realizarse en términos humano-desarrollistas... En la medida en que el trabajo va más allá del trabajo asalariado en sus prácticas humanas desarrollistas autónomas, mi concepción de clase no es estática. Antes bien, se amplía hasta abarcar todas las formas de actividad humana que promueven el desarrollo humano como un fin en sí...” Ver también Burkett (1999).

humanos como tales el fin en si mismo”, no puede ser realizado en el seno del capitalismo (Marx, 1973: 488, 541, 708).

A diferencia de la concepción capitalista de la riqueza, entonces tenemos un rico concepto de riqueza humana, un concepto de la reproducción ampliada que Marx describe como “la producción de *capital fijo*, siendo este capital fijo el hombre mismo” (Marx, 1973: 712). Aunque se refería a “la propia necesidad de desarrollo del trabajador”, en *El capital* no encontraremos esta concepción de la riqueza real. ¿Y porqué deberíamos hallarla? Después de todo, ese no era el objetivo del libro. Lo que hizo Marx en el mismo fue identificar y analizar la naturaleza de la riqueza *capitalista*. Reveló que la riqueza desde el punto de vista del capital (y así del de la economía política del capital) era el resultado de la explotación del asalariado. Sin embargo, el consiguiente fracaso de los discípulos de Marx en articular la concepción *alternativa* de la riqueza es equivalente a la sumisión al concepto del capital. La ausencia de un concepto de clase alternativo de la riqueza permite la conclusión de que la misma surge sólo del y mediante el capital. *Permitir el dominio indisputado del concepto unilateral de riqueza equivale al abandono de la lucha teórica.*

### C. Trabajo Productivo

Esto nos trae al último de los conceptos unilaterales que consideraremos: el “trabajo productivo”. Los conceptos de trabajo productivo (y su opuesto, el trabajo improductivo) han sido el tema de infinitas (y singularmente improductivas) discusiones entre marxistas. Frente a ellos, sin embargo, parecería haber pocos menos probables candidatos a discutir, al menos con respecto a la propia perspectiva de Marx sobre la cuestión, que era simple y consistente.

Después de todo, ¿qué hizo Marx? En el curso de su crítica de la economía política, sometió a una crítica al concepto de trabajo productivo, que era parte del bagaje teórico de la economía política clásica. Y la esencia de esa crítica era demostrar que en el centro de este concepto confuso y discutido en la economía política había un concepto muy simple: *el trabajo productivo es el trabajo que produce plusvalor.*

Con esta concepción (en esencia, el concepto de la producción de plusvalor), Marx pudo desembrollar las distintas confusiones sobre mercancías físicas versus servicios, actividad en circulación versus producción del capital, necesidades versus lujos, producción en el seno de relaciones capitalistas versus idénticas actividades fuera de dichas relaciones, etcétera. En resumen, el concepto con el que la economía política había estado lidiando (y del que había esporádicos atisbos, así como los había sobre el concepto de plusvalor), se reveló ser el del trabajo que produce capital, que produce la riqueza capitalista.

Todo esto es sabido, y no necesitamos ocupar más espacio para demostrarlo.<sup>73</sup> Luego, la cuestión que debe encararse necesariamente es: ¿Porqué toda esa discusión entre marxistas? En parte debe admitirse que los marxistas no son intrínsecamente inmunes a una amplia incapacidad para leer y comprender. ¿Cómo explicarse sino, los esporádicos brotes del fetichismo de las mercancías físicas, que Marx criticaba tan elocuentemente? Sin embargo, hay algo más crucial subyaciendo a las disputas: la creencia de que la definición del trabajo productivo hecha por Marx es *errónea e inadecuada.*

Precisamente debido a que distintos escritores han considerado inadecuado al concepto del trabajo productivo tal como fue formulado, han tratado de alterar o reinterpretarlo para que sea más funcional en el contexto de las actuales luchas. ¿Cuál es nuestra idea del concepto del trabajo productivo en el contexto de la actividad estatal (una esfera que se ha ampliado significativamente desde la época de Marx)? ¿El trabajo hogareño debe ser rescatado de la invisibilidad teórica, sólo para ser traducido como “improductivo” (lo que independientemente de su sentido, siempre parece algo menos digno)? En todo esto hay el saludable intento de hacer que la teoría corresponda al “movimiento real”; sin embargo, el eclecticismo implícito en tales esfuerzos siempre es vulnerable al dicho fundamentalista: “Es no es lo que dijo Marx” (lo cual es ciertamente verdad).

A esta altura de la discusión, sugerir la inadecuación en el concepto de Marx del trabajo productivo no es probable que sorprenda. Pero nuestro argumento no es que la crítica que hace Marx del concepto del trabajo productivo sea deficiente. Él tenía razón en su deducción de la esencia de dicho concepto en la economía política

---

<sup>73</sup> La idea de que el trabajo utilizado simplemente para cambiar la forma de valor (por ejemplo, de la forma mercancía a la forma dinero) no crea valor agregado y por ello es auto-evidente que es “improductivo” por definición.

clásica, y en su comprensión de la centralidad del trabajo productivo para el capital. En cambio, nuestro argumento es que como en el caso del valor de la fuerza de trabajo, la reproducción y la riqueza, el concepto del trabajo productivo es *unilateral*. Lo que presenciamos es *el trabajo productivo para el capital*, trabajo que sirve la necesidad y el objetivo del capital: la valorización.

Sin embargo, el reconocimiento de que el capitalismo de conjunto contiene un *segundo* deber ser, las “necesidades de desarrollo del trabajador”, apunta a un concepto aparte y diferente: *el trabajo productivo para el trabajador*, definido como el trabajo que produce valores de uso para el obrero. En todos los eclécticos arreglos y críticas fundamentalistas en el pantano que conocemos como el debate sobre el trabajo productivo, subyace la incapacidad en comprender este segundo concepto (que está velado y latente en la obra de Marx).

Como el trabajo productivo para el capital, el concepto del trabajo productivo para el obrero (que corresponde al concepto de Ian Gough del trabajo “reproductivo”) tiene un sesgo de clase concreto. Por ejemplo, excluye los “lujos” (no-“básicos”) que no entran en la producción de los obreros. En este sentido no debe ser confundido con el concepto del trabajo productivo *en general* (aunque en una sociedad de productores asociados, coincide con este último). De este modo, el trabajo productivo para el obrero es consistente con lo que E. K. Hunt (siguiendo a Paul Baran) ha definido como trabajo que “cumple una necesidad humana real que sería importante cumplir aún después del triunfo de un régimen socialista” (Gough, 1979: Hunt, 1979: 324).

No haber podido articular este concepto del trabajo que produce riqueza para los trabajadores y distinguirlo del que lo hace para el capital tiene su costo. No solo hay confusión en las discusiones sobre el trabajo productivo; también hay la tendencia a perder de vista del contenido específico de clase en el concepto de trabajo productivo introducido en *El capital*. Por esto, es un aspecto importante de la unilateralidad de las categorías de *El capital* el grado en que han sido immortalizados “el trabajo productivo” y “el sector productivo” en formas materiales particulares tradicionalmente subsumidas por el capital.

Por ejemplo, actividades tan obviamente orientadas a la “propia necesidad de desarrollo del trabajador” como los servicios educativos y de salud; por cierto, cualquier actividad que alimente el desarrollo de los seres humanos, son designados como trabajo “improductivo”. Desde la perspectiva del capital, puede ser verdad que “tales servicios como los que entrenan la fuerza de trabajo, la mantienen o modifican” (por ejemplo, “el servicio del maestro” o “el del doctor”) son improductivos; sin embargo, son obviamente *productivos* desde el punto de vista del trabajador en cuya reproducción son insumos (Marx, n. d.: 162-3).

En forma similar, las actividades hechas en el hogar por los trabajadores y miembros de sus familias son una parte del trabajo total necesario para la reproducción del trabajador. Aunque este trabajo pueda ser improductivo para el capital (en el sentido en que no produce riqueza para él), es necesario y productivo para el trabajador. Una vez que consideremos la reproducción del trabajador como el sujeto, no podemos ignorar esta parte del trabajo colectivo que produce al trabajador, aún cuando desde la perspectiva del capital es privado e invisible.

Es de destacar que la aceptación por los trabajadores del concepto del capital sobre el trabajo (y la riqueza) productivo no puede ser atribuida a la influencia del marxismo unilateral. Cuando el trabajador en la esfera capitalista puede “regatear y discutir con los capitalistas, él mide sus demandas contra la ganancia capitalista y demanda una cierta porción del plusvalor creado por él” (Marx, 1973: 597). La misma lucha contra el capital conduce así a los trabajadores en el sector capitalista a considerarse como los productores de riqueza. Ellos aceptan la legitimidad de la concepción capitalista de la riqueza a los efectos de afirmar sus reclamos contra su adversario, el capital. Pero esto sugiere necesariamente que desde esta perspectiva, los trabajadores que *no* producen plusvalor, que no trabajan para el capital, *no* son trabajadores productivos; es decir, no son los productores de riqueza. Mientras prevalezcan las relaciones capitalistas y mientras los trabajadores continúen considerando al capital como el mediador necesario para que ellos realicen sus necesidades, los conceptos del capital son reproducidos espontánea y cotidianamente.

Por ello no es el marxismo unilateral el que produce las definiciones por el capital del trabajo productivo y la riqueza. Sin embargo, mientras *acepta* dichas definiciones (y por lo tanto no reconoce el carácter de clase de sus propios conceptos), no sólo tendrá carencias para los feministas y otros movimientos, sino que tampoco desafiará al capital.

#### XXIV. *El marxismo unilateral*

En la medida en que los marxistas han malentendido a *El capital* para la exposición de la naturaleza interna del capitalismo de conjunto, el resultado ha sido un marxismo unilateral, cuyos conceptos son inadecuados para

comprender la totalidad concreta. Lo que hay disponible son las leyes económicas objetivas, determinismo, economismo, y conceptos unilaterales que tienen poca relación con los movimientos reales en la sociedad.

Pero no podemos culpar de todo a quienes siguieron a Marx. Debemos reconocer que él mismo trajo el equipaje; particularmente desde la economía política clásica. Veamos algunos ejemplos. Recordemos ese “determinado número de hijos” identificado por Marx. ¿Sugerir que el valor de la fuerza de trabajo incluye provisiones para el mantenimiento de los hijos *porque el capital necesita futuros reclutas* veinte años después, en lugar de ser debido a que los trabajadores han luchado para conseguir dichos requisitos es un absurdo teleológico! Sin embargo, es un resultado lógico de la desaparición en *El capital* del trabajo asalariado para sí.

Un funcionalismo similar aparece en la discusión de la jornada laboral. Debido a la tendencia del capital a agotar sus insumos humanos, Marx sugiere que el estado tuvo que limitar la jornada laboral en interés del capital: “la limitación del trabajo fabril fue dictada por la misma necesidad que forzó la fertilización con guano de los campos ingleses” (Marx, 1977: 348). En resumen, la limitación ocurrió (fue *dictada*) porque correspondía a las exigencias del capital (así como los agricultores debieron reponer la fertilidad del suelo). Pero ¿cómo sucedió eso? Marx había señalado que el capital se preocupa tan poco de “la degradación futura y la despoblación final de la raza humana, como por la probable caída de la tierra en el sol.” En consecuencia, dado que los capitalistas *individuales* son indiferentes acerca de “la degradación física y mental, la muerte prematura, la tortura del sobre-trabajo” (es decir, se preocupan poco de las condiciones para “el mantenimiento y la reproducción de la clase obrera”), ellos deben ser *forzados* a tomarlas en cuenta (1977: 380-1). Aquí tenemos la base para una concepción del estado capitalista como representando los intereses ideales del capital contra todos los capitalistas reales. Todas estas luchas por los trabajadores sobre la extensión de la jornada laboral (esa victoria para la economía política de la clase obrera celebrada por Marx) aparentemente demuestran que el capital trabaja de maneras misteriosas.

Notemos los mensajes contradictorios. Habiendo indicado que el capital “no tiene en cuenta la salud y la extensión de vida de los trabajadores, a menos que la sociedad lo fuerza a hacerlo”, Marx observa:

Pero viendo estas cosas de conjunto, es evidente que esto no depende de la buena o mala voluntad del capitalista individual. Bajo la libre competencia, las leyes inmanentes de la producción capitalista confrontan al capitalista individual como una fuerza coercitiva exterior a él” (Marx, 1977: 381).

Pero ¿cuál es la ley “inmanente” en este caso? No es que “el impulso del capital hacia un drenaje de la fuerza de trabajo” debe ser controlado en nombre del capital de conjunto, es decir que el estado actúa como una fuerza coercitiva a los efectos de asegurar la reproducción de la clase obrera para el capital (Marx, 1977: 348). Más bien, “las leyes inmanentes de la producción capitalista se manifiestan en el movimiento exterior de los capitales individuales, se afirman como las leyes coercitivas de la competencia” mediante la compulsión sentida por los capitalistas individuales a alargar la jornada laboral (cualquiera sean sus inclinaciones) para poder sobrevivir (Marx, 1977: 381.2n, 433). Lo que Marx llama aquí “inmanente” no es “las leyes inmanentes de la producción capitalista” sino la tendencia “inmanente” del *capital*; y no es la necesidad del capital de mantener “la fuerza vital de la nación en sus raíces” la que está refrenando ese “drenaje ilimitado de la fuerza de trabajo” sino más bien, la tendencia inmanente de la clase obrera que fluye de las necesidades de los trabajadores (Marx, 1977: 348, 380)

Por ello, el mismo Marx debe ser responsable de algunos de los absurdos de sus discípulos. Precisamente porque en *El capital* está ausente el trabajador como sujeto, porque el único sujeto es el capital, y las únicas necesidades y objetivos son los del capital, en el argumento que se desprende de la obra hay una expresión inherentemente funcionalista. La presunción de que lo que ocurre es debido a que corresponde a las necesidades del capital (que son las únicas reconocidas) es característico de un marxismo unilateral que no reconoce que *El capital* solo presenta un lado del capitalismo.

Como resultado en el marxismo unilateral, si la jornada laboral declina, es porque el capital necesita que los trabajadores descansen. Si el salario real sube, es porque el capital necesita resolver el problema de la realización. Si se aplica un sistema de salud público, es porque el capital necesita trabajadores sanos y reducir sus propios costos; si es un sistema de escuela pública, el capital exige trabajadores mejor educados. Si son nacionalizados ciertos sectores de una economía, es porque el capital necesita que los sectores débiles sean operados por el Estado. Tales argumentos son inherentemente unilaterales. Cuando se excluye desde el comienzo las necesidades de los trabajadores y sólo se reconocen las del capital, no puede sorprender que un marxismo así hallará en los resultados de todas las luchas reales una correspondencia con las necesidades del capital.



En ningún lugar es más notorio el funcionalismo que se desprende de esa unilateralidad que con respecto al Proletario Abstracto, la simple negación del capital. Ese trabajador productivo para el capital en el interior de la esfera de la producción (es decir, el productor de riqueza), y tipificado como el obrero fabril, ese instrumento productivo con una voz que no puede ganar victorias que le permitan satisfacerse en la sociedad capitalista (pues de hecho todas las victorias aparentes son del capital), ese no-capital que está unido y disciplinado como el resultado del desarrollo capitalista: el Proletario Abstracto no tiene otra alternativa que derrocar al capital.

¡Ay, el proletariado real parece haber ido por detrás de su contraparte abstracta y no parece adecuado para su concepto!. Sin embargo, en lugar de considerar a los trabajadores reales con sus necesidades y aspiraciones expresadas, el marxismo unilateral en su estilo doctrinario declara: ¡Aquí están las luchas reales, arrodíllate!” De este modo busca sustituir al proletariado real por su abstracto Proletario; su punto de partida no es la “realidad, sino la forma teórica en la que el maestro la ha sublimado.” Ciertamente, sin embargo, es hora ya de decir adiós al Proletario Abstracto.

## Capítulo 8. La unilateralidad del trabajo asalariado

Dado que el capital *como tal* es indiferente a cada  
Particularidad de su sustancia, y existe no sólo como  
La totalidad de lo mismo sino también como la abstracción  
De todas sus particularidades, el trabajo que lo enfrenta  
De igual modo subjetivamente tiene la misma totalidad y  
Abstracción en sí.

Marx (1973: 296)

### XXV. La abstracción del trabajo asalariado

¿Qué es esta cosa que hemos llamado trabajo asalariado, sobre la que hemos teorizado? Es lo que está manifiestamente opuesto al capital en el capitalismo. En el impulso del capital a crecer, el trabajo asalariado es su mediador necesario. La reproducción del capital requiere la reproducción de un conjunto de asalariados, una masa de instrumentos de producción humanos que deben entrar en una relación en la que realizan plusvalor para el capital. Por ello, el trabajo asalariado es un momento necesario en el interior de la reproducción del capital.

Al mismo tiempo hemos visto que el trabajo asalariado es *algo más*. El asalariado entra en esta relación con el capital por sus *propios* objetivos. Considerado desde el lado del obrero, el trabajo asalariado es el medio por el que es posible conseguir valores de uso necesarios para su reproducción (la simple y la ampliada). En resumen, el trabajo asalariado es más que sólo un “medio”; también es su propio movimiento. En este sentido, el capital es un mediador para él, un momento necesario en el interior de la reproducción del trabajo asalariado.

Por ello hemos argumentado que una comprensión adecuada del capitalismo de conjunto nos exige reconocer explícitamente que la relación capital/trabajo asalariado es bilateral y que *El Capital* es unilateral en la medida en que sólo investiga la relación desde la perspectiva del capital. Sólo considerando la lucha sobre la reproducción ampliada (la del capitalista y el asalariado), la lucha entre dos “deber ser”, comprendemos la base para las leyes específicas del movimiento del capitalismo. Para comprender apropiadamente la mutua interacción de los diferentes momentos y las diferencias en el capitalismo como un sistema orgánico, es necesario el desarrollo de este segundo lado.

La concepción del capitalismo de conjunto que hemos presentado, por consiguiente, es la que contiene C-TA-C y TA-C-TA. Es donde el capital y el trabajo asalariado constituyen un todo (como se representa en la figura 4.1) caracterizado por una mutua oposición antagónica, por una lucha de clases bilateral que conduce al capitalismo en su trayectoria concreta.

[PONER AQUÍ LA FIGURA 4.1]

*Pero en este cuadro falta algo muy importante.* Si se supone que esta concepción de la totalidad representa la totalidad real concreta, entonces debe admitirse que *no lo hace*. Muchas de los cuestionamientos presentados por los críticos del marxismo y presentados en el Capítulo 2 siguen siendo

tan relevantes como siempre. Todavía podemos decir acerca esta recién construida totalidad en la que todos los presupuestos son resultados y todos los resultados son presupuestos:

*No sólo la ausencia de la revolución socialista y la prolongada hegemonía del capital sobre los trabajadores en los países capitalistas avanzados, sino también el silencio teórico (y la irrelevancia práctica) con respecto a las luchas por la emancipación, las luchas de las mujeres contra el patriarcado en todas sus manifestaciones, luchas por la calidad de vida y la identidad cultural; todos estos puntos señalan una teoría no enteramente exitosa.*

Aún cuando hemos presentado antes una concepción de la economía política que considera al trabajador “sólo un apéndice del capital como los instrumentos sin vida del trabajo que son”, la totalidad desarrollada aquí todavía parece excluir de su campo de investigación todo lo que no sea la lucha de clases inmediata entre el capital y el trabajo asalariado (Marx, 1977: 719). *Medida por la totalidad concreta real, la representación del capitalismo de conjunto es “defectuosa”.*

Por supuesto, el problema es que nuestra concepción del trabajo asalariado es simplemente una abstracción. Ha sido una “abstracción racional” en tanto en que nos ha permitido considerar lo que es común a todos los asalariados en su relación con el capital (Marx, 1973: 85). Pero no existe este tipo de organismo: el “trabajo asalariado” como tal. Éste sólo existe en tanto en que como ser humano vivo entra en esta relación; su existencia presupone, entonces, a seres humanos que son asalariados.

Pero los seres humanos como tales no han sido nuestro tema. Así como en *El capital*, “los caracteres que aparecen en escena económica” hasta ahora son considerados simplemente como los portadores y depositarios de una relación económica particular. Esta delimitación es explícita: “los individuos son tratados aquí sólo en tanto en que son personificaciones de categorías económicas, los portadores de relaciones e intereses de clase particulares” (Marx, 1977: 179, 92).<sup>74</sup> Por ello, a pesar de nuestro paso más allá del tratamiento del asalariado por *El capital*, no lo hemos trascendido *completamente*; más que seres humanos que son asalariados, los trabajadores que hemos considerado *sólo* son asalariados. En este sentido, nuestra discusión hasta aquí sigue contaminada por ese tratamiento.

¿Es eso realmente un problema? El joven Marx pensaba ciertamente así. Señalaba que “el economista político reduce todo... al hombre, es decir, al individuo al que desprende de todas las determinaciones de modo de clasificarlo como capitalista o trabajador” (Marx, 1844c: 317). No era un comentario inocente. Era una denuncia precisa: que la economía política pone como el fundamento (o la base suficiente) de los individuos sólo la condición de que son o capitalista o trabajador. No importa nada más. Sin embargo, ¿cómo podemos hablar de trabajadores determinados si sólo existen en esta particular relación con el capital? Como había dicho Hegel, todo ser determinado tiene una variedad de fundamentos:

Un algo es una concreción de múltiples determinaciones, cada una de las cuales se manifiesta en él en igual permanencia y persistencia. Cada una, en consecuencia, tanto como cualquier otra, puede ser determinada como Fundamento, es decir, como esencial, el otro consecuentemente en comparación con él siendo puesto simplemente (Hegel, 1929: II, 92).

En resumen, toda determinación particular puede ser seleccionada como el Fundamento mientras que todas las otras son tratadas como no-esenciales. “Nuevamente, un funcionario tiene una cierta aptitud para su cargo, tiene ciertas relaciones como individuo, tiene tales y cuales conocimientos, y un carácter

---

<sup>74</sup> Para un despegue de la concepción del capitalista como pura personificación de una categoría económica, ver Marx (1977: 739-40).

particular, podría mostrarse en tales y cuales circunstancias y ocasiones, etc. Cada una de estas características puede ser considerada como el Fundamento de su posesión de su cargo.”

Por cierto, cada una de estas características podría ser identificada como esencial para el funcionario “porque él es el individuo determinado que es, en virtud de ellas” (Hegel, 1929: II, 93). Sin embargo, hay un problema intrínseco en concentrarse sobre fundamentos *particulares*:

En su forma de esencialidad una es tan válida como otra; no contiene todo el volumen de la cosa, y en consecuencia un fundamento unilateral, y cada uno de los otros lados particulares tiene nuevamente su grupo de Fundamentos; pero nadie agota la cosa misma, que constituye su conexión

y las contiene todas. Ninguna es Fundamento *suficiente*, es decir, el Concepto (Hegel, 1929: II, 94).

La crítica del joven Marx a la economía política por despojar a los individuos de todas las determinaciones y presentarlos simplemente como capitalista y trabajador, así, era una clara afirmación de que sólo el ser humano como un todo, la conexión que contiene todos los fundamentos particulares, es una base suficiente para estudiar. En este sentido, examinar el ser humano *sólo* en tanto en que es asalariado es claramente unilateral. La economía política del capital trata al proletario “sólo como un *trabajador*” y “no lo considera cuando no está trabajando, como un ser humano” (Marx, 1844c: 241).

Entonces, ¿el maduro Marx realmente olvidó todo esto y cayó en “la trampa armada por la ‘Economía Política’”, como adujo E. P. Thompson (1978: 60-63)? ¿Olvidó al trabajador como ser humano? Es difícil reconciliar esta conclusión con la evidencia de que Marx *continuó* enfatizando la múltiple determinación de los individuos. No sólo están llenos los *Grundrisse* de comentarios como los de las necesidades múltiples del ser humano social, sino también hay la afirmación muy explícita en las *Teorías del Plusvalor* de que “todo aquello que afecta al hombre, el *sujeto* de la producción, modifica más o menos profundamente sus funciones y actividades, en cuanto creador de riqueza material consistente en mercancías.” En pocas palabras, para Marx (tanto el joven como el maduro), en tanto que los seres humanos son los sujetos, necesariamente nos preocupamos con “*todas* las relaciones y funciones humanas, cualquiera sea la forma en la que puedan aparecer” (Marx, 1974.: 206).

Por ello, antes que olvidar al trabajador como ser humano, Marx hizo en este caso explícitamente y exactamente lo que había hecho con respecto al patrón de necesidades: *supuso* en *El capital* que los individuos considerados sólo eran los portadores de una relación de clase particular, sólo las personificaciones de categorías económicas.<sup>75</sup> *Esto no significa que Marx creía que su supuesto era suficiente, del mismo modo que tampoco que creía que el patrón de necesidades era ciertamente constante.* Como había señalado a Engels en el último caso, “sólo mediante este procedimiento es posible discutir una relación sin discutir todo el resto.”

Por supuesto, el problema es que Marx no procedió *posteriormente* a abandonar su premisa y considerar a los seres humanos como sujetos. Sólo cuando vamos más allá de *El capital* para interrogar al tema del libro proyectado por Marx sobre el trabajo asalariado podemos investigar todas esas “relaciones y

---

<sup>75</sup> Por ejemplo, discutiendo el tiempo que gasta el mismo capitalista en la circulación de mercancías, Marx dice lo siguiente en los *Grundrisse* (1973: 634-5):

El tiempo que pierde un capitalista durante el intercambio no es como tal una deducción del tiempo de trabajo. Él es un capitalista, es decir representante del capital, capital personificado... El tiempo de circulación, en la medida en que éste absorbe el tiempo del capitalista como tal, nos preocupa aquí exactamente como el tiempo que el gasta con su querida... Aquí el capitalista no nos preocupa en absoluto, salvo como capital.

funciones humanas, cualquiera sea la forma en la que puedan aparecer” que producen la singularidad del trabajador.

En nuestra discusión del trabajo asalariado siempre ha estado implícito que la persona es *algo más* que simplemente asalariado. Ya desde nuestra primera consideración del “segundo momento” de la producción, la de trabajadores asalariados, aparecía un lado que va más allá de la relación capital/trabajo asalariado. Más aún, hemos visto vislumbres de esa región en la discusión de los valores de uso para trabajadores originados fuera de las relaciones capitalistas, en la puesta de la Naturaleza como una fuente de riqueza para los trabajadores y en un concepto de trabajo productivo para los trabajadores que incluye actividades que alimentan el desarrollo de los seres humanos.

El concepto mismo del trabajo asalariado, resumiendo, incluye en él lo que es necesario para el trabajo asalariado, pero que no es agotado y abarcado dentro del trabajo asalariado como tal. Éste contiene una distinción; divide dentro del asalariado como asalariado y al asalariado en tanto que es *no*-asalariado. Por esto, antes que la relación mostrada antes en la Figura 4.1, el capitalismo de conjunto es representado más adecuadamente como dos conjuntos superpuestos como en la Figura 8.1. Esta representación corresponde a los conjuntos superpuestos implicados en la discusión sobre la riqueza y el trabajo productivo en el capítulo anterior.

[PONER AQUÍ LA FIGURA 8.1]

## XXVI. *El asalariado como no-asalariado*

¿Qué podemos decir sobre este otro lado del asalariado (y por ello, la singularidad del trabajador)

Dentro de la estructura de la teoría de Marx? Volvamos al concepto de la producción del trabajador como un proceso (ya investigado en el Capítulo 4). Como todo otro producto de la actividad humana, la naturaleza específica de los trabajadores producidos depende de la naturaleza de los insumos y del proceso por el que esos insumos son transformados en un producto final.

Como hemos visto, Marx sugirió que los seres humanos no sólo se auto-producen consumiendo alimentos sino también mediante “todo tipo de consumo que de una manera u otra produce seres humanos en algún aspecto particular”. De allí se desprende que la naturaleza del producto del trabajo variará de acuerdo con el proceso de producción. “El hambre es hambre, pero el hambre gratificada por carne cocida comida con un cuchillo y tenedor es un hambre diferente de la que se sacia comiendo carne cruda con ayuda de la mano, las uñas y dientes.” Resumiendo, como se indicó en Capítulo 7, la calidad del ser humano producido no es independiente del carácter preciso de los insumos consumidos: “El objeto de arte, como todo otro producto, crea un público que es sensible al arte y goza de la belleza” (Marx, 1973: 90, 92).

Por supuesto, los insumos, los valores de uso que consumen los trabajadores en el proceso de auto-producirse, corresponden a una “múltiple variedad de necesidades.” No solo son insumos materiales necesarios para la reproducción fisiológica sino que abarcan también aquellos requeridos para las “goces más elevados, de orden espiritual”, las suscripciones a periódicos, asistencia a conferencias, el desarrollo del gusto que describe Marx. No solo son estos valores de uso *cosas* (cuya necesidad surge del “estómago o de la imaginación”) sino también son intangibles como el “aire fresco y la luz del sol”, asequibles de la naturaleza (Marx, 1977: 375-6).

Pero, ¿cómo se consiguen estos valores de uso? Obviamente, en el caso del asalariado, algunos son obtenidos mediante la compra de artículos de consumo con dinero que resulta de la venta de la fuerza de trabajo. Otros pueden ser accesibles en virtud de la pertenencia del trabajador a una sociedad –así como el ciudadano romano tenía un “derecho ideal (al menos) a el *ager publicus* y uno real a cierto número de higuera de tierras, etc.” (Marx, 1973: 490). Así, por ejemplo, Marx en la *Crítica del Programa de Gotha* señaló la existencia en la “sociedad del presente” de “*lo que se necesita para la satisfacción común de*

*necesidades*, tales como escuelas, servicios sanitarios, etc.”<sup>76</sup> Aún otros valores de uso para el trabajador (tales como el aire fresco y la luz solar) pueden ser asequibles como el “servicio gratuito” suministrado por las fuerzas de la naturaleza (Marx, 1977: 751, 757).

Sin embargo, no podemos suponer que esos valores de uso ya están en una forma adecuada para que los consuman los trabajadores en el proceso de su propia producción. Donde *no* lo están, los trabajadores deben actuar claramente sobre estos valores de uso para adaptarlos a sus propias necesidades. Marx no ignoraba tales actividades; enfatizó, empero, que dependían de la previa realización de trabajo para el capital. La clase obrera, apuntó, “Sólo puede cocinar carne para sí misma cuando ha producido un salario con el que pagar la carne; y sólo puede mantener limpios sus muebles y viviendas, sólo puede lustrar sus botas, cuando ha producido el valor de los muebles, alquileres y botas” (Marx, n. d. : 161). En forma consecuente, Marx describió tal actividad por el trabajador que satisfacía sus propias necesidades como “improductiva” (lo que por supuesto, para el capital lo es).

A las actividades que son “absolutamente necesarias para consumir cosas”, Marx las clasificó como “costos de consumo” (Marx, n. d. : 179). Todos, indicaba, tienen una cantidad de funciones para cumplir que no son productivas y que en parte entran en los costos de consumo. “Los verdaderos trabajadores productivos tienen que soportar estos costos de consumo y realizar su trabajo improductivo ellos mismos” (Marx, n. d. : 288). En tanto en que realizan esas actividades para ellos mismos, bajan sus necesidades de dinero. “El costo de producción de la familia de la clase obrera,” reconocía Marx, es disminuido por la existencia de trabajo doméstico en lugar de la “compra de artículos pre-existentes.” A la inversa, “el menor gasto de trabajo hogareño es acompañado por un mayor gasto de dinero afuera” (Marx, 1977: 518n).

En todo esto está implícito que hay *más de un* proceso de producción fuera de la esfera del capital: no sólo el proceso por el que los seres humanos se auto-producen sino también la producción de distintos valores de uso como insumos en la producción de seres humanos. Y eso por supuesto plantea la cuestión de la naturaleza de las relaciones de producción características de estos últimos procesos de producción.

En el caso donde trabajadores libres realizan estas operaciones “absolutamente necesarias” por sí mismos, ellos lo hacen como propietarios de su propia fuerza de trabajo y de los valores de uso que sirvan como medios de producción; ellos son entonces también los propietarios del producto del trabajo. Por supuesto, mientras dicho trabajo realizado es trabajo “absolutamente necesario”, también es trabajo *privado* que es exterior a la relación capital/trabajo asalariado. Por ello este trabajo (que Marx reconocía y estimaba como “improductivo”) es invisible para el capitalista en tanto en que él no tiene que pagar por él.<sup>77</sup> Por el otro lado, en la medida en que este trabajo tiene productos de capital como su presupuesto, “este trabajo improductivo nunca les permite repetir el mismo trabajo improductivo una segunda vez a menos que ellos hayan trabajado productivamente previamente” (Marx, n. d. : 161).

El tratamiento del trabajador individual en forma aislada es sin embargo un caso especial y nos sirve principalmente como mecanismo heurístico. Como lo notaron tempranamente Marx y Engels, los individuos necesitan “relaciones entre sí, y ya que sus *necesidades*, y en consecuencia su naturaleza, y el método de satisfacer sus necesidades, los relacionó (relaciones entre los sexos, intercambio, división del trabajo), ellos *tuvieron* que entrar en relaciones entre sí” (Marx y Engels, 1846: 437). Sin embargo, ¿cuál es la naturaleza de esas relaciones?

---

<sup>76</sup> También se refirió allí a “fondos para los incapacitados para trabajar, etc., en resumen, para lo que se incluye bajo la así llamada ayuda oficial a los pobres” (Marx, 1875: 22).

<sup>77</sup> La jornada laboral desde la perspectiva del trabajador excede por definición a la jornada laboral desde la perspectiva del capital. Un resultado interesante es que la tasa de plusvalor puede ser vista como una forma inadecuada de la tasa de explotación (la razón entre el plusvalor y el trabajo necesario); la última es inferior, en la medida en que el trabajador realiza trabajo necesario para sí (es decir, privadamente) Ver Michael A. Lebowitz (1976a).

Hay muchas relaciones posibles bajo las cuales pueden obtenerse los valores de uso requeridos para el proceso de producción del asalariado. El intercambio igual entre dos asalariados que “se reconocen como poseedores de propiedad privada” es una tal posibilidad. En este caso, cada poseedor de su propia fuerza de trabajo continúa realizando su trabajo privado necesario (que sigue siendo improductivo para el capital) pero hay una división de este trabajo entre los dos (Marx, 1977: 178).

Otra posible división del trabajo es la que en la cual “el trabajo improductivo” se convierte en “la función exclusiva de un sector de trabajadores y el trabajo productivo la función exclusiva de otro sector.” Marx describió las actividades pagas de cocineros, criadas, médicos y maestros privados como cayendo bajo el título de este “trabajo improductivo” y notó que una proporción considerable de servicios pertenecían a los “costos de consumo” (Marx, n. d. : 288, 179, 392-3). Otra vez aquí, no sólo la continuidad de este “trabajo improductivo” requiere la continuidad del trabajo asalariado, sino también que el trabajo “absolutamente necesario para consumir cosas” no cambia su carácter simplemente como el resultado de una división del trabajo; permanece privado y es contabilizado como “social” solo en la medida en que el asalariado logra pasar estos costos de consumo al capitalista (Marx, n. d. : 181, 288).

Concentrémonos (por razones que aparecerán luego), sin embargo, en una relación particular bajo la que puede realizarse este trabajo “improductivo”. Mediante la propiedad de un *esclavo*, para el asalariado es posible conseguir los valores de uso necesarios sin trabajar para producirlos o intercambiarlos. En este caso, los valores de uso requeridos como insumos para el proceso de producción de la fuerza de trabajo son obtenidos a través de un proceso de explotación, definido simplemente como forzando la realización de plusvalor.

En la relación esclavista, un productor dependiente “pertenecer a el propietario *individual*, *particular*, y es su máquina de trabajar.” La fuerza de trabajo no “pertenece” al productor dependiente, y la disposición de su gasto (así como el goce de los frutos de su actividad) es el derecho del poseedor (Marx, 1973: 464). Todos los valores de uso producidos por el esclavo son en sí la propiedad del amo; empero, una porción de estos deben ser asignados a su “máquina de trabajar” a los efectos de preservar las condiciones naturales de su existencia como amo. En este caso, en lugar de la compulsión económica, es “*la compulsión directa*” la que mantiene al esclavo en su situación. Trabaja bajo el acicate del miedo, aunque “no por *su existencia* que es *garantizada* aún cuando no le pertenece” (Marx, 1977: 1031).

La explotación significa que el esclavo “debe agregar al tiempo de trabajo necesario para su propio mantenimiento una cantidad extra de tiempo de trabajo para producir los medios de subsistencia para el poseedor de los medios de producción” (Marx, 1977: 344). Esto significa que el amo se beneficia recibiendo plus productos y/o “tiempo libre”: la disminuida necesidad para realizar ese trabajo “absolutamente necesario para consumir cosas.” Tiempo libre: ¡qué crucial! Este es tiempo que no sólo permite la restauración de la energía de uno sino también tiempo que permite el desarrollo de la capacidad humana. Históricamente, apuntó Marx, el tiempo libre que los no trabajadores tienen a su disposición para cosas tales como “la realización de actividades que no son directamente productivas (como por ejemplo la guerra, los asuntos de estado) o para el desarrollo de las capacidades humanas y potencialidades sociales (arte, etcétera, ciencia) que no tienen un propósito directamente práctico, tiene como su prerequisite el plus trabajo de las masas, es decir el hecho de que tienen que gastar más tiempo en la producción material que el que se requiere para la producción de su propia vida material” (Marx, 1988: 190-1). En resumen, “el desarrollo de las capacidades humanas por un lado está basado en la restricción del desarrollo por el otro.” Simplemente, “el tiempo libre en un lado corresponde al tiempo subyugado por el otro” (Marx, 1988: 191-2).

Por supuesto, en el caso particular que estamos investigando, estos no son “no trabajadores”. Antes bien, son asalariados que deben re-entrar en el mercado de trabajo para vender su fuerza de trabajo al capitalista. Por ello deben ofrecer al capitalista los resultados del proceso de explotación de sus esclavos:

El tiempo libre, el que es para el ocio y el que es para una actividad superior, ha transformado naturalmente a su poseedor en un sujeto diferente, y él entra en el proceso de dirección directa como tal sujeto diferente (Marx, 1973: 712).

En resumen, los mismos beneficios de la relación esclavista para el asalariado pueden ser captados por el capital en formas tales como una intensidad incrementada de la jornada laboral capitalista o exigencias de reducir el salario. Sin embargo, el hecho de que el amo no puede retener todos los frutos de la explotación para sí, no altera el carácter de la explotación esclavista en mayor grado que lo que ocurre en el caso de la explotación capitalista donde un capitalista es incapaz de realizar todo el plusvalor generado en el proceso de la producción capitalista.

En la medida en que el trabajo del esclavo rinde plus productos o tiempo libre al amo, es obviamente productivo para éste; el esclavo produce en este grado al esclavo y al amo, es decir, contribuye a la reproducción de la relación esclavista. Pero con respecto al capital, el trabajo del esclavo sigue siendo privado e improductivo; sólo en tanto en que el asalariado logra conseguir las necesidades de dinero para los medios de subsistencia del esclavo que toman la forma-mercancía habrá alguna representación bajo el título de trabajo “social”. En forma similar, la capacidad del amo en lograr estas necesidades monetarias mediante el trabajo asalariado será una condición para el mantenimiento de la relación esclavista. Sin embargo, el valor de la fuerza de trabajo no incluiría una provisión para las necesidades consumidas por el esclavo *¡porque el capital necesita que los asalariados tengan esclavos!* (esto sería aún otro disparate consistente con el concepto unilateral del valor de la fuerza de trabajo descrita previamente). Más bien, el valor de la fuerza de trabajo incluye tales provisiones en la medida en que el asalariado ha tenido éxito luchando por ellas.

Aunque es posible investigar más esta relación particular y su dinámica intrínseca, la cuestión obvia es: *¿porqué plantear aún el espectro de la propiedad esclavista en el contexto de nuestra discusión de la producción del asalariado?* Por supuesto la respuesta es que ésta es precisamente la manera en la que Marx describió las relaciones en el seno de la familia en esa época. En la *Ideología Alemana*, él y Engels hablaron de la esclavitud latente en la familia, donde “la mujer y los hijos son los esclavos del marido;” este último tenía “el poder de disponer de la fuerza de trabajo de los otros” (Marx y Engels, 1846: 46). En forma similar, en el *Manifiesto Comunista* (Marx y Engels, 1848: 501-2), se enfatiza que el programa de los comunistas acabarían con la “explotación de los hijos por sus padres” y “el estatus de las mujeres como simples instrumentos de producción.”

Marx volvió explícitamente a este tema en sus notas para *El capital*. “En la propiedad privada de todo tipo,” indicó, “la *esclavitud* de los miembros de la familia al menos está siempre implícita puesto que son usados y explotados por el jefe de la familia” (Marx, 1977: 1083). También Engels (1962: II, 232) comentó posteriormente que “la familia individual moderna está basada en la esclavitud doméstica de la mujer, abierta o disfrazada.”

Definiendo a la relación en el seno de la familia como esclavista, Marx estaba afirmando claramente que “el trabajo necesario familiar para el consumo,” que “el trabajo independiente hogareño, dentro de los límites acostumbrados, para la misma familia” (incluyendo el ejercicio de “la economía y el juicio en el consumo y preparación de los medios de subsistencia”) ocurre en una situación donde el productor en el hogar es explotado dentro de una relación esclavista (Marx, 1977: 517-8, 518n). *¿Cómo podría negarse que esto es lo que estaba planteando Marx?*

Sin embargo, este es un punto que los marxistas han resistido. Como comenta Nancy Folbre, ha habido una “reluctancia a considerar la posibilidad de explotación en el seno del reino de la reproducción”, con el resultado de que tal explotación fue “en su mayor parte definida como inexistente en los debates sobre el trabajo doméstico” (Folbre, 1986: 326). Más aún, la misma designación de la relación por Marx y Engels como de esclavitud ha sido descrita “como más metafórica que científica”, y por cierto, evocando



“metáforas peligrosas” (Vogel, 1983: 61, 130). Sin embargo, no sólo esta afirmación despliega una curiosa selectividad al basarse en Marx, sino también ignora la *consistencia* en su argumento.

Consideremos qué sucede a esta “vieja relación familiar” caracterizada por la autoridad patriarcal (“*patria potestas*”) cuando crece el grado de miseria, ya sea debido a una caída en los salarios reales o por un crecimiento en las necesidades sociales (Marx, 1977: 620). Una opción es el incremento en la explotación en el seno del hogar, es decir, un aumento en la cantidad extra de trabajo realizado por la esposa y los hijos. Un gasto incrementado de trabajo en casa, sabemos, será acompañado por una reducción en el gasto de dinero fuera de casa. Refiriéndose a la explotación de los hijos, Marx apuntó que “esta explotación siempre existió hasta cierto punto entre los campesinos y fue más desarrollada cuanto más pesado presionaba el yugo sobre ellos” (Marx, 1977: 385n).

Sin embargo, cuando los salarios son demasiado bajos para satisfacer las exigencias hay otra respuesta posible (una que probablemente ocurra cuando el trabajo doméstico incrementado es inadecuado para satisfacer las necesidades): una extensión del tiempo de trabajo realizado directamente para el capital. Justamente el trabajador individual puede ofrecer más trabajo cuando los salarios son inadecuados (haciendo en consecuencia a la oferta de trabajo “en cierta medida independiente de la oferta de trabajadores”), así también podemos hallar una oferta declinante de trabajo en el caso de la familia del obrero “cuando la cantidad de trabajo suministrada por el jefe de familia es aumentada por el trabajo de los miembros de la familia” (Marx, 1977: 793, 687-8, 684). Cuando se necesita más dinero, se puede proporcionar al capital más trabajo “enrolando, bajo el dominio directo del capital, a cada miembro de la familia del trabajador, sin distinción de edad o sexo” (Marx, 1977: 517).

*En sí*, este desarrollo no cambia la naturaleza de la relación entre “el jefe de la familia” y aquellos a quienes explota; no más que cuando el amo esclavista de la antigüedad cesó de ser el poseedor de la persona de otros cuando alquilaba a sus esclavos. Como resultado de la necesidad de dinero adicional, los esclavos en el hogar, los bienes muebles del jefe de familia, se convierten en esclavos que ganan ingresos. Y así es exactamente cómo describió Marx este acontecimiento: los padres de la clase obrera “han asumido características que son verdaderamente nauseabundas y completamente como trata de esclavos.” No sólo el varón asalariado vende su propia fuerza de trabajo: “ahora vende a la mujer y los hijos. Se ha vuelto un tratante de esclavos” (Marx, 1977: 519-20, 519n).<sup>78</sup>

Por supuesto, Marx sugirió que este mismo proceso en el que el capital asignaba “una parte importante en los procesos socialmente organizados de producción, fuera de la esfera de la economía doméstica, a las mujeres, jóvenes y niños de ambos sexos, sin embargo crea una nueva base económica para una forma superior de la familia y de las relaciones entre los sexos” (Marx, 1977: 620-1). No es en absoluto contradictorio que algo realizado para beneficios a corto plazo pueden tener implicancias totalmente diferentes a largo plazo.<sup>79</sup> En todo caso, no es difícil ver *porqué* Marx consideraba este acontecimiento ser una base para la alteración potencial de las relaciones sociales en seno del hogar. El vendedor de fuerza de trabajo es “puesto formalmente como una persona”, que tiene fuerza de trabajo como su propia propiedad (Marx, 1973: 289, 465). Por consiguiente, con la entrada de las mujeres en el trabajo asalariado, existe el potencial para el fin de las “viejas relaciones familiares”:

---

<sup>78</sup> En este contexto, Marx incluye “la prima que la explotación de los hijos de los trabajadores disponen en su producción” como una razón para el alto crecimiento de la población en el proletariado industrial (Marx, 1977: 795). En forma muy consistente, Nancy Folbre ha enfatizado la relación entre las leyes de trabajo para niños y la declinación el tamaño de la familia promedio en el capitalismo. Ver por ejemplo, Ferguson y Folbre (1981: 323).

<sup>79</sup> Por ejemplo, consideremos los efectos en el largo plazo de la liberación de sus servicios laborales a los campesinos por los señores feudales a cambio de pagos en dinero.

Con la conciencia del esclavo de que *no puede ser la propiedad de otro*, con su conciencia de sí mismo como una persona, la existencia de la esclavitud se convierte en una existencia simplemente artificial, vegetativa, y cesa de poder prevalecer como la base de la producción (Marx, 1973: 463).

Del mismo modo, Engels comentaba que el desplazamiento de las mujeres del hogar hacia al mercado de trabajo arrancaba “todo fundamento” para la dominación masculina en el hogar proletario. “La primera premisa para la emancipación de las mujeres es la reintroducción de todo el sexo femenino en la industria pública” (Engels, 1962: 231, 233). Por supuesto, esta es sólo la *primera* premisa, y “una nueva base para una forma superior de la familia” no es equivalente a la *realización* de esa forma.

Ahora bien, ¿qué importancia tiene la designación precisa de esta relación como de esclavitud? Muchas feministas podrían sentirse incómodas con este término, y ciertamente, no todos los atributos de la propiedad sobre las personas (tales como el derecho a comprar y vender gente) estaban presentes en la época en que Marx lo escribió. Por el otro lado, es bueno recordar que como un estudioso de los clásicos, su primer punto de referencia habría sido la esclavitud en la antigüedad (antes que en el Nuevo Mundo) y que en el primer caso la esclavitud desplegaba una variedad de características (incluyendo a individuos entrando voluntariamente en ese estado debido a la inaceptabilidad de las alternativas a su alcance).

Sin embargo, la cuestión central no es el término preciso sino la característica esencial: explotación. Lo que Marx describió es totalmente consistente con el argumento de que *además de las relaciones capitalistas*, los asalariados también pueden existir en el seno de un “modo patriarcal de producción”, definido por Nancy Folbre como “un conjunto distintivo de relaciones sociales, incluyendo pero de ningún modo limitado al control sobre los medios de producción, que estructura la explotación de las mujeres y/o los hijos por los hombres” (Folbre, 1986: 330).

Para lo que nos interesa aquí, que es investigar la consideración de Marx de la singularidad del trabajador, no necesitamos decir más. Sea cual fuere la implicancia potencial futura del acceso de las mujeres y niños en el trabajo asalariado, es evidente que Marx consideraba al asalariado varón *de aquella época* como existiendo en el interior de dos relaciones, dos relaciones de clase: como asalariado en relación al capital y como propietario de esclavos. No es en absoluto un asalariado abstracto, sino más bien, ¡el asalariado *patriarcal*!

En forma similar, la esposa y los hijos, en la medida en que se convertían en asalariados, también existían en dos relaciones de clase. *Resumiendo, hablar de asalariados es describir gente que de ningún modo son idénticas en sus relaciones*. Son idénticos sólo en tanto son asalariados por el capital. Mientras nuestro sujeto es el capital, puede ser adecuado considerar estos seres humanos sólo en sus características como asalariados. Sin embargo, tan pronto en que el trabajo asalariado se convierte en el sujeto, es necesario considerar las *otras* relaciones en las que existe la gente.

Poniendo la existencia de asalariados masculinos y femeninos que existen en el seno de relaciones patriarcales, estamos considerando trabajadores con diferentes objetivos y diferentes jerarquías de necesidades. Para el asalariado patriarcal, la lucha por salarios más altos es en parte una lucha para permitir la reproducción del patriarcado; sus salarios incrementados, a igualdad del resto de las otras cosas, permitirán un gasto incrementado de trabajo en la casa para él por parte de su mujer (e hijos). El “salario familiar” es la condición para la reproducción de ambas relaciones en las que él existe. Para la asalariada mujer, por el otro lado, la lucha por salarios más altos es en parte la lucha por *escapar* a ese conjunto de relaciones en las que los hombres controlan los medios de producción dentro del hogar y explotan las mujeres y/o hijos; es, por cierto, una lucha por su propio tiempo libre, enraizado en su propia necesidad de auto-desarrollo.

Ciertamente, hay aquí la base para una divergencia de intereses entre los asalariados de diferentes edad y sexo. En la medida en que los asalariados patriarcales han sido nuestro objeto, este coloca nuestra discusión en el Capítulo 5 de las luchas de los asalariados en una luz algo diferente. Por ejemplo, cualquier

asalariado individual patriarcal (“cabeza de familia”) gana, a igualdad del resto de las cosas, “reclutando bajo el dominio directo del capital, a cada miembro de la familia del trabajador, sin distinción de edad o sexo.” Sin embargo, los asalariados patriarcales *de conjunto* como el resultado de la competencia incrementada (y salarios más bajos) que ocurre cuando *todos* los asalariados patriarcales actúan de esta manera. En este contexto, las restricciones (mediante una forma que “posee una fuerza general, socialmente coercitiva”) sobre la capacidad de los asalariados patriarcales de vender sus mujeres y niños por un contrato voluntario con el capital aparecen como el resultado del movimiento político del trabajo asalariado patriarcal de conjunto.<sup>80</sup>

Sin embargo, las implicancias del patriarcado van más allá. En el interior de esta relación patriarcal (o esclavista), los hombres y las mujeres son producidos *de modo diferente*. Puesto que, como hemos apuntado, “sus *necesidades*, en consecuencia su naturaleza, y el método de satisfacer sus necesidades, los relacionaba entre sí (relaciones entre los sexos, el intercambio, la división del trabajo), ellos *tenían* que entrar en relaciones entre sí.” Sin embargo, la naturaleza de las personas producidas no es independiente de las precisas relaciones en las que habían entrado. Como proseguían Marx y Engels (1846: 437-8):

Puesto que este intercambio, a su vez, determinaba la producción y necesidades, era en consecuencia, precisamente el comportamiento personal, individual de los individuos, su conducta entre sí como individuos, que creaba las relaciones existentes y diariamente los produce de nuevo... Por eso que ciertamente se deduce que el desarrollo de un individuo es determinado por el desarrollo de todos los otros con los que él está directamente o indirectamente asociado.

No sólo los hombres y las mujeres se producen in forma diferente en el curso del trabajo “absolutamente necesario para consumir cosas”, como fue llevado a cabo bajo las relaciones patriarcales, sino que ellos también se producen en forma diferente *a través del consumo del producto de ese proceso*. Pues aunque los valores materiales específicos producidos puedan ser independientes de las relaciones de producción, el *contenido* de esos valores de uso no lo es. Marx mencionó este tema al considerar la diferencia entre comprar un abrigo a un “sastre efímero” que realiza el trabajo en la casa del comprador y tener un sirviente doméstico. En ambos casos, había una relación de compradores y vendedores. Pero en estos dos intercambios había una diferencia crucial. En el caso del sirviente doméstico, notaba:

Pero la forma en la que el valor de uso es disfrutado en este caso *además* conlleva una forma patriarcal de relación, una relación de amo y esclavo, *que modifica la relación en su contenido*, aunque no en su forma económica, y lo hace repugnante (Marx, n. d. : 287: El subrayado es nuestro).

En resumen, en el curso de auto-producirnos, *no sólo consumimos valores de uso sino también las relaciones sociales bajo las cuales son producidos esos valores de uso*. Entre consumir un valor de uso producido por el propietario de fuerza de trabajo independiente y uno producido en una forma patriarcal de relación, hay una diferencia. En forma muy similar a la que el objeto de arte crea “un público que es sensible al arte y disfruta de la belleza,” los seres humanos que consumen relaciones patriarcales se auto-producen de una manera particular. “El desarrollo de un individuo es determinado por el desarrollo de todos los otros con quienes está directa o indirectamente asociado.”

De este modo, desde el momento de su nacimiento, los hombres y mujeres se auto-producen consumiendo no sólo los valores de uso suministrados bajo una división por géneros del trabajo sino

---

<sup>80</sup> Por supuesto, esto no significa que la legislación estatal como las leyes sobre trabajo infantil y restricciones a la jornada laboral para mujeres y niños no interesaran a los trabajadores de conjunto.

también las relaciones patriarcales que determinan esa división. Entonces está implícito en este proceso la producción de diferentes personas, diferentes personalidades, diferentes naturalezas respecto a la dominación y la crianza. Como lo ha recalcado Sandra Harding, “los tipos de personas en que se convierten los infantes son en gran medida influenciados por las relaciones sociales particulares que el infante experimenta a medida en que es transformado y se auto-transforma, de un infante biológico en una persona social” (Harding, 1981: 147).<sup>81</sup>

Aquí estamos considerando un tema sobre el que las feministas marxistas han hecho y continúan haciendo importantes contribuciones. En consecuencia, a esta altura parece adecuado discutir sobre las limitaciones del argumento de Marx. A pesar de su descripción de la relación existente en el interior del hogar de clase obrera como esclavista en su naturaleza, no hay consideración de esta relación de clase como de lucha (a veces abierta, otras veces oculta) o de las mujeres (e hijos) como sujetos y actores.<sup>82</sup> Por supuesto, todo esto está excluido por el tema estricto de Marx en *El Capital*. Pero sería ingenuo confiar que algo de esto habría aparecido en el libro faltante sobre el Trabajo Asalariado, si alguna vez hubiera sido escrito.

En verdad, Marx anhelaba una “forma superior de la familia y de las relaciones entre los sexos.” Y ciertamente, hallaba la organización existente personalmente “repugnante” (como lo hizo con la esclavitud en el Nuevo Mundo). Sin embargo, hay poco motivo para suponer que él habría investigado estas cuestiones con algún detalle. No hay indicios de que habría podido ir más allá de las convenciones victorianas de una manera similar a su contemporáneo John Stuart Mill, quien criticó específicamente las restricciones al trabajo de las mujeres en las Actas Fabriles “para que ellas pudieran tener tiempo para trabajar para el marido, en lo que es llamado por los defensores de la restricción, *su hogar*” (Pujol, 1992: 25).

Al presentar estas cuestiones, en consecuencia, no es mi objetivo presentar al individuo histórico Marx como habiendo sido adecuado. Eso habría sido reescribir la historia. Más bien, *es demostrar que en interior de la estructura marxiana existe el espacio teórico para desarrollar estas cuestiones*. En pocas palabras, no hace falta agregar elementos extraños de manera ecléctica en la teoría marxiana para crear un Marx “utilizable”. Ciertamente, tampoco es muy intención sugerir que las cuestiones levantadas aquí constituyen un tratamiento apropiado; ese es un proyecto que muchas feministas marxistas continúan explorando.<sup>83</sup> Entonces, las cuestiones tratadas aquí no son lo que habrían estado en *El trabajo asalariado*, sino más bien, apunta a lo que *corresponden* a él.

Podría parecer como si nos hemos ido algo lejos en nuestra discusión sobre el asalariado como trabajador no asalariado. Sin embargo, la consideración de estas cuestiones es esencial si queremos investigar la determinabilidad de los asalariados que enfrentan al capital. En forma similar resalta la importancia de un libro faltante sobre el trabajo asalariado. Pues ciertamente, para el marxismo unilateral la explotación específica de las mujeres siempre quedará en forma periférica y no esencial, en tanto no se reconozcan las implicancias de ese libro faltante. *En la medida en que los trabajadores sean despojados*

---

<sup>81</sup> El trabajo precursor en la relación entre el patriarcado y la construcción social de la personalidad de género es de Chodorow (1978).

<sup>82</sup> Vogel (1983: 61) señala que en todos los comentarios de Marx sobre la esclavitud, las mujeres y los niños son retratados “como víctimas pasivas antes que como actores históricos.”

<sup>83</sup> En particular, es importante recalcar que la preocupación sobre el patriarcado va mucho más allá de la consideración de su base subyacente, y debe incluir adecuadamente la investigación de temas que no pueden ser tratados aquí tales como el lugar y el significado de la violación. No he tratado aquí de incorporar los nuevos estudios por las feministas marxistas, pero se pueden hallar útiles reseñas recientes en Camfield (2002) y Vosko (2002).

*“de toda determinabilidad” y considerados sólo como asalariados abstractos, el patriarcado es necesariamente secundario.*

Por supuesto, los asalariados que enfrentan al capital no sólo viven en familias. Viven en vecindarios y comunidades; por cierto, están concentrados por el capital en barrios y ciudades particulares, y en diferentes naciones (Engels, 1845: 244, 394.). No sólo son distinguidos como hombres y mujeres, sino también como miembros de diferentes razas, grupos étnicos, etc. Una vez que reconocemos que “cada tipo de consumo... de una u otra manera produce a los seres humanos en un aspecto particular,” entonces no hay que dar un gran paso para extender esta discusión de asalariados diferencialmente-producidos a las diferencias basadas en la edad, raza, etnicidad, religión, nacionalidad, circunstancias históricas y en verdad, en “todas las relaciones y funciones humanas, sea cual fuere la forma en la que aparecen.”

Marx no dio ese paso. Limitó sus comentarios al tema inmediatamente a mano: la cuestión del valor de la fuerza de trabajo. Por eso reconoció que “la tradición histórica y las costumbres sociales” jugaban una parte importante en la generación de diferentes patrones de necesidad para diferentes grupos de trabajadores (Marx, 1865b: 145).<sup>84</sup> No sólo varían en el tiempo las necesidades esenciales; también varían entre los individuos y grupos de trabajadores en cualquier momento dado. Un ejemplo obvio fue la situación del trabajador irlandés, para quien “el mínimo de necesidades y subsistencia más animal le parece como el único objeto y propósito de su intercambio con el capital” (Marx, 1973: 285). Marx arguyó que sus bajas necesidades esenciales (comparadas con las del trabajador inglés) reflejaban las condiciones históricas bajo las que los trabajadores irlandeses entraron en el trabajo asalariado, condiciones que impulsaron el patrón de necesidades al que se acostumbraron al nivel de necesidades fisiológicas (Marx, 1977: 854-870).

Sin embargo, las diferencias en el valor de la fuerza de trabajo reflejan *algo más* que diferencias en “las condiciones sociales en las que las personas son colocadas y criadas”. Las últimas son simplemente las premisas “históricas”; y sobre esta base, nunca podríamos explicar *los cambios* en los salarios relativos; por ejemplo, la igualación (hacia arriba o hacia abajo) del valor de la fuerza de trabajo de diferentes grupos de trabajadores. Si limitamos la explicación a las premisas históricas, “las condiciones más o menos favorables” bajo la que distintos grupos de trabajadores “emergieron del estado de servidumbre” parecería como el pecado original (Marx, 1865b: 145).

*En pocas palabras, así como en el caso de los cambios en el tiempo en el patrón de necesidades, las diferencias en ese patrón para diferentes grupos de trabajadores son el resultado de la lucha de clases; el resultado de la presión capitalista y obrera en sentidos contrarios.* Las premisas históricas (en la medida en que han afectado el nivel de necesidades sociales) pueden explicar porqué trabajadores particulares no presionan muy fuerte contra el capital; sin embargo es lo que los trabajadores aceptan en el presente, más que las premisas históricas, lo que determina el nivel de sus necesidades esenciales.

Por supuesto, el principio va más allá del caso de los trabajadores irlandeses e ingleses. Abarca no sólo trabajadores de diferentes procedencias, sino también trabajadores masculinos y femeninos. A menos que por ejemplo reconozcamos el lugar central de la lucha de clases en la determinación del valor de la fuerza de trabajo, nos quedamos sin explicación de las diferenciaciones hombre/mujer que descansan sobre el supuesto de necesidades de subsistencia más bajas por parte de las mujeres. Esto sería tan absurdo como suponer que Marx creía que el valor de la fuerza de trabajo de los trabajadores irlandeses *siempre* estaría por debajo del de los trabajadores ingleses.

En lugar de pensar que todos los trabajadores son idénticos, La comprensión de Marx era que cada individuo es un conjunto de las relaciones sociales en la que actúa. Ello tiene sus implicaciones. Dado que los trabajadores se auto-producen como seres humanos heterogéneos (con diferentes jerarquías de

---

<sup>84</sup> Marx (1977: 701) también señaló el papel de las diferencias en la “extensión de las primeras necesidades de la vida en su desarrollo natural e histórico” al explicar las diferencias nacionales en los salarios.

necesidades) y que las necesidades que pueden normalmente satisfacer reflejan los resultados de la lucha, está claro que en cualquier momento dado existen diferentes grados de miseria.<sup>85</sup> Aunque en *El Capital* no fue desarrollado el tema, una vez que comenzamos a investigar a los trabajadores en tanto trabajadores no asalariados, vemos que más que asalariados abstractos, los trabajadores en cuestión son seres humanos en toda su determinabilidad.<sup>86</sup>

### ***III La producción del trabajador como totalidad***

Sería un error, sin embargo, considerar el proceso de la producción del trabajador como *sólo* ocurriendo fuera del trabajo asalariado. Si pensamos en el hogar como *el* sitio en el que tiene lugar la producción del trabajador, entonces queda una visión implícita del proceso como natural y físico antes que social. Si *cada* actividad del trabajador lo produce en un aspecto particular, empero, obviamente esto debe incluir también el proceso de la producción capitalista.

Recordemos la discusión de la producción capitalista en el Capítulo 3. Bajo las condiciones alienantes de esa producción se produce un cierto tipo de ser humano; con la necesidad de poseer mercancías ajenas. Y como se señaló, esas necesidades son generadas no sólo por la producción propiamente dicha, sino también mediante los esfuerzos de ventas del capital para ampliar la esfera de circulación. Esas necesidades son necesidades que en las relaciones capitalistas, solo pueden conseguirse por la venta de la fuerza de trabajo. Por ello, para el asalariado el capital aparece como el mediador.

Por consiguiente, el trabajador es producido como alguien consciente de su dependencia del capital. Y todo en la producción capitalista contribuye no sólo a la relación de dependencia sino también al “sentimiento de dependencia” (Marx, 1977: 936). La misma naturaleza del capital es mistificada: “todas las fuerzas productivas del trabajo social aparecen atribuidas a él, y no al trabajo como tal, como una fuerza naciendo de su propio vientre.” Habiendo abandonado el derecho a su “*poder creativo*, como Esau su primogenitura por un plato de lentejas” el capital entonces se convierte para el trabajador en “un ser muy místico” porque aparece como la fuente de toda productividad (Marx, 1981b: 966).

El capital fijo, la maquinaria, la tecnología, la ciencia; todos aparecen necesariamente como capital y sólo son conocidos en su forma capitalista:

La acumulación de conocimiento y de oficio, de las fuerzas productivas generales del cerebro social, es así absorbida en el capital, como opuesto al trabajo, y por lo tanto aparece como un atributo del capital... (Marx, 1973: 694).

De este modo, como señaló Marx, esta transposición de “la productividad social del trabajo en los atributos materiales del capital está arraigada tan firmemente en las mentes de las personas que las ventajas de la maquinaria, el uso de la ciencia, la invención, etc. son concebidas *necesariamente* en esta forma *alienada*, de modo que todas estas cosas son consideradas como los *atributos del capital*” (Marx, 1977:

---

<sup>85</sup> Diferentes jerarquías de necesidades, aún con idénticas “necesidades esenciales” (consideradas a grandes rasgos), rendirán diferentes grados de miseria. Otra posibilidad es que dado que las necesidades particulares normalmente satisfechas por los trabajadores diferirán dependiendo de su éxito en las luchas (y sus jerarquías individuales de necesidades), habrá diferentes grados de miseria aún si las jerarquías de necesidades son idénticas. Los dos casos son análogos en un mapa de indiferencia de dos mercancías (tal como la figura 3.1) a los casos de diferentes “puntos de felicidad” y diferentes salarios reales, respectivamente.

<sup>86</sup> Para la introducción de cuestiones adicionales no investigadas aquí, pero relevantes para los salarios diferenciales, ver Fine (1998), especialmente el Capítulo 7. Ver también Saad-Filho (2002), Capítulo 4.

1058). *En resumen, el trabajo asalariado adjudica en su cerebro sus propios atributos al capital porque la misma naturaleza de la relación capital/trabajo asalariado es una relación que ya ha hecho lo mismo en la realidad.*

Por eso, en el curso normal de las cosas, el capital puede descansar sobre la dependencia del trabajador hacia el capital. El mismo proceso de producción capitalista produce y reproduce a los obreros que ven la necesidad del capital como autoevidente:

El progreso de la producción capitalista desarrolla una clase obrera que por educación, tradición y hábitos ve a los requerimientos de ese modo de producción como leyes naturales auto-evidentes. La organización del proceso capitalista de producción, una vez que está totalmente desarrollado, quiebra toda resistencia (Marx, 1977: 899).

Sin embargo, el capital hace algo más que producir simplemente trabajadores para quienes el mismo pensamiento de ir más allá del capital aparece contrario a la ley natural. *También produce trabajadores que están separados.* En parte, este es el resultado del esfuerzo consciente del capital por dividir y separarlos; en el mercado de trabajo y en el proceso de producción. Ambos momentos del circuito del capital están caracterizados por la lucha de éste por dividir a los obreros e igualar sus condiciones hacia abajo versus la lucha de los obreros por unirse e igualar sus condiciones hacia arriba. Sin embargo, la separación de los obreros es producida espontáneamente así como la forma de existencia del capital de conjunto.

El capital existe como “muchos capitales”. Y esa existencia del capital como capitales individuales separados y aún compitiendo entre sí a su vez separa a los trabajadores en tanto en que ellos se sienten dependientes no sólo del capital de conjunto sino también de los capitales *particulares*. En la batalla de la competencia de los capitales, hay entonces una base para que grupos de obreros relacionen su capacidad para satisfacer sus necesidades para el lucimiento/beneficio de los capitales particulares que los emplean. Por eso, hay en la competencia una inversión clásica: en lugar de la competencia entre los trabajadores siendo reconocida como una forma de la competencia de los capitales y como una condición del capital para conseguir sus objetivos, la competencia de los capitales aparece espontáneamente como una forma de competencia de los trabajadores y como medios para ellos para satisfacer *sus* ambiciones. En la existencia real del capital como muchos capitales, existe una base para la separación entre los trabajadores en diferentes firmas (dentro y fuera de un país) y para “concesiones” al capital en la lucha competitiva.<sup>87</sup>

Ya en sus primeros escritos Marx y Engels comprendieron la importancia de esta división entre los obreros. Engels escribió en 1847:

Esta división entre trabajadores agrícolas, jornaleros, artesanos, oficiales aprendices, trabajadores fabriles y lumpen proletarios, junto a su dispersión en una gran superficie poco poblada del país con pocos y débiles puntos centrales, ya les hace imposible a ellos realizar que sus intereses son comunes, alcanzar un entendimiento, constituirse en *una* clase. Esta división y dispersión no les posibilita más que restringirse a los intereses inmediatos, cotidianos, al deseo de un buen salario y un buen trabajo. O sea que restringe a los trabajadores a considerar su interés en el de sus empleadores, por ello haciendo de cada sección individual de trabajadores un ejército auxiliar para la clase que los emplea. El trabajador agrícola y jornalero apoya los intereses del agricultor noble en cuya propiedad trabaja. El oficial aprendiz se ubica bajo el dominio intelectual y político de su

---

<sup>87</sup> En tanto en que como trabajadores en firmas competidoras no pueden cooperar, se hallan en el “dilema del prisionero” (Lebowitz, 1998b).

maestro. El trabajador fabril se deja ser usado por el propietario industrial en la agitación por aranceles proteccionistas... Y donde dos clases de empleadores tienen intereses contradictorios para levantar, existe la misma lucha entre las clases de obreros que emplean (Engels, 1847: 83-4).

Por ello, aún si trabajadores *por fuera del trabajo asalariado* fueran producidos perfecta y homogéneamente, aún habría una base para las divisiones entre ellos dada por los trabajos normales de la producción capitalista. Como hemos visto en Capítulo 5, la propiedad del capital sobre los productos del trabajo social sirve para ocultar del trabajador manual e intelectual su unidad como miembros diversos del trabajador colectivo. En forma similar, apuntamos en el Capítulo 7 que la misma lucha en donde el trabajador “mide sus demandas contra la ganancia del capitalista y demanda una cierta porción del plusvalor creado por él” tiende a la reproducción del concepto del capital del trabajo productivo y a el mantenimiento de la separación entre quienes trabajan para el capital y quienes constituyen los otros miembros del trabajador colectivo. Así la unidad de los trabajadores que es una condición para ir más allá del capital es precisamente lo que no es producido por el capital.

En pocas palabras, el capital tiende a producir la clase obrera que necesita: ese conjunto de asalariados que considera sus exigencias “como leyes naturales auto-evidentes”. Sin embargo, el quebrantamiento de la resistencia al dominio del capital y la separación de los obreros sucede no sólo porque el mismo capital produce a los obreros que lo enfrentan. El capital confronta a trabajadores que han sido producidos por fuera de su relación con el capital, y eso *también* contribuye a la educación, tradición y hábitos que hacen aparecer las exigencias del capital como auto-evidentes. “*Todas las relaciones y funciones humanas,*” en resumen, “*influyen la producción material y tienen una influencia más o menos decisiva en ella.*” De este modo, basándose en este mismo punto de Marx, Wilhem Reich enfatizó la relación entre el patriarcado y la aceptación del domino del estado autoritario y el capital:

La posición autoritaria del padre refleja su rol político y descubre la relación de la familia con el estado autoritario. En el seno de la familia el padre mantiene la misma posición que su patrón hacia él en el proceso de producción. Y él reproduce su servil actitud hacia la autoridad en sus hijos, particularmente en los varones (Reich, 1976: 49, 14-5).

El capital es fortalecido de muchas maneras por la producción de trabajadores como obreros no asalariados. Hemos visto que una condición de existencia del capital es su habilidad para dividir y separar a los trabajadores. Sin embargo, el mismo proceso por el que los trabajadores son producidos por fuera de su relación con el capital asegura que ellos consideren al capital como seres humanos heterogéneos; es decir, como asalariados que *ya están divididos* por (entre otros aspectos), el sexo, la edad, la raza y la nacionalidad. Esto hace algo más que sumarse a las dificultades en unir a los trabajadores: le suministra un terreno donde el capital puede *usar* esas diferencias.

Consideremos el caso de los trabajadores irlandeses. Su patrón de necesidades históricamente dado significaba que ellos estaban preparados para trabajar por salarios más bajos que aquellos a los que estaban acostumbrados los trabajadores ingleses. La tendencia era a bajar los salarios de los últimos; y el resultado, como lo vio Marx, era el fortalecimiento del dominio del capital. Había *mucho más*, sin embargo, que una competencia general entre obreros que los debilitaba en relación al capital:

Ahora cada centro industrial y comercial en Inglaterra posee una clase obrera *dividida* en dos campos *hostiles*, proletarios ingleses y proletarios irlandeses. El trabajador inglés común odia al irlandés como un competidor que rebaja su nivel de vida. En relación al trabajador irlandés, se siente un miembro de la nación *dominante* y así se convierte en una herramienta de los aristócratas y capitalistas de su país *contra* Irlanda, fortaleciendo así su dominación sobre *si mismo*. Aprecia los



prejuicios religiosos, sociales y nacionales contra el trabajador irlandés... El irlandés le paga con intereses en su misma moneda. Él ve en el trabajador inglés al mismo tiempo el cómplice y la herramienta estúpida del *dominio inglés en Irlanda*.

Por eso, no había simplemente la división entre vendedores de fuerza de trabajo competidores sino un “*antagonismo*” que extraía sus fuerzas de todas esas características (por ejemplo, religiosas, sociales y nacionales) que formaban a los trabajadores irlandeses e ingleses como seres humanos diferentes. *La diferencia se convirtió, bajo las condiciones normales del capitalismo, en hostilidad*. En este antagonismo, Marx vio “el *secreto de la impotencia de la clase obrera inglesa*, a pesar de su organización. Es el secreto por el que la clase capitalista mantiene su poder. Y esa clase es totalmente consciente de ello.”<sup>88</sup>

Cuando se recuerda, sin embargo, todas las formas en las que se refuerza la hegemonía del capital, es incierto que esta separación particular de los trabajadores *por sí misma* pueda ser vista como el “secreto” singular por el que el capital mantiene su poder. Y esa es la cuestión que se destaca cuando consideramos a los trabajadores como el sujeto y nos desplazamos del concepto de un asalariado abstracto. Una vez que pensamos sobre cómo son producidos los trabajadores que enfrentan al capital, sobre los trabajadores en toda su singularidad, la cuestión ante nosotros es: *¿porqué Marx pensó alguna vez que los trabajadores podrían ir más allá del capital?*

---

<sup>88</sup> Marx a S. Meyer y A. Vogt, 9 de abril de 1870 (Marx y Engels, n. d.: 334). A su vez, como Marx había señalado durante la Guerra Civil en los EE. UU., “El irlandés ve al negro como un peligroso competidor” (Marx y Engels, 1984: 264).

## Capítulo 9. ¿más allá de El Capital?

Pues Marx fue ante todo un revolucionario. Su misión Real en la vida fue contribuir de una manera u otra, al Derrocamiento de la sociedad capitalista y de las Instituciones estatales que trajo a la vida, contribuir A la liberación de el proletariado moderno, al que *él* Fue el primero en hacer consciente de su propia Posición y sus necesidades, consciente de las Condiciones de su emancipación.  
(Engels 1883: 682)

### XXVII. *La primacía de las necesidades*

Hay una historia familiar narrada por algunos Marxistas: el capitalismo llegará a un fin cuando ya no permita más el desarrollo de las fuerzas productivas. Tal como fue descripto por G. A. Cohen en su libro, *Karl Marx's Theory of History: A Defense*, la tesis de “la primacía de las fuerzas productivas” sugiere que el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas explica la existencia de un conjunto de relaciones productivas, y que un nuevo conjunto de relaciones de producción surge cuando el viejo conjunto “traba” las fuerzas productivas (Cohen, 1978).

El “Prefacio” de Marx de 1859 a la *Contribución a la Crítica de la Economía Política* es la fuente clásica de esta tesis:

En cierto estadio de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en conflicto con las relaciones de producción existentes... De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en sus grilletes. Entonces comienza una era de revolución social... Ninguna formación social es destruida antes de que las fuerzas productivas para las que es suficiente se han desarrollado, y nuevas y superiores relaciones de producción jamás reemplazan a las viejas antes de que las condiciones materiales para su existencia han madurado en el seno de la vieja sociedad (Marx, 1859: 263).

Ciertamente, se trata de una declaración clara y poderosa. *Pero ¿cómo podría negarse que esta tesis permite una interpretación muy conservadora; un Marx de los conservadores como el imaginado por Schumpeter (1950: 58)?* En este esquema, ¿cómo explicamos la prolongada existencia del capitalismo? Cohen razona que de esta tesis se desprende que el capitalismo “persiste porque y mientras es óptimo para el desarrollo ulterior del poder productivo y ...es óptimo para el desarrollo del poder productivo” (Cohen, 1978: 175). En resumen, hay una respuesta muy simple para esas “anomalías” señaladas en el Capítulo 2 que “enfrentan al marxismo como su refutación”: el capitalismo *todavía* no llegó al punto en el que sus relaciones de producción están aprisionando el desarrollo de las fuerzas productivas. Iremos más allá del

capital solo cuando ya no es más “óptimo,” solo cuando las fuerzas productivas han sido desarrollado hasta el punto en que superan su cáscara capitalista.<sup>89</sup> Para Marx, según Cohen (1978: 150), la revolución:

Tiene lugar porque la expansión de la fuerza productiva ha sido bloqueada, y la revolución le permitirá avanzar de nuevo. La función del cambio social revolucionario es destrabar las fuerzas productivas.

Y este momento llegaría seguro, sugiere Cohen, porque Marx pensaba “que la tecnología avanzada *no sólo era necesaria sino también suficiente* para el socialismo, y que el capitalismo generaría seguramente esa tecnología” (Cohen, 1978: 206. El subrayado es nuestro).

¿Qué ofrece este marxismo a todos quienes rechazan al capitalismo? *Esperar*. Esperar hasta que se desinfe el capitalismo. Por cierto, ¡quienes aceleren el desarrollo de las fuerzas productivas parecerían ser los verdaderos revolucionarios, los agentes que generan esa “tecnología avanzada”! Sin embargo, este “marxismo conservador” difiere en forma muy significativa del que Marx y el marxismo esbozaron en este libro. Por ejemplo, ¿en qué lugar de estas tesis de la primacía de las fuerzas productivas están el efecto de la lucha de clases sobre el curso y la naturaleza del desarrollo de dichas fuerzas en el capitalismo? Como indica la “Tesis de desarrollo” asociada de Cohen (“Las fuerzas productivas tienden a desarrollarse a través de la historia”) la sugerencia es que las fuerzas productivas se desarrollan *autónomamente* (Cohen, 1978: 134). Además, ¿cómo podemos decir que el capitalismo es óptimo para el desarrollo de las fuerzas productivas cuando sabemos cuán importante es para el capital poder separar a los trabajadores, es decir, que el objetivo del capital es la valorización antes que la eficiencia como tal?

Después de todo, no podemos olvidar una premisa central del marxismo: todo desarrollo de las fuerzas productivas ocurre dentro y a través de un conjunto específico de relaciones sociales.<sup>90</sup> Entonces, toda sugerencia de un desarrollo autónomo de las fuerzas productivas o la neutralidad de la tecnología (como se señaló en el capítulo 7) es un economismo opuesto a la importancia que Marx atribuía a las relaciones productivas. Sin embargo, subrayar simplemente las relaciones productivas no alteraría el argumento central de estas tesis de la primacía de las fuerzas productivas: que en cierta etapa las relaciones de producción específicas se convierten en trabas a las fuerzas productivas y que esto conduce al reemplazo de las primeras.<sup>91</sup>

Pero ¿qué es lo que determina esa “cierta etapa”? Pero en esta formulación hay otra desaparición, más problemática que la desatención de las relaciones productivas: la de los seres humanos como sujetos. Como aduce Cohen en su “defensa” de la teoría marxiana de la historia, desde esta perspectiva el curso de la historia “no está sujeto a la voluntad humana” (Cohen, 1978: 148). Por ello la explicación fundamental del desarrollo histórico se deduce del progreso (o no) de las fuerzas productivas. ¿Y los seres humanos?

---

<sup>89</sup> La tesis de la primacía de las fuerzas productivas también pueden producir la deducción conservadora de que el rechazo del “socialismo realmente existente” en el siglo pasado es prueba de que el socialismo por su propia naturaleza aprisiona el desarrollo de las fuerzas productivas. Sin embargo, ver Lebowitz (1991).

<sup>90</sup> “obviamente, el hombre no es libre de elegir *sus fuerzas productivas*, sobre la que se basa toda su historia, pues cada fuerza productiva es una fuerza adquirida, el producto de una actividad previa. Por esto las fuerzas productivas son el resultado de la energía práctica del hombre, pero esa energía es a su vez circunscripta por las condiciones en las que el hombre está puesto por las fuerzas productivas ya adquiridas, por la forma de la sociedad que existe antes de él, que él no crea, que son el producto de la generación precedente.” Marx a P. V. Annenkov, 28 de diciembre de 1846 (Marx y Engels, 1982: 96)

<sup>91</sup> Cohen (1978: 165) está dispuesto a aceptar la influencia condicionante de las relaciones de producción como una “salvedad” de sus tesis sobre la primacía.

Son meros sirvientes de las “Tesis del Desarrollo”. En pocas palabras, todo impulso y dinámica parece surgir de categorías abstractas; confirmando la observación de Gramsci de “que tratando de ser ultra-materialista se cae en una forma barroca de idealismo abstracto” (Gramsci, 1971: 467). *La consistencia de la tesis de la primacía de las fuerzas productivas con el marxismo unilateral que se deduce de la desatención que El Capital hace del trabajador como sujeto es evidente.*

¿Porqué el encadenamiento de las fuerzas productivas por las relaciones capitalistas de producción conducen al reemplazo de las últimas? No es porque estas relaciones se hacen a un lado tímidamente para permitir que comience la nueva era. El argumento implícito es que la gente *reconoce* la inadecuación de las relaciones capitalistas y proceden a eliminarlas. Sin embargo, ¿inadecuadas con respecto a qué? Presumiblemente, con respecto a la satisfacción de sus necesidades como seres humanos desarrollados socialmente.

En consecuencia, consideremos una tesis alternativa: que son las necesidades de seres humanos desarrollados socialmente (es decir, personas desarrolladas en sociedades particulares) las que son centrales en la determinación del curso de cambio histórico. Seres humanos determinados desarrollan sus fuerzas productivas y cambian sus relaciones de producción, y lo hacen a los efectos de satisfacer sus necesidades. En esta formulación alternativa de la teoría marxiana de la historia (*la primacía de las necesidades*), el cambio social sucede cuando la estructura existente de la sociedad ya no satisface las necesidades de las personas formadas en esa sociedad; sucede cuando las relaciones de producción impiden el desarrollo de las fuerzas productivas *de la manera que se conforma a las necesidades particulares de seres humanos determinados*. En el capitalismo, en consecuencia, el deber que impulsa mas allá del capital es “la propia necesidad del trabajador por su desarrollo.”

Parece tan obvio. Más aún, será rápidamente reconocido que esta alternativa siempre estuvo implícita en la tesis de la primacía de las fuerzas productivas. Por cierto, la tesis de la primacía de las necesidades es simplemente el Prefacio del 59 con una cara humana. Pero la restauración de los seres humanos al “centro” implica algo más que agregar algunas frases.

La tesis de la primacía de las necesidades, por ejemplo, enfatiza no solo la tendencia del capital a trabar las fuerzas productivas sino también su permanente generación de nuevas necesidades sociales de mercancías, la producción de nuevos eslabones en la cadena dorada que ata a los trabajadores al capital. Por ello no es difícil concebir dos sociedades con tasas equivalentes de desarrollo de fuerzas productivas pero que difieren significativamente con respecto a las generación de necesidades; con el resultado de que la creciente pauperización en una (pero no en la otra) pone en cuestión la conveniencia de sus relaciones de producción. La tesis de la primacía de las necesidades, por cierto, nos permite formular una pregunta lógicamente fuera de los límites de la tesis de la primacía de las fuerzas productivas: ¿es el dilema particular del capitalismo su tendencia intrínseca a generar *demasiadas y demasiado rápidamente* nuevas necesidades de mercancías?<sup>92</sup>

Una vez que ponemos en centro en los seres humanos y sus necesidades, la escena es ocupada por el concepto de pauperización levantado en el Capítulo 3: la brecha entre las necesidades desarrolladas socialmente y las que son normalmente satisfechas. Este es el contexto en el que hay que considerar la cuestión de la tendencia del capital a demorar el desarrollo de la productividad. Subyaciendo la lucha del trabajador por salarios más altos hay un conjunto de necesidades que excede el patrón existente de necesidades. Sin embargo, hay un “límite capitalista” a la capacidad de los trabajadores de satisfacer sus necesidades de mercancías: los salarios reales no pueden ser incrementados en la medida en que pudiera

---

<sup>92</sup> En este sentido, la tesis de la primacía de las necesidades es más adecuado para la proposición de Cohen en otro lugar que una “Contradicción Distintiva del Capitalismo Avanzado” es “que aún cuando o cuando se vuelve posible y deseable reducir o transformar actividad indeseable, el capitalismo continúa más bien promoviendo el consumo, y en consecuencia funciona irracionalmente en el sentido de que la estructura de la economía trabaja en contra del uso óptimo de su capacidad productiva” (Cohen, 1978: 302, 310).

refrenar la capacidad del capital por su auto-valorización. “En consecuencia el crecimiento de los salarios está confinado dentro de límites que no sólo dejan intactos los fundamentos del sistema capitalista, sin que también aseguran su reproducción en una escala ampliada” (Marx, 1977: 771). Como indicamos en el capítulo 6, solo la productividad incrementada altera esos límites, permitiendo a los trabajadores satisfacer más de sus necesidades sin reducir la tasa de plusvalor. Ello implica entonces que el capitalismo debe desarrollar las fuerzas productivas o enfrentar a los trabajadores que está insatisfechos.

Por supuesto, como hemos visto en el capítulo 1, el capitalismo “contiene en sí una barrera al libre desarrollo de las fuerzas productivas” (Marx, 1968: 528). En el mismo proceso de desarrollar las fuerzas productivas e incrementar la tasa del plusvalor, el mismo capital restringe las posibilidades de realizar el plusvalor (*cf* Lebowitz, 1982b, 1976b). precisamente porque el consumo de la masa de productores “no crece en forma proporcional con la productividad del trabajo,” Marx arguyó que hay una tendencia a la crisis de sobreproducción (Marx, 1968: 468). Sin embargo, reconoció que tales crisis no son permanentes; su efecto es “restablecer el equilibrio perturbado;” (Marx, 1981b: 357; 1973: 446).<sup>93</sup>

La dificultad en realizar el plusvalor no es la única barrera que enfrenta el capital. Una vez establecido sobre sus propias bases, Marx apuntó que el capitalismo adquiere “una capacidad de expansión repentina a pasos agigantados, que surge sin otras barreras que las levantadas por la disponibilidad de materias primas y el nivel de las ventas” (Marx, 1977: 579). Por ello, el capital está sujeto no sólo a las barreras inherentes a su propia naturaleza sino también a las que son comunes a todas las formas de producción. La barrera en este caso, la naturaleza, como una forma específica capitalista, dado que la producción de productos vegetales y animales está sujeta a ciertas leyes orgánicas que implican los períodos de tiempo naturalmente determinados,” en los períodos de expansión “la demanda de estas materias primas crece más rápidamente que su oferta, y en consecuencia el precio sube” (Marx, 1981b: 213-4). En igualdad de condiciones, esta subproducción de materias primas crea una caída en la tasa de ganancia: “la tasa de ganancia cae o sube en dirección opuesta al precio de la materia prima” (Marx, 1981b: 201, 206). “Cuanto más se desarrolla la producción capitalista,” observó Marx, más probable son “las fluctuaciones violentas en los precios” que “conducen a interrupciones, importantes vuelcos y aún catástrofes en el proceso de reproducción” (Marx, 1981b: 213-4).<sup>94</sup>

Sin embargo, estas crisis contienen en su seno los medios por los que el capital puede trascender sus barreras; en este caso, estimulando la expansión de la producción de materias primas (Marx, 1981b: 214). Las crisis *en el interior* del capitalismo no deberían ser confundidas con las crisis *del* capitalismo; las primeras impulsan al capital hacia delante (como apuntamos en el capítulo 1) y son parte del proceso de desarrollo del capital. Sin embargo, no deberíamos excluir la posibilidad de que un freno al desarrollo de las fuerzas productivas puede ser el resultado de un Límite antes que una Barrera. Mientras la naturaleza es para el capital una barrera “general” (más bien que una específica para la esencia del capital), el capital no enfrenta una naturaleza abstracta, sino una ya conformada por el capital. En tanto en que la naturaleza (como el trabajador) sólo es un *medio* para el capital, enfrenta el mismo destino que los trabajadores en manos del mismo:

---

<sup>93</sup> Recordemos la discusión sobre Barreras y Límites en el capítulo 1.

<sup>94</sup> Para una discusión de la distinción entre la barrera específica del capital y las barreras generales; así como para un razonamiento de que la base para la discusión de la “tasa decreciente de la ganancia” de Marx es el atraso relativo de la productividad en la producción de los medios de producción (y puede ser rastreada finalmente en la naturaleza), ver Lebowitz (1982b).

*Après moi le deluge!* es la consigna de cada capitalista y de cada nación capitalista. En consecuencia el capital no tiene en cuenta la salud y la extensión de vida del trabajador, a menos que la sociedad lo fuerce a hacerlo (Marx, 1977: 381).

Para Marx la tendencia del capital a destruir la naturaleza era muy clara. Por cierto, sugirió que “todo el espíritu de la producción capitalista, que está orientado hacia la ganancia monetaria más inmediata, se encuentra en contradicción con la agricultura, que debe preocuparse de toda la gama de condiciones permanentes de la vida exigidas por la cadena de las generaciones humanas” (Marx, 1981b: 754n). Más que “un tratamiento consciente y racional de la tierra como propiedad comunal permanente, como la condición inalienable para la existencia y reproducción de la cadena de generaciones humanas, tenemos la explotación y el despilfarro de las fuerzas de la tierra...” (Marx, 1981b: 949). En consecuencia, en la medida en que la naturaleza es simplemente un medio para la producción de plusvalor, Marx planteó que “todo progreso en la agricultura capitalista es un progreso en el arte, no solo de robar al trabajador, sino de robar al suelo; todo progreso en incrementar la fertilidad del suelo por un tiempo dado es un progreso hacia la ruina de los recursos más duraderos de esa fertilidad” (Marx, 1977: 638).

Aquí tenemos una clara afirmación de lo que James O'Connor describió como la tendencia intrínseca del capital no solamente a frenar el crecimiento de la productividad sino a *dañar* sus condiciones de producción.<sup>95</sup> “Tratada correctamente,” la tierra mejora continuamente y puede ser legada en un estado mejorado a las siguientes generaciones; sin embargo, “una agricultura genuinamente racional” y la administración de los bosques “en el interés común” son inconsistentes con “todo el espíritu de la producción capitalista” (Marx, 1981b): 916, 911, 754,-55n).<sup>96</sup> Como concluyó Marx, “la producción capitalista, en consecuencia, solo desarrolla la técnica y el grado de combinación del proceso social de producción socavando simultáneamente las fuentes originales de toda riqueza: el suelo y el trabajador” (Marx, 1977: 638).

Una vez que reconocemos que la naturaleza es una fuente de riqueza y que los trabajadores como seres humanos tienen necesidades de valores de uso que *no* toman una forma-mercancía, ya no podemos más medir la pauperización únicamente a lo largo de la escala unidimensional de las necesidades sociales y las imprescindibles de mercancías. Por ello, todo trabajador cuya jerarquía de necesidades incluye valores de uso (por ejemplo, aire fresco y luz solar) que suple la naturaleza será pauperizado por la destrucción del medio ambiente natural. Consecuentemente, restringiendo la producción a solo lo que es lucrativo (una característica exclusiva revelada dramáticamente en las crisis de sobre-producción) y también deteriorando las condiciones naturales de producción, el capital frena la satisfacción de las necesidades de los trabajadores.

La tesis de la primacía de las necesidades sugiere que como resultado de la pauperización de los trabajadores hay un punto en el que el capital será reconocido como ya no más compatible con el deber del trabajador, la propia necesidad del trabajador de su propio desarrollo. A diferencia de la tesis de la primacía de las fuerzas productivas, aquella reconoce la importancia de las necesidades obreras (y de este modo apunta explícitamente a la importancia de luchar para satisfacer esas necesidades). Cuanto mayor es la pauperización de los trabajadores, mayor será su insatisfacción, y mayores las probabilidades de que los trabajadores optarán por ir más allá del capital. La tesis de la primacía de las necesidades sugeriría que la creciente pauperización es suficiente para explicar la trascendencia del capital como un mediador para los

---

<sup>95</sup> Ver la importante investigación de James O'Connor sobre el concepto de “marxismo ecológico” (O'Connor, 1988).

<sup>96</sup> Ver la excelente discusión de John Bellamy Foster sobre la sensibilidad de Marx hacia la relación metabólica entre los seres humanos y la tierra en Foster (2000: 141-77).

trabajadores. Sin embargo, esa es precisamente la tesis que no podemos aceptar como la posición de Marx.

## XXVIII. *Productos del capital*

Después de todo, no son seres humanos abstractos los que son pauperizados. El reconocimiento de que el capital no es compatible con la propia necesidad de desarrollo del trabajador es hecho por sujetos específicos, y de ningún modo es un proceso automático.

Veamos el razonamiento de Marx sobre las crisis generadas por la sobre-producción. Lo que es exclusivo de tales eventos es que la tendencia del capital a restringir la producción (que siempre está presente pero oculta) puede ser vista claramente. En esas ocasiones periódicas cuando “demasiada riqueza es producida en sus formas capitalista, antagónica,” “se evidencian” las barreras a la producción capitalista. Podemos entonces *ver* que la tasa de ganancia “determina la expansión o la contracción de la producción, en lugar de la proporción entre la producción y las necesidades sociales, las necesidades de los seres humanos desarrollados.” Aún cuando la producción *aparenta* ser incontrolable, desde la perspectiva de las necesidades de los seres humanos es completamente inadecuada. Pero cuando ocurre la crisis, la barrera “surge en la superficie”. Es posible *entonces* ver que la “producción se paraliza no en el punto en que las necesidades son satisfechas, sino más bien donde la producción y realización de la ganancia lo impone.” (Marx, 1981b: 367).

Antes que la fuente de un “fracaso” del capitalismo, desde esta perspectiva las crisis representan un punto en el que la barrera específica del capital al “desarrollo de las fuerzas de producción, la expansión de las necesidades, el desarrollo multilateral de la producción, y la explotación e intercambio de fuerzas naturales y mentales llega a la superficie *y permite que el mismo capital sea reconocido como la barrera real*. (Marx, 1973: 410). Las crisis –tanto las que son el resultado del deterioro de las condiciones naturales por parte del capital como las que reflejan la sobre-producción- simplemente ofrecen una oportunidad para identificar la esencia del capital. Como comentó Gramsci (1971:184):

Puede descartarse que las crisis económicas inmediatas por sí mismas producen eventos históricos fundamentales; sólo pueden crear un terreno más favorable para la diseminación de ciertas formas de pensar, y ciertas maneras de plantear y resolver cuestiones que implican todo el desarrollo subsiguiente de la vida nacional.

Por ello, la pauperización de los asalariados (es decir, la restricción de las fuerzas productivas) por el capital *¡en sí* no apunta más allá del capital! Como hemos visto, la pauperización es una característica intrínseca del capitalismo; su existencia no es contingente. Ni hay allí ninguna razón para suponer que hay un valor crítico para el grado de pauperización más allá del cual comienza una era de revolución social.

Después de todo, el reconocimiento de que el capital es “la barrera real” es una que debe ser hecha por sujetos específicos: los trabajadores descritos en el capítulo 8. Dada su gran heterogeneidad y su conciencia de dependencia del capital, ¿es probable que estos seres humanos definidos identificarán al capital como la fuente de la pauperización? En resumen, ¿qué asegura que las barreras capitalistas a la satisfacción de las necesidades (aún cuando aparecen en la superficie) será percibida como tales y como una razón para ir más allá del capital?

Aquí hay un problema central con la tesis de la primacía de las necesidades tal como hemos lo afirmado. *Más que apuntar más allá del capital, la incapacidad de satisfacer sus necesidades en sí conduce a los trabajadores no más allá del capital sino a la lucha de clases dentro del capitalismo*. La pauperización de los trabajadores respecto de las exigencias de mercancías que el capital crea no apunta por ejemplo a la incapacidad de las relaciones capitalistas de producción; más bien, genera inmediatamente la demanda de más altos salarios. Cada nivel salarial particular aparece como una barrera a la satisfacción

de las necesidades, una barrera que debe ser trascendida cuantitativamente; y si el trabajo asalariado puede ser conducido más allá de dicha barrera, se encuentra enfrentado por un nuevo nivel superior de necesidades (la base de “el poder contemporáneo del capital”). En pocas palabras, el trabajador puede trascender las barreras particulares a la satisfacción de sus necesidades pero no la existencia de una barrera como tal. La “barrera real” del trabajo asalariado es el mismo trabajo asalariado; *pero esto no es aparente como tal*.

En forma similar, en la lucha por las condiciones de trabajo o por la extensión de la jornada laboral, el impulso inmediato de los trabajadores es luchar en el capitalismo para satisfacer sus necesidades. El punto también puede ser extendido a otras cuestiones: mientras se reconoce la tendencia del capital a socavar “las fuentes originales de toda riqueza: el suelo y el trabajador” o convertir sus diferencias sexuales, raciales o étnicas en antagonismos para dividirlos, ¿porqué no deberían los trabajadores simplemente ver la necesidad (como en el caso de la limitación de la jornada laboral) de que el capital debe ser *forzado* por la “sociedad” a tener en cuenta aquello que de otro modo no lo tendría? ¿Por qué no deberían intentar usar al Estado como “su propia institución” en el capitalismo? *En resumen, ¿porqué ir más allá del capital? ¿Porqué no el capitalismo con un rostro humano, un capitalismo humanizado por las luchas de los trabajadores?*

Una vez que reconocemos al capitalismo no sólo como C – TA – C sino también como TA – C – TA, entonces está claro que dentro de esta relación el capital aparece como el mediador *necesario* del trabajo asalariado. (Esta comprensión se desprende fácilmente desde una consideración del lado del capitalismo no desarrollada en *El capital*). Como hemos visto, también, este sentimiento de dependencia social respecto del capital se reproduce espontáneamente. En tanto continúe la inversión del sujeto y el objeto por la cual todos los atributos de los trabajadores parecen ser los atributos del capital, no hay bases para el salto crítico desde el trabajo asalariado como una fuerza que lucha contra el capital (pero que sólo puede existir como tal *dentro* del capital), a un trabajo asalariado que reconoce la necesidad de abolir el capital. En consecuencia, no importa cómo sea la importancia de la crisis o la brecha de pauperización, “la dependencia social del trabajador respecto del capitalista, que es indispensable, es asegurada” (Marx 1977: 935).

En tanto el capital aparece como productivo, las luchas de los trabajadores no ocurren fuera de los límites de la relación. O dicho más familiarmente, el capital produce espontáneamente “una conciencia sindicalista”, pero no una conciencia que llegue a más allá de la relación capital/trabajo asalariado. Este fue precisamente el argumento utilizado por Lenin (1967: 122):

La historia de todos los países demuestra que la clase obrera, exclusivamente por su propio esfuerzo, sólo es capaz de desarrollar conciencia sindicalista, es decir, la convicción de que es necesario organizarse en sindicatos, luchar contra los empleadores, y lucha por obligar al gobierno a aprobar la necesaria legislación laboral, etc.

Ese es el resultado necesario del funcionamiento dentro de los límites de una relación en la que (como apuntamos en el capítulo 4):

*Si el capital no va a través de su circuito, el trabajador no puede hacerlo por el suyo; si el trabajador no puede ir a través de su circuito, el capital no puede avanzar por el suyo. La reproducción del capital exige la reproducción del trabajo asalariado como tal; la reproducción del trabajo asalariado tal como lo exige la reproducción del capital.*



Si no hay una comprensión de la naturaleza del capital, lo que es específico de él aparece necesariamente como una condición natural, independiente de toda relación particular de producción. Por ejemplo, la degradación del trabajador descrita por Marx aparece como el resultado de la producción industrial *como tal* antes que como el producto del modo específicamente capitalista de producción que surge de las relaciones en las que los seres humanos son simples medios para el capital. Análogamente, cuando suben a la superficie las barreras específicas del capital, ¡aparecen necesariamente como barreras intrínsecas en la producción *en general*! De este modo, una crisis relacionada a la destrucción del medio ambiente se presenta como una crisis de la “economía” (como quizás, por cierto, el resultado de “demasiado consumo” por los trabajadores) antes que como algo inherente en “el íntegro espíritu de la producción capitalista.” Cuando la naturaleza específica de la crisis capitalista no es reconocida, esto sugiere la necesidad no de ir más allá del capital, sino antes bien, la necesidad del “sacrificio”, por todos.

Para Marx, el Límite que hace finito al capital es la clase obrera. Esto y sólo esto transforma una crisis en el interior del capitalismo en una crisis *del* capitalismo. Sin embargo, el capital produce al trabajador que necesita, trabajadores que consideran que la necesidad del capital es algo auto-evidente. Una vez que reconocemos la importancia de la mistificación del capital, no podemos aceptar la idea de que el capitalismo persiste porque es “óptimo”. *Esta es una distorsión total de la comprensión de Marx del capitalismo, no importa cuán rigurosamente haya sido presentada dicha idea.* El capitalismo puede ser sub-óptimo y persiste precisamente porque:

El avance de la producción capitalista desarrolla una clase obrera que por educación, tradición y hábitos considera las exigencias de ese modo de producción como leyes naturales auto-evidentes. La organización del proceso capitalista de producción, una vez que está totalmente desarrollado, quiebra toda resistencia (Marx, 1977: 899).

Por cierto, continuó Marx:

En el correr ordinario de las cosas, el trabajador puede ser dejado a las “leyes naturales de la producción”, es decir, es posible valerse de su dependencia del capital, que se desprende de las mismas condiciones de producción, y es garantizada a perpetuidad por ellas (Marx, 1977: 899).

¿Garantizada *a perpetuidad*? Marx ha descrito aquí al capitalismo como un sistema orgánico, que produce todas sus premisas, incluyendo su clase obrera, en su forma necesaria:

Mientras en el sistema burgués consumado, cada relación económica presupone a la otra en su forma

económica burguesa, y todo lo postulado es así también una presuposición, este es el caso con todo sistema orgánico (Marx, 1973: 278).

## XXIX. *La necesidad de la teoría*

En última instancia, lo que todas las tesis deterministas tienen en común es que no pueden explicar porqué, si la trascendencia del capital es sólo una cuestión de “alta tecnología” o del crecimiento de pauperización, Marx consideró necesario “sacrificar mi salud, felicidad y familia” para completar el primer tomo de *El capital* (Marx y Engels, 1987b: 366).

Como apuntó Lukács (1972: 208), “la historia es lo menos automática cuando lo que está en juego es la conciencia del proletariado.” Y eso es precisamente lo que está en juego ahora. Como propietario de los productos del trabajo y como mediador entre las necesidades del obrero y su trabajo, el poder del capital

no es el poder de este o aquel capitalista sino más bien es el del capital de conjunto. Ese poder, como hemos visto en el capítulo 5, aparece como la impotencia del trabajador frente a un mundo con sus propias leyes exteriores e independientes de él.

Para desafiar el dominio del capital, es necesario desafiar su propiedad de los productos del trabajo, que subyace a su poder como mediador en el mercado de trabajo y la esfera de producción. Sin embargo, puesto que “el desarrollo de las fuerzas productivas *sociales* del trabajo y las condiciones de ese desarrollo vienen a aparecer como el *logro del capital*,” nada parece más natural que la justicia y la optimización de la propiedad capitalista. Dada la mistificación inherente del capital, *la demistificación* es por lo tanto una condición de los obreros para ir más allá del capital.

*Por esta misma razón, Marx consideró esencial revelar la naturaleza del capital, revelar lo que no puede aparecer en la superficie: que el capital mismo es el resultado de la explotación.* Es “un enorme avance en la conciencia,” sugirió, cuando el proletariado reconoce al capital como su propio producto. Ese “reconocimiento de los productos como suyos propios, y el razonamiento de que su separación de las condiciones de su realización es impropia, impuesta a la fuerza,” por cierto sería el “toque a difuntos” de la ruina del capital (Marx, 1973: 463).

La teoría es necesaria porque la trascendencia del capital exige que el capital sea comprendido como el resultado de la explotación. Como señaló Marx en el Discurso Inaugural de la Primera Internacional, los obreros pueden ser numerosos, pero sólo pueden triunfar “si están unidos por la organización y dirigidos por el saber” (Marx, 1864: 12). Le teoría ofrece ese saber; “se convierte en poder material tan pronto como se apodera de las masas” (Marx, 1843: 182). Por el otro lado, la incapacidad de combatir la mistificación del capital significa que las ideas burguesas existen como una fuerza material. Por ello, a pesar del grado de madurez en la lucha de clases y la organización de los sindicatos en Inglaterra, sin embargo Marx planteó en 1870 que faltaba un elemento importante:

Los ingleses tienen todo el *material* necesario para la revolución social. Lo que les falta es *el espíritu de generalización y el fervor revolucionario*. Solo el Consejo General [de la Primera Internacional] puede suministrarles esto, puede de este modo acelerar el movimiento verdaderamente revolucionario aquí, y en consecuencia, en *todas partes* (Marx, 1870: 402).

Engels hizo un comentario similar en su Prefacio de 1874 a *La guerra campesina en Alemania*, cuando comparó el “sentido de la teoría” entre los trabajadores alemanes con “la indiferencia hacia toda teoría que es una de las principales razones por las que el movimiento obrero inglés se arrastra tan lentamente a pesar de la espléndida organización de los sindicatos individuales” (Engels, 1956: 32-3). Sin embargo, ese sentido de la teoría de los obreros alemanes le daba esperanza:

Por primera vez, desde que ha existido un movimiento obrero, la lucha es dirigido de acuerdo a sus tres aspectos: el teórico, el político y el práctico-económico (resistencia a los capitalistas); armónica y en sus interconexiones, y en forma sistemática” (Engels, 1956: 33).

Por ello Engels reafirmó la necesidad de que la dirección del movimiento obrero “gane una lucidez aún más clara en todas las cuestiones teóricas” y que esta nueva comprensión se difunda entre las masas obreras (Engels, 1956: 34). Esta posición fue seguida por Lenin, quien argumentaba que la conciencia de clase podría ser “traída a los obreros *sólo desde afuera*, es decir, sólo desde afuera de la lucha económica, desde afuera de la esfera de las relaciones entre los obreros y sus empleadores” (Lenin: 1967: 163). Defendiendo su posición, citó el reconocimiento de Engels de “*no dos* formas de la gran lucha de la socialdemocracia (política y económica), como está de moda entre nosotros, *sino tres, poniendo la lucha teórica a la par de las otras dos*” (Lenin, 1967: 118).

*Pero ¿cuáles son las características de una teoría que revelará la naturaleza del capital?* Lo que se necesita *no* es una teoría *como tal*, sino una teoría *particular*! Para comprender las necesarias características de esa teoría, debemos entender precisamente la base de la mistificación del capital.

El capital no puede aparecer como el resultado de la explotación del trabajador porque la misma explotación no aparece en la compra y venta de la fuerza de trabajo. Esencialmente, “el salario del obrero aparece como el precio del trabajo, como una cierta cantidad de dinero que es pagada por una cierta cantidad de trabajo” (Marx, 1977: 675) Esa es la forma en que aparece ante el capitalista que compra sus necesidades para la producción, y esa es la forma en que aparece ante el trabajador como vendedor.

En lugar de suministrar esa cierta cantidad de trabajo (d) y ser pagado sólo el equivalente de su trabajo necesario (w), aparece que el trabajador es pagado por *todo* el trabajo realizado:

De este modo la forma-salario extingue todo rastro de la división del trabajo en trabajo necesario y plus trabajo, en trabajo pagado y trabajo impago. Todo trabajo aparece como trabajo pagado... (L)a relación dinero oculta el trabajo no compensado del asalariado.”

Obviamente, si la venta de fuerza de trabajo, esa característica distintiva del capitalismo, oculta en forma intrínseca a la explotación, entonces el capital no puede ser reconocido en el curso normal de las cosas como el resultado de la explotación. En consecuencia, en la medida en que necesariamente parece que el trabajador ha recibido un equivalente por el trabajo que realiza, hay la base para la mistificación total del capital:

Todas las nociones de justicia que tienen el obrero y el capitalista, todas las mistificaciones del modo

capitalista de producción, todas las ilusiones del capitalismo acerca de la libertad, todos los trucos apologeticos de la economía vulgar, tiene como base la forma de la apariencia discutida antes, que hace invisible a la relación real, y por cierto presenta ante el ojo lo opuesto precisamente de esa relación (Marx, 1977: 680).

En consecuencia, esa “relación real” que está oculta de la vista debe ser puesta al descubierto. “Las formas de apariencia son reproducidas directa y espontáneamente, como modos de pensamiento actuales y usuales; la relación esencial debe ser primero descubierta por la ciencia” (Marx, 1977: 682). Y eso significa la necesidad de demostrar que la relación entre capitalista y obrero *no* era lo que aparentaba ser: una transacción mercantil entre dos propietarios de mercancías.

Aunque el “intercambio entre el capital y el trabajo al principio se presenta ante nuestras percepciones exactamente de la misma forma como la venta y compra de todas las otras mercancías,” Marx argumentó que esta apariencia de intercambio entre capitalista y obrero solo era un intercambio *aparente*, “una simple apariencia que sólo pertenece al proceso de circulación.” Por cierto, era “una simple forma, que es extraña al contenido de la misma transacción, y simplemente la mistifica” (Marx, 1977: 681, 729-30).

¿Porqué estaba mal ver la relación de capitalista y obrero como una relación de intercambio mercantil? En ese intercambio, el centro está sobre transacciones independientes, aisladas; cada transacción es considerada separada de todas las otras, y presupuestas en que “sólo el comprador y el vendedor mutuamente independientes se enfrentan entre sí en la producción mercantil”:

Si, en consecuencia, la producción mercantil, o uno de sus procesos asociados, debe ser juzgada de acuerdo a sus propias leyes económicas, debemos considerar cada acto de intercambio por sí mismo,

aparte de toda conexión con el acto de intercambio precedente y el siguiente. Y puesto que las

ventas y compras son negociadas solamente entre individuos particulares, no es admisible buscar aquí relaciones entre las clases sociales como un todo (Marx, 1977: 733).

Sin embargo ese supuesto de la independencia de las transacciones y partes contratantes no puede ser aceptada. *¿De dónde viene el capital que enfrenta al trabajador en cada transacción individual?* Considerada en el contexto del intercambio mercantil, esta cuestión no podrá ser respondida *nunca*; el capital necesariamente aparece en cada transacción con cada obrero individual como una *premisa inexplicada*. En verdad, el capital enfrentado por cualquier trabajador individual sólo puede ser una premisa para ese trabajador, en lugar de ser el resultado de *su propia explotación*.<sup>97</sup>

Por esta razón, Marx argumentó que la forma de la relación como una relación mercantil necesariamente mistificaba su contenido real, la relación real entre el capitalista y el obrero:

La venta y compra constante de fuerza de trabajo es la forma; el contenido es la apropiación constante por el capitalista, sin equivalente, de una porción del trabajo de otros que ya ha sido objetivado, y su repetido intercambio de este trabajo por una cantidad mayor del trabajo vivo de otros” (Marx, 1977: 730).

Puesto que la relación real estaba velada por la mercancía y la forma-dinero, Marx sugirió la necesidad de considerar esta relación de un modo en absoluto aparente en la superficie. Cada transacción individual *tomada por sí misma* puede parecer justa y libre de toda mancha de explotación. Por cierto, cada asalariado parece necesariamente ganar como resultado de la transacción; (¡Cuánto mejor es vender fuerza de trabajo que no venderla; cuánto mejor es ser explotado que no serlo en absoluto!) . La forma superficial, destacó Marx, “simplemente asegura la perpetuación de la relación específica de dependencia, dotándola de la engañosa *ilusión* de una transacción, de un contrato entre *propietarios de mercancías* igualmente libres e igualmente parejos” (Marx, 1977: 1064).

No obstante, “la ilusión creada por la forma dinero se desvanece inmediatamente si en lugar de tomar un solo capitalista y un solo trabajador, tomamos a toda la clase capitalista y toda la clase obrera” (Marx, 1977: 713). Adquirimos una comprensión distinta si “contemplamos no al capitalista individual y al trabajador individual, sino a la clase capitalista y la clase obrera, no un proceso aislado de producción, sino la producción capitalista a todo ritmo, y en su real escala social” (Marx, 1977: 717).

*En resumen, para comprender la naturaleza del capital, Marx adoptó un punto de vista totalmente extraño a las mercancías: la consideración del capitalismo como una totalidad.* Sólo considerando a los trabajadores de conjunto y al capital de conjunto fue posible ir más allá de las ilusiones inherentes a las transacciones de capitalistas individuales y trabajadores individuales. Por cierto, la “cuestión aparece totalmente diferente”, subrayó:

Si consideramos la producción capitalista en el flujo ininterrumpido de su renovación, y si, en lugar del capitalista individual y el trabajador individual, los vemos en su totalidad, como la clase capitalista y la clase obrera confrontando entre sí. Pero al hacerlo así deberíamos estar aplicando patrones totalmente extraños a la producción mercantil (Marx, 1977: 732).

---

<sup>97</sup> Esta mistificación intrínseca, dado que los obreros existen como muchos, es especialmente importante en el contexto del capitalismo global..

Con el concepto de la reproducción (simple y ampliada) del capital de conjunto, fue posible demostrar para Marx que la fuente del capital que confronta a los obreros en cada transacción es el resultado de la explotación previa de los trabajadores. De este modo el capital ya no aparece como una premisa inexplicada, independiente de la explotación de los trabajadores. Visto “como una transacción entre la clase capitalista y la clase obrera”, no importa cuáles trabajadores individuales fueron explotados originalmente y cuáles están trabajando con nuevos medios de producción. “En cada caso, la clase obrera crea por el plus trabajo de un año el capital destinado a emplear trabajo adicional en el año siguiente” (Marx, 1977: 728-9).

Sin el concepto de un sistema de reproducción, las premisas quedan flotando en el aire. Los medios de producción aparecen como premisas aisladas para actos de producción separados. Aparecen como fuentes independientes de productividad; contra las que la contribución del trabajador individual que trabaja con esos medios parece relativamente insignificante. Desde aquí a la deducción de que quienes ponen estas diferentes fuentes de productividad en relación con trabajadores tienen derecho a un beneficio apropiado, hay un corto paso.

Considerando al capitalismo como una totalidad y a los obreros como un todo, los medios de producción son reconocidos como el producto de *otros* trabajadores, otros miembros del obrero colectivo. Si hay una productividad incrementada como resultado de la existencia de medios de producción particulares, no es entonces un poder oculto intrínseco a las cosas sino la actividad de los trabajadores que *produjeron* esos medios de producción lo que es central. *Más específicamente, esa productividad incrementada resulta (como discutimos en el capítulo 5) de la coordinación y cooperación del trabajo social.*

Entre la economía política del capital y la economía política de la clase obrera, hay un mundo de diferencia. El mismo argumento de que el capital toma los frutos de la cooperación en virtud de su capacidad para dividir y separar a los trabajadores ya presupone que podemos concebir a los trabajadores como un conjunto que puede ser dividido. La economía política de la clase obrera comienza desde el concepto del obrero colectivo, que implica una sociedad alternativa (“contrafactual”) en la que el capital ya no es más el mediador entre y sobre los trabajadores. Por el otro lado, para la economía política del capital, el punto de partida está compuesto por trabajadores individuales, separados, que son “reunidos” por el capital; para ella, todos los logros del trabajo combinados son las del capital, el mediador necesario.

Como bien lo comprendía Marx, no hay neutralidad en la teoría ni en el método. Considerando al capitalismo como una totalidad en la que todas las premisas son resultados del mismo sistema, Marx rompió dramáticamente con una teoría que se concentraba en el intercambio de mercancías, la ley de la oferta y la demanda y las transacciones mercantiles: los fenómenos que suministraban “‘el librecambista vulgaris’ con sus opiniones, sus conceptos y el patrón por el que juzga a la sociedad del capital y el trabajo asalariado” (Marx, 1977: 280). Por ello, cuando los auto-proclamados marxistas “analíticos” rechazaron el holismo metodológico de Marx por asumir “que hay entidades supra-individuales que son anteriores a los individuos en el orden explicatorio”, su afirmación de la identidad del individualismo metodológico y la buena ciencia fue simplemente la aceptación de la economía política en el camino hacia el completo rechazo de una perspectiva marxista (Lebowitz, 1988a).

*El método de Marx de considerar al capital y el trabajo asalariado como una totalidad (que ha servido de premisa para toda nuestra discusión) fue precisamente lo que se necesitaba para mostrar la naturaleza del capital como el resultado de la explotación. Como argumentó correctamente Lukacs, Marx suministró en El capital una teoría diferente para los obreros:*

La ciencia proletaria es revolucionaria no sólo en virtud de sus ideas revolucionarias que opone a la sociedad burguesa, sino sobre todo debido a su método. *La primacía de la categoría de totalidad es el portador del principio de la revolución en la ciencia.*

Para contrarrestar la mistificación inherente del capital hizo falta la teoría de *El capital*. Sin embargo, fue significativo que para este particular propósito sólo hace falta *El capital* y no los seis libros (o aún los primeros tres); por cierto, ¡sólo se necesita el Tomo I! Entonces, finalmente llegamos a una cuestión implícita desde el capítulo 3: *Si el libro sobre el trabajo asalariado es tan importante para la comprensión del capitalismo de conjunto, ¿porqué no lo escribió Marx?*

La respuesta es simple; pero primero debemos ser absolutamente claros en porqué Marx escribió *El capital* (y por cierto, el Tomo I, una y otra vez). Esta obra era el intento de Marx de hacer al proletariado “consciente de la condición de su emancipación,” consciente de la necesidad de abolir la propiedad del capital sobre los productos del trabajo; es decir, “inscribir en su bandera la consigna *revolucionaria*, ‘¡Abolición del sistema salarial!’ (Marx, 1865b): 149). Ese era un objeto limitado, pero sin embargo, crucial, dada la comprensión por Marx de la tendencia inherente en el capital a desarrollar una clase obrera que considera las exigencias del capital como “leyes naturales auto-evidentes”. Sin embargo, si no logramos reconocer ese limitado objeto, podemos comprender totalmente mal el lugar y la importancia de esta obra. *El capital no es simplemente un momento en la comprensión de la totalidad, del capitalismo de conjunto; es también un momento en la lucha revolucionaria de los trabajadores para ir más allá del capital.*

En este sentido, es esencial recordar el discurso de Engels ante la tumba de Marx. Señaló que Marx era un hombre, pero “antes que nada un revolucionario.” La crítica de que Marx simplemente reprodujo las insuficiencias de la economía política del capital es infundada. *El capital* de Marx es un estudio de la lógica del capital y eso es lo que *necesitaba* ser, dada la necesidad de explicar la naturaleza del capital. Para este fin, es necesaria también la abstracción de la heterogeneidad de los asalariados a los efectos de demostrar lo que todos los asalariados tienen en común. Comprendemos mejor a *El capital* de Marx entendiendo lo que *no* era. Su designio no era interpretar en forma diferente al capitalismo ni cambiarlo, antes bien, era dar a los trabajadores un arma con la que ir más allá de él.

Entonces, ¿porqué no se puso Marx a escribir el libro sobre el Trabajo Asalariado? La terminación de su proyecto epistemológico le interesaba menos que su proyecto revolucionario.

## Más allá de *El capital* – Michael Lebowitz

Trad.: Francisco T. Sobrino

### *Capítulo 10. de la economía política a la lucha de clases*

La coincidencia de la modificación de las circunstancias y de la actividad humana sólo puede concebirse y entenderse racionalmente como práctica revolucionaria. (Marx, 1845: 402)

El proyecto de Marx para demostrar que el capital es el resultado de la explotación era esencial precisamente debido a la mistificación inherente al capital, enraizada en la compra y venta de fuerza de trabajo. Si no se desmitifica al capital, no se puede ir más allá de él. Las crisis, el estancamiento, la destrucción del medio ambiente natural (de hecho, todos movimientos puramente económicos) no conducen más allá del capital porque mientras éste parezca necesario a los obreros, dependerán de él. La pasividad de los trabajadores y su corolario, la perdurabilidad del capitalismo, no podían ser consideradas anomalías por Marx al comprender que el propio capitalismo produce trabajadores que perciben sus exigencias “como leyes naturales superiores a su voluntad.” Antes que anomalías, éstas son la esencia del problema.

*El capital* es “la crítica implacable de todo lo existente”, la intención de “hacer al mundo consciente de su propia conciencia,” mostrar a la clase obrera las condiciones de su emancipación (Marx y Engels, 1975: 142, 144). Sin embargo, “el arma de la crítica,” como bien sabía, no es suficiente en sí misma. La teoría “se vuelve una fuerza material tan pronto es hecha suya por las masas.” Pero, ¿cuándo pasará esto? “La teoría”, reconoció (Marx, 1844a: 182-3), “sólo puede actuar en un persona en la medida en que ésta satisfaga las necesidades de esa persona.” Pero, ¿cómo hacen las necesidades teóricas de trabajadores asalariados abstractos e indiferenciados para convertirse en “necesidades prácticas inmediatas” de trabajadores conscientes de que *no* son idénticos entre sí? Para abreviar, ¿qué puede hacer de *El capital* un valor de uso para trabajadores mistificados, heterogéneos, dominados por el capital?

#### ***I. La lucha de clases como producción***

Consideremos qué produce el capital. No meramente mercancías o plusvalor sino “la propia relación del capital; de un lado el capitalista y del otro el obrero asalariado” (Marx, 1977: 724). Y, ese trabajador asalariado, como hemos visto, es socialmente dependiente del capital. En la medida en que el capital constantemente genera nuevas necesidades de mercancías enajenadas y reordena la jerarquía de necesidades de los trabajadores, produce trabajadores con las necesidades de poseer y de dinero. Esta generación de nuevas necesidades es “precisamente este lado de la relación capital/trabajo... sobre el que descansan no sólo la legitimidad histórica, sino también el actual poder del capital” (Marx, 1973: 287). En este sentido, el capital produce los trabajadores que necesita. Pero estos son un producto contradictorio.

Lo son porque son empobrecidos por el capital. Es por esto que los trabajadores constantemente intentan satisfacer una mayor cantidad de sus necesidades sociales. Las luchas contra el capital como mediador en el mercado de trabajo y en la producción -así como todas aquéllas en las que combaten políticamente contra la mediación del capital en la sociedad- son inherentes a la propia situación del trabajador asalariado. Esa es la posición inequívoca de Marx: *el capitalismo produce la lucha de clases por parte de los trabajadores.*

Estas luchas no trascienden la relación capital/trabajo asalariado. Aunque el derecho a luchar subraya la distinción entre esclavos y trabajadores libres, las confrontaciones cotidianas en el capitalismo son totalmente compatibles con la perduración de la hegemonía del capital. No obstante, en el curso de esos enfrentamientos tiene lugar un importante desarrollo *cualitativo* (inherente en el concepto de producción del trabajador).

Consideremos a los trabajadores como seres humanos heterogéneos. Sus diferencias en las condiciones específicas de su producción individual (así como la separación que produce el propio capital), son una evidente base material para verse separados y compitiendo entre sí como trabajadores asalariados: en lugar de como si fueran Uno en oposición al capital. Considerar a la clase obrera como Una analíticamente no significa que ella se vea o actúe como Una (tampoco significa que asumamos que lo haga).

No obstante, el mismo proceso de lucha contra el capital como mediador es un proceso para *reducir* esa separación; es un proceso de producción de la clase obrera como Una. Aunque separados, diferentes y heterogéneos, los trabajadores deben unirse en esta lucha para lograr satisfacer sus necesidades; reconociendo así su necesaria interdependencia como una condición para lograr sus metas. En este proceso, Marx señaló, ellos “adquieren con ello una nueva necesidad: la necesidad de la sociedad, y lo que parecía un medio se ha convertido en un fin” (Marx, 1844c: 313). Cuando se enfrentan colectivamente al capital, estos seres humanos separados y distintos se producen a sí mismos como Uno:

los proletarios llegan a esta unidad sólo a través de un largo proceso de desarrollo en el que el reclamo de sus derechos también es importante. A propósito, este reclamo de sus derechos es sólo un medio a través del cual se conforman como “ellos”, como una masa unida y revolucionaria (Marx y Engels, 1846: 323).

Para abreviar, la clase obrera - entendida analíticamente como clase en sí - se convierte en clase para sí mediante su lucha por sus necesidades contra el capital. En la lucha, “esta masa se une, y se constituye como una clase para sí misma” (Marx, 1847a: 211). Lo que Marx estaba describiendo era la lucha de clases *como un proceso de producción*.

De hecho, ésta es la Ley para la cual todo lo demás son comentarios. Así como cada actividad de la trabajadora la modifica como sujeto al participar en todas las actividades, el proceso en el que los trabajadores luchan por ellos mismas es también un proceso de producción, un proceso de actividad consciente en el que ellos se producen a sí mismos de una forma diferente. En la lucha desarrollan nuevas necesidades, y una nueva jerarquía de las mismas. Aunque las necesidades que intentan satisfacer no vayan más allá del capital, el mismo proceso de lucha produce nuevas personas al dotarlas con una nueva concepción de sí mismos: como sujetos capaces de transformar su mundo.

*¡Nada es más central para la concepción global de Marx que esta coincidencia entre el cambio de las circunstancias y la autotransformación (es decir, el concepto de la “práctica revolucionaria”)!* El no entender este concepto deja a los teóricos con un dilema irresoluble: ¿cómo puede los viejos sujetos, productos del capital, ir más allá de éste? Si sus luchas son por necesidades materiales (y nada más), ¿cómo podrán optar racionalmente alguna vez por el futuro incierto de una sociedad en la que el capital no sea el mediador? Marx entendió, sin embargo, que los seres humanos no son inmutables, que la lucha por necesidades materiales puede producir nuevas personas con nuevas y “radicales” necesidades.

Desde la época de sus primeros escritos atraviesa su obra el hilo rojo del autodesarrollo de la clase obrera a través de sus luchas. Este concepto apareció explícitamente en sus *Tesis sobre Feuerbach*, donde introdujo el concepto de práctica revolucionaria; y lo retomó un cuarto de siglo más tarde, posterior a la Comuna de



París, cuando señaló que los trabajadores sabían que “tendrían que pasar por largas luchas, por toda una serie de procesos históricos, que transformarán las circunstancias y los hombres” (Marx, 1871b: 76).

Esta idea central del desarrollo de los seres humanos a través de sus actividades fue el núcleo racional del concepto de autodesarrollo de la Idea/Espíritu de Hegel, que se desarrolla y realiza progresivamente su naturaleza a través de la destrucción creativa de todas sus sucesivas formas de existencia. El “mayor mérito” de Hegel, escribió en 1844, es que “concibe la autogeneración del hombre como un proceso”, que comprende al ser humano “como el resultado de su propio trabajo” aunque por cierto, “el único trabajo que Hegel solo conoce y reconoce es el trabajo abstractamente mental” (Marx, 1844c: 332-3). En el idealismo fluido de Hegel, Marx descubrió la centralidad de la actividad y práctica humanas para el desarrollo humano, ausente en el materialismo de sus predecesores (Marx, 1845: 3).

Tampoco abandonó Marx este énfasis esencial en la práctica por ningún tipo de corte epistemológico que marcara una separación cronológica entre el humanista teleológico y el científico sobrio. Aunque el trabajador no es el tema de *El capital*, esta idea del trabajador como el resultado de su propio trabajo surge en la discusión del proceso de trabajo; en ella, el trabajador ‘a la par que de ese modo actúa sobre la naturaleza exterior a él y la transforma, transforma su propia naturaleza’ (Marx, 1977: 283). Similarmente, en las *Grundrisse*, este concepto de productos combinados (el cambio de las circunstancias y el cambio de sí mismo) también está claro en el proceso de producción, donde ‘los productores cambian, también, en el sentido en que ellos descubren nuevas cualidades en ellos mismos, se desarrollan a sí mismos en la producción, se autotransforman, desarrollan nuevas capacidades e ideas, nuevos modos de interacción, nuevas necesidades y un nuevo lenguaje’ (Marx, 1973: 494). En todo esto, persiste una clara concepción de crecimiento y autodesarrollo; al describir el proceso de cooperación en la producción, Marx (1977: 447) comenta: “Al coordinarse de un modo sistemático con otros, el obrero se sobrepone a sus limitaciones individuales y desarrolla la capacidad de creación de su especie.”

El autodesarrollo, sin embargo, siempre implica algo más que el mero proceso de producción material. Para Marx, significó en particular el desarrollo de seres humanos socialistas a través de la lucha colectiva. Siempre sostuvo que el proceso de lucha produce seres humanos modificados, nuevos sujetos. En la *Ideología Alemana*, Marx y Engels (1846: 52-3) sugirieron que la producción de una “conciencia comunista” sólo podría gestarse en un “movimiento práctico, mediante una revolución. Ésta era la única manera en que el trabajador asalariado podría “salir del barro en el que se hunde y volverse capaz de fundar la sociedad sobre nuevas bases.” Pocos años después, en 1850, Marx describió su posición al decirles a los trabajadores:

Ustedes tendrán que pasar por 15, 20, 50 años de guerras civiles y luchas nacionales no sólo para provocar un cambio en la sociedad sino también para que ustedes se autotransformen, y se preparen para el ejercicio del poder político...’ (Marx, 1853: 403).

En ese mismo año, Engels esbozó la manera en que tales enfrentamientos transforman a los trabajadores. Aunque parecía (en aquel momento) que la Ley de Diez Horas había sido derrotada, él aseguraba que los trabajadores ya habían ganado como resultado de sus luchas por conseguir ese objetivo:

El tiempo y esfuerzos empleados en agitar durante tantos años a favor de la Ley de Diez Horas no han sido en vano, aunque no hayan alcanzado el objetivo deseado. En esta actividad de agitación las clases trabajadoras encontraron medios poderosos para conocerse entre sí, para lograr un conocimiento de su posición social e intereses, para organizarse y conocer su fuerza. El trabajador que ha atravesado por tal experiencia de agitación no es ya igual al que era antes; y la clase obrera entera, después de pasar por ella, sale cien veces más fuerte, más esclarecida, y mejor organizada

que como estaba al principio. Antes era únicamente una aglomeración de unidades, sin ningún conocimiento mutuo, sin ningún lazo común; y ahora es un cuerpo poderoso, consciente de su fuerza, reconocido como ‘El Cuarto Estado’, y qué será pronto el primero (Engels, 1850: 275).

Al luchar contra el capital, por tanto, los trabajadores se producen a sí mismos de una manera diferente: “se autotransforman, desarrollan nuevas capacidades e ideas, nuevos modos de interacción, nuevas necesidades y un nuevo lenguaje.” Al cooperar planificadamente con otros trabajadores en la lucha contra el capital, el trabajador ‘se despoja de sus trabas individuales y desarrolla su capacidad’. Al librarse del “barro de la historia”, los trabajadores ya no se producen como resultados del capital sino como premisas de una nueva sociedad.

En contraste, consideremos los comentarios que hace Marx acerca de los trabajadores no activos en la lucha, inmóviles ante el capital. “Estoy convencido”, indicó en 1853, que “los incesantes conflictos entre amos y hombres... son... los medios indispensables para sostener el espíritu de las clases trabajadoras... y de impedirles volverse apáticos, irreflexivos, instrumentos de producción más o menos bien alimentados.” De hecho, sin huelgas y lucha constante, la clase obrera “sería una masa descorazonada, débil de espíritu, desgastada, entregada” Su posición fue la misma en 1865 cuando respondía el argumento de Citizen Weston contra la efectividad de la lucha salarial. ¿Debería la clase obrera renunciar a la lucha contra la baja de los salarios por el capital? “Si lo hiciese, se degradaría a una masa uniforme de hombres desgraciados y quebrantados, sin salvación posible”. Los trabajadores que cediesen en la lucha cotidiana, “se descalificarían sin duda para emprender movimientos de mayor envergadura” (Marx, 1865b: 148).

Efectivamente, tales trabajadores son los productos del capital; y, como tales, son las condiciones de existencia del capital reproducidas por el propio capital: “Dentro de la marcha natural de las cosas, ya puede dejarse al obrero a merced de las leyes naturales de la producción, es decir, entregado al predominio del capital, predominio que las propias condiciones de producción engendran, garantizan y perpetúan” (Marx, 1977: 899).

¡No entender la importancia de “la coincidencia entre la modificación de las circunstancias” y la autotransformación -coincidencia que sólo puede entenderse como “práctica revolucionaria”- es no entender el elemento dinámico sin el que no se puede trascender al capital! “Apáticos, irreflexivos, instrumentos de producción más o menos alimentados” nunca podrán ir más allá del capital “para forjar una sociedad nueva”; y no podrán sentir ninguna necesidad práctica por una teoría que demuestra la necesidad de que los trabajadores terminen con la propiedad del capital sobre los productos del trabajo. Aunque Marx escribió El capital para explicarle a los trabajadores contra qué estaban enfrentándose, “el esfuerzo por comprender las ideas no es suficiente, debemos esforzarnos por acercar la realidad a las ideas”. La economía política de la clase obrera de Marx, para abreviar, presupone trabajadores que luchan contra el capital (Marx, 1843: 183, 144).

Precisamente porque entendía la lucha de clases como este esencial proceso de producción, era inflexible en su crítica a todos aquellos que “diluían” la lucha de clases, que desmovilizarían a los trabajadores y liquidarían ‘la combatividad proletaria’. Escribiendo contra los ‘Tres de Zurich’ en 1879, (Marx: 1879: 553-5) declaró:

Durante cerca de cuarenta años hemos venido destacando la lucha de clases como fuerza directamente propulsora de la historia, y particularmente la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado como la gran palanca de la revolución social moderna. Esta es la razón de que no podemos marchar con unos hombres que pretenden extirpar del movimiento esta lucha de clases.

En suma, la historia nunca fue para Marx tan automática como para que lo llevara a abstenerse de sus actividades en la Primera Internacional o de la lucha de clases a nivel teórico. Sin los productos de la lucha de clases, las crisis económicas en sí (aunque crean “un terreno más favorable para la difusión de ciertos modos de pensamiento”) no serán una amenaza para el capital. La cuestión esencial (como apuntaba Lukács) es si los trabajadores experimentan la crisis “como objetos o como los sujetos de la decisión. La “inmadurez del proletariado” y su subordinación a las leyes del capital indican que la naturaleza específica del capital permanece oculta:

Esto da lugar al error de creer que las ‘leyes’ de la economía pueden indicarnos cómo salir de una crisis, y cómo nos llevaron a ella. Por el contrario, lo que pasó en realidad fue que -debido a la pasividad del proletariado- la clase capitalista estaba dispuesta a terminar con el estancamiento y arrancar la máquina de nuevo (Lukács, 1972: 244).

Resumiendo, como señaló Gramsci, a partir de que el proceso revolucionario “tiene como sus actores a hombres, y a su voluntad y capacidad: si la situación no se aprovecha, son posibles resultados contradictorios.” Contrariamente a la tesis de la primacía de las fuerzas productivas, en la trascendencia del capital hay implicado mucho más que las fuerzas sociales ligadas a la estructura económica, que son “objetivas, independientes de la voluntad humana, y pueden ser medidas con los sistemas de medición de sistemas exactos o físicos”. Están también las influencias de “las fuerzas políticas” -incluyendo “el grado de homogeneidad, auto-consciencia y organización logrados por las distintas clases sociales”; así como las fuerzas “político-militares” reales (Gramsci, 1971: 180-5). Al identificar como importantes a tales factores, estamos muy lejos de la afirmación de que el “capitalismo persiste porque es el régimen óptimo para el desarrollo del poder productivo, y persistirá en el futuro mientras lo siga siendo.”

## II. Las dimensiones de la lucha de clases

Como hemos visto, el poder del capital descansa en gran medida en su constante habilidad para dividir y separar a los trabajadores: para ponerlos a competir entre sí, para convertir la diferencia en antagonismo. Consecuentemente, el esfuerzo por unirse y por reducir el grado de separación entre ellos constituye una parte esencial de la lucha de clases de los trabajadores. Una muestra de ello, como discutimos en el Capítulo 5, es la creación de los sindicatos, esos vitales “centros de organización de la clase obrera” (Marx, 1866: 348).

29. El lugar de trabajo, sin embargo, no era el único lugar para organizarse. En 1850, Marx y Engels identificaron a la comunidad como un sitio en el que los trabajadores deberían unirse. Sugirieron que los trabajadores deben “hacer de cada comunidad centro y núcleo de sociedades obreras, en las que la actitud y los intereses del proletariado puedan discutirse independientemente de las influencias burguesas.”

Escribiendo en una época de efervescencia revolucionaria, propusieron que “los obreros deberán constituir inmediatamente sus propios gobiernos obreros revolucionarios, ya sea en forma de comités o consejos municipales, ya en forma de clubes obreros o de comités obreros” (Marx y Engels, 1850: 282-3). Ecos de este enfoque sobre la comunidad y la autogestión de los productores reaparecen en el concepto de estado obrero de Marx.

Sin embargo, este proceso de unificación de los trabajadores no puede limitarse a los espacios de sus comunidades y sus lugares de trabajo. Escribiendo en 1868 sobre las luchas de los trabajadores en Nueva York por la jornada de ocho horas, Marx señaló:

Este hecho demuestra que incluso bajo las más favorables condiciones políticas todo éxito serio del proletariado depende de una organización que una y concentre sus fuerzas; e incluso su organización nacional puede resquebrajarse por la desorganización de las clases trabajadoras en

otros países, las que compiten en el mercado mundial, actuando y reaccionando entre ellas. Solamente una unión internacional de las clases trabajadoras podrá asegurar su triunfo definitivo' (Marx, 1868: 329).

Precisamente porque comprendió las implicaciones de la desunión entre los trabajadores, Marx no se limitó a su trabajo teórico sobre la naturaleza del capital; y dio prioridad a su actividad política en la Asociación Internacional de Trabajadores, una organización que intentó promover la unidad de los trabajadores a nivel internacional a través de análisis y apoyo mutuo. Como hemos visto, estaba especialmente preocupado por el antagonismo entre los trabajadores irlandeses e ingleses que sostenía que “hace imposible cualquier cooperación honrada y seria entre las clases trabajadoras de los dos países” (Marx y Engels, n.d.: 334-5). Él veía que el resultado de tales divisiones, no era otro que el que “la clase capitalista mantuviese su poder.” Como Marx (1864: 12) señaló en su discurso inaugural de la Internacional, los trabajadores pueden ser muchos, pero sólo pueden triunfar si están unidos “por la asociación y guiados por el saber.”

Más aún, la lucha de clases de los trabajadores tiene además otras dimensiones. No es necesaria una teoría para identificar como lucha de clases aquellas actividades que ocurren dentro de los dos primeros momentos del circuito del capital (D-FT y P). Pero, el verdadero poder del capital, como analizamos en el Capítulo 5, reside en su propiedad de los productos del trabajo: en su habilidad para volver en contra los propios trabajadores sus productos y su fuerza. Como dueño de los artículos de consumo y de los medios de producción, el capital puede determinar qué necesidades deben ser satisfechas en la sociedad. Por ello, como mediador entre los productores en el capitalismo, el capital es responsable de todas las necesidades insatisfechas de los productores; ya que no satisfacer esas necesidades es inherente a la naturaleza del capital y no el resultado de consideraciones tecnológicas. Debido a la mistificación que caracteriza la producción capitalista de mercancías, esta observación parece exagerada. En una sociedad con propiedad colectiva de los medios de producción donde una burocracia estatal actúa como mediador entre los productores, no dudaríamos en culpar a esa burocracia del fracaso en satisfacer necesidades: en la medida en que ese fracaso es inherente a su naturaleza.

Así, las luchas de los trabajadores para satisfacer sus variadas necesidades -tanto si son luchas, por ejemplo, para desarrollar “la parte que se destine a la satisfacción colectiva de las necesidades, tales como las escuelas, instituciones sanitarias, etc.”, como si son para conservar la naturaleza como una fuente de riqueza, o como si son para asegurar los valores de uso en forma de mercancías- son luchas contra el capital como mediador en la sociedad (Marx, 1875: 22). Son luchas de clase: luchas de quienes son obligados a vender su fuerza de trabajo para satisfacer sus necesidades; y son luchas contra los resultados de la propiedad del capital sobre los productos del trabajo (que deriva de su compra de la fuerza de trabajo). En lugar de ser luchas dirigidas sólo contra capitales particulares, son luchas contra el poder del capital como un todo y contra el principio de valorización (D-M-D') imperante.

Pasar de la consideración de la lucha política de los trabajadores en tanto que trabajadores asalariados a la de la clase obrera en sus otras dimensiones es, en consecuencia, un gran salto sólo si partimos de una concepción estereotipada del trabajador y sus necesidades. Toda estrategia que abogue por “alianzas” entre los trabajadores y los nuevos actores sociales, parte de la reducción teórica de los trabajadores a productos unidimensionales del capital. Sin embargo, como enfatizamos en el Capítulo 8, los trabajadores reales tienen muchas dimensiones y existen simultáneamente en muchas y diferentes relaciones sociales. En lugar de una oposición inherente entre los “nuevos movimientos sociales” y la lucha de los trabajadores como una clase contra el capital, debe considerarse a los nuevos movimientos como la expresión de otras necesidades de los trabajadores y como el desarrollo de nuevos centros de organización de la clase obrera, funcionando “en el amplio interés de su total emancipación.” Y, en la medida en que estas luchas estén

dirigidas contra la posición del capital como dueño de los productos del trabajo social, tales luchas ofrecen la posibilidad de agrupar (en lugar de mantener separados) a todos quienes no tienen nada que vender más que su fuerza de trabajo.

De hecho, los distintos movimientos (y centros de organización) pueden respaldarse unos a otros y fortalecer la lucha contra el capital. Marx escribió en Inglaterra en 1869, por ejemplo, que la abolición de la aristocracia terrateniente en Irlanda sería “infinitamente más fácil que aquí, porque en Irlanda no es meramente una simple cuestión económica, sino también una cuestión nacional...” (Marx y Engels, n. d.: 328). Otra vez, en el año siguiente, comentó que la lucha en Irlanda sería más fácil porque “el problema de la tierra ha sido hasta ahora la forma exclusiva de la cuestión social, porque es una cuestión existencial, una cuestión de vida o muerte, para la inmensa mayoría del pueblo irlandés, y porque es al mismo tiempo inseparable de la problemática nacional” (Marx y Engels, n. d.: 333). Para abreviar, la cuestión social no se manifiesta solamente de una única forma; si ésta se combina con la cuestión nacional (en este caso, el antiimperialismo), la lucha puede ser “infinitamente más fácil”.

Por supuesto, entender estas otras luchas como actividad de clase no es tan simple. No todos los nuevos movimientos sociales parecen ser un ataque a la posición del capital como mediador. En particular, como hemos discutido, la lucha contra el patriarcado es una lucha contra una explotación de clase particular donde los hombres (en lugar del capital como tal) son los explotadores. ¿Son estas luchas (así como aquellas contra el racismo, o las que afirman las identidades nacionales o étnicas oprimidas), entonces, una digresión de (o incluso un impedimento a) la “verdadera” lucha contra el capital?

Visto superficialmente, cualquier actividad que pueda agrandar inmediatamente las divisiones entre los trabajadores (reduciendo, por tanto, su unidad contra el capital) parecería dificultar la lucha contra el capital (el cual necesita y promueve tales divisiones). Sin embargo, tal perspectiva se aleja completamente del enfoque materialista de Marx sobre el ser humano como sujeto. Aquellos marxistas que consideran como “secundarias” las luchas que no son directamente contra el capital han olvidado (o nunca aprendieron) lo que Marx jamás olvidó: quiénes son los sujetos del cambio. Han olvidado la concepción de Marx de los seres humanos como sujetos de la ‘praxis’ y por ello no han ido más allá de la economía política como tal. Como explicó Gajo Petrovic (Petrovic, 1967: 112):

Colocarse por encima de la economía política significa entender que el hombre en el sentido más abarcador de la palabra no es un animal económico, sino práctico, y por tanto, un ser social libre, universal, creador y auto-creador. Lo que lo distingue de los otros seres, es su manera especial de Ser: la praxis.

¿Por qué es relevante que recordemos que los seres humanos son sujetos de la praxis? Para responder esta pregunta, necesitamos regresar al concepto de la modificación simultánea de las circunstancias y la auto-transformación. Aquellos que participan en tal actividad de agitación, como Engels entendió, no son “nunca más los mismos” de antes. En la lucha, desarrollan nuevas capacidades que constituyen su potencial para acciones posteriores. “Toda personalidad desarrollada, sugirió Lucien Sève, “se nos descubre claramente como una gran acumulación de sus más variadas acciones a través del tiempo” (Sève, 1978: 304). Tenemos aquí, por un lado, el concepto de capacidades como ‘capital fijo, siendo este capital fijo el propio hombre’ (Marx, 1973: 712); y, por el otro, el concepto de acumulación que ocurre como resultado de las ‘numerosas relaciones dialécticas [que] existen entre los actos y las capacidades de un individuo’ (Sève, 1978: 313).

En suma, toda lucha para modificar las circunstancias es un proceso de auto-transformación; modifica a las personas que participan en ellas: y ellas entran en todas sus otras relaciones como estos seres humanos

modificados. En la medida en que esas luchas (para ser exitosas) deben ser colectivas, ellas producen personas para quienes la unidad se convierte en un fin más que solamente en un medio. Esto no quiere decir que el fin del patriarcado o del racismo como tales sean incompatibles con la permanencia del capitalismo si no que, más bien, las personas que han luchado por acabar con el patriarcado o el racismo pueden serlo. Por cierto, “emprender movimientos de mayor envergadura” depende del desarrollo de seres humanos que entiendan la importancia de la lucha colectiva para la satisfacción de sus necesidades.

Ciertamente, queda claro que la ausencia de personas en acción no puede ser la base para ir más allá del capital. ¿A quién beneficia que haya personas que no están autotransformándose a través de su propia actividad? En este sentido, como hemos visto, la reproducción de la vida cotidiana, donde la gente diariamente se autoproduce como personas con necesidades de mercancías y dependientes del capital, es clave para el proceso que preserva al capitalismo como un sistema orgánico. Incluso algunas luchas dirigidas contra el capital pueden ayudar a mantener relaciones capitalistas. Por ejemplo, lo que determina si los trabajadores se producen o no como sujetos revolucionarios no es en sí la existencia de sindicatos poderosos si no, más bien, la manera en que ellos funcionan. En la medida en que las luchas obreras se institucionalizan y se convierten en maniobras a puertas cerradas de una élite astuta, su resultado no es la existencia de trabajadores con un nuevo sentido de ellos mismos sino de ‘instrumentos de producción apáticos, irreflexivos, más o menos bien alimentados’. Parafraseando a Rosa Luxemburgo: históricamente, los errores cometidos por la clase obrera en acción son infinitamente más fructíferos que la infalibilidad de la más astuta dirección sindical (Luxemburgo, 1962: 108).

La descripción de Luxemburgo de los sindicatos de su época parece apropiada para llamar la atención sobre esto:

En lugar de la dirección llevada a cabo por colegas a través de los comités locales, con su deficiencia reconocida, emerge la dirección de los funcionarios de los sindicatos que se asemeja a aquella de los empresarios. La iniciativa y el poder de la toma de decisiones se delegan a los especialistas de los sindicatos, por decirlo de alguna manera, y el más pasivo poder de disciplina a la masa de los miembros... Pero la especialización técnica de la lucha salarial como, por ejemplo, la firma de complicados acuerdos de aranceles y por el estilo, frecuentemente significa que la masa de los trabajadores organizados tiene prohibido realizar un ‘estudio de toda la vida industrial’ y, por tanto, se establece su incapacidad de tomar decisiones (Luxemburgo, 1964: 73).

Quienes usurpan la iniciativa de sus representados llegan a convencerse de la debilidad de éstos y, por consiguiente, actúan consecuentemente.

En este sentido, una diferencia actual importante entre los nuevos movimientos sociales y el movimiento sindical tradicional (el centro organizativo de la clase obrera, inicial y aún esencial) no es el resultado de una diferencia cualitativa entre tales movimientos. Más bien, es una distinción entre lo nuevo y lo viejo, entre los nuevos movimientos donde las personas están en acción (y autotransformándose) y las viejas estructuras donde ciertos generales dirigen una guerra de posiciones. Esta misma distinción (y la diferencia perceptible de aquéllos comprometidos con la lucha), sin embargo, no es aplicable en el caso de la nueva organización sindical ni en los casos particulares de resistencia ante las maniobras capitalistas para reducir los acuerdos existentes sobre las condiciones de trabajo; tampoco existe ninguna razón para suponer que el estado actual de los sindicatos establecidos es permanente.

Para abreviar, la “práctica revolucionaria” que crea personas capaces de ir más allá del capital y “forjar una nueva sociedad” no se limita a las luchas en el mercado de trabajo y la esfera de la producción capitalista. Si reconocemos que los sujetos de este proceso son seres humanos y que la “práctica revolucionaria” es

esencial para la creación de capacidades humanas, entonces surge una pregunta central con respecto a todas las luchas: ¿ayuda la “práctica revolucionaria” al autodesarrollo de la clase obrera?

### III. El estado obrero

Como veremos, esta pregunta es especialmente importante para las discusiones sobre el estado. Las luchas por el estado son, por supuesto, una dimensión de la lucha de clases. Como vimos en el Capítulo 5, dentro del capitalismo, existe una lógica inherente a la lucha de los trabajadores para hacer que el estado sirva a los intereses de la clase trabajadora, en convertir “en arma propia el poder que se utiliza ahora contra ella” (Marx, 1866: 344-5). En la medida en que el poder del capital como dueño de los productos del trabajo es el poder del capital de conjunto, los trabajadores necesitan desarrollar un “movimiento político, es decir, un movimiento de clase, con el objetivo de imponer sus intereses de forma general, de manera que posea una fuerza social coercitiva general” (Marx y Engels, 1965: 270-1).

En asuntos tales como las restricciones de la duración de la jornada de trabajo, la legalización y promoción de los sindicatos, la búsqueda del pleno empleo y el abastecimiento de valores de uso para permitir la satisfacción colectiva de necesidades, el capital y el trabajo asalariado presionan al estado en sentidos contrarios. La determinación de las prácticas actuales del estado -si como mediador del capital, o si como mediador del trabajo asalariado- de este modo, “se resuelve en una cuestión sobre los respectivos poderes de los contendientes.” Entre dos concepciones del derecho, decide la fuerza.

¿Puede un estado en el capitalismo actuar en nombre de los trabajadores? Obviamente. Éste era el argumento de Marx sobre la Ley de las Diez Horas. Por cierto, el uso del estado por los trabajadores es necesario porque “en el terreno puramente económico de lucha, el capital es la parte más fuerte” (Marx, 1865b: 146). Sin embargo, en el capitalismo, las restricciones al capital son sólo barreras para su crecimiento; se pueden controlar los abusos más flagrantes, pero el capital encuentra maneras de ir más allá de esas barreras para así asegurar su crecimiento nuevamente (como lo hizo al intensificar el trabajo cuando la longitud de la jornada de trabajo fue limitada). De hecho, a igualdad de condiciones, la correlación de fuerzas que permite al estado actuar en nombre de los trabajadores tiende a ser subvertida por las respuestas del capital a las medidas estatales que reducen la tasa de plusvalor: la reducción de la acumulación, la emigración del capital y la sustitución del trabajo directo por maquinaria, aumentarán el desempleo y el grado de separación entre los trabajadores.

No obstante, no habrá “igualdad de condiciones” si los trabajadores han “conquistado el poder político” y están determinados a usar esa supremacía política para satisfacer su necesidad de autodesarrollo. Esta es precisamente la esencia del término de Marx, la “dictadura del proletariado”: el dominio político de los trabajadores, el estado obrero. Como Marx y Engels continuaron destacando en las ediciones del Manifiesto Comunista, “el primer paso de la revolución obrera es la elevación del proletariado a clase dominante, la conquista de la democracia” (Marx y Engels, 1848: 504). “La lucha de clases”, explicaba Marx a su amigo Joseph Weydemeyer, “conduce necesariamente a la dictadura del proletariado” (Marx y Engels, 1983a: 62-5). Engels hizo este mismo señalamiento en su borrador del Manifiesto, sus ‘Principios del Comunismo’: la primera cosa que el proletariado hará será “inaugurar una constitución democrática y, por eso, directa o indirectamente, el dominio político del proletariado” (Marx y Engels, 1976b: 350). Este estado obrero procedería entonces a crear las condiciones para ir más allá del capital:

El proletariado se valdrá de su dominación política para ir arrancando gradualmente a la burguesía todo el capital, para centralizar todos los instrumentos de producción en manos del Estado, es decir, del proletariado organizado como clase dominante, y para aumentar con la mayor rapidez posible la suma de las fuerzas productivas (Marx y Engels, 1848: 504).

La premisa clave para la ejecución exitosa de ese programa, sin embargo, es que los trabajadores dejen de considerarse dependientes del capital. Hasta que los trabajadores no rompan con la idea de que el capital es necesario, un estado en el cual ellos tengan la supremacía política solo actuará para facilitar las condiciones para la reproducción ampliada del capital (Lebowitz, 1995). En consecuencia, el estado permanece totalmente dentro de los límites de la relación capitalista y es su garante, mientras los trabajadores consideren las exigencias del capital “como leyes naturales auto-evidentes.” Sin embargo, el Manifiesto Comunista no tenía como premisa la ruptura total con la noción de dependencia del capital. No llamó, después de todo, a la expropiación inmediata ‘de todo el capital a la burguesía’. Más bien, llamó al estado obrero a proceder gradualmente.

Es esencial comprender que el Manifiesto describe un proceso, en el cual el estado obrero procede a crear los pilares para una sociedad comunista. Por cierto, propone medidas “que desde el punto de vista económico parecerán insuficientes e insostenibles, pero que en el curso del movimiento se superarán a sí mismas y necesitarán ulteriores ataques sobre el viejo orden social” (Marx y Engels, 1848:504). Así, aunque incluyendo la abolición de la propiedad de la tierra, un fuerte impuesto progresivo sobre la renta personal, la abolición del derecho de herencia, y una banca y un transporte centralizados bajo el estado, el Manifiesto Comunista no llamó a la abolición de la industria capitalista; todo lo que se dijo sobre fábricas fue que la industria y los medios de producción estatales debían ser expandidos.

Lo que Marx y Engels defendieron en el Manifiesto, por tanto, no fue la disolución de la propiedad capitalista si no que, más bien, “una violación despótica del derecho de propiedad”. Borradores anteriores de Engels dejan esto bastante claro. En su “Borrador de una confesión de fe comunista”, Engels respondió a la pregunta “¿Piensa usted reemplazar el orden social existente por la propiedad comunitaria directamente?” insistiendo que “no tenemos tal intención. El desarrollo de las masas no puede ser impuesto por decreto. Es determinado por el desarrollo de las condiciones en que estas masas viven, y por consiguiente avanza gradualmente” (Marx y Engels, 1976b: 102). Varios meses después, en sus ‘Principios del Comunismo’, Engels retomó este tema. A la pregunta, “¿Será posible abolir la propiedad privada de un solo golpe?” respondió que esto no sería posible tanto como no sería posible aumentar las fuerzas productivas al nivel necesario de un solo golpe. La revolución proletaria ‘transformará la sociedad existente sólo gradualmente’ (Marx y Engels, 1976b: 350).

Esa ‘violación despótica’, sin embargo, pone en marcha un proceso en el que se dificulta cada vez más la posibilidad de la reproducción de las relaciones de propiedad capitalistas, al mismo tiempo en que se promueve la expansión de la propiedad estatal. Además, la lógica indica que este proceso se fortalecerá a sí mismo. Una medida siempre llevará a la próxima, y “el proletariado se verá compelido a continuar siempre avanzando” (Marx y Engels, 1976b: 351). ¿Pero por qué? ¿Qué es este movimiento cuyas medidas iniciales “parecerán insuficientes e insostenibles, pero que en el curso del movimiento se superarán a sí mismas, necesitando ulteriores violaciones al viejo orden social”?

Muy simplemente, la continuación de la lucha de clases. No debemos suponer que el capital es indiferente a una “violación despótica del derecho de propiedad”, o que Marx y Engels pensaron que éste lo sería. Como Oskar Lange astutamente observó (Lange, 1964: 121-29), si los capitalistas saben de antemano que el plan del estado obrero es “ir arrancando gradualmente a la burguesía todo el capital”, entonces su reacción será predecible: no harán ninguna inversión. El resultado será la crisis. La respuesta del capital a esta “violación despótica” será declararse en huelga, y cuando lo haga, el estado obrero tendrá dos opciones: rendirse o avanzar. Así, Lange (1964: 129) comentaba que, para un economista llamado a aconsejar a un gobierno que no quiere limitarse a administrar una economía capitalista, “sólo existe una política económica que probablemente puede recomendar a un gobierno socialista para tener éxito: una política de coraje revolucionario.”



No cabe duda de que éste fue el proceso que Marx y Engels imaginaron. El Manifiesto y sus borradores enfatizan la importancia del desarrollo de la industria estatal, la cual es esencial para reemplazar al capital como mediador por los trabajadores. “¿Cuál será la primera medida una vez que se haya establecido la democracia?” Engels se preguntaba en su “Confesión” y se contestaba: “garantizar la subsistencia del proletariado.” Además, esto fue un planteo explícito también en sus “Principios”. El rápido desarrollo de las fuerzas productivas bajo propiedad estatal privaría al capital de su arma más poderosa: la dependencia que los trabajadores asalariados tienen de él para lograr un empleo y poder satisfacer sus necesidades. Rompiendo de esta manera el “silencioso sello de la compulsión económica,” el estado obrero sería un arma esencial para llevar a cabo la lucha contra el capital. Como Marx comentaba acerca de la Comuna de París, este gobierno de la clase trabajadora no acaba con la lucha de clases. Más bien, “ofrece el medio racional en el que la lucha de clases podía atravesar sus diferentes fases de la manera más racional y humana.” Esto, sin embargo, no evitó “reacciones violentas y revoluciones violentas.” Su proyecto sería “una y otra vez frenado e impedido por la resistencia de intereses creados y egoísmos de clase.” De hecho, una vez establecido, podría enfrentar violentos intentos del capital por revertir el proceso:

las catástrofes que podría tener que sufrir todavía serían esporádicas insurrecciones de los amos, que, aunque interrumpirían por un momento la obra del progreso pacífico, sólo acelerarían el movimiento, poniendo la espada en la mano de la Revolución Social (Marx, 1871a: 156-7).

Así, el estado obrero sería una parte esencial del proceso de la práctica revolucionaria, a través del cual los trabajadores se modifican a sí mismos en el curso de las luchas y se “capacitan para fundar la sociedad sobre nuevas bases”. Sin embargo, como Marx y Engels aprendieron de las acciones de los trabajadores en La Comuna de París, este proceso requiere un tipo especial de estado. “La clase obrera,” Marx (1871b: 68) comentó, “no puede limitarse simplemente a tomar posesión de la máquina del Estado tal como está, y servirse de ella para sus propios fines.” Aunque Marx y Engels afirmaron en su Prefacio al Manifiesto de 1872 que “los principios generales expuestos en este Manifiesto siguen siendo hoy, en su conjunto, enteramente acertados,” la Comuna había “demostrado” algo que no estaba en el programa: la necesidad de un nuevo tipo de estado para los trabajadores (Marx y Engels, 1971: 270). La Comuna era “la forma política al fin descubierta para llevar a cabo dentro de ella la emancipación económica del trabajo” (Marx, 1871b: ). ¡Al fin descubierta!

¿Quieren saber cómo es la dictadura de proletariado?, preguntaba Engels en el vigésimo aniversario de la Comuna “Mirad a la Comuna de París: ¡he ahí la dictadura del proletariado!” (Marx y Engels, 1971: 34). En otras ocasiones en ese año (1891), Engels reiteró esta misma idea cuando comentaba: “nuestro partido y la clase obrera sólo pueden llegar al poder bajo la forma de una república democrática. Esta última es incluso la forma específica de la dictadura del proletariado, como lo ha mostrado ya la Gran Revolución francesa” (Engels, 1891: 456). Pero este planteamiento de Engels no era nuevo; Marx había comprendido claramente en ese momento que la Comuna era la dictadura del proletariado: su papel era “servir como una palanca para extirpar los cimientos económicos sobre los que descansa la existencia de clases y, por consiguiente, la dominación de clase” (Marx, 1871b: 75). Aunque esto implicaría “un proceso largo de desarrollo de nuevas condiciones,” Marx señaló que los trabajadores “saben al mismo tiempo que se pueden dar grandes pasos a través de una forma comunal de organización política...” (Marx, 1871a: 157).

62. Antes de examinar las especificidades del estado obrero, necesitamos entender por qué era necesario, es decir, por qué Marx insistía tanto en que la clase obrera no podría usar “la máquina del Estado tal como está ... para sus propios fines”. La clase obrera, argumentaba, no podría usar el tipo de estado existente porque estaba infectado: sus propias instituciones encarnaban una “sistemática y jerárquica división del trabajo”, y el mismo asume el carácter de “una fuerza pública organizada para la esclavitud social, de una máquina del despotismo de la clase” (Marx, 1871b: 68-69). ¿Cómo podría usar la clase obrera un estado tal

para sus propios fines; un estado cuya propia naturaleza consistía en una jerarquía y en un poder ejercido mayormente desde arriba? ¿Dónde queda la posibilidad para el autodesarrollo de la clase trabajadora a través de sus actividades en un estado tal?

En lugar de ser controlada por los trabajadores, esa “máquina del Estado tal como estaba” aseguraría el control sobre los trabajadores, manteniendo su carácter de “fuerza pública organizada para la esclavitud social.” Es por eso que Marx enfatizó que la Comuna era una “Revolución contra el Estado mismo, contra ese aborto sobrenatural de la sociedad, la recuperación por el pueblo y para el pueblo de su propia vida social.” Era “la reabsorción del poder estatal por la sociedad como fuerzas activas propias en lugar de como fuerzas controlándolas y dominándolas, por las propias masas populares, formando, en lugar de la fuerza organizada para su exclusión, su propia fuerza: la forma política de su emancipación social...” (Marx, 1871a: 152-3).

En resumen, como Marx concluyó, no podemos ser indiferentes a la forma del estado como un instrumento de los trabajadores. Sólo en la medida en que las funciones del estado sean “arrancadas a una autoridad que usurpaba una posición preeminente sobre la sociedad misma, para restituirlas a los servidores responsables de esta sociedad” podrá el estado ser “la forma política ... para llevar a cabo dentro de ella la emancipación económica del trabajo” (Marx, 1871b: 72-3). El estado, por tanto, debe ser convertido “de órgano que está por encima de la sociedad en un órgano completamente subordinado a ella” (Marx, 1875: 30).

¿Cuál, entonces, fue la forma particular de gobierno finalmente descubierta? En primer lugar, la Comuna era un gobierno descentralizado formado por los consejeros elegidos por sufragio universal en los diversos distritos de la ciudad, que podían ser revocados y estaban obligados a seguir las instrucciones de sus electores. En la propuesta para una organización nacional, una asamblea de delegados administraría los asuntos comunes en cada distrito, y estas asambleas seleccionarían a los diputados que constituirían el gobierno central (Marx, 1871b: 72-3). ‘Toda Francia,’ Marx comentaba, ‘habría sido organizada en comunas autoadministradas y autogobernadas’ (Marx, 1871a: 155-6). Esto constituía la destrucción del poder estatal en la medida en que el estado se situaba por encima de la sociedad. El viejo gobierno centralizado daría lugar al “autogobierno de los productores”; y en su lugar, una constitución comunal conectaba los distintos distritos (Marx, 1871b: 72-3). Y, sí, Marx respondió a las dudas de Bakunin sobre el estado obrero: todos los miembros de la sociedad serían realmente miembros del gobierno “porque la cosa empieza con la autogobierno del municipio (Marx, 1874-5: 544-5).

El carácter de la Comuna, sin embargo, no se limita simplemente a una forma de gobierno: su esencia es el rechazo de toda jerarquía. Además de esta organización en comunas “autoadministradas y autogobernadas”, este estado obrero implicaba que:

el ejército permanente habría de ser reemplazado por las milicias populares, el ejército de parásitos estatales suprimido, el “poder de los curas” sustituido por el de los maestros de escuela, los funcionarios judiciales habrían de ser elegidos por los órganos comunales, el sufragio universal para elegir a los representantes nacionales en lugar de servir para mantener en el poder a la clase dominante habría de servir al pueblo organizado en comunas, las funciones estatales habrían de ser reducidas a unas pocas funciones relacionadas con objetivos nacionales generales.

Tal es la Comuna: la fórmula política de la emancipación social... (Marx, 1871a: 155-6).

En lugar de la mistificación del capital, entonces, tampoco habría la mistificación del estado. En La Comuna, “toda la desvergüenza de los misterios y pretensiones del estado fue barrida”; ahora, “las

funciones públicas se transformaron en funciones de trabajadores reales, en lugar de ocultos atributos de una casta entrenada” (Marx, 1871a: 155):

La falacia del misterio de la administración y el mando político [pertenece al pasado, así como que], las funciones transcendentales sólo deben ser confiadas a una casta especializada: los parásitos estatales, aduladores bien pagados y acomodados, en los puestos superiores, usurpando la inteligencia de las masas y volviéndolas contra ellas mismas mientras las relega a los niveles más bajo de la jerarquía (Marx, 1871a: 154).

En la dictadura del proletariado, la usurpación del poder por el capital no sería sustituido por la usurpación del poder de los productores por el estado. Más bien, el estado sería el poder de los propios trabajadores, “formando su propia fuerza en lugar de la fuerza organizada para su represión.”

No debe sorprendernos que Marx haya comprendido que lo que los trabajadores de París habían descubierto espontáneamente era la forma política “para llevar a cabo dentro de ella la emancipación económica del trabajo.” Cuando se parte de considerar los seres humanos como los sujetos y comprender que las personas se autoproducen a través de su actividad, es evidente que sólo cuando el estado, como mediador por (y con poder sobre) los trabajadores, dé lugar al “autogobierno de los productores” se tiene un proceso continuo mediante el cual los trabajadores puedan cambiar tanto las circunstancias como a ellos mismos. ¿Qué es el “autogobierno” de la Comuna? “Es el pueblo actuando por sí mismo y para sí mismo” (Marx, 1871a: 130). Por tanto, la forma y el contenido del estado obrero son inseparables. Sólo en la medida en que el estado es convertido “de un órgano que se sitúa por encima de la sociedad en uno completamente subordinado a ella” puede la clase trabajadora “salir del barro de la historia en que se hunde y volverse capaz de fundar la sociedad sobre nuevas bases.”

El desarrollo del estado obrero produce una nueva dimensión en la relación social entre los trabajadores. Esa relación surge en el transcurso de las luchas contra el capital, desarrollándose inicialmente en la medida que los trabajadores se organizaban en sindicatos. Sin embargo, el reconocimiento creciente de que “en la lucha meramente económica, el capital es la parte más fuerte” impulsa a los trabajadores a la acción política. Con la creación del estado obrero, ese “autogobierno de los productores”, los trabajadores están relacionados como ciudadanos que se autogobiernan en el esfuerzo de actuar de acuerdo con los intereses de los productores en su conjunto. El estado obrero reúne a los productores en sus asambleas y consejos ‘autoadministradas y autogobernadas’, y los exhorta a superar cada barrera que el capital levante contra su propio autodesarrollo. Esto, para Marx, era el contexto ‘donde se va a ventilar definitivamente por la fuerza de las armas de la lucha de clases’ (Marx, 1875: 33).

## Capítulo 11. Del Capital al Trabajador Productivo

La gran conquista de Feuerbach es ... (3) Su oposición a la negación de la negación, que afirma ser el absoluto positivo, el positivo basado en sí mismo, positivamente basado en sí (Marx, 1844c: 328).

## XXX. Lucha teórica

“La producción capitalista”, afirmó Marx (1977: 929), “engendra con la inexorabilidad de un proceso natural, su propia negación.” Lamentablemente, (visto la cantidad de sufrimiento que produce el capitalismo) esto no es verdad.

¿Cómo podría ser posible, dado que la producción capitalista “desarrolla una clase obrera que por educación, tradición y hábito considera las exigencias de ese modo de producción como leyes auto-evidentes”? ¿Cuando “quiebra toda resistencia”, cuando puede “descansar en su [del trabajador] dependencia del capital, que se desprende de las mismas condiciones de producción, y es garantizada a perpetuidad por ellas” (Marx, 1977: 899; el subrayado es nuestro)!

Como afirmáramos en el capítulo 9, es precisamente debido a la mistificación intrínseca del capital que era necesario El capital. ¿Dónde más se puede hallar la demostración teórica de que el capital es el resultado de la explotación de los obreros, que es su propio producto vuelto en contra? Esta obra logra lo que no ha hecho ninguna otra crítica al capitalismo: revelar la esencia del capital.

Hay muchas críticas al capitalismo por su tendencia a destruir las vidas de los productores prolongando e intensificando la jornada laboral al máximo y bajando los niveles de vida al mínimo fisiológico. O por la inestabilidad, las crisis, la destrucción del medio ambiente, la obvia desigualdad provocada por el capital. Quienes invocan estos rasgos y esta injusticia, argumentan la necesidad de frenar las tendencias del capital organizando a los trabajadores en sindicatos o usando al estado para obligar al capital lo que de otra manera no haría.

Pero estas no son las críticas de Marx; aunque demuestra que tales tendencias no son accidentales, sino intrínsecas a la naturaleza del capital. Lo que distingue al análisis de Marx es que es una crítica no simplemente del plusvalor absoluto sino también del relativo, no simplemente de los salarios absolutos o relativos sino del salario mismo. Aún cuando los trabajadores presionan en el sentido contrario al capital para de este modo bajar la jornada laboral y elevar los salarios reales, la crítica de Marx al capitalismo no es por ello menos eficaz. Para él, cada átomo de plusvalor y capital es el resultado de un robo. La cuestión es la esclavitud, no el nivel de las raciones de los esclavos. En resumen, la reforma del capitalismo no es la respuesta. Marx era inequívoco: hay que liquidar el capitalismo.

Sin embargo, dado que estas opiniones particulares no surgen espontáneamente del proceso de la lucha, el análisis desarrollado en El capital es esencial para ir más allá del capital. Sin esto, perdura la apariencia incuestionable de que el trabajador vende “una cierta cantidad de trabajo”; por consiguiente, la explotación se presenta sólo como cuando no se recibe una compensación justa en esta transacción: no recibir “el justo pago de un día por el justo trabajo del trabajo de un día.” El análisis marxiano del capital ofrece a los trabajadores un arma fundamental: la razón para negar y abolir el capitalismo en lugar de simplemente tratar de cambiarlo para hacerlo justo.

Sin embargo, comprender la naturaleza del capital no es suficiente para conducir a los trabajadores a ir más allá de él. Se necesita también que comprendan que el capital como tal no es *necesario*. Los trabajadores en movimiento contra el capital pueden convertirse en sujetos capaces de cambiar su mundo, pero si no creen que el mundo del capital *puede* ser trascendido de acuerdo a sus necesidades,

sus luchas se insertarán en su dependencia del capital. Agreguemos a ello que los fracasos de los gobiernos socialdemócratas (que han desmovilizado y desarmado a los movimientos obreros, rindiéndose ante el capital) y el “socialismo realmente existente” (ese modelo para la industrialización de choque, marcado por la jerarquía y proclamado como socialista por los que están en la cumbre). No es de extrañar que TINA (“there is no alternative”<sup>98</sup>), ha calado tan profundamente en la conciencia popular.

Aunque no haya un proceso natural inexorable por el que la producción capitalista engendre su propia negación, sí hay la *posibilidad* de negar al capitalismo. Es por eso, como destacaron Engels (1956: 34) y Lenin (1967: 163), es esencial “*colocar la lucha ideológica a la par*” que las luchas políticas y económicas.<sup>99</sup> Al recalcar la importancia de este punto, simplemente reconocemos el lazo integral entre la teoría y la práctica que Marx comprendió como una condición para trascender al capital (a lo cual dedicó su vida y su obra):

Así como la filosofía encuentra sus armas *materiales* en el proletariado, el proletariado encuentra sus armas *espirituales* en la filosofía... La filosofía no puede hacerse realidad sin la abolición del proletariado, y el pro no puede ser abolido sin que la filosofía se haga realidad (Marx, 1844a: 187).

Precisamente debido a la importancia de la teoría para la práctica, es tan crítico el ulterior desarrollo de la economía política de la clase obrera de Marx. Hemos afirmado aquí que la ausencia de *El Trabajo Asalariado* dejó a los “discípulos” de Marx con una teoría unilateral, inadecuada para comprender al capitalismo de conjunto. La unilateralidad intrínseca de las tendencias y conceptos presentados en *El capital*, problemas que se desprenden del supuesto de Marx sobre el patrón de necesidades, la importancia del grado de separación entre los trabajadores así como también el centro sobre los otros aspectos de los asalariados y la centralidad del trabajador como un sujeto que se desarrolla a través de sus luchas; estas cuestiones (entre muchas otras discutidas en el libro) quedarían incompletas si aceptáramos a *El capital* como adecuado.<sup>100</sup> Sin embargo, ¿no se podría decir que esas eran sólo elaboraciones sin importancia para *El capital*? ¿Qué necesidad hay de ir más allá de *El capital*? En ausencia de una investigación específica del aspecto del trabajo asalariado, el mismo concepto de la economía política de la clase obrera quedaría sólo como una frase interesante (y una aberración). Pero este silencio tiene sus consecuencias. No sólo limita la capacidad del marxismo para demostrar a los trabajadores que son *sus* productos y *su* poder los que son vueltos en contra de ellos, sino también

---

<sup>98</sup> “No hay alternativa”

<sup>99</sup> Coincidir con el reconocimiento de Lenin de la necesidad de la lucha ideológica no es presentar argumentos a favor del partido leninista clásico. Aquí el foco en la “práctica revolucionaria” es más consistente con la famosa frase de Rosa Luxemburgo de que “históricamente, los errores cometidos por un verdadero movimiento revolucionario son infinitamente más fructíferos que la infalibilidad del Comité Central más inteligente.” El punto está claro: “La clase obrera demanda el derecho a cometer sus errores y aprender en la dialéctica de la historia” (Luxemburgo, 1962: 108). Para algunas posibles consecuencias de la confianza en ese comité central, ver Lebowitz (2000a).

<sup>100</sup> Aunque se entreven muchas ideas en frases aisladas que indican que el pensamiento de Marx iba más allá de *El capital*, sería erróneo suponer que en verdad había desarrollado sus pensamientos adecuadamente sobre el tema de *El trabajo asalariado*. Marx no dudó en adelantar algunas alusiones de su presentación teórica cuando encaraba temas como la competencia o centralización de los capitales. Por ejemplo, ver Marx (1977: 433-6, 578-80, 777-9).

impide la posibilidad de revelar que *hay una alternativa* al capitalismo, íntimamente ligada a la economía política de la clase obrera.

### XXXI. *El obrero colectivo*

Marx imaginaba una clara alternativa: una sociedad de productores asociados, en la que la riqueza social, en lugar de ser apropiada por los compradores de la fuerza de trabajo, es utilizada por los individuos libremente asociados que producen de acuerdo con “los fines comunales y necesidades comunales” (Marx, 1973: 158-9, 171-2). Consideremos las dos propuestas introducidas en el Capítulo 5 como parte de la economía política de la clase obrera así como también una tercera del discurso inaugural de Marx ante la Internacional:

1. Toda cooperación y asociación del trabajo en la producción genera una productividad social combinada del trabajo que excede la suma de las productividades individuales y aisladas.
2. En toda sociedad, la separación y división en las relaciones sociales entre los productores permiten a quienes *median* entre los productores recoger los frutos de la cooperación en la producción.
3. “La producción social controlada por la previsión social... forma la economía política de la clase obrera” (Marx, 1864: 11).

Cuando aquí hablamos de productores trabajando en un lugar de trabajo determinado, o produciendo diferentes valores de uso correspondientes a necesidades sociales (la división del trabajo en la sociedad), estamos describiendo al trabajador colectivo en la sociedad.<sup>101</sup> Este obrero colectivo o unido está compuesto por numerosos miembros y órganos distintos: “algunos trabajan mejor con sus manos, otros con sus cabezas, uno como gerente, ingeniero, tecnólogo, etc., el otro como supervisor, el tercero como administrador, o incluso trabajador monótono” (Marx, 1977: 1040). Sin embargo, el obrero colectivo no es simplemente la suma de estas partes; es la articulación de ellos en un organismo productivo. La cooperación de estas partes de dicho organismo resulta en “la creación de una nueva fuerza productiva, que es intrínsecamente colectiva” (Marx, 1977: 443).

Como hemos visto, en el capitalismo, esta “asociación de los trabajadores –la cooperación y división del trabajo como condiciones fundamentales de la productividad del trabajo– aparece como la *fuerza productiva del capital*. La fuerza colectiva del trabajo, su carácter como trabajo social, es en consecuencia la *fuerza colectiva del capital*” (Marx, 1973: 585). En el capitalismo, el capital como tal articula las distintas partes del obrero colectivo (aunque nunca todas) y media entre esas partes. Por consiguiente, el capital puede arrancar los beneficios que surgen de la cooperación en la forma de plusvalor; y lo hace, como hemos visto, como el resultado (y en la medida) de su capacidad para dividir y separar los trabajadores.

En el capitalismo la asociación de los productores que componen al obrero colectivo es totalmente externa, mediada por sus particulares conexiones con el capital. “El trabajador en realidad trata el carácter social de su trabajo, su asociación con el trabajo de otros para un fin común, como un poder extraño a él; las condiciones en las que su asociación se realiza son para él la propiedad de otro” (Marx, 1981b: 178). Por el contrario, con la eliminación del capital como el mediador y el desarrollo del obrero colectivo *para sí*, ese

---

<sup>101</sup> Marx introduce el concepto del obrero colectivo como “el mecanismo vivo de la manufactura”, y como compuesto por trabajadores especializados unilateralmente que son parte de un organismo productivo particular (Marx, 1977: 458, 481). El concepto aquí se extiende a los mecanismos vivos del organismo productivo en el seno de la sociedad.

productor compuesto por diferentes miembros y órganos gasta sus “numerosas y diferentes formas de fuerza de trabajo con total consciencia de ser una solo fuerza de trabajo social” (Marx, 1977: 171). ¿Qué clase de sociedad implica la economía política de la clase obrera? Al contrario de la economía política del capital, la de la clase obrera abarca algo más que sólo el trabajo mediado por el capital; así como la jornada laboral para los trabajadores es más larga que la jornada laboral capitalista. Esta economía política incluye el trabajo donde el mediador entre los trabajadores es el estado (que suministra “lo que se necesita para la satisfacción común de las necesidades, tales como escuelas, servicios de salud, etc.”), e incluye el trabajo “absolutamente necesario para consumir cosas” (por ejemplo, ese trabajo improductivo por el capital que Marx incluía bajo los costos de consumo). Todo esto es parte del obrero colectivo, aún cuando si la cooperación no es mediada por el capital. Desde la perspectiva de la economía política de la clase obrera, las divisiones en el seno del obrero colectivo que fortalecen al capital pueden ser vistas como elucubraciones artificiales de una sociedad en la que domina el capital (y su correspondiente economía política). El reconocimiento de la interdependencia de todos los miembros del obrero colectivo (así como la interdependencia de la salud de los seres humanos y la naturaleza) está en el corazón de la economía política de la clase trabajadora.

En esta economía política, todos los productos y actividades son reconocidos como simples momentos en un proceso de producción de seres humanos; esto es lo que el organismo productivo compuesto por el obrero colectivo produce como su resultado real:

Quando consideramos la sociedad burguesa a largo plazo y de conjunto, entonces el resultado final del proceso de producción social siempre aparece como la sociedad misma, es decir, el ser humano mismo en sus relaciones sociales. Todo lo que tiene una forma fija, tal como el producto, etc. aparece simplemente como un momento, un evanescente momento, en este movimiento (Marx, 1973: 712).

Para combatir la mistificación en el capitalismo estas visiones teóricas: reconocimiento de la necesaria interdependencia de los productores y la comprensión de que los seres humanos en sus relaciones sociales son la premisa y el resultado de toda actividad, son fundamentales. *Sin embargo, en la sociedad del obrero colectivo para sí, lo que aparece ante el analista se convierte en “ley natural evidente” para todos los miembros de la sociedad.*

En esta sociedad de productores libres y asociados, los seres humanos en sus relaciones sociales son el objetivo explícito de la producción. Comprendido como una totalidad relacionada, los distintos miembros y órganos del trabajador colectivo se asocian “con plena autoconciencia” para producir ese trabajador colectivo. En consecuencia, en esta “asociación, en la que el libre desarrollo de cada uno es la condición para el libre desarrollo de todos”, la comunidad humana es presupuesta como la base de la producción (Marx y Engels, 1976b: 506). La característica de la relación social entre los productores en esta estructura es que reconocen su unidad como miembros de la familia humana y actúan sobre esta base para asegurar el bienestar de los otros en el seno de esta familia. En pocas palabras, la solidaridad está en el mismo núcleo de la relación social. En la sociedad cooperativa basada en la propiedad común de los medios de producción que imaginó Marx, la actividad productiva de las personas se desprende de una unidad y solidaridad basada sobre el reconocimiento de sus diferencias.

La crítica de la economía política del capital sólo es completada por la realización de la economía política de la clase obrera: una sociedad comunista. En tanto que como productores no son sus propios mediadores, la mistificación de la vida cotidiana y la alienación de los seres humanos respecto de sus propios poderes continúan:

No se arranca el velo del semblante del proceso vital social, es decir el proceso de la producción material, hasta que se convierte en producción por hombres libremente asociados, y se mantiene bajo su control consciente y planificado (Marx, 1977: 173).

En esta sociedad de productores asociados, la cooperación del trabajador colectivo y la ausencia de un mediador extraño demuestran que “para rendir frutos, los medios de trabajo no necesitan ser monopolizados como medios de dominio sobre y de extorsión contra, el mismo trabajador” (Marx, 1864: 11).<sup>102</sup> En cambio, el trabajador ahora “trata al carácter social de su trabajo, su asociación con el trabajo de otros para un fin común,” como *su* poder. Esta es la creación de *Una forma social que corresponde a la producción social*, subordinada a la asociación de productores libres e iguales. “La producción social controlada por la previsión social... forma la economía política de la clase obrera.”

### XXXII. *La propia necesidad de desarrollo del trabajador.*

Pero ¿cuál era el problema? ¿Porqué era importante la realización de esa sociedad? Siempre hubo una visión que motivaba a Marx y a Engels: la idea de una sociedad que permitiría el desarrollo total del potencial humano. “¿Cuál es el propósito de los comunistas?” se preguntaba Engels en su primera versión del *Manifiesto Comunista*, y respondió: “Organizar la sociedad de tal manera que cada miembro de ella puede desarrollar y usar todas sus capacidades y energías con total libertad y de este modo sin infringir las condiciones básicas de esta sociedad” (Marx y Engels, 1976b: 96).<sup>103</sup> En la versión final del Manifiesto (escrito por Marx), este objetivo era representado como la “asociación, en la que el libre desarrollo de cada uno es la condición para el libre desarrollo de todos.”

En el centro de la concepción de la sociedad de los productores libres y asociados de Marx estaba el eliminar todas las cadenas para el total desarrollo de los seres humanos. Como hemos visto en el Capítulo 7, esta era para Marx la esencia del concepto de la riqueza humana. Dada su esperanza de ese “desarrollo de la individualidad rica que es multilateral en su producción y en su consumo,” (Marx, 1973: 325), Marx tenía que rechazar al capitalismo. Tal como apuntaba en *El capital* (1977: 772), en ese sistema el trabajador existe para satisfacer la necesidad del capitalista de acrecentar el valor de su capital “al contrario de la situación inversa en la que la riqueza objetiva está para satisfacer la propia necesidad de desarrollo del trabajador.”

La sociedad de productores asociados es esa “situación inversa”. Esta es una “sociedad de libre individualidad, basada en el desarrollo universal de los individuos y en su subordinación de su productividad como su riqueza social” (Marx, 1973: 158). Aquí, en lugar de intensificar al poder que domina a los trabajadores, su productividad consigue la satisfacción de las necesidades existentes y también la creación de nuevas capacidades liberando a los trabajadores del reino de la necesidad. La

---

<sup>102</sup> Este concepto de una alternativa en la que los obreros son sus propios mediadores no fue adelantada por la naturaleza del modelo estalinista forjado en la lucha contra el atraso. Se investiga la experiencia del “socialismo realmente existente” en un trabajo en curso, *Estudios sobre el desarrollo del comunismo: La economía socialista y el modo de producción de vanguardia*. Para algunos aspectos de esa obra, ver Lebowitz (1985a; 1986; 1987a; 2000a).

<sup>103</sup> “Tened en cuenta,” había dicho Engels unos años antes sobre la creación de una sociedad comunista, “que lo que está implícito es crear para *todo el pueblo* una condición tal que cada uno pueda desarrollar libremente su naturaleza humana y vivir en una relación humana con sus semejantes... (Marx y Engels, 1975c: 263). Esta atención sobre el desarrollo del potencial humano era característica del pensamiento socialista de la época. El objetivo, como sostenía Henri Saint-Simon, es “permitir a todos los miembros de la sociedad la mayor oportunidad posible para el desarrollo de sus facultades (Manuel, 1062: 126). En forma similar, la libertad real, sugería Louis Blanc, implica no solo los derechos adquiridos sino también “el PODER dado a los hombres para desarrollar y ejercitar sus facultades” (Fried y Sanders, 1964: 235).



productividad social aquí significa tiempo libre, que corresponde al desarrollo artístico, científico, etc. de los individuos en el tiempo libre, y con los medios creados para todos ellos” (Marx, 1977: 667; 1973: 706). En resumen, a diferencia de épocas anteriores, cuando “desarrollo de las capacidades y potencialidades sociales humanas (arte, etc., ciencia)” tenían como su premisa la plusvalía de las masas, cuando el “tiempo libre en un lado corresponde al tiempo subyugado en el otro” habría tiempo libre para *todos*. Ya no habría “el desarrollo de las capacidades humanas por un lado (se basaría) en la restricción del desarrollo para el otro” (Marx y Engels, 1988b: 190-92). Ahora habría para todos “tiempo para el total desarrollo del individuo, que a su vez reacciona sobre la fuerza productiva del trabajo mismo como él mismo la mayor fuerza productiva” (Marx, 1973: 711). Ahora veríamos que “el desarrollo de la rica individualidad que es multilateral en su producción como en su consumo”:

El tiempo libre, que es ocio y tiempo para una actividad superior, ha transformado naturalmente a su poseedor en un sujeto diferentes, y él entre en el proceso de producción directa como este sujeto diferente (Marx, 1973: 325, 712).

De acuerdo a ello, los productos de esta sociedad de productores libremente asociados serían seres humanos capaces de desarrollar su potencial total en una sociedad humana: las fuerzas productivas habrían “crecido con el desarrollo del individuo en todos los aspectos y todas las vertientes de la riqueza cooperativa fluyen más abundantemente” (Marx, 1875: 24). Esta relación entre el trabajador colectivo para sí y el florecimiento del potencial humano es puesto claramente por Lucien Sève:

La esencia más profunda del comunismo consiste *en que realiza y aún necesita “el desarrollo total y libre de cada individuo”*, es decir, libera la reproducción ampliada de las mismas personalidades, al mismo tiempo que expande la reproducción de las fuerzas productivas y la cultura, a partir de cada contradicción social *antagónica* (Sève, 1978: 330).<sup>104</sup>

Un hermoso cuadro. Pero que no surge de la nada; más bien, fluye de todas las luchas de los trabajadores en el capitalismo, impulsadas por su propia necesidad de desarrollo.

La actual “acción espontánea de las leyes naturales del capital y la propiedad territorial” sólo pueden ser superadas por “la acción espontánea de las leyes de la economía social del trabajo libre y asociado” en un largo proceso de desarrollo de las nuevas condiciones, como lo fue la “acción espontánea de las leyes económicas de la esclavitud” y la “acción espontánea de la servidumbre” (Marx, 1871a: 157).

Hemos visto que los trabajadores se encuentran constantemente obligados por sus necesidades; no necesidades que son innatas sino las que son generadas en la particular estructura de las relaciones capitalistas de producción. Como se indicó en el Capítulo 3, Marx era coherente al enfatizar la naturaleza alienante de la producción capitalista y el consiguiente crecimiento de las necesidades de los obreros. Es fundamental para la situación de trabajador en la producción capitalista que él se empobrece en la producción “debido a que el poder creador de su trabajo se establece como el poder del capital, como un *poder extraño* que lo enfrenta” (Marx, 1973: 307). Su necesidad y dependencia crecen –esa fuente del poder contemporáneo del capital. De este modo, los trabajadores se comprometen en una lucha constante

---

<sup>104</sup> Sève investiga la cuestión del desarrollo humano a nivel individual, refiriéndose a “el problema más importante en toda la psicología de la personalidad, desde el punto de vista del humanismo marxista, es decir, el de la reproducción ampliada, en resumen, del *máximo florecimiento* de cada personalidad” (Sève, 1978: 358).

contra el capital, que reabsorben esos productos extraños e independientes de su actividad, luchas para lograr tiempo y energía para sí mismos, luchas impulsadas por su propia necesidad de desarrollo.

El “deber” de los trabajadores, su impulso hacia la reproducción ampliada, constantemente surge contra las barreras creadas por el capital, erigidas para apoyar la continuidad de la explotación. Los trabajadores luchan llegar más allá de esas barreras y en el proceso, transforman las circunstancias y a sí mismos. Entonces, encontramos en Marx este relato esencial de la lucha de los trabajadores y su creatividad para hallar medios para su auto desarrollo (como cuando la forma necesaria del estado obrero fue “descubierta al fin” por ellos).

*Pero esta no es el mismo relato con el que comenzamos este libro.* En el capítulo 1, es el *capital* el que tiene el impulso a crecer y que constantemente surge contra las barreras a ese crecimiento; el capital triunfa en sobrepasar esas barreras pero siempre surge contra nuevas barreras, hasta que finalmente enfrenta un Límite en la forma de la clase obrera. Habíamos llegado a la conclusión de que ese relato es unilateral; entre otras cosas no explica porqué los trabajadores luchan para ir más allá del capital, ni, significativamente, porqué *aceptan* al capital. Hemos sugerido que el capitalismo de conjunto incorpora *dos* “deberes”: la propia necesidad de desarrollo para el trabajador, así como el impulso a crecer del capital.

Sin embargo, ¿es suficiente presentar estos dos relatos como opuestos y ver ambos lados en lucha, en el que cada uno trata de reducir al otro a una simple barrera?

### XXXIII. *Más allá de la negación de la negación.*

Para algunos, el joven Marx era un romántico, un pre-marxista, mientras que *El capital* representa la ciencia, el desarrollo más alto del pensamiento de Marx. Para otros, *El capital* significa el desafortunado desplazamiento de la atención del joven Marx en los seres humanos por la lógica del capital y las leyes objetivas. La ausencia del proyectado libro sobre el trabajo asalariado ha facilitado levantar esa línea divisoria entre el joven Marx y el maduro (aunque en realidad el estudio de los *Grundrisse* sería suficiente para disipar esta idea). Precisamente debido a que la aparentemente autónoma teoría de *El capital* permite esa concepción de los “dos Marx”, es una razón por la que fue escrito este libro (*y porqué los argumentos principales se desprenden del Marx maduro*). La comprensión de los contenidos necesarios del *Trabajo asalariado* demuestra el carácter inadecuado de esa división entre el joven y el maduro Marx; revela que no hay brecha entre el teórico humanista la lucha de clases y el científico. Ir más allá de *El capital* es reconocer que los “dos Marx” son uno.

La continuidad de Marx surge claramente en su comprensión de lo que dentro de la estructura del capitalismo, impulsa más allá de él. En su temprano trabajo en colaboración, *La Sagrada Familia*, Marx y Engels declaraban:

El proletariado y la riqueza son opuestos; como tales forman una única totalidad. Ambos son creaciones del mundo de la propiedad privada. La cuestión es exactamente qué lugar ocupan cada uno en la antítesis. No es suficiente declararlos como dos aspectos de un todo.

Reconocer ambos lados como parte de un todo, que se presuponen entre sí, se alientan recíprocamente y se desarrollan entre sí como dos lados de la misma relación es fundamental. Sin embargo, también lo es el comprender *cuál lado representa la reproducción del sistema y cual representa la no-reproducción.*

Marx y Engels argumentaron que el trabajador es “el lado *negativo* de la antítesis, su inquietud en el seno de sí mismo”. A diferencia de la “clase propietaria”, que se encuentra en esta relación cómoda y fortalecida, el trabajador ve en ella su “propia impotencia y la realidad de una existencia inhumana.” En consecuencia, dentro de esta relación, la clase propietaria es el lado conservador de la antítesis, y “el proletario el lado *destrutivo*. Del primero surge la acción preservadora de la antítesis, y del último la acción para aniquilarla” (Marx y Engels, 1845: 35-6).

*Todo el análisis subsecuente del lado del capital por Marx no cambió su comprensión del lugar que cada lado ocupa en la antítesis.* Como vemos el capital tiende a reproducir sus premisas necesarias en su forma económica capitalista. En particular, el capital actúa para producir una clase obrera que considera las exigencias del capital como un sentido común (Marx, 1977: 899). En pocas palabras, tiende a reproducir el capitalismo como un sistema orgánico (Marx, 1973: 278). En cambio, los trabajadores se transforman a través de sus luchas en *otro que los productos del capital* y de este modo en los presupuestos históricos de un nuevo fase de la sociedad.<sup>105</sup> Lo hacen así, no debido a una abstracta misión de clase asignada al proletariado (recordemos la acusación de Gorz en el capítulo 2), sino mas bien debido a su situación intrínseca en el seno del capitalismo.

En el borrador para *El capital* conocido como “Resultados del proceso inmediato de la producción”, Marx argumentó que la producción capitalista da como resultado “el dominio de las cosas sobre el hombre, del trabajo muerto sobre el vivo, del producto sobre el productor.” De este modo al nivel del “proceso vital en el reino de lo social –pues eso es lo que es el proceso de producción- encontramos la *misma* situación que hallamos en la *religión* a nivel ideológico, a saber la inversión del sujeto en el objeto y *viceversa*” (Marx, 1977: 990). Como resultado de esta “*alienación* [Entfremdung] del hombre respecto de su propio trabajo,” el trabajador aquí representa nuevamente el lado negativo de la relación:

En la medida en que el trabajador se halla desde el principio en un plano superior que el del capitalista, puesto que el último tiene sus raíces en el proceso de alienación y encuentra una satisfacción absoluta en él mientras que desde el comienzo el trabajador es una víctima que lo enfrenta como un rebelde y lo experimenta como un proceso de esclavitud (Marx, 1977: 990).

Dada la propia necesidad del desarrollo del trabajador, la insatisfacción consigo mismo y la incapacidad para satisfacer las necesidades generadas en el capitalismo son intrínsecas en la situación del asalariado. Como rebelde, como inquietud, el trabajador lucha contra el capital y en el proceso se transforma. En su base, el impulso del trabajador para ir más allá del capital resulta de la “indignación a la que es arrastrado necesariamente por la contradicción entre su *naturaleza* humana y sus condiciones de vida” (Marx y Engels, 1845: 36).

En última instancia, entonces, tanto para el joven Marx y el maduro (el “científico”) es debido a que los trabajadores no son *simplemente* asalariados, sino seres humanos, es que hay una tendencia a ir más allá del trabajo asalariado. Subyaciendo a la lucha contra el capital está el hecho de que el trabajador “lucha para no seguir siendo lo que ha devenido, sino que está en el movimiento absoluto de su devenir” (Marx, 1973: 488). *Finalmente, comprendemos la contradicción del capital y el trabajo asalariado como la del atrabajo asalariado y el ser humano.*

---

<sup>105</sup> Temas similares son tratados por Shortall (1994), pero ver Lebowitz (1998,2000b)

Por consiguiente, no es suficiente identificar la contradicción que impulsa más allá del capital como la oposición entre el capital y el trabajo asalariado. Mientras que esa formulación es un avance real sobre una concepción implícita de la auto-destrucción del capital como resultado de sus propios éxitos, ella (como el “mal infinito” de Hegel) es inadecuado porque el trabajo asalariado como tal no trasciende al capital sino que está intrínsecamente rodeado por éste (Hegel, 1929: I, 150-63).<sup>106</sup> De este modo, avanzamos hacia el concepto del ser humano (descrito en la Figura 11.1), que contiene en sí al ser humano como trabajador asalariado y el ser humano como trabajador no-asalariado, la existencia inhumana así como el deber que va más allá.

[PONER AQUÍ LA FIGURA 11.1]

En esta oposición, comprendemos que lo que subyace a la lucha contra el capital e impulsa más allá del capital es la contradicción entre el yo del trabajador y sus condiciones de vida (La oposición del capital y el trabajo asalariado sigue, debido a que en tanto tal es solo trabajo asalariado, es idéntico al capital). De este modo, como puede verse en la figura 11.2, la investigación que comenzó con la mercancía concluye con la contradicción *en el seno del ser humano* que ya está latente en el seno de la mercancía como valor de uso y valor.

[PONER AQUÍ LA FIGURA 11.2]

De este modo, nuestro estudio sobre el lado del capitalismo que no fue desarrollado en *El capital* nos lleva de vuelta al punto de partida de Marx: los seres humanos desarrollados socialmente y su lucha contra las relaciones que no corresponden a sus exigencias. En lugar del determinismo y economismo que se desprenden del marxismo unilateral, el Marx que surge aquí es un revolucionario cuyo optimismo se basaba en el supuesto de que los seres humanos *lucharán* contra las condiciones inhumanas. Esa lucha contra una existencia inhumana es lo que para Marx impulsa más allá del capital.

Entonces, ¿no deberíamos tomar como el comienzo real al trabajador colectivo –ese trabajador acumulado (algunos de los cuales “trabajan mejor con sus manos, otros con sus cabezas, uno como gerente, ingeniero, técnico, etc.”) cuya cooperación y asociación del trabajo es la condición fundamental de la productividad social? En una sociedad organizada para permitir el completo desarrollo del potencial humano, ese trabajador colectivo produciría para necesidades y fines comunales, impulsado por la necesidad de auto-desarrollo del trabajador.

Desde la posición estratégica del concepto del trabajador colectivo, podemos ver que el capitalismo invierte todo. El “proceso real” por el que el trabajador colectivo usa los medios de producción para producir cosas de uso para seres humanos “parece muy diferente en el proceso de valorización. Aquí no es el trabajador que hace uso de los medios de producción, sino los medios de producción que hacen uso del trabajador” (Marx, 1977: 988). Los sujetos se convierten en objetos, los medios en fines en “esta inversión,

---

<sup>106</sup> Mientras el capital puede aparecer como el lado destructivo del capitalismo, puede aparecer impulsar hacia su propia disolución, para Marx y Engels el capital se dirige hacia su final “solo en la medida en que produce al proletariado *como* proletariado, la pobreza que es consciente de su pobreza espiritual y física, la deshumanización que es consciente de su deshumanización y en consecuencia auto-suprimiéndose. El proletariado ejecuta la sentencia que la propiedad privada pronuncia sobre sí misma produciendo el proletariado...” (Marx y Engels, 1845: 36).

en verdad esta distorsión, que es peculiar y característica de la producción capitalista, de la relación entre el trabajo muerto y el trabajo vivo, entre el valor y la fuerza que crea el valor” (Marx, 1977: 425).<sup>107</sup>

Partiendo del concepto del trabajador colectivo y de la sociedad del trabajador colectivo para sí, lo que surge como descubrimiento lógico en *El capital* aparece *obvio*: de hecho, el poder del capital es el poder del trabajador colectivo. La transparencia de este punto demuestra que subyacente a lo largo de *El capital* está la perspectiva implícita de una alternativa “contrafactual”, la “sociedad de la individualidad libre, basada en el desarrollo universal de los individuos y en la subordinación de su productividad social como su riqueza social” (Marx, 1973: 158). Después de todo, ¿de dónde viene ese concepto de “situación inversa en la que la riqueza objetiva está ahí para satisfacer la propia necesidad del desarrollo del trabajador”? No viene de nada que haya en *El capital*. Sino más bien ¡es su premisa!<sup>108</sup>

El “silencio” que E. P. Thompson identificó en *El capital* se halla efectivamente en él. Pero no está limitado al “término faltante” de la experiencia humana.<sup>109</sup> También falta la visión de Marx de una alternativa al capitalismo, aunque la sociedad que el trabajador colectivo construirá para sí mismo era su premisa, su “positivo auto-apoyado, positivamente basado en sí mismo” (Marx, 1844c: 328).<sup>110</sup> Había una razón para ello.

Cuando Marx escribió *El capital*, lo hizo en una época en que las visiones utópicas eran habituales. Dada su creencia en que los trabajadores desarrollarían los elementos de la nueva sociedad en el curso de sus luchas, Marx se resistía a escribir recetas para futuras cocinas. (Marx, 1977:99). Sin embargo, luego de la experiencia del último siglo con el “socialismo realmente existente”, es esencial resucitar la visión de una nueva sociedad, la sociedad de los productores asociados. Pero no para las cocinas del futuro. Las cocinas de hoy necesitan esa visión porque el reconocimiento de que su productividad social puede ser su propia riqueza social antes que “la riqueza de un sujeto extraño indiferentemente e independientemente situado por encima y contra de la capacidad del trabajo” es fundamental para ir más allá del capitalismo:

El reconocimiento [*Erkennung*] de los productos como propios, y el juicio de que su separación de las condiciones de su realización es impropio, impuesto a la fuerza, es un enorme [progreso en] la conciencia [*Bewusstsein*], en si el producto del modo de producción basado en el capital, y en tanto que doblen las campanas por él, con la conciencia del esclavo de que él *no puede ser la propiedad de otro*, con su conciencia de sí mismo como persona, la existencia de la esclavitud se convierte en

---

<sup>107</sup> Por supuesto, esta inversión “no es una simplemente *supuesta*, existente simplemente en la imaginación de los trabajadores y los capitalistas” (Marx, 1973: 831). Antes bien, es una inversión *real*, que fluye de la capitulación del poder creativo de los trabajadores por un plato de lentejas, esa “*ilusión* engañosa de una transacción” (Marx, 1977: 730, 1064).

<sup>108</sup> La comprensión de la importancia de las premisas de Marx sugiere que antes de leer *El capital* deberíamos comenzar con sus discusiones sobre la riqueza humana en los *Grundrisse*, etc. Habiendo comprendido firmemente la concepción de la riqueza humana Marx, la implicancia de la oración inicial de *El capital* es inevitable.

<sup>109</sup> Ver la discusión en el Capítulo 2.

<sup>110</sup> Una de las importantes observaciones agudas de Negri (en Negri 1984) es la importancia que el concepto de comunismo tiene en el análisis del capitalismo de Marx. Sin embargo, como se apuntó en Lebowitz (2000b), tengo serios problemas con gran parte de su argumento, incluyendo su afirmación de que *El capital* sirve “para sujetar la capacidad subversiva del proletariado a la inteligencia reorganizadora y represiva del poder capitalista” (Negri, 1984: 18-9).

una existencia meramente artificial, vegetativa, y deja de poder prevalecer como la base de la producción (Marx, 1973: 462-3).

Hoy comprendemos mucho más claramente que el capitalismo *no* engendra “con la inexorabilidad de un proceso natural, su propia negación” (Marx, 1977: 929). Los elementos que preocupaban a Marx están ahí aún más poderosamente que antes; en particular, la abrumadora mistificación de la naturaleza del capital y la separación y la competencia entre los trabajadores internacionalmente. Sin embargo, si no hay inevitabilidad, siempre hay posibilidad: inherente al capital es que éste regularmente produce un terreno en el que se puede seguir la lucha contra el capital.

La continuidad del proyecto de Marx significa mucho más que escribir los libros faltantes. Su proyecto, era hacer lo que pudiera para ayudar a nacer a esa “situación inversa”; esa “asociación, en la que el libre desarrollo de cada uno es la condición para el libre desarrollo de todos”. Como puede verse en su obra, hay muchos lados para ese proyecto. Revelar al capital como el propio producto de los trabajadores vuelto contra ellos, trabajar para la unidad en la lucha, reafirmar la centralidad de la práctica revolucionaria para el auto-desarrollo del trabajador colectivo y exponer la visión de una alternativa posible; todos estos son ahora ingredientes esenciales para la demostración de que Un Mundo Mejor es Posible. Construyámoslo Ahora.

## Bibliography

- Albelda, Randy; Gunn, Christopher; and Waller, William (eds) (1986) *Alternatives to Economic Orthodoxy: A Reader in Political Economy* (Armonk: M. E. Sharpe).
- Arthur, Chris (1998) 'Systematic Dialectic', *Science & Society*, Vol. 62, No. 3.
- Beamish, Rob (1992) *Marx, Method and the Division of Labor* (Urbana: University of Illinois Press).
- Bowles, Samuel and Gintis, Herbert (1981) 'Structure and Practice in the Labor Theory of Value', *Review of Radical Political Economics*, Volume 12, Number 4 (Winter).
- Bowles, Samuel and Gintis, Herbert (1986) *Democracy and Capitalism: Property, Community and the Contradictions of Modern Social Thought* (New York: Basic Books, Inc.).
- Burawoy, Michael (1989) 'Marxism Without Micro-Foundations', *Socialist Review*, Vol. 19, No. 2 (April-June).
- Burkett, Paul (1999) *Marx and Nature: A Red and Green Perspective* (New York: St. Martin's Press).
- Burkett, Paul (2001) 'Marxism and Natural Limits,' *Historical Materialism*, No. 8 (Summer).
- Camfield, David (2002) 'Beyond Adding on Gender and Class: Revisiting Feminism and Marxism,' *Studies in Political Economy*, No. 68 (Summer).
- Carver, Terrell (ed.) (1975) *Karl Marx: Texts On Method* (Oxford: Basil Blackwell).
- Castoriadis, Cornelius (1975) 'An Interview', *Telos*, Number 23 (Spring).
- Castoriadis, Cornelius (1976-7) 'On the History of the Workers' Movement', *Telos*, Number 30 (Winter).
- Chodorow, Nancy (1978) *The Reproduction of Mothering: Psychoanalysis and the Sociology of Gender* (Berkeley: University of California Press).
- Cleaver, Harry (1986) 'Karl Marx: Economist or Revolutionary?' in Suzanne W. Helburn and David F. Bramhall, eds., *Marx, Schumpeter and Keynes: A Centenary Celebration of Dissent* (Armonk: M.E.Sharpe,Inc).
- Cohen, G. A. (1978) *Karl Marx's Theory of History: A Defence* (Princeton University Press).
- Cohen, Jean L. (1982) *Class and Civil Society: The Limits of Marxian Critical Theory* (Amherst: University of Massachusetts Press).
- Draper, Hal (1986) *Karl Marx's Theory of Revolution, Vol. III: The 'Dictatorship of the Proletariat'* (New York: Monthly Review).
- Dunayevskaya, Raya (1964) *Marxism and Freedom: from 1776 until today* (New York: Twayne Publishers).
- Elster, Jon (1985) *Making Sense of Marx* (Cambridge University Press).
- Engels, Frederick (1845) *The Condition of the Working-Class in England* in Marx and Engels (1975c).
- Engels, Frederick (1847) 'The Constitutional Question in Germany' in Marx and Engels (1976b).
- Engels, Frederick (1850) 'The Ten Hours' Question' In Marx and Engels (1978).
- Engels, Frederick (1859) 'Karl Marx, *A Contribution to the Critique of Political Economy*' in Marx and Engels (1962)
- Engels, Frederick (1881a) 'The Wages System', *The Labour Standard*, 21 May 1881, in Henderson (1967).
- Engels, Frederick (1881b) 'Trades Unions I', *The Labour Standard*, 28 May 1881, in Henderson (1967).
- Engels, Frederick (1883) 'Speech at the Graveside of Karl Marx', in Tucker (1972).
- Engels, Frederick (1891) 'Critique of the Draft Social-Democratic Programme (1891)' in *Marxism Today* (February 1970).
- Engels, Frederick (1956) *The Peasant War in Germany* (Moscow: Foreign Languages Publishing House).
- Engels, Frederick (1962) *The Origin of the Family, Private Property and the State*, in Marx and Engels (1962).
- Ferguson, Ann and Folbre, Nancy (1981) 'The Unhappy Marriage of Patriarchy and Capitalism', in Sargent (1981).
- Fine, Ben (1998) *Labour Market Theory: A Constructive Reassessment* (London: Routledge).

- Folbre, Nancy R. (1986) 'A Patriarchal Mode of Production', in Albelda, Gunn and Waller (1986).
- Foster, John Bellamy (2000) *Marx's Ecology: Materialism and Nature* (New York: Monthly Review Press).
- Fried, Albert and Sanders, Ronald (1964) *Socialist Thought: A Documentary History* (Garden City, New York: Anchor Books).
- Gordon, David M., Richard Edwards and Michael Reich (1982) *Segmented Work, Divided Workers: The Historical Transformation of Labor in the United States*. (Cambridge: Cambridge University Press).
- Gorz, Andre (1982) *Farewell to the Working Class: An Essay on PostIndustrial Socialism*, translated by Michael Sonenscher (London: Pluto Press).
- Gough, Ian (1979) *The Political Economy of the Welfare State* (London: Macmillan).
- Gramsci, Antonio (1971) *Selections from the Prison Notebooks*, edited and translated by Quinton Hoare and Geoffrey Nowell Smith (New York: International Publishers).
- Harding, Sandra (1981) 'What is the Real Material Base of Patriarchy and Capital?', in Sargent (1981).
- Hegel, G. W. F. (1929) *Hegel's Science of Logic*, translated by W. H. Johnston and L. G. Struthers, two volumes (London: Allen & Unwin).
- Hegel, G. W. F. (1967) *The Phenomenology of Mind*, translated by J. B. Baillie (New York: Harper Torchbooks).
- Hegel, G. W. F. (1975) *Hegel's Philosophy of Right*, translated by T. M. Knox (New York: Oxford University Press).
- Hegel, G. W. F. (1948) *Ciencia de la Lógica, Tomos I y II*, traducida por A. y R. Mondolfo (Bs. As.: Librería Hachette).
- Hegel, G. W. F. (1955) *Filosofía del Derecho* (Bs. As.: Editorial Claridad)
- Heller, Agnes (1976) *The Theory of Need in Marx* (New York: St. Martin's Press).
- Henderson, W. O. (ed.) (1967) *Engels: Selected Writings* (London: Penguin).
- Hunt, E. K. (1979) 'The Categories of Productive and Unproductive Labor in Marxist Economic Theory', *Science & Society, Vol. XLIII*, No. 3 (Fall).
- Jacoby, Russell (1975) 'The Politics of the Crisis Theory: Towards the Critique of Automatic Marxism II', *Telos*, No. 23 (Spring).
- James, C. L. R. (1947) 'Dialectical Materialism and the Fate of Humanity' in Anna Grimshaw, *The C.L.R. James Reader* (Oxford: Blackwell, 1992).
- Lapides, Kenneth (2002) 'Marx's Doctrine of Wage Labor,' *Science & Society*, Vol. 666, No. 2 (Summer).
- Lebowitz, Michael A. (1973-4) 'The Current Crisis in Economic Theory', *Science & Society*, Vol. XXXVII, No. 4 (Winter).
- Lebowitz, Michael A. (1976a) 'The Political Economy of Housework: A Comment', *Bulletin of the Conference of Socialist Economists, Vol. VI* (March).
- Lebowitz, Michael A. (1976b) 'Marx's Falling Rate of Profit: A Dialectical View', *Canadian Journal Of Economics*, Vol. IX, No. 2 (May).
- Lebowitz, Michael A. (1977-8) 'Capital and the Production of Needs'. *Science & Society, Vol. XLI*, No. 4 (Winter).
- Lebowitz, Michael A. (1979) 'Heller on Marx's Concept of Needs', *Science & Society*, Vol. XLIII, No. 3 (Fall).
- Lebowitz, Michael A. (1982a) 'The One-Sidedness of Capital', *Review of Radical Political Economics*, Vol. 14, No. 4 (Winter).
- Lebowitz, Michael A. (1982b) 'The General and the Specific in Marx's Theory of Crisis', *Studies in Political Economy*, No. 7 (Winter).
- Lebowitz, Michael A. (1982c) 'Marx After Wage-Labour', *Economic Forum*, Vol. XIII, No. 2 (Fall).
- Lebowitz, Michael A. (1985a) 'Kornai and Socialist Laws of Motion', *Studies in Political Economy*, Number 18 (Autumn).



- Lebowitz, Michael A. (1985b) 'The Theoretical Status of Monopoly Capital', in Resnick and Wolff (1985).
- Lebowitz, Michael A. (1986) 'Transcending the Crisis of Socialist Economy', *Socialism in the World*, No. 54.
- Lebowitz, Michael A. (1987a) 'Contradictions in the "Lower Phase" of Communist Society', *Socialism in the World*, No. 59.
- Lebowitz, Michael A. (1987b) 'The Political Economy of Wage-Labor', *Science & Society*, Vol. 51, No. 3 (Fall).
- Lebowitz, Michael A. (1988a) 'Is "Analytical Marxism" Marxism?', *Science & Society*, Vol. 52, No. 2 (Summer).
- Lebowitz, Michael A. (1988b) 'Trade and Class: Labour Strategies in a World of Strong Capital', *Studies in Political Economy*, No. 27 (Autumn).
- Lebowitz, Michael A. (1991) 'The Socialist Fetter: A Cautionary Tale,' in Ralph Miliband and Leo Panitch, eds., *Socialist Register 1991* (London: Merlin).
- Lebowitz, Michael A. (1992) 'Capitalism: How Many Contradictions?' *Capitalism, Nature, Socialism*, Vol. 3, No. 3 (September).
- Lebowitz, Michael A. (1994) 'Analytical Marxism and the Marxian Theory of Crisis,' *Cambridge Journal of Economics* (May).
- Lebowitz, Michael A. (1995) 'Situating the Capitalist State' in Antonio Callari et al, *Marxism in the Post-Modern Age: Confronting the New World Order* (New York: Guilford Publishers).
- Lebowitz, Michael A. (1998) Review of Felton Shortall, *The Incomplete Marx in Historical Materialism*, No. 3 (Winter).
- Lebowitz, Michael A. (2000a) 'Kornai and the Vanguard Mode of Production' in *Cambridge Journal of Economics*, Vol. 24, No. 3 (May).
- Lebowitz, Michael A. (2000b) 'Answering Shortall' in *Historical Materialism*, No. 6 (Summer).
- Lefebvre, Henri (1968) *Dialectical Materialism* (London: Jonathan Cape).
- Lenin V. I. (1963) *Cuadernos Filosóficos* (Buenos Aires: Ediciones Estudio)
- Lenin, V. I. (1967) 'What is to be Done?', in V. I. Lenin, *Selected Works (in Three Volumes)* (Moscow: Progress Publishers).
- Lenin, V. I. (1961) *Collected Works*, Vol. 38: 'Philosophical Notebooks' (Moscow: Foreign Languages Publishing House).
- Levins, Richard and Lewontin, Richard (1985) *The Dialectical Biologist* (Cambridge: Harvard University Press).
- Lukács, Georg (1972) *History and Class Consciousness: Studies in Marxist Dialectics*, translated by Rodney Livingstone (Cambridge: MIT Press).
- Lukács, Georg (1969) *Historia y Conciencia de Clase: Estudios de Dialéctica Marxista*, traducido por Manuel Sacristán (México: Editorial Grijalbo S.A.)
- Lukács, Georg (1978) *Marx's Basic Ontological Principles* (London: Merlin).
- Luxemburg, Rosa (1962) 'Marxism vs. Leninism', in Rosa Luxemburg, *The Russian Revolution and Leninism or Marxism?* (Ann Arbor: University of Michigan Press).
- Luxemburg, Rosa (1964) *The Mass Strike, The Political Party and the Trade Unions* [1906], translated by Patrick Lavin (Ceylon: Young Socialist Publication).
- Mandel, Ernest (1977) 'Introduction' to Marx (1977).
- Manuel, Frank E. (1962) *The Prophets of Paris* (New York: Harper Torchbacks).
- Marx, Karl (1841) 'Doctoral Dissertation', in Marx and Engels (1975a), *Collected Works*, Vol. 1.
- Marx, Karl (1843) *Contribution to the Critique of Hegel's Philosophy of Law*, in Marx and Engels (1975b), *Collected Works*, Vol. 3.

Marx, Karl (1844a) 'Contribution to the Critique of Hegel's Philosophy of Law: Introduction', in Marx and Engels (1975b), *Collected Works*, Vol. 3.

Marx, Karl (1844b) 'Comments on James Mill', in Marx and Engels (1975b), *Collected Works*, Vol. 3.

Marx, Karl (1844c) *Economic and Philosophic Manuscripts of 1844*, in Marx and Engels (1975b), *Collected Works*, Vol. 3.

Marx, Karl (1845) 'Theses on Feuerbach', in Marx and Engels (1976), *Collected Works*, Vol. 5.

Marx, Karl (1847a) *The Poverty of Philosophy*, in Marx and Engels (1976), *Collected Works*, Vol. 6.

Marx, Karl (1847b) 'Wages' in Marx and Engels (1976), *Collected Works*, Vol. 6.

Marx, Karl (1849) *Wage Labour and Capital*, in Marx and Engels (1977), *Collected Works*, Vol. 9.

Marx, Karl (1853) *Revelations Concerning the Communist Trial in Cologne*, in Marx and Engels (1979a), *Collected Works*, Vol. 11.

Marx, Karl (1859) *A Contribution to the Critique of Political Economy*, in Marx and Engels (1987), *Collected Works*, Vol. 29.

Marx, Karl (1864) 'Inaugural Address of the Working Men's International Association', in Marx and Engels (1985), *Collected Works*, Vol. 20.

Marx, Karl (1983a) *El capital*, T. I (México: Siglo Veintiuno Editores).

Marx, Karl (1983b) *El capital*, T. II (México: Siglo Veintiuno Editores).

Marx, Karl (1983c) *El capital*, T. III (México: Siglo Veintiuno Editores).

Marx, Karl (2004) *Manuscritos Económico-Filosóficos de 1844* (Buenos Aires: Ediciones Colihue).

Marx, Karl (1990) *El capital*, Libro I, Capítulo VI (inédito) – Resultados del proceso inmediato de producción. (Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores).

Marx, Karl (s. f.) *Miseria de la Filosofía* (Moscu: Ediciones en Lenguas Extranjeras).

Marx, Karl (1974a) *Historia Crítica de la Teoría de la Plusvalía*, T.1 (Bs. As.: Ediciones Brumario).

Marx, Karl (1974b) *Historia Crítica de la Teoría de la Plusvalía*, T.2 (Bs. As.: Ediciones Brumario).

Marx, Karl (1970) *Contribución a la Crítica de la Economía Política* (Bs. As.: Ediciones Estudio).

Marx, Karl (1965) *Diferencia de la filosofía de la naturaleza en Demócrito y en Epicuro* (Bs. As.: Editorial Devenir).

Marx, Karl (1987) *Trabajo asalariado y capital – Salario, precio y ganancia* (Bs. As.: Editorial Anteo).

Marx, Karl (1865a) 'On Proudhon', in Marx and Engels (1985), *Collected Works*, Vol. 20.

Marx, Karl (1865b) *Value, Price and Profit*, in Marx and Engels (1985), *Collected Works*, Vol. 20.

Marx, Karl (1866) 'Instructions for the Delegates of the Provisional General Council. The Different Questions', in *Minutes of the General Council of the First International, 1864-66* (Moscow: Foreign Languages Publishing House, n.d.).

Marx, Karl (1867a) 'Address of the General Council of the International Working Men's Association to the Members and Affiliated Societies', July 9, 1867, *Minutes of the General Council of the First International, 1866-8* (Moscow: Progress Publishers, n.d.).

Marx, Karl (1868) 'Fourth Annual Report of the General Council of International Working Men's Association,' September 9, 1868 *Minutes of the General Council of the First International, 1866-8* (Moscow: Progress Publishers, n.d.).

Marx, Karl (1870) 'The General Council to the Federal Council of Romance Switzerland', *The General Council of the First International, 1868-70* (Moscow: Progress Publishers, n.d.).

Marx, Karl (1871a) 'First Outline of *The Civil War in France*', in Marx and Engels (1971), *On the Paris Commune*.

Marx, Karl (1871b) *The Civil War in France*, in Marx and Engels (1971), *On the Paris Commune*.

Marx, Karl (1874-5) 'After the Revolution: Marx Debates Bakunin' in Tucker (1978).

Marx, Karl (1875) *Critique of the Gotha Programme*, in Marx and Engels (1962), *Selected Works*, Vol. II.

Marx, Karl (1879) 'Circular Letter to Bebel, Liebknecht, Bracke, and Others', September 17-18, 1879, in Tucker (1978).

Marx, Karl (1879-80) 'Notes on Adolph Wagner', in Carver (1975).

Marx, Karl (1965) *Diferencia de la Filosofía de la Naturaleza en Demócrito y en Epicuro* (Buenos Aires: Editorial Devenir)

Marx, Karl (1968) *Theories of Surplus Value, Vol. II* (Moscow: Progress Publishers).

Marx, Karl (1971) *Theories of Surplus Value, Vol. III* (Moscow: Progress Publishers).

Marx, Karl (1973) *Grundrisse* (New York: Vintage Books).

Marx, Karl (1977) *Capital, Vol. I* (New York: Vintage Books).

Marx, Karl (1981a) *Capital, Vol. II* (New York: Vintage Books).

Marx, Karl (1981b) *Capital, Vol. III* (New York: Vintage Books).

Marx, Karl (1988) *Economic Manuscript of 1861-63* in Marx and Engels (1988b).

Marx, Karl (1994) *Economic Manuscript of 1861-63 (Conclusion)* in Marx and Engels (1994).

Marx, Karl (n.d.) *Theories of Surplus Value, Vol. I* (Moscow: Foreign Languages Publishing House).

Marx, Karl and Engels, Frederick (1845) *The Holy Family*, in Marx and Engels (1975c), *Collected Works*, Vol. 4.

Marx, Karl and Engels, Frederick (1846) *The German Ideology*, in Marx and Engels (1976a), *Collected Works*, Vol. 5.

Marx, Karl and Engels, Frederick (1848) *Communist Manifesto*, in Marx and Engels (1976b), *Collected Works*, Vol. 6.

Marx, Karl and Engels, Frederick (1850) 'Address of the Central Authority to the League' in Marx and Engels (1978) *Collected Works*, Vol. 10.

Marx, Karl and Engels, Frederick (1962) *Selected Works*, two volumes (Moscow: Foreign Languages Publishing House).

Marx, Karl and Engels, Frederick (1965) *Selected Correspondence* (Moscow: Progress Publishers).

Marx, Karl and Engels, Frederick (1971) *On the Paris Commune* (Moscow: Progress Publishers).

Marx, Karl and Engels, Frederick (1975a) *Collected Works, Vol. 1* (New York: International Publishers).

Marx, Karl and Engels, Frederick (1975b) *Collected Works, Vol. 3* (New York: International Publishers).

Marx, Karl and Engels, Frederick (1975c) *Collected Works, Vol. 4* (New York: International Publishers).

Marx, Karl and Engels, Frederick (1976a) *Collected Works, Vol. 5* (New York: International Publishers).

Marx, Karl and Engels, Frederick (1976b) *Collected Works, Vol. 6* (New York: International Publishers).

Marx, Karl and Engels, Frederick (1977) *Collected Works, Vol. 9* (New York: International Publishers).

Marx, Karl and Engels, Frederick (1978) *Collected Works, Vol. 10* (New York: International Publishers).

Marx, Karl and Engels, Frederick (1979a) *Collected Works, Vol. 11* (New York: International Publishers).

Marx, Karl and Engels, Frederick (1979b) *Collected Works, Vol. 12* (New York: International Publishers).

Marx, Karl and Engels, Frederick (1982) *Collected Works, Vol. 38* (New York: International Publishers).

Marx, Karl and Engels, Frederick (1983a) *Collected Works, Vol. 39* (New York: International Publishers).

Marx, Karl and Engels, Frederick (1983b) *Collected Works, Vol. 40* (New York: International Publishers).

Marx, Karl and Engels, Frederick (1984) *Collected Works, Vol. 19* (New York: International Publishers).

Marx, Karl and Engels, Frederick (1985) *Collected Works, Vol. 20* (New York: International Publishers).

Marx, Karl and Engels, Frederick (1986) *Collected Works, Vol. 28* (New York: International Publishers).

Marx, Karl and Engels, Frederick (1987a) *Collected Works, Vol. 29* (New York: International Publishers).

Marx, Karl and Engels, Frederick (1987b) *Collected Works, Vol. 42* (New York: International Publishers).

Marx, Karl and Engels, Frederick (1988a) *Collected Works, Vol. 23* (New York: International Publishers).

Marx, Karl and Engels, Frederick (1988b) *Collected Works, Vol. 30* (New York: International Publishers).

Marx, Karl and Engels, Frederick (1994) *Collected Works, Vol. 34* (New York: International Publishers).

Marx, Karl and Engels, Frederick (n.d.) *On Colonialism* (Moscow: Foreign Languages Publishing House).

Marx, Karl y Engels, Frederick (1998) *Manifiesto Comunista* (Montevideo: Solaris Galerna).

Marx, Karl y Engels, Frederick (1981) *La sagrada familia* (Madrid: Akal Editor).

Marx, Karl y Engels, Frederick (1958) *La ideología alemana* (Montevideo: Ediciones Pueblos Unidos).

- Meek, Ronald (1973) *Studies in the Labour Theory of Value* (London: Lawrence & Wishart).
- Mouffe, Chantal (1983) 'Working Class Hegemony and the Struggle for Socialism', *Studies in Political Economy*, No. 12 (Fall).
- Negri, Antonio (1991) *Marx Beyond Marx: Lessons on the Grundrisse* (Brooklyn: Autonomedia).
- O'Connor, James (1988) 'Capitalism, Nature, Socialism: A Theoretical Introduction', *Capitalism, Nature, Socialism*, No. 1 (Fall).
- O'Malley, Joseph and Algozin, Keith (eds) (1981) *Rubel on Karl Marx: Five Essays* (Cambridge University Press).
- Oakley, Allen (1983) *The Making of Marx's Critical Theory: A Bibliographical Analysis* (London: Routledge & Kegan Paul).
- Offe, Claus (1985) 'New Social Movements: Challenging the Boundaries of Institutional Politics', *Social Research*, Vol. 52, No. 4 (Winter).
- Petrovic, Gajo (1967) *Marx in the Mid-Twentieth Century* (Garden City, New York: Anchor Books).
- Przeworski, Adam (1986) 'Material Interests, Class Compromise, and the Transition to Socialism', in Roemer (1986).
- Pujol, Michèle A. (1992) *Feminism and Anti-Feminism in Early Economic Thought* (Aldershot: Edward Elgar Publishing).
- Reich, Wilhelm (1976) *The Mass Psychology of Fascism* (New York: Pocket Book).
- Resnick, Stephen and Wolff, Richard (1985) *Rethinking Marxism: Essays for Harry Magdoff & Paul Sweezy* (New York: Autonomedia).
- Ricardo, David (1969) *The Principles of Political Economy and Taxation* (London: Dutton).
- Robinson, Joan (1957) *An Essay on Marxian Economics* (London: Macmillan).
- Roemer, John E. (1986) *Analytical Marxism* (Cambridge University Press).
- Rosdolsky, Roman (1977) *The Making of Marx's 'Capital'* (London: Pluto Press).
- Rowthorn, Bob (1980) *Capitalism, Conflict and Inflation* (London: Lawrence & Wishart).
- Saad-Filho, Alfredo (2002) *The Value of Marx: Political Economy for Contemporary Capitalism* (London: Routledge).
- Samuelson, Paul (1972) 'The Economics of Marx: An Ecumenical Reply', *Journal of Economic Literature* (March).
- Sargent, Lydia (ed.) (1981) *Women and Revolution: A Discussion of the Unhappy Marriage of Marxism and Feminism* (Montreal: Black Rose Books).
- Schumpeter Joseph A. (1950) *Capitalism, Socialism and Democracy*. (New York: Harper Torchbook).
- Sen, Amartya (1992) *Inequality Reexamined* (Cambridge: Harvard University Press).
- Sève, Lucien (1978) *Man in Marxist Theory and the Psychology of Personality* (Sussex: The Harvester Press).
- Shanin, Teodor (ed.) (1983) *Late Marx and the Russian Road: Marx and the 'Peripheries of Capitalism'* (New York: Monthly Review Press).
- Shortall, Felton C. (1994) *The Incomplete Marx* (Aldershot: Avebury).
- Smith, Adam (1937) *Wealth of Nations* (New York: Modern Library).
- Thompson, E. P. (1978) *The Poverty of Theory* (New York: Monthly Review Press).
- Tucker, Robert C. (1978) *The Marx-Engels Reader*, Second Edition (New York: W. W. Norton).
- Vogel, Lise (1983) *Marxism and the Oppression of Women: Toward a Unitary Theory* (New Brunswick: Rutgers University Press).
- Vosko, Leah F. (2002) 'The Past(s) (and Futures) of Feminist Political Economy in Canada: Reviving the Debate,' *Studies in Political Economy*, No. 68 (Summer).